


IRENE FRANCO

TRILOGÍA
AMOR EN
EL CAMPUS
VOL. 1




AMOR PARA NOVATOS








Grijalbo

IRENE FRANCO

Amor para novatos

Grijalbo

A todos aquellos que alguna vez se han sentido insuficientes. No dejéis que la inseguridad os impida perseguir vuestros sueños



Agosto

—¡Por nosotras, chicas! ¡Y por todo lo que está por venir!

Las tres copas entrechocan y, con un largo trago que alivia el calor de esta noche de viernes, damos por comenzada la celebración.

—Aún no me creo que nos vayamos a Madrid… ¡Voy a ser periodista! —Nuri se pone a dar saltitos mientras las demás nos reímos.

—Ya verás los añitos que pasaremos —suelta Carola tras una carcajada.

Miro a las chicas. Están preciosas y no es gracias al maquillaje ni a sus conjuntos veraniegos, resplandecen de ilusión y ganas. Pienso en la suerte que hemos tenido por contar las unas con las otras y por estar a punto de empezar una nueva etapa juntas, aunque eso no quita que esté un poco nerviosa. Siempre hemos tenido claro que queríamos estudiar fuera de Murcia, conocer lugares nuevos, pero nunca imaginé que tendríamos la suerte de entrar todas en la carrera que queríamos y en Madrid.

—Tierra llamando a Vega. ¿Se puede saber en qué estás pensando? —pregunta Carola antes de dar un trago a su bebida.

—¿Os dais cuenta de que, en apenas un mes, estaremos viviendo puerta con puerta? —La idea aún me parece una locura. Una locura maravillosa y emocionante.

—Puf, solo espero que seáis silenciosas en la cama. Como tenga que enterarme de cada tío que os tiréis… —Nuri empieza a reírse mientras nos mira.

—Y lo dice justamente la que tiene la vida sexual más activa. Paso de que me toque a tu lado, seguro que no podré pegar ojo —contesta Carola.

—¡No vayáis de mojigatas! Carola, tú estás ennoviada. Y, Vega, después de lo de Víctor, deberías darte una oportunidad. ¡Este puede ser tu año!

Que mencione ese nombre me produce malestar. Es algo —o mejor dicho, alguien— que prefiero no recordar.

Carola debe de notar mi cambio de humor, ya que me coge del dedo meñique. Desde pequeñas tenemos la costumbre de hacerlo cada vez que alguna está de bajón y necesita ánimos. Es nuestra forma de decirnos: «No pasa nada, estoy aquí», así que sonrío mientras le devuelvo el gesto.

—¡Me encanta esta canción! Venga, pesadas, coged vuestras bebidas y moved el culo hasta la pista de baile. A este ritmo nos harán vips en la barra.

Seguimos a Carola, que se mete entre la gente al tiempo que suena «Todo de ti». Hemos venido a Chaos, una de las discotecas más grandes y conocidas de la zona. Cuando Nuri nos ha dicho esta mañana que había fiesta preuniversitaria, todas nos hemos apuntado rápidamente al plan. Y no hemos sido las únicas. El local está tan lleno que nos cuesta avanzar.

Encontramos un hueco y bailamos hasta que aparece Adrián, el novio de Carola. Le dice algo al oído mientras la sujeta por la cintura. Nuri y yo nos alejamos de ellos.

—Pero ¿estos dos no estaban peleados?

—Se supone que sí, pero ya los conoces... Es mejor no meterse.

—No entiendo cómo lo aguanta, es insoportable.

Él, sin dirigirnos la palabra, le coge la mano a Carola y comienzan a caminar en dirección contraria. Antes de irse, ella se da la vuelta y vocaliza: «Luego os busco».

Justo en ese momento unos brazos fuertes me rodean por detrás y me levantan del suelo.

—Pero ¡mira a quién me he encontrado! ¡Si es la encargada de la tienda de chuches de la esquina! —Reconozco la voz de Iván al instante.

—Ja, ja. Muy gracioso. ¡Suéltame ya!

Le doy golpes con las piernas para que me deje, sin éxito, y entonces empieza a dar vueltas.

Iván es mi vecino y mi mejor amigo desde que tengo uso de razón. Nuestras madres siempre han sido íntimas, por lo que nos usaban de excusa para bajar al parque y tomarse un café. Su actividad favorita era tirarme del pelo y meterse con mi ropa, ya que desde pequeña me gusta vestirme con muchos colores —de ahí el maravilloso mote de «la encargada de la tienda de chuches»—; la mía era

escupirle en la cara cada vez que podía. Sí, es asqueroso, pero era cuestión de supervivencia.

Decido hacer lo mismo. Vuelvo la cabeza como puedo y veo que me mira con sus ojos verdes. Lleva el pelo, rubio oscuro, más largo de lo normal, lo que le deja un flequillo desordenado. Empiezo a generar saliva e Iván se detiene.

—Vega, ni se te ocurra.

Sonrío con los labios apretados.

—Te juro que, como lo hagas, no vuelvo a hablarte en mi vida. —Noto que empieza a aflojar el agarre.

Frunzo un poco la boca, me preparo para el lanzamiento y…

—¡VALE, VALE! —Me deja en el suelo y se aleja de mí—. Eres malvada, Vega Gil.

Me río, me acerco a él y le doy un abrazo.

—No sabía que vendrías. ¿Con quién estás?

—Con Natalia y unos amigos suyos. —Me mira con picardía.

—Uy, qué pena no habérnosla encontrado —suelta Nuri.

La ironía es evidente. Natalia es una «amiga» de Iván con la que a veces «pasa el rato» y con la que no nos llevemos especialmente bien.

—Hombre, Nuri, no te había visto. —Iván se hace el sorprendido y se vuelve.

—Ja, ya, claro. Hola a ti también. —Nuri finge que se mira las uñas—. Para mi desgracia, yo sí que te he visto.

Estos dos llevan en un tira y afloja desde que los presenté. No han tenido más de cuatro conversaciones civilizadas, si por civilizada contamos un «pásame las patatas».

Pongo los ojos en blanco. No tienen remedio.

—Tan simpática como siempre.

Me parece ver humo saliendo de las orejas de mi amiga.

—Solo con la gente que merece mi simpatía.

—¿Y yo no entro en esa lista? —Iván se cruza de brazos, divertido.

—Tú entras en otra más exclusiva.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuál es? ¿La de los tíos inalcanzables?

—No, en la de los idiotas —contesta Nuri con una sonrisa falsa y se da la vuelta para irse.

Me despido de Iván mientras mi amiga me arrastra hacia la barra más alejada, pero él tiene los ojos clavados en la espalda de cierta rubia que por poco me arranca el brazo.

Una camarera nos sirve rápido dos copas. Saco el monedero para pagar y me fijo en que esta le hace ojitos a Nuri.

—Tía —le advierto por lo bajini—, creo que le gustas a la camarera.

Pone cara de pícara y la observa.

—Es guapa —dice cuando se aleja hacia la caja—, pero hoy es noche de chicas.

Le dedico mi mejor cara de «estás loca».

—No pasa nada si quieres enrollarte con ella, puedo buscar a Carola y así te doy vía libre.

—¿Por quién me tomas? No pienso dejarte sola —insiste—. Además, hoy toca dormir en tu casa y esto cierra en un par de horas.

Cada vez que salimos, nos vestimos en casa de una y a la vuelta dormimos todas allí. Es como una especie de tradición.

—Bueno, lo que quieras —le digo mientras cojo el móvil—. Voy a llamar a Carola. Se supone que se vuelve con nosotras.

Justo cuando suena el primer tono, avistamos una cabellera pelirroja que se acerca.

—¡Estáis aquí! —El abrazo de Carola casi nos tira al suelo—. Llevo buscándoos un buen rato.

—Llegas justo a tiempo, estaba llamándote. —Guardo el móvil en el bolso—. Te vuelves con nosotras, ¿no?

—Ya, en cuanto a eso… —Se muerde el labio y, antes de decir nada, ya sé lo que está pensando—. ¡No me matéis! Adrián y yo estamos en plena conversación de reconciliación y…

—Di mejor en pleno «polvo de reconciliación» —la interrumpe Nuri—. Vamos, que quieres irte con él. Si te apetece, por mí tienes luz verde. Nunca voy a negarle a una amiga que se dé una alegría al cuerpo.

—A mí tampoco me importa —le digo.

—¡Sois las mejores del mundo! Os lo recompensaré, lo prometo. ¡Os invito a chupitos!

La camarera nos atiende de nuevo y nos pone tequila. Madre mía, esto va a acabar fatal. Si hay algo que no tolero, son los chupitos de tequila. Nos pone la sal y el limón en la barra y añade uno más para ella mientras sigue lanzando miraditas a Nuri.

—¡Por los comienzos! —dice Carola.

—¡Por las amigas! —decimos las tres. Nos los bebemos de un trago y noto que la garganta me arde.

Dejo el vaso en la barra, junto a mi copa ya medio vacía.

—¿Qué me he perdido? —me pregunta Carola cuando ve a Nuri hablando con la camarera.

—Nuestra Nuri, que es una ligona.

Después de soltar una carcajada, aviso a Nuri de que vuelvo en quince minutos y acompaño a Carola hasta la salida, donde Adri la está esperando.

Nos adentramos en el tumulto de gente que baila sin parar. Carola tira de mí para guiarme hacia la salida. Yo ni miro por dónde voy, solo me dejo llevar entre empujones y pisotones. De repente, choco contra un hombro y noto que tiro una bebida. Suelto a mi amiga y me doy la vuelta.

—¡Lo siento mucho! No te he visto.

Un chico se agacha para recoger el vaso y clava en mí unos profundos ojos de color marrón oscuro. Me quedo quieta unos segundos, embelesada por su forma de mirarme. Entonces me doy cuenta de que, por mi culpa, se ha manchado parte de la camiseta blanca que lleva. No me da tiempo a fijarme en nada más, pues Carola vuelve a cogerme de la mano y tira de mí.

—¡Perdona! —vuelvo a gritarle mientras mi amiga me lleva prácticamente a rastras por la discoteca.

Al fin conseguimos salir y veo a Adrián.

—Avísame cuando llegues a casa, ¿vale, tía? —Le doy un abrazo rápido.

—Cuenta con ello.

Después de que se monte en el coche, veo que se aleja y me doy la vuelta para volver a entrar.

—No se puede pasar por aquí, señorita —me prohíbe uno de los porteros.

—Pero si acabo de salir por esta puerta.

—Por aquí no se puede entrar, debe ir a la puerta principal.

Empiezo a andar y veo frente a la discoteca varios grupos. Algunos siguen bebiendo en el aparcamiento con los altavoces de los coches a todo volumen, otros están entre los arbustos intentado gestionar lo que han consumido durante la noche y, finalmente, hay parejas que han salido en busca de un momento de intimidad.

Llego a la puerta principal y no me creo lo que ven mis ojos. Hay una cola de treinta minutos para entrar de nuevo en la discoteca y queda poco más de una hora para que salga el bus en el que Nuri y yo volveremos a casa. La llamo al móvil, pero la tía no responde. Seguro que está con la camarera. Le escribo un mensaje y decido caminar hacia la playa. Prefiero esperarla dando una vuelta a estar sola en la entrada. La temperatura es perfecta, una ligera brisa me acaricia la cara y hace que el pelo se me revuelva un poco. Me quito las sandalias y meto los pies en el agua. Empiezo a caminar por la orilla y disfruto del silencio y de las estrellas. Por sorprendente que parezca, se ven genial desde aquí.

No sé cuánto tiempo paseo ensimismada, pero de repente veo una silueta con

el rabillo del ojo que me sobresalta. Ya no estoy sola en este rincón de la playa, sino que ahora hay un chico no muy lejos de mí que ha decidido hacer lo mismo que yo. Parece inmerso en sus pensamientos, mirando hacia el mar. Tiene el pelo castaño ondulado y desordenado que le cubre parte de la frente y las orejas. También es bastante alto. Me ruborizo un poco cuando veo que solo viste unos pantalones y unas zapatillas negras, lo que deja a la vista su torso. La camiseta cuelga de uno de sus hombros, bastante definidos.

Intento alejarme sin que note mi presencia, pero al parecer no lo consigo, porque se da la vuelta de golpe.

—¡Joder! —exclama mientas se lleva la mano al corazón.

—Perdona, no quería asustarte.

Aunque dudo, decido acercarme para ver mejor su cara... ¡Oh! Es el chico al que le he tirado la copa.

Tiene el mentón cuadrado con un pequeño hoyuelo, la nariz recta y los labios carnosos. A pesar de la escasa luz que hay, admiro lo guapo que es.

«Vega, por Dios, le estás haciendo un repaso completo, para ya».

—Me asusta más la manera que tienes de mirarme. ¿Te gusta lo que ves? —Guau, qué directo.

Me quedo callada. ¿Qué se supone que tengo que contestar? «Sí, me encanta lo que veo, justo estoy pensando en lo bueno que estás. Ah, y soy yo la que antes te ha tirado la bebida encima, pero puedo ayudarte a limpiarte sin problema». Pero, como no estoy loca, no voy a decirle eso. En vez de contestarle a la pregunta, con mi espontaneidad tan natural y maravillosa, suelto:

—Deberías ponerte la camiseta, por la noche refresca. —Juro por Dios que quiero que la tierra me trague. Debo de tener la cara como un tomate.

El chico sonríe de medio lado.

—Por si no te has dado cuenta, está mojada —contesta mientras alza una ceja y se cruza de brazos.

Vale, esa postura no me ayuda nada a relajarme y a tener pensamientos coherentes. De repente, empieza a reírse. Si antes quería que me tragara la tierra, ahora mismo quiero cavar mi propia tumba. Estoy muerta de vergüenza y de algo más al escuchar su risa, tan ronca, tan masculina, que acentúa aún más ese hoyuelo del demonio... «Madre mía, Vega, que se está riendo de ti, céntrate».

Creo que se percata de mi lucha interior, porque acaba esbozando de nuevo esa sonrisita. Sus ojos se deslizan por mi cuerpo lentamente; desde mis pies descalzos, pasan por mi vestido y vuelven hasta mis ojos. Nos quedamos callados unos segundos, en un extraño silencio que hace que me ponga nerviosa.

—Ahora el que me mira raro eres tú —le suelto.

—Estoy pensando en por qué me suenas tanto.

—Ya, en cuanto a eso… Puede ser que haya sido yo la que te ha tirado la copa encima.

Atisbo un gesto de sorpresa en su cara.

—¿Puede ser?

Remuevo un poco los pies, inquieta.

—Iba con una amiga y no te he visto, perdona —contesto reconociendo mi culpa.

—Vaya, así que has sido tú… —Frunce el ceño. Mi cara de apuro tiene que ser un poema porque rápidamente añade—: Me estoy quedando contigo, no te preocupes.

Suelto el aire que estaba conteniendo, aunque esa aparente tranquilidad no dura mucho.

—Pero si querías hablar conmigo, no tenías por qué lanzarte así. Con un «hola» habría bastado.

«Mmm, ¿qué?».

—No lo he hecho queriendo. De verdad que no te he visto.

—Ya, claro. Y por eso has aparecido aquí por arte de magia, ¿no?

—Pues sí, solo estaba dando una vuelta.

—Qué casualidad. —Su tono me da a entender que sigue sin creerme, y eso me exaspera.

Menudo prepotente.

—Lo que tú digas —resoplo.

Estoy planteándome dar media vuelta y marcharme cuando pregunta:

—¿Y dónde está tu amiga?

—Se ha ido con su novio, la estaba acompañando a la puerta.

—Y te ha dejado sola a las cinco de la mañana, qué conveniente.

Este tío es idiota.

—Bueno, ha sido un verdadero placer conocerte —añado con ironía—. Pero yo me voy…

—Nico.

—¿Qué?

—Me llamo Nico —repite.

—Pues que te vaya bien la noche, Nico.

Empiezo a andar hacia la discoteca, decidida a esperar a Nuri en la puerta.

He dado apenas cinco pasos cuando oigo:

—No me has dicho tu nombre. —Se pone a mi altura y me corta el paso.

—No me lo has preguntado.

Se revuelve el pelo con una mano y un par de mechones le caen sobre la frente.

—¿Cómo te llamas?

—Vega.

Le tiendo la mano. Está claro que hace demasiado tiempo que no hablo con alguien del sexo masculino, ahora parece que estemos en una reunión de negocios. ¿En serio no se me podría haber ocurrido otra cosa? Mi mano se queda quieta unos segundos hasta que Nico decide devolverme el gesto con una media sonrisa, claramente divertido.

Creo que ya he cubierto el cupo de hacer el ridículo por hoy, así que aparto la mano y doy un paso hacia atrás.

—¿Y se puede saber qué es lo que hacías sola por la playa a estas horas si no era buscarme? —pregunta con guasa.

—¿Siempre eres tan creído? —Ni yo misma sé de dónde he sacado las agallas para preguntarle eso.

Suelta una carcajada.

—Solo cuando la ocasión lo merece, pero no tienes que contestarme si no quieres. Aunque si vas hacia la discoteca, te acompaño. Mis amigos siguen allí y, además, no puedo dejar que vuelvas sola, esto está muy oscuro.

Asiento ligeramente, sorprendida. Empezamos a caminar por la orilla mientras vemos que el cielo empieza a pintarse de tonos anaranjados. Pronto amanecerá.

Al principio me cuesta seguirle el ritmo, soy bastante más bajita que él, pero no me pasa desapercibido que acompasa sus pasos a los míos sin decir nada.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —comento mientras jugueteo con un mechón de mi pelo—. ¿Por qué estabas en la playa? Parecías pensativo.

—¿Tanto te has fijado? —contesta, burlón, y me da un breve codazo.

Resoplo. En parte porque sigue con su actitud chulesca y también porque ese gesto cómplice me ha gustado más de lo que debería.

—Necesitaba salir y airearme un poco —suelta de repente.

—¿Y eso? —le pregunto, pues por su tono sospecho que detrás de esa frase hay algo más, aunque no creo que su contestación sea sincera.

—¿No te ha pasado nunca eso de estar rodeado de muchas personas pero no sentirte tú mismo con nadie? Aunque intentas poner tu mejor cara todo el tiempo, necesitas momentos a solas.

De pronto soy consciente de que nos hemos quedado parados observando el movimiento de las olas.

—Estarás pensando que soy un intenso, ¿no? —añade.

—Me ha sorprendido, pero no me parece tan raro. Hay veces en que es más fácil hablar con desconocidos. No pueden juzgarte ni echarte nada en cara.

Nuestros hombros se rozan levemente, puedo sentir su calor y oler su perfume, como a madera y a ropa recién lavada.

—Supongo que tienes razón —responde volviéndose hacía mí.

Estamos muy cerca. Noto que toma un poco de aire y se remueve en el sitio, dubitativo. Me muerdo el labio inferior, nerviosa por su escrutinio, y me quedo quieta. No sé qué es lo que espero de él, ¿que se acerque aún más? Apenas nos separan unos centímetros. ¿Qué diga algo para romper la tensión que se acaba de crear? Pero no sucede nada de eso. En un abrir y cerrar de ojos, se separa y reanuda el camino, como si no hubiera pasado nada.

—Y… ¿qué estudias?

Me mira divertido.

—¿Qué? —dudo.

—¿Ese es tu intento de sacar conversación? —pregunta.

—Pues sí, ¿qué tiene de malo?

—Es aburrido.

—Es práctico.

—Lo que tú digas.

—Esas preguntas no tienen nada de malo. ¿Qué quieres? ¿Qué te pregunte si tienes novia o cuántas veces te duchas al día? —Alza las cejas y me doy una bofetada mental.

«Vale, Vega, está claro que no ha sido una buena estrategia».

—Así que eso es lo que querías preguntar en realidad…

—Solo era un ejemplo.

—Ya, claro. —Su gesto burlón hace que me ruborice—. No.

—No, ¿qué?

—Que no tengo novia —responde en un murmullo un poco dubitativo.

Asiento con la cabeza, como si de verdad no me importara esa respuesta.

—Y me ducho una vez al día.

—Si mis preguntas te parecen tan cutres, ¿cuáles harías tú? —contesto tratando de pasar del tema.

—No sé…, si te gusta el queso.

—¿El queso?

—Por muy raro que te parezca, puedes saber mucho de una persona con esta respuesta.

Suelto una carcajada.

Nos pasamos un buen rato haciéndonos preguntas al azar. Descubro que Nico

odia los pistachos, ama la música indie y le encanta pasar los veranos en Murcia. Al parecer, durante el año echa mucho de menos la playa. Cuando me dice que vive en Madrid, mis ojos vuelan hasta él, pero no me da tiempo a decirle nada, pues cambia totalmente de tema:

—¿Nos bañamos?

—¿Ahora? —digo sorprendida.

—Sí, ¿por qué no?

—Porque el agua tiene que estar helada y no llevamos bañador, ¿por ejemplo?

—Vaya, así que eres de esas...

—¿De esas cómo?

—De las que no hacen nada que no esté planeado.

Dirijo mi mirada hacia el mar y me muerdo una uña. Sopeso un segundo los pros y los contras de lanzarnos ahora al agua.

—No es eso, pero no me apetece irme empapada a casa.

—Pues lo que yo decía. —Una sonrisa socarrona asoma a sus labios y resoplo.

Llegamos al final del camino y nos paramos.

Estamos muy cerca, tanto que noto que su respiración se acelera junto con la mía. Baja la mirada poco a poco de mis ojos a mi boca. Me descubro a mí misma acerándome más, hasta que nuestros alientos se entremezclan. En sus ojos se refleja la lucha interna que mantiene consigo mismo mientras su mano sube hasta la nuca acariciándome el brazo. Solo nos separan unos milímetros. Se humedece el labio inferior y toma una bocanada de aire, como si de repente le faltase el aliento.

No sé de dónde saco la valentía. ¿Es de los resquicios de alcohol que aún quedan en mi sistema, de la idea de demostrarle que sí puedo ser espontánea o darle a mi cuerpo lo que lleva pidiéndome a gritos desde que lo he visto? Independientemente de la razón, termino de acortar la escasa distancia que hay entre nosotros y junto nuestros labios.

Después de unos segundos, en los que creo que Nico ha estado asimilando lo que está pasando, me devuelve el beso de una forma tan delicada que el corazón me da un pequeño vuelco. No es un beso pasional, sino uno sencillo y tierno que hace que mis piernas dejen de funcionar y se me acelere el corazón.

Sus labios recorren los míos despacio, como si quisiera recrearse en ellos. Sus manos me aprietan contra su cuerpo.

Sin embargo, cuando nos separamos con las respiraciones aún agitadas y abro los ojos, veo que algo ha cambiado en su mirada.

—Deberíamos irnos. Tu amiga tiene que estar buscándote.

Lo miro, confundida, pero solo me sale decir:

—¿Estás bien?

—Perfectamente —contesta, nervioso.

Sin volver a mirarnos, nos dirigimos por fin hacia la entrada de la discoteca. Se hace un silencio tan incómodo que empiezo a preguntarme qué es lo que ha podido pasar para que de repente se comporte así, al menos hasta que mi móvil suena:

—¡¿Se puede saber dónde te has metido?! —oigo la voz de Nuri en cuanto descuelgo. A pesar de la música de fondo, noto el tono enfadado de mi amiga—. Llevo una hora esperándote en la barra. ¡Te he mandado mil mensajes!

—Perdona, tía, de verdad. Estaba en la playa y no me había dado cuenta de que no había cobertura.

—Ya te vale. Podría haber echado un polvo maravilloso con la camarera, pero he decidido esperar a mi amiga desaparecida —me reprocha—. ¿Dónde nos vemos?

Quedo con ella en la entrada y, cuando me vuelvo, Nico ya no está a mi lado. ¿Se ha ido? No me lo puedo creer.

Cuando llego a la entrada, lo busco entre la gente sin éxito. A la que sí encuentro es a Nuri. Me mira con cara de «te quiero matar», pero enseguida me da un abrazo.

—Me he quedado sola una hora dentro de la discoteca, tía. Más te vale tener una buena excusa. Me debes un plato enorme de tortitas con extra de chocolate.

Me coge del brazo y andamos hacia el bus, que pillamos por los pelos. Nos dejamos caer en dos asientos del final, exhaustas. Vaya nochecita…

—¿Se puede saber por qué has estado tanto tiempo sin dar señales de vida?

Mira que es cotilla, no se espera ni a que estemos en casa. Voy a contarle mi encontronazo con Nico cuando lo veo a través del cristal. Inmediatamente se me cae el alma a los pies.

Se dirige hacia el aparcamiento y no va solo. Una morena se le cuelga del cuello y se le pega al cuerpo como si no hubiera nadie más alrededor. ¡Y me ha dicho que no tenía…!

Él parece intentar hablar con ella, pero no lo distingo bien. Se alejan hasta llegar a la puerta de un coche negro, donde se paran. Aparto la mirada cuando veo la cara de la morena acercándose a la de Nico y darle un beso.

«He besado a un tío con novia».

Ese es mi primer pensamiento. La decepción cae sobre mi cuerpo como un jarro de agua fría. Siempre me pasa lo mismo: conozco a un chico, me creo la protagonista de una historia de amor de película y luego la realidad me da una

bofetada.

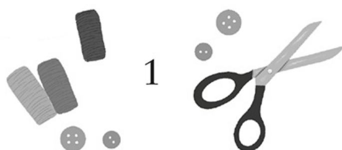
Me vuelvo hacia Nuri y, con toda la entereza que puedo, le suelto a bocajarro:

—He conocido a un gilipollas, lo he besado y ahora creo que tiene novia.

No hacen falta más palabras. La cara de sorpresa y de confusión de mi amiga habla por sí sola. Simplemente se acerca para abrazarme y me dice:

—Mañana extra de tortitas y luego vamos a por una tarta de queso.

Esta es su forma de decir: «Estoy aquí».



1

Septiembre

Bajo del taxi y admiro el edificio de ladrillo rojo que será mi casa los próximos cuatro años.

Tenía claro que quería pasar los primeros años de mi vida universitaria en una residencia, ya que es una buena forma de integrarse y conocer gente de todas partes.

La entrada está a rebosar de personas entrando y saliendo. Las esquivo como puedo para acceder al edificio mientras tiro de mis dos maletas de veinte kilos cada una; los «por si acaso» pesan mucho.

—¡Tía, por fin has llegado! Estaba esperándote en la cafetería —me recibe Carola.

Lleva un vestido corto de color verde que hace juego con sus ojos y contrasta con su larguísima melena pelirroja.

—¿Tanto he tardado? —le digo dándonos un breve abrazo.

—No más de lo habitual.

Ja, qué graciosa.

—Te ayudo a subir las maletas y vamos a buscar a Nuri. Hemos pensado en inaugurar la vida madrileña en un bar de aquí al lado que nos han dicho que está muy bien.

Después de hacer todo el papeleo en recepción —¿cuántos formularios son demasiados para rellenar en un día?—, me dan la llave con el numerito de mi

habitación y nos dirigimos hacia el ascensor.

—¿Dónde piensas meter las veinte mil cosas que te has traído? —me pregunta mi amiga—. Sabes que las habitaciones son enanas, ¿no?

Tiene razón. Nada más abrir la puerta, compruebo que el cuarto tiene unos doce metros cuadrados como mucho. Hay una cama individual en el lado derecho y una mesa de estudio junto a la ventana, que da al jardín trasero del edificio. Hay una puerta con un espejo grande —¡gracias a Dios!— que conduce a un pequeño baño individual. Del armario..., mejor no hablamos. Está pegado a la parte izquierda y no tiene espacio ni para la mitad de las cosas que he traído.

—Esto debería estar prohibido. ¿Dónde se supone que voy a poner los zapatos? ¿En la ventana? —me quejo.

—Encontrarás la manera de organizarte. Deja las cosas y vamos a por Nuri. Conociéndola, ya estará haciendo de las suyas.

Al llegar a su habitación, nos encontramos la puerta abierta y ropa tirada por todos lados: encima de la cama, en el escritorio, por el suelo... Además, hay unas zapatillas sobre la silla y un par de sujetadores colgados de la lámpara.

—Eh... ¿Hola? —Doy un paso para entrar y me tropiezo con un cepillo del pelo—. ¡Ay! Tía, ¿qué clase de selva es esta? —Me agacho para recogerlo cuando Nuri sale recién duchada del baño.

—¡Chicas! No os he oído entrar. Estaba dándome un agua antes de salir. Después de ordenar tanto, olía a muerto. —Coge una toalla y empieza a secarse el pelo.

—¿Me estás diciendo que esta es tu definición de «ordenado»? —Carola señala con un gesto a su alrededor—. Es broma, ¿no?

—¿Te estabas duchando con la puerta de la habitación abierta? Mira que eres burra —añado riéndome.

—Si llego a saber que venía el sindicato, me habría puesto más seria. —Nuri se sienta sobre la cama o, mejor dicho, sobre la ropa, y nos mira con cara de indignación—. Punto número uno: no sabía que la puerta estaba abierta, no soy una exhibicionista. Punto número dos: ¿habéis visto esta caja de zapatos que llaman «habitación»? La jaula de mi hámster es más grande.

Empieza a rebuscar entre sus cosas hasta que encuentra un vestido corto y ajustado de estilo *tie-dye*. Se viste mientras sigue quejándose y se aparta de la cara el pelo rubio, que se le está secando en ondas desenfadadas por encima de los hombros.

—Toma, anda. —Caro saca sus míticas Converse blancas de detrás de la almohada y se las tiende. Yo prefiero no preguntar cómo han llegado hasta allí—. Mañana podemos pasar el día ordenando las habitaciones e ir a Ikea a comprar

cosas monas de decoración.

—Buena idea. Necesito perchas, pero seguro que acabo con mil cosas cuyo nombre soy incapaz de pronunciar —responde Nuri cuando salimos de su habitación.

Ya en la calle, aprecio la belleza del barrio. Antes de venir, mis padres me avisaron del calor que hacía en Madrid y no se equivocaban. Solo hemos andado unos minutos y ya estamos sudando a mares.

—Me voy a derretir. Seré como ese queso que pones en la pizza y acaba achicharrado —dice Nuri, que no tarda en hacerse un moño alto.

—Esto de que en Madrid no haya playa nos pasará factura —agrega Carola mientras se abanica con un papel que ha sacado del bolso como si le fuera la vida en ello.

Por mi parte, empiezo a arrepentirme de haberme puesto pantalones largos. Acabo siguiendo el ejemplo de mi amiga y me recojo el pelo, porque lo tengo larguísimo y encima es negro.

Seguimos hasta el final de la calle y llegamos al bar que hace esquina. Tiene una fachada verde que le da un rollo *vintage* muy chulo y varios ventanales a ambos lados del edificio. Encima de la puerta se lee el nombre: Quitapesares.

—Cómo se nota que este bar es universitario.

—Nos va a quitar todos los males en época de exámenes, eso seguro —me responde Caro mientras abre la puerta para entrar.

El local es bastante grande y se divide en dos niveles. Hay varias mesas que están ocupadas y mucha gente, ya con una cerveza en la mano, apostada alrededor de la larga barra. Esta tiene una variedad de tiradores que ya quisieran muchos pubes irlandeses. En la pared hay fotos de famosos de los ochenta y de grupos de música. Desde aquí también veo un pequeño escenario, al fondo.

—¡Mirad, chicas! —Nuri nos señala un cartel que cuelga de la pared—. ¡Hay música en directo todos los jueves!

—Qué guay, ¡tenemos que venir! —Carola empieza a dar saltitos, emocionada.

—Que sí, que sí, pero venga, que me muero por una cervecita bien fría —apremio.

Las arrastro a una mesa alta que se encuentra en el ventanal y, nada más sentarnos, un camarero se acerca para tomarnos nota.

—Tres cervezas y unas marineras, por favor —pide Carola.

El pobre muchacho la mira con cara de no entender nada y no puedo evitar reírme. Esta chica no tiene remedio.

—Tía, que estamos en Madrid —le digo, y mi amiga me mira con evidente

confusión.

—Hija, de verdad, la que quiere ver mundo… ¡Un plato bien grande de patatas bravas! —pide Nuri—. Me muero de hambre.

Cuando el camarero se va estallamos en carcajadas. Pero Carola sigue sin entender nada.

—Son típicas de Murcia, aquí no saben qué son. Lo más cerca que estarás de unas marineras es pidiendo una ensaladilla rusa —explico.

—Y olvídate de pedir unas patatas con limón y aceitunas —sigue Nuri.

Al cabo de un par de horas, me levanto para ir al baño. Tengo que ir sorteando a la gente para poder llegar, aunque por fortuna no hay cola. Entiendo rápidamente por qué: la puerta del cubículo no cierra, el váter no tiene tapa y está bastante sucio, nivel «Te vas a tu casa con una infección de regalo». Qué duro es ser chica a veces. Estoy ahí en cuclillas aguantando la puerta cuando oigo entrar a un grupo de chicas hablando entre sí.

—¿Has sabido algo de Nico estos días?

Juro por Dios que hasta se me corta el chorro de la impresión que me da escuchar ese nombre.

—Nada. Aunque este fin de semana hay comida en la casa de campo de mis padres, así que lo veré —responde una voz aguda.

«A ver, Vega, respira. ¿Cuántos chicos hay en el mundo que se llamen Nico? Ya sería casualidad que estén hablando del mismo».

—¿Crees que irá? —pregunta una de las amigas.

—Claro, nunca se lo pierde.

Me agarro a la puerta y trato de mirar sin éxito por encima. Necesito saber si es la morena que vi aquella noche o me estoy montando otra película. Así que tomo una de mis maravillosas decisiones y me subo al váter. Culpo de todo esto a las mil veces que he visto *Los ángeles de Charlie*. Consigo poner los pies en el borde de la taza y me inclino hacia delante para apoyarme en la puerta y mirar desde arriba.

Hay tres chicas frente al espejo retocándose el maquillaje, pero no consigo verles la cara.

Decido bajar del retrete, lo mejor será salir y verlas directamente. Pero justo cuando estoy a punto de quitar las manos de la puerta, pierdo el equilibrio. Se me resbala un pie, caigo al suelo y me golpeo la cabeza contra la madera.

Adiós a mi modo incógnito.

—¿Mmm… Hola? ¿Estás bien? —pregunta una de ellas.

—¿Te has hecho daño? —dice otra.

Me cago en mi vida y me cago en mi suerte. Esto no puede estar pasando.

La puerta se abre y mis sospechas se evaporan. Ante mí, una morena que resulta no ser aquella persona que vi con Nico me tiende la mano.

—¿Necesitas ayuda? ¿Te has mareado?

Se piensa que voy borracha, y no la culpo. Estoy tirada en el suelo y noto lo que tiene que ser un chichón del tamaño de una pelota de tenis saliéndome en la frente.

Con toda la dignidad que me queda, que no es mucha, voy a agarrarle la mano cuando me percato de la cara que está poniendo. Miro a mi alrededor buscando qué es lo que le causa esa expresión cuando me doy cuenta del motivo: mi mano, al igual que todas las partes de mi cuerpo que han tenido contacto con este asqueroso cubículo, está llena de pis y de otras sustancias que prefiero no identificar por mi propia salud mental.

Como buenamente puedo, me levanto y me limpio un poco con papel antes de volverme hacia la chica.

—Gracias, no ha sido nada —digo a duras penas. Siento tanta vergüenza que no me salen las palabras—. Me he tropezado y no sé cómo he acabado en el suelo.

—No te preocupes, le puede pasar a cualquiera —me contesta con una sonrisa tranquilizadora que hace que hasta me sienta mal por mentirle. Quiero que me atropelle un autobús.

—¿Vamos, Em? —Una de sus amigas la apremia para salir.

—Sí, claro. —Se despide con la mano.

En cuanto se van, voy hacia el lavabo y trato de limpiarme un poco mejor, sin éxito. Tengo unas pintas horribles. Llevo el top manchado, el pelo se me ha enredado de manera imposible, la raya del ojo se me ha corrido y ahora parezco un panda. Examino el golpe que me he dado, rezando para que, encima, no me salga un chichón. Luego me echo agua en la cara para refrescarme y tratar de poner algo de orden en mi cabeza.

Después de plantearme si quedarme a vivir en el baño, salgo y voy hacia la mesa donde están mis amigas.

—Ya iba siendo hora, has estado como veinte minutos ahí dentro —me dice Nuri.

¿Han sido solo veinte minutos? Me ha parecido una eternidad.

—Toma, tu cerveza ya está un poco calentorra, pero dale un trago a la mía y ahora pedimos otra ronda. —Carola me pasa su bebida y se fija en mi cara—. ¿Estás bien?

—¿Soy yo o huele a pis? —suelta Nuri de repente mientras olisquea. Me mira y se fija en mi ropa manchada y en mi frente—. Tía, ¿se puede saber qué has

hecho en el baño?

La fulmino con la mirada y doy un largo trago a la cerveza. Me miran esperando una respuesta y sé que no me van a dejar irme de aquí hasta que se lo haya contado, así que les relato mi maravillosa serie de catastróficas desdichas. Cuando termino, las dos tratan de aguantarse la risa como pueden.

—Si lo llego a saber me callo —refunfuño.

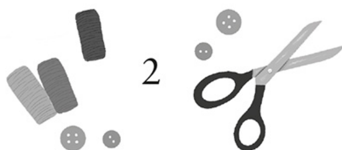
Estallan en carcajadas, incluso Nuri se limpia un par de lágrimas de la risa.

—Soy una pringada —me quejo—. Ya solo me falta encontrármelo a él.

—Va, relájate, no vas a volver a verlo. Ni siquiera tú tienes tan mala suerte —dice Nuri mientras enreda su brazo con el mío y al final consigue que me ría.

—¿Qué os parece si nos vamos yendo? Creo que ya han sido suficientes emociones por hoy. —Carola me lanza una mirada risueña y me coge del otro brazo—. Además, amiga, apestas.

Sigo pensando en ello cuando entro en mi habitación y me meto directa en la ducha. Es cierto, ¿qué posibilidades hay de que vuelva a verlo?



2

Decir que odio el metro de Madrid sería quedarme corta.

Esta mañana he salido con una hora de antelación para no llegar tarde a mi primera clase, pero con tantas líneas y colores no me aclaro.

Supuestamente me había metido en la que llevaba a mi universidad y luego ha resultado que iba en dirección opuesta. Me he dado cuenta cuando llevaba varias estaciones, así que he tenido que cambiar de andén y dar media vuelta. Dicen que el metro de Madrid es de los más fáciles y simples de coger, pero eso es porque no han vivido en una ciudad cuyo transporte público es un tranvía que solo tiene dos direcciones: izquierda y derecha.

Cincuenta minutos más tarde, llego al edificio de Derecho. La puerta del aula está abierta, lo que quiere decir que la clase aún no ha empezado. Nada más sentarme, dejo mi bolso y apoyo la cabeza en la mesa. Nota mental: «Salir tres horas antes para poder llegar a tiempo».

Cuando el profesor de Derecho romano entra por la puerta, saco el iPad.

—Para empezar, el Derecho romano es la base de todo lo que vais a estudiar. Es muy importante que entendáis bien los conceptos, porque si no os vais a perder en el resto de las asignaturas.

Ni siquiera saluda, simplemente comienza a explicar el método de evaluación y trato de tomar notas todo lo rápido que puedo. ¿Son así el resto de los profesores? Porque este no nos da ni un respiro. Empiezo a cuestionarme dónde me he metido cuando noto que algo me pincha en la espalda. Me vuelvo y me encuentro con una chica de ojos rasgados y pelo corto negro. Me mira con una sonrisa de disculpa en la cara.

—Perdona por molestarte, es que no he oído bien el nombre del manual que tenemos que comprarnos y he visto que lo has apuntado. ¿Me lo puedes repetir, por favor?

Le sonrío en respuesta y le enseño mis notas para que apunte todo lo que le falte.

Cuando acaba la clase, nos ponemos a hablar mientras vamos a la siguiente aula.

—Me llamo Vega —me presento.

—Yo soy Tara.

En tan solo diez minutos, que es lo que dura el descanso entre clases, descubro que Tara vive en Madrid con sus padres. Emigraron desde Japón cuando eran jóvenes y tienen varios restaurantes por la zona. Hablamos un poco de todo y acaba recomendándome varios sitios a los que ir con las chicas y planes que hacer por aquí. Es simpática y acabamos intercambiándonos los números.

La mañana se me hace más pesada de lo que esperaba. Cuando llega nuestra última clase, solo puedo pensar en tirarme en la cama y dormir quince horas seguidas. El aula se va quedando poco a poco en silencio mientras entra nuestro profesor. Le sigue un chico rubio y bastante alto vestido de manera informal, en contraste con el traje que lleva el profesor. Este se sienta frente al escritorio y se presenta:

—Buenas tardes, mi nombre es Joaquín y voy a ser el encargado de daros la asignatura de Derecho constitucional —dice mientras empieza a trastear con el ordenador—. Este es Jorge, va a ser mi ayudante durante este año. Es uno de mis mejores alumnos de último curso y está terminando el trabajo de fin de grado. Me ayudará con algunos temas y estará a vuestra disposición para cualquier duda que tengáis sobre la materia.

Jorge repasa la clase con la mirada. Pese a no parecer mucho mayor que nosotros, la postura y la barba de tres días le dan un aire más adulto.

—Será un placer ayudaros en lo que necesitéis. Yo también he sido estudiante de primer año y sé lo que puede imponer.

Coge una silla y se sienta junto al profesor, que empieza a explicar el método que va a seguir para impartir la asignatura. Por segunda vez en lo que llevamos de día, Tara me pincha en la espalda y me doy la vuelta.

—Vaya con el ayudante. Creo que voy a necesitar muchas tutorías este semestre —me susurra.

Me río y niego con la cabeza.

Pasa la hora y oficialmente termina mi primer día en la universidad.

Poco a poco, la gente va saliendo de clase, incluido el profesor. Se ha

despedido de Jorge nada más terminar la lección y ha salido volando por la puerta como si se tratase de un alumno más.

—¡Esperad un momento! —Jorge detiene a los que ya se iban y se dirige a los demás—. ¿Tenéis ya asignado un delegado en clase?

En respuesta todos nos miramos y nos encogemos de hombros.

—Vale… —Rebusca entre los papeles que tiene en la mesa hasta dar con uno en concreto—. Voy a designar a una persona al azar para que me dé su email y así ir pasándole las lecciones y el temario que vayamos dando.

Pasa el dedo por la hoja, en la que supongo que tiene apuntados a todos los alumnos que estamos matriculados en la asignatura. Varias chicas lo miran con ojitos esperando ser la seleccionada. Al cabo de unos segundos, para en uno y dice:

—¿Vega Gil?

Se oye un breve suspiro de decepción. No puedo evitar pensar que les cedería encantada el puesto que me ha tocado. No me gusta hacerme responsable de tareas de las que depende otra gente. ¿Y si pierdo la contraseña? ¿O me hackean la cuenta? Quedaría fatal ante el profesor.

La gente se mira entre sí, buscando a alguien que responda a ese nombre, hasta que finalmente levanto la mano.

—Soy yo.

—Vale, quédate un segundo. Los demás podéis salir.

Tara se despide rápido de mí con la promesa de que mañana a primera hora nos veremos en clase, no sin antes susurrarme:

—Disfruta de tu primera tutoría con el tío buenorro. ¡Vas a ser su ojito derecho!

Cojo mi bolso y me acerco a la mesa. Sentado, Jorge mira el ordenador mientras apunta algo en un papel.

—De acuerdo, Vega. —Sus ojos son de un profundo color azul—. Necesito que me des tu correo electrónico. Te pasaré el temario, información sobre el examen, trabajos… y así tú puedes pasársela a tus compañeros.

Lo apunto en la hoja que me tiende y le devuelvo el bolígrafo.

—¿Qué tal el primer día de clase?

No me esperaba que me fuera a preguntar nada, así que tardo un poco en responder.

—Bien, supongo.

Lo cierto es que estoy un poco abrumada. En tan solo una mañana, hemos tenido varias clases que me han parecido bastante complicadas, pero lo achaco a que no estoy acostumbrada al modo de estudio universitario. Voy a tener que

ponerme las pilas pronto si quiero sacar con nota todas las asignaturas.

Algo en mi cara debe de darle a entender que no estoy siendo del todo sincera, así que empieza a recoger sus cosas mientras me dice:

—Esta carrera es difícil, pero no imposible. Es normal que al principio os impresione, son muchas cosas nuevas en poco tiempo. Cuando yo empecé, no sabía cómo gestionarme el tiempo y llegar a todo, pero una vez te pones, la cosa va fluyendo y se hace más fácil, ya lo verás.

Su sonrisa tranquilizadora hace que me calme un poco.

—Espero que a mí me pase igual —contesto.

Es el momento de que me vaya, sobre todo si quiero llegar para comer con las chicas en la residencia. Como si las hubiera invocado, mi teléfono empieza a sonar.

Después de despedirme de Jorge, salgo pitando y respondo la llamada de Carola.

—¡Voy de camino, guárdame un plato de macarrones con mucho queso!

Una vez más, me adentro en la boca del metro. A ver cuánto tardo esta vez en llegar a la residencia…



Un plato de pasta, dos helados y tres horas más tarde, las chicas y yo estamos tumbadas en los sofás de la sala común cotilleando y poniéndonos al día sobre las primeras clases y la gente que hemos conocido. Les he contado la tarea que me ha encomendado el «rubiales», como lo ha bautizado Nuri, y no ha tardado en ser el tema de conversación estrella.

—Vaya tela, apenas una semana en Madrid y ya se ha ligado a un cañonazo. Si es que ya te dije yo que este era tu año. —Nuri me mira pícara, y no puedo evitar poner los ojos en blanco.

—Deja de montarte películas. Solo soy la encargada de pasar los apuntes —justifico.

—Encargada o no, algo tiene que haber visto en ti —canturrea.

La dejo divagar, paso de decirle que lo único que ha visto ha sido un nombre en una lista. Conozco lo suficiente a mi amiga para saber que no serviría de nada.

—Bueno, ¿y tú qué tal? —Le doy un pequeño codazo a Carola para que me preste atención. Lleva trasteando con el móvil desde que nos hemos sentado, seguramente esté hablando con Adrián.

—Bien. —Termina de escribir algo y lo deja a un lado—. Las clases me han gustado mucho, la verdad.

Carola siempre ha tenido claro que quería estudiar Turismo y Gestión hotelera. Es curioso porque precisamente ha sido la que menos ha viajado de las tres, pero creo que justamente eso es lo que la llevó a entrar en esa carrera. Su sed de viajar y conocer mundo no es ningún secreto para nosotras, incluso cuando no se ha montado en un avión en su vida.

Empieza a hablarme de la gente que ha conocido y de las asignaturas que va a dar. La ilusión que hay en sus ojos me deja claro lo emocionada que está y refuerza algo que yo ya sabía desde hace tiempo: ha tomado una buena decisión.

Pasa la tarde y comentamos los planes para esta semana.

Al cabo de un rato, varias chicas entran y empiezan a colgar carteles en la pared. Nos levantamos y leemos lo que pone en ellos.

—¡Las novatadas! —exclama Nuri—. Esto va a ser genial. Vamos a ir, ¿no?

Carola y yo nos miramos, pues tenemos serias dudas. Al parecer, las novatadas hacen que conozcas a mucha gente y son una especie de bienvenida que organizan los veteranos para los recién llegados, pero también consiste en que te hagan pruebas y bromas que a veces no son de buen gusto.

—No sé yo… —empieza Carola.

—Tía, lo pasaremos muy bien. Conoceremos a un montón de gente nueva —sigue Nuri—. ¡Es parte de la experiencia universitaria!

Para salir de dudas, decido acercarme a una de las chicas y preguntarle en qué consisten.

—No son novatadas como tal —me responde—. Las residencias nos juntamos y organizamos una serie de pruebas que no son peligrosas, si eso es lo que te preocupa. Os animo a que vengáis, la gente lo suele pasar bien.

Nada más decir eso, Nuri se acerca y le dice:

—¿Dónde nos apuntamos?

Nos pasa una lista y anotamos nuestros nombres y números de teléfono.

—Haremos un grupo de WhatsApp mañana, duran desde este viernes hasta el sábado. Os daremos toda la información necesaria, pero por lo pronto sabed que tenéis que llevar ropa cómoda —explica.

—Perfecto, ¡nos vemos el viernes, entonces! —se despide Nuri y acto seguido nos pregunta—: ¿Os apetece que vayamos al centro y nos tomemos algo? Aún no lo hemos visto y me han recomendado un sitio que hace la mejor tortilla de

patatas del mundo.

No le cuesta mucho convencernos, así que decidimos ir a las habitaciones a coger cuatro cosas y marcharnos. Estamos subiendo la escalera cuando el móvil de Carola empieza a sonar. Nada más ver quién es, cambia la expresión de su cara.

—Chicas, yo me quedo en la habitación. Mejor nos vemos mañana.

Nuri y yo compartimos una mirada cómplice y no puedo evitar preguntarle:

—Es Adrián, ¿no?

No llevamos aquí ni dos días y ya han sido varias las veces en las que Carola ha tenido que quedarse en su habitación hablando con él. No sé si están bien, pero preguntarle hace tiempo que ya no es una opción: se pone a la defensiva y prefiere no hablar de ello. Lo máximo que podemos hacer es apoyarla y estar ahí cuando lo necesita.

—Caro, ¿no puedes decirle que habláis mañana? Antes de comer, habéis estado hablando como una hora y no parecía una conversación muy agradable. —Nuri intenta ser sutil.

—Está todo bien, de verdad. Me apetece hablar con él, la distancia no es fácil. Nunca nos habíamos separado tanto tiempo.

—Porque no te deja —dice Nuri en un murmullo apenas audible.

A pesar de nuestra reticencia, Carola nos asegura que se une más tarde si puede, aunque sabemos que no va a pasar. Cuando tiene días malos con Adrián, que, por desgracia, son bastante habituales, no suele querer hablar con nadie.

—Me duele verla así. Acabamos de llegar y ese imbécil ya está haciendo que se sienta mal por haber decidido irse a estudiar fuera —se queja Nuri.

—Creo que es mejor que dejemos lo del centro para otro día —sugiero—. ¿Y si pasamos del comedor y pedimos unas pizzas? Podemos ver una peli en mi ordenador, así estamos cerca de ella por si nos necesita.

Escribimos un mensaje por el chat para que sepa que nos quedamos en la residencia. Pasa una hora desde que llega la cena y nos decidimos a ver, por decimosexta vez, *Mamma mia*.

Estamos comiéndonos nuestra segunda porción de pizza cuatro quesos mientras vemos a las amigas de Donna cantándole «Chiquitita» cuando Carola entra en la habitación.

Se ha puesto su pijama favorito y se ha cambiado las lentillas por sus gafas de leer. Me fijo en que sonríe, pero es ese gesto forzado medio empañado por la tristeza que le hemos visto demasiadas veces.

—¿Hay hueco para mí?

Sin mediar palabra, le dejo espacio y se acuesta a mi lado. Estamos las tres

apretujadas en mi cama con el ordenador frente a nosotras. Nuri, que está a mi izquierda, le pasa un trozo de pizza y le dice:

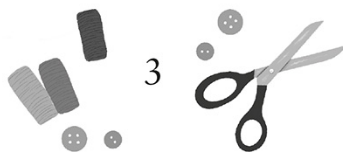
—Siempre hay hueco para ti.

Le doy al play y la canción vuelve a sonar. Escucho atenta la letra mientras cantan sobre cómo odian verla así, mal, y no puedo evitar mirar a Carola.

Me devuelve la mirada y sé que sabe lo que estoy pensando. En vez de decirme nada, apoya la cabeza en mi hombro y vuelve a fijar su atención en la película.

Le cojo la mano y enredo su meñique con el mío.

«Estoy aquí».



3

Ser un desastre es un talento innato que pocas personas poseen.

No es tan sencillo como llegar tarde a los sitios, ir con la camiseta del revés o equivocarte y ponerte dos calcetines distintos. Requiere años de experiencia y muchas situaciones traumáticas. Por eso, empezar la mañana del miércoles habiéndome quedado treinta minutos de más dormida, tirándome el café del desayuno sobre el vestido blanco y volviendo a equivocarme con el maldito metro camino de la universidad no hace que mi humor decaiga. Aunque me cueste muchísimo, intento canalizar toda esa energía en un simple «al mal tiempo, buena cara», como tantas veces me ha dicho mi madre.

«Vamos, Vega, sé positiva. Nueva ciudad, nueva tú».

Por eso, cuando entro tarde a mi primera clase del día, con un pañuelo en tonos rosas atado a la cintura, para tratar de ocultar la mancha marrón de la parte baja de mi vestido, y con una sonrisa de disculpa en la cara, estoy a puntito de explotar del agobio que llevo encima, pero trato de calmarme. No ayuda mucho que por lo menos cien cabezas me estén mirando ni que el profesor se queje por verse interrumpido.

Claro está que no sabía lo que iba a suceder en ese preciso momento. De ser así, habría fingido gastroenteritis y me habría pasado el día en mi preciada cama.

La cosa mejora cuando me percato de que la clase está a reventar. Busco a Tara con la mirada y la encuentro sentada en la otra punta del aula. Me dedica un gesto de disculpa por no haber podido guardarme un sitio, ya que ayer nos mandamos varios mensajes para quedar en sentarnos juntas.

Encuentro los últimos sitios libres y tomo asiento. Saco la tablet y me

pregunto si seré capaz de oír desde aquí al profesor, ya que por lo menos hay diez filas llenas de gente por delante.

Hoy es la primera vez que vamos a dar Derecho civil y estoy un poco nerviosa. Me han dicho que es una de las asignaturas más duras de primero, lo que explica lo llena que está el aula, así que pongo todo mi empeño en estar atenta. Nunca he sido una estudiante de dieces, pero sí me he esforzado por dar lo máximo de mí y sacar buenas notas.

El profesor, como era de esperar, ha empezado hace un rato a dar instrucciones sobre cómo va a funcionar el método de evaluación. En la pizarra hay un pequeño esquema que indica lo que necesitamos para aprobar: el examen parcial vale un cuarenta por ciento; el final, otro cuarenta por ciento y el último veinte por ciento es un trabajo que debemos hacer por parejas. Justo ahora está haciendo las parejas y dictando los temas para los trabajos.

Poco después, la puerta se vuelve a abrir. Cuando alzo la mirada para ver quién es, me quedo congelada. Podría distinguir ese pelo castaño ondulado y esa espalda tan ancha en cualquier parte.

A la mierda, la nueva yo. Esto tiene que ser una broma.

Nico pide disculpas al profesor, que ya está molesto por tantas interrupciones, y busca un asiento con la mirada.

«Mátame, camión».

Horrorizada, lo veo dirigirse hacia el único sitio libre en toda el aula, que está a mi lado. Sé el momento exacto en el que me reconoce, porque se queda pasmado. Tengo los nervios a flor de piel, pero él no parece estar mucho mejor. Lo único que hace es mirarme ojiplático mientras se revuelve el pelo sin parar; tiene ese aire desenfadado que me encanta. «¡Vega, por Dios, céntrate!». Por suerte, la voz enfadada del profesor hace que rompamos el contacto visual.

—Señor Hernández, ¿va usted a quedarse ahí parado interrumpiendo mi clase más tiempo o va a sentarse y a tratar de aprobar la asignatura este año?

Nico sale de su estupor e intenta buscar otro asiento alejado de mí.

—Está usted poniendo a prueba mi paciencia. Tiene un asiento libre allí. —Me señala.

Con cara de circunstancias, se dirige a la silla, deja su mochila negra en el suelo y fija su mirada en la pizarra, incómodo.

—Como iba diciendo —continúa el profesor—, los señores Juan García y Fernando López harán el trabajo sobre...

Dejo de prestar atención y miro a Nico con disimulo. Tiene una expresión seria y se remueve en la silla con gesto inquieto. Pues ya somos dos.

—Vega Gil.

Levanto la mano y el profesor centra la atención en mí.

—Hará el trabajo con Nicolás Hernández, así pueden buscar juntos el significado de la palabra «puntualidad».

«Tierra, trágame».

Hago ejercicios de respiración tratando de calmar mis descontrolados nervios. Inspirar, espirar... Esto no funciona.

Nico sigue mirando hacia la pizarra como si no acabasen de asignarnos un trabajo juntos. Lo único que delata su nerviosismo es la tensión en la mandíbula y que no para de mover el pie arriba y abajo.

Durante el resto de la clase, procuro concentrarme en otra cosa que no sea el moreno que tengo a tan solo unos metros, pero mis esfuerzos son en vano. Una y otra vez, mis ojos vuelan hacia la izquierda, pero no reciben respuesta alguna. Poco después, el profesor da la clase por terminada y la gente empieza a levantarse, deseosa de disfrutar el descanso. Ahora sí, Nico vuelve a dirigirme la mirada y me pregunto si este es el momento para hablar. Tendremos que ponernos de acuerdo para el trabajo y ni siquiera tengo su número.

Justo cuando abro la boca, él rompe el contacto visual, coge a toda prisa su mochila y sale disparado por la puerta sin mirar atrás.

Pero ¿qué le pasa a este chico? No le he hecho nada.

«Bueno, lo besaste». Pero él podría haberme apartado en cualquier momento. Además, el que me dijo que no tenía novia fue él. Un pequeño dato sin importancia que le habría agradecido enormemente.

Estoy tan centrada en mis pensamientos que me sorprendo cuando Tara aparece en mi campo de visión.

—Vega, ¿estás bien? Te has quedado mirando hacia la puerta con cara de querer matar a alguien.

Salgo del bucle en el que yo misma me he metido y le aseguro que no es nada.

Como tenemos una hora libre hasta la próxima clase, vamos a la cafetería y nos pedimos un café.

—¿Tienes pensado ir a las fiestas de este fin de semana? —le pregunto al cabo de un rato.

—¿A las que organizan las residencias? No lo creo. Vivo con mis padres, por lo que no tiene mucho sentido que vaya.

—A mí tampoco es que me haga la ilusión de mi vida, pero dicen que es una buena ocasión para conocer gente. Deberías venirte, mis amigas y yo estaremos allí.

—Hacemos una cosa, te mando un mensaje este fin de semana y me uno a

vosotras un día, ¿te parece?

Una vez tenemos nuestras bebidas, decidimos salir para ver mejor el campus y, de paso, tomar un poco el sol. Damos un paseo hasta llegar a un edificio circular con grandes ventanales que me impresiona bastante.

—Esta es la biblioteca general. Todos los universitarios, independientemente de lo que estudien, pueden venir, incluso abre por las noches. El año pasado yo venía aquí con la tarjeta de mi novia, que está en segundo de Medicina.

—No sabía que estabas con alguien, ¿cuánto tiempo lleváis? —le pregunto.

La verdad es que no me sorprende, a pesar del comentario que me hizo sobre el rubiales..., digo... Jorge. Me daba la sensación de que Tara tenía algún rollete por la cara que ponía al mirar el móvil.

Acabamos sentadas a la sombra de un árbol y me cuenta que lleva tres años con Inés, se conocieron en los *scouts* de niñas. Su cara de ilusión al hablarme de ella me deja claro lo enamorada que está. Me cuenta mil cosas sobre su relación y se le ilumina la mirada cuando le digo que me encantaría conocerla.

Entonces me pregunta si yo estoy con alguien y me quedo callada un momento.

—Tuve una especie de relación con un chico de mi instituto, Víctor. Pero se terminó rápido. Era un idiota y no teníamos nada que ver.

—¿Era malo contigo? —se aventura a preguntar Tara.

Durante unos segundos, medito mi respuesta. Es el único chico con el que he tenido algo serio. Empezamos a salir cuando teníamos diecisiete años y, en ese momento, pensaba que estaba enamorada. Ilusa de mí. Imaginaos mi cara cuando, a los cuatro meses, me entero de que se ha liado con una chica a mis espaldas.

Me sentí muy traicionada al ver que me había mentido. ¿Cómo puede alguien estar con una persona y engañarla como si nada?

Sin embargo, lo que me llamó la atención es que, cuando se terminó, no estaba triste por Víctor, ni siquiera lo echaba de menos como pensaba que debía hacer. Lo que peor llevaba era lo rotas que habían quedado mis ilusiones. Mi madre me dijo un día: «Estás enamorada de la idea del amor. Tienes que dejarte llevar y no idealizar tanto a las personas. Cuando de verdad te enamores, lo sabrás». Supongo que es cierto.

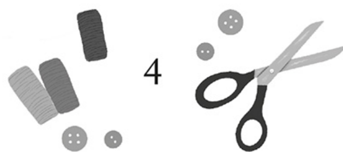
—No. Simplemente no era lo que yo quería —contesto.

A lo lejos veo a Nico hablando por teléfono. Parece tenso y hace gestos que delatan su enfado. No parece una llamada cordial.

—Eh, ¿estás bien? Te has empanado. ¿Quieres volver ya? La clase está a punto de empezar —me indica Tara.

—Sí, claro, perdona.

Echo un último vistazo a Nico mientras recojo mis cosas y no puedo evitar sentir curiosidad. ¿Qué le habrá pasado?



4

Es viernes, primera noche de las novatadas, y se nota. Ahora mismo, el caos reina en la residencia. La gente no hace más que entrar y salir con bolsas llenas de comida, alcohol y ropa ridícula para vestirnos a los nuevos.

Ayer nos metieron en un chat a todos los «polluelos», como nos llaman los veteranos, para darnos información. Por lo pronto, solo sabemos dos cosas que tenemos que hacer: ponernos unas camisetas amarillas anchas y estar listos a las diez en la puerta.

Para sorpresa de nadie, Nuri sigue hecha un desastre cuando entro en su habitación, así que me tiro en la cama, exhausta. Le está haciendo la raya del ojo a Carola, que está sentada en el escritorio y me suelta:

—Vaya, pues sí que estás tú con energía para la noche que nos espera.

Nuri le echa la bronca por el comentario, la sujeta como si fuera a arrancarle la cabeza en lugar de maquillarla. En cada fiesta se produce el mismo ritual: acabamos en casa de Nuri, en este caso, en su habitación, porque es la que mejor maquilla.

—¿Qué tal ha ido el día? —me pregunta Nuri mientras sujeta a Caro absorta en su tarea.

—Ha ido, que no es poco —contesto. La primera semana de clases ha sido intensa, pero no es eso lo que ahora me ronda la cabeza—. ¿Os acordáis de que tenía que hacer un trabajo con Nico, el tío que asegurabais que no iba a encontrarme ni de broma en Madrid? —Lanzo la pullita y me quedo tan a gusto.

Cuando llegué a la residencia y se lo conté a las chicas, no se lo podían creer. ¿Cuántas posibilidades había no solo de encontrármelo, sino de coincidir en una

clase y encima tener que hacer un trabajo con él? Nuri me soltó no sé qué rollo astrológico sobre los signos del zodiaco. Incluso me pidió que averiguase la fecha de nacimiento de Nico, como si eso fuera a darle alguna pista vital sobre su personalidad. Carola solo podía reírse y corroborar algo que yo ya sabía: tengo un mal de ojo más grande que una casa.

—Pues no sé cómo abordarlo. Cuando lo veo, siempre parece estar de mal humor. Como si tuviera más ganas de comerse un puñado de saltamontes vivos que de hablar conmigo —continúo en tono lastimero—. Encima he revisado el tema y es un peñazo.

Me llevo las manos a las sienes y trato de darme un masaje; me duele la cabeza de tanto dar vueltas a la situación.

Nuri grita que ya ha terminado su obra de arte, le suelta la cabeza a Caro y le pasa un espejo para que se mire. Acto seguido, se tira a mi lado en la cama y por fin responde a mis quejas:

—Primero: en un viaje con mi madre probé los saltamontes. No estaban vivos, pero sí fritos, y debo decir que no saben nada mal.

La miro con cara de pocos amigos y se ríe. ¿En serio se ha quedado con eso de todo lo que le he dicho?

—Segundo: te estás ahogando en un vaso de agua. Tienes que coger el toro por los cuernos. Intercéptalo la próxima vez que lo veas en clase y habla con él. Si entonces sigue sin poner de su parte, avisas al profesor y le pides que te cambie de compañero.

—No es tan fácil —refunfuño.

Carola deja el espejo en la mesa y se tumba a mi otro lado.

—Ay, Vega, mira que eres cabezota. Inténtalo, ¡haz lo que te ha dicho Nuri! Yo también tengo que hacer un trabajo con un grupo de gente *random*. Me da corte quedar con ellos, pero al mismo tiempo estoy ansiosa por empezar.

Nos cuenta emocionada en qué consiste el trabajo y una pequeña parte de mí siente envidia. Desde que empezamos la universidad, solo he podido sentir una cosa: agobio. No es ni la asignatura ni el compañero insufrible que me han puesto, el problema es que no me encuentro entre los manuales de Derecho romano o el Código Civil.

Nuri se levanta y me tira del brazo para que la siga. Es mi turno de pasar por chapa y pintura.

—¿Sabéis que seguramente nos tiren harina en la cara? Toda esta pantomima de ponernos guapas nos va a durar dos minutos —señala Carola.

—Querida amiga, incluso llenas de salsa de tomate estaremos fabulosas —la ignora Nuri.

Empieza a aplicarme colorete y Caro se pone a peinarla. Hemos decidido hacernos unas trenzas para intentar protegernos el pelo todo lo posible.

—Hoy habrá tíos y tías buenas por todos lados. Ya me lo agradeceréis —continúa la rubia.



Cuando llegamos al punto de encuentro, ya hay varias personas esperando. Gracias a las camisetas, los novatos nos identificamos enseguida. Por el contrario, los veteranos llevan ropa de camuflaje y hablan entre ellos. Deben de estar preparando lo que creo que va a ser el primer juego.

—¡Los chicos a la derecha y las chicas a la izquierda! —grita una rubia que empieza a darnos indicaciones con un megáfono.

Nos vamos colocando, ahora hay tanta gente que cuesta moverse. La chica se queda en el centro, junto con un chico, y nos indican que salgamos en fila india por la puerta. Sin embargo, este último nos advierte:

—Tenéis que ir en silencio absoluto. A quien hable se le impondrá un castigo.

—Me encantan estos dos vestidos de camuflaje. Están para comérselos —me susurra Nuri al oído.

Se me escapa una carcajada y los «jefes» veteranos nos miran mal.

Una vez fuera, me aseguro de que no nos observa nadie. Entonces, empiezo a picar a mi amiga, preguntándole a quién de los dos le va a entrar. Intentamos aguantarnos la risa todo lo que podemos hasta que Carola, que va delante de nosotras, se da la vuelta y nos regaña.

Después de unos cuarenta minutos caminando, en los que he visto más barrio que con las chicas, nos detenemos. Hemos llegamos al punto de encuentro, una explanada de tierra enorme rodeada de árboles. Hay unos cuantos altavoces repartidos por la zona, varios grupos de gente y un par de mesas improvisadas con vasos y bebidas. Los veteranos nos dan permiso para acercarnos y servirnos lo que queramos. Hay una variedad tan grande de alcohol que ni siquiera me suenan algunas botellas.

Me fijo entonces en que cada grupo de novatos llevamos la camiseta de un color distinto, imagino que para poder identificarnos. Incluso reconozco

vagamente alguna cara de la facultad.

—Madre mía, ¡esta noche promete! —Nuri se adelanta y nos pasa unos chupitos.

Doy un trago a lo que me ofrece y me atraganto al segundo.

—Pero ¿qué asquerosidad es esta?

De la cara de asco que pongo, Carola le devuelve su bebida a Nuri y empieza a servirse otra cosa distinta.

—No sé, he puesto lo primero que he encontrado —afirma antes de beberse el suyo de un trago. Qué burra—. Menuda exagerada, ¡no está tan malo!

Carola y yo vamos a lo seguro y nos servimos un roncola cada una. Una vez que tenemos los vasos, nos unimos a Nuri, que ha empezado a hablar con unas chicas de la residencia.

Al cabo de un rato, con varias copas ya encima y después de haber bailado un par de canciones, los veteranos nos reúnen. Es la hora de que empiecen los juegos. Vuelven a dividirnos en dos grupos, chicas contra chicos. Cada bando se sitúa a un lado, formando una fila. Vamos a jugar al pañuelo.

—Es simple, no creo que nos cueste mucho ganar —comenta Carola.

—Tres, dos, uno… ¡YA!

Empieza el partido. Aparte de ir a por el pañuelo, a quienes no consigan agarrarlo les lanzan harina, huevos y cualquier otro proyectil comestible.

Cuando le toca el turno a Carola, le deseamos suerte, pero resulta que la pobre no tarda ni dos segundos en acabar con un huevo en la cabeza y, no mucho tiempo más tarde, yo corro la misma suerte. Deben de notarse bastante las copas que llevamos encima o que nuestra forma física deja mucho que desear.

Cuando vuelvo a mi posición, mis amigas se están partiendo de risa. Cojo el vaso que me estaba guardando Nuri y le doy un buen trago.

—Huelo a tortilla podrida —consigo decir.

—No lo has hecho tan mal, ¡has estado a punto de conseguirlo! —me anima Carola.

Me miro la trenza y la ropa. Se distinguen hasta tropezones de comida. Qué asco.

—¡Voy a vengar vuestra suerte! Tranquilas, no dejaré que esto quede así —nos promete Nuri.

Se pone en modo competitivo y se dirige a la línea de salida. Su rival, un moreno musculoso, parece dispuesto a ganar a toda costa y empieza a saltar sobre un pie y otro.

—No sé si quiero ver esto —comento.

Sin embargo, no le quito ojo. Sin venir a cuento, un chico rubio se acerca al

contrincante de mi amiga y le dice algo al oído. De repente, se cambian las posiciones. Entorno los ojos para intentar fijarme mejor en él y…

—Será cabrón —digo.

—¿Qué pasa? —pregunta Caro.

—¡Es Iván! El tío no me llama para decirme que ya está instalado, pero se viene a las novatadas… Encima, va y se pone a competir contra Nuri.

—Ya sabes que le encanta sacarla de sus casillas.

Nuri analiza a Iván y se pone seria al momento. Nunca he entendido los piques y la rivalidad que hay entre ellos, son como niños. Animamos a nuestra amiga todo lo que podemos. Nos quedamos muertas cuando la vemos correr como si la vida le fuera en ello.

Iván es rápido, pero no tanto como nuestra amiga, que avanza a grandes zancadas hacia el pañuelo y alarga el brazo para alcanzarlo. En un abrir y cerrar de ojos, Iván le salta encima para que no pueda conseguirlo. Caen juntos al suelo mientras ruedan por la arena. No les importa jugar sucio para hacerse con el premio. Por ejemplo, en estos momentos, veo a Nuri coger un puñado de tierra para tirársela a su contrincante, probablemente a los ojos.

—¡Novatos, en pie! —grita un veterano para poner fin al juego.

—No es justo —dice Nuri mientras se levanta y fulmina a mi amigo con la mirada—. ¡Ni siquiera es de nuestra residencia!

—¿Esa es la excusa que vas a usar para justificar tu derrota? Esperaba más de ti —contesta Iván.

—¡Callaos! —continúa el veterano—. Ahora hablaremos con tus encargados para que te pongan la sanción correspondiente. De todos modos, ambos habéis perdido, así que tendréis vuestro castigo.

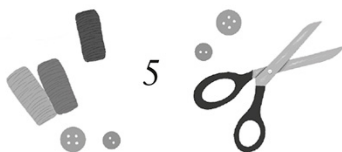
Dicho esto, un grupo de personas tiran a ambos una increíble cantidad de harina, huevos y, por lo que se huele desde aquí, caldo de pescado.

Nuri está de muy mal humor. Se dirige hacia nosotras con paso firme. Cuando llega, nos impregna de tal peste que Carola y yo tenemos que contener una arcada. Pero sin decir nada, nuestra amiga coge el vaso que le estábamos guardando y se lo bebe de un trago.

—Tía, no has estado tan mal. ¡Casi ganas! Quédate con eso —la animo.

Sin embargo, la mirada asesina que Nuri me lanza hace que me calle al segundo.

—Os prometo que, como vuelva a ver a ese cretino, no respondo de mis actos.



La luz del día se filtra a través de la ventana y me despierto con un gruñido. Doy vuelvas sobre la cama en un intento por conseguir una posición cómoda para seguir durmiendo, pero no hay manera. Ayer llegamos de madrugada y tuve que darme tres duchas seguidas para quitarme los restos de comida que tenía encima. Aun así, me da la sensación de que el pelo me sigue oliendo a pescado.

Me quedo en la cama un rato, repasando las notificaciones del móvil, y aprovecho para contestar algunos mensajes pendientes La resaca me está matando. Con una fuerza de voluntad que ni yo sabía que tenía, me levanto y voy a la cocina. Caro me saluda, café en mano.

—Buenos días, bella durmiente.

Miro la hora y me doy cuenta de que ya son las doce.

—¿Y Nuri? —pregunto mientras le robo un sorbo del café.

Al instante, me arrepiento. Carola tiene la manía de probar todas las bebidas vegetales que encuentra en el supermercado. A veces acierta y están buenas y otras veces, como esta, saben a paja. Aunque ella nunca lo admitirá.

—Ha salido a correr.

Es increíble que, después de acostarnos a las tantas, nuestra amiga sea capaz de levantarse temprano e irse a hacer deporte.

Cuando voy a coger mi cartón de leche de la nevera, me sorprendo al encontrármelo casi a la mitad.

«Juraría que ayer lo metí nuevo». Cada una tiene marcadas sus cosas con un pósit para evitar confusiones, por lo que me parece raro que alguien se haya equivocado. Aun así, decido dejarlo pasar y continúo hablando.

Unos minutos después, Nuri aparece por la puerta más fresca que una lechuga, con un conjunto deportivo y la respiración acelerada. Se acerca y me roba la taza para darle un sorbo a toda prisa.

—¡Esta noche lo petamos! —asegura—. Lo digo en serio, esta mañana he mirado nuestro horóscopo y este mes va a estar lleno de sorpresas.

Me río y las dejo divagando sobre la fiabilidad de los astros. Hay varios compañeros de la residencia que se han unido a la conversación, entre ellos Bruno. Es uno de los veteranos que conocimos ayer y nos perdonó un par de castigos. También nos convenció para probar otros tantos chupitos, los verdaderos culpables de mi resaca.

Vuelvo a mi habitación con la intención de darme una ducha que me resucite de entre los muertos, pero la realidad es que acabo tirada en la cama leyendo durante un par de horas y echándome una siesta improvisada. No tengo remedio y, de nuevo, voy justa para arreglarme. Esta noche hemos quedado en una de las discotecas más grandes de la zona, según dicen. Al parecer, es a donde va todo el mundo. También he invitado a Tara y ha aceptado.

Cuando llega la hora de irse, Nuri tiene que sacarme a rastras. He vuelto a ser la última en estar lista. Qué novedad.

Antes de entrar a la discoteca, la misma veterana líder de ayer nos reúne para darnos indicaciones a los novatos. Tenemos que acceder a un link que han mandado por el chat. A cada uno se nos asignarán diez retos aleatorios de un listado general. Una vez completados, tenemos que hacer una foto y enviarla al grupo como prueba.

Enseguida, las chicas y yo nos ponemos a mirar qué nos ha tocado y algunos son los mismos. Mientras enseñamos los DNI al portero, Carola refunfuña. Afirma que no piensa pasarle un hielo con la boca a un desconocido.

—De verdad, Dios da pan a quien no tiene dientes… —Nuri suspira—. A mí me ha tocado hacerme una selfi con un perro. ¿En una discoteca? Yo quiero de lo que toma el que ha puesto este reto.

—¡Vega! ¡Por fin!

Nada más entrar oigo la voz de Tara y la veo aparecer. Va monísima con un vestido negro ajustado. Me hace gracia, mi dos piezas blanco, que ya de normal destaca sobre mi piel morena, brilla con las luces y parezco Casper. Visto así, se diría que somos el yin y el yan.

—¡Hey! ¿Dónde estabas? La cola era larguísima, no te hemos visto.

—Tía, la ubicación que me has pasado me mandaba al callejón. Al portero le he dado tanta pena que me ha dejado entrar por la puerta trasera.

Nos echamos todas a reír y hago las presentaciones oficiales. Las chicas y

Tara se llevan genial al instante y empiezan a avasallarla a preguntas sobre locales de Madrid y recomendaciones. En este momento, mis preocupaciones sobre la carrera y todo lo demás se esfuman y me siento muy afortunada de tenerlas a todas.

Avanzamos hacia la barra del fondo entre la multitud que baila al son de «Despechá». Mientras pedimos, Nuri ya ha cumplido uno de sus retos y va camino del segundo. Las demás la miramos alucinadas y pido a Tara que me ayude con los míos.

Dos copas más tarde, no paramos de reírnos mientras hacemos las pruebas y las inmortalizamos. Vemos a Nuri subirse a hombros de un chico y marcarse un hidalgo frente a nosotras. Carola graba todo mientras Tara y yo bailamos alrededor de ellos la «Macarena». Ese chat va a ser una mina de oro.

—Vega, voy un momento a ver a Inés, que ha venido con sus amigos. ¿Te llamo en un rato y me decís dónde estáis? —pregunta Tara cuando conseguimos salir de la pista de baile.

—¡Claro! No te preocupes.

Se despide de nosotras sonriendo y con la promesa de no tardar mucho. Después me doy la vuelta para pedir un agua fresquita, pues estoy muerta de calor y de sed. Sin embargo, lo primero que veo es a Nuri intentando subirse a la barra desde un taburete.

Corriendo, voy a apartarla a un lado. Pero Carola se me adelanta:

—¡Estás loca! Nos pueden echar de la discoteca —le advierte, nerviosa.

—¡Es una de las pruebas! Además, va a ser un baile rápido, nadie se dará cuenta.

La miro con cara de circunstancias. Lo que acaba de decir no se lo cree ni ella. Si sube, toda la discoteca lo va a ver.

—No tenéis que subir conmigo si no queréis, pero sería épico. No le deis tantas vueltas —nos apremia Nuri.

El moño con el que ha salido de la resi hace tiempo que es historia, lleva el pelo revuelto y las mejillas sonrosadas a causa del calor… o de las incontables copas que se ha bebido, quién sabe.

Carola y yo nos miramos. Repaso los pros y los contras de acompañar a mi amiga. Se supone que yo también tengo que bailar en la barra, pero dejar sola a Nuri no es una opción. Una parte de mí se imagina un sinfín de escenarios distintos en los que, de una forma u otra, acabo cayéndome al suelo y haciendo el ridículo más grande de la historia.

Madre mía…, me voy a arrepentir de esto.

Miro a Carola, está expectante. Le dejo claras mis intenciones al tomar otro

de los taburetes. Por su cara pasan un sinfín de emociones: frunce el ceño, se sorprende y, al final, suspira.

—De perdidos al río —claudica al cabo de unos segundos mientras se pone a mi lado.

Empezamos a reírnos sin parar y subimos corriendo a la barra.

Varios de los camareros comienzan a quejarse e intentan que nos bajemos, pero hacemos caso omiso y nos ponemos a saltar y grabamos el momento. Quizá habría sido un bailecito rápido si no hubiera empezado a sonar «Besos» de El Canto del Loco. Cantamos a pleno pulmón el estribillo, me extrañaría que mañana no nos despertemos afónicas. Desde aquí arriba impresiona aún más lo lleno que está el sitio y la cantidad de caras desconocidas que se agolpan frente a nosotras. También se ve la cola del baño, que es enorme. (Nota mental: aguantarme el pis hasta que llegue a la residencia). Incluso creo ver de reojo que un par de seguratas se acercan a la barra...

Me vuelvo hacia las chicas enseguida. Al principio siguen a lo suyo y pasan de mí, están muy metidas en su papel de cantantes famosas. Las agarro del brazo y consigo captar su atención.

—¡Que vienen los seguratas!

Nos miramos y, sin pararnos a pensar en lo que estamos haciendo, nos ponemos en movimiento.

—¡Huid, nos vemos en los baños en treinta minutos! —grita Nuri como si de una estratega militar se tratase.

Carola salta de la barra y me ayuda a bajar. Me vuelvo para echar una mano a Nuri, pero parece que ha decidido que hoy lo va a hacer todo a lo grande. Sin pensárselo dos veces, se lanza al otro lado de la barra. Un par de camareros observan la situación alucinando y mi amiga no tarda ni dos segundos en agarrar a uno y empezar a liarse con él. No me sorprende en absoluto que este le siga el rollo, y pronto desaparecen por la puerta del almacén.

Carola y yo echamos a correr, pero entre su melena pelirroja y mi vestido luminiscente somos un blanco fácil.

—¡Tenemos que separarnos y camuflarnos como sea! Así les será más difícil encontrarnos.

Carola se toma al pie de la letra lo que le digo. En un abrir y cerrar de ojos, se para en seco y empieza a bailar con un grupo de chicas que la reciben con los brazos abiertos. El alcohol, que hace que encuentres amigos hasta debajo de las piedras.

Miro hacia atrás y compruebo que uno de los seguratas sigue buscándome. Si me quedo parada, dará conmigo al instante.

Sin pensarlo dos veces, me marco un Nuri y agarro a un chico que se encuentra cerca para bailar con él. Me estoy muriendo de vergüenza, pero es una cuestión de supervivencia. El chico me coge de la cintura y se mueve al ritmo de la música. Yo sigo mirando nuestros pies intentando taparme la cara lo máximo posible. Justo cuando noto que su mano empieza a descender por mi espalda, oigo una voz familiar:

—¿Vega?

Levanto la cabeza y aprovecho para apartarme un poco del desconocido, que enseguida refunfuña:

—Venga ya, tío. Eres un cortarrollos.

Me doy la vuelta y ubico al veterano que conocimos ayer. El de la sonrisa de los mil vatios y el pelo negro y rizado pegado a la piel oscura de la frente.

—¡Bruno! —saludo entusiasmada. Se acerca a mí y veo que trae un cubata para él y otro para mi pareja de baile—. Lo siento, es que... la he liado un poquito.

—Vaya tela... ¡Y yo que pensaba que eras de las tranquilitas! Nos tenías engañados. —Se empieza a reír a carcajadas mientras hace un gesto a sus colegas —. Chavales, defensa circular.

Al instante, todos los chicos del grupo nos rodean y nos ocultan del segurata. Me entra la risa y a la vez tengo ganas de llorar de alivio. Ya me veía escoltada hasta la puerta al más puro estilo Cersei Lannister.

La música sigue sonando, aunque tengo la sensación de que de un momento a otro un brazo me va a enganchar para sacarme de aquí a rastras. Bruno me agarra de las manos para animarme a bailar y hace que me ría con ganas. Se pone a hacer movimientos excesivamente exagerados y ridículos, enseguida sus amigos lo jalean y se unen al bailoteo. Al final consigo relajarme; estoy segura de que nadie me buscará en medio de un grupo de tíos que bailan como si estuviesen poseídos.

De la nada, una mano se posa en mi hombro y me gira bruscamente. «Ya está, es mi funeral social», pienso. Espero encontrarme al segurata, pero no.

Unos ojos marrones me miran fijamente, sorprendidos y, a la vez, cabreados.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —me espeta.

En su defensa, yo tampoco creía que pudiera pasar, pero empiezo a pensar que cada vez son más las posibilidades de que me caiga un rayo encima cualquier día de estos.

No me da tiempo a decir nada, Bruno se acerca y lo abraza.

—¡Nico! Has vuelto. Estamos ayudando a una de mis novatas, es una prófuga de la justicia. Si ves a un segurata, ¡protégela con tu vida! —dice antes de volver

a bailar.

Nerviosa, trato de esbozar una sonrisa para quitarle importancia, pero me sigue fulminando con la mirada.

—No es lo que parece. De hecho, ¡ya me iba! —me excuso.

Me doy la vuelta para irme pitando, pero no llego a dar ni dos pasos cuando veo al guardia, que sigue buscándome.

«Mierda».

Vuelvo y trato de ocultarme. Echo la cabeza hacia delante para intentar taparme la cara con el pelo, pero más bien parece que tenga una torticolis de campeonato.

A mi lado, Nico se cruza de brazos y adopta una actitud bastante borde.

—Escucha, no sé qué pretendes, pero que nos haya tocado hacer un trabajo juntos no quiere decir que puedas ir por ahí acosándome.

¿Acosándolo? ¡Será imbécil, el tío! Ni que fuese el centro del universo.

—Mira, guapo…

Alguien me interrumpe gritando mi nombre. En mi campo visual aparece Tara de la mano de una chica menuda de pelo castaño y ojos verdes. Imagino que será Inés, su novia.

—¿Qué haces aquí? ¿Y las chicas?

Antes de que pueda responder a la pregunta de mi amiga, Bruno surge de la nada anunciando que ya no hay peligro. Tara lo mira extrañada y el chico empieza a explicarle lo que ha sucedido de forma un tanto exagerada. Mientras tanto, Nico e Inés se saludan como si se conocieran y se ponen a hablar.

¿Qué me he perdido? ¿Estos dos se conocen?

—Tía, no sabía que estabas en la misma resi que Bruno. Qué fuerte. —Tara se ríe, aunque yo estoy al borde de un ataque de nervios.

Con una sonrisa claramente forzada, la cojo de la mano y nos separamos unos metros de los demás.

—¿Los conoces? —le pregunto.

—¿A los chicos? Claro, son del grupo de amigos de Inés de toda la vida.

La cabeza me da vueltas. No dejo de pensar en lo poco probable que es que suceda algo así. Quiero contestarle, pero Tara se me adelanta para presentarme a su novia, Inés.

—Encantada de conocerte, Vega. Tara no deja de hablar de ti —me saluda.

Hablamos un poco y rápidamente veo que no solo hacen una pareja estupenda, sino que se quieren con locura. Se miran embobadas. Las ves juntas y te dan ganas de suspirar hondo.

De fondo, sigo viendo a Nico interactuar con los demás. Es amable y sonríe,

se le ven los hoyuelos. Pienso en la noche en que nos conocimos, parece que haya pasado un siglo… Y la conexión que tuvimos al principio poco tiene que ver con las miradas furtivas que me regala ahora.

—¿Os conocíais? ¿Nico y tú? —pregunta Inés de pronto.

Por un momento, me quedo en blanco, pero Tara sale a mi rescate:

—¡Ah! Se me olvidó decírtelo. Vamos con él a Civil.

La situación es muy incómoda. Creo que mi amiga se da cuenta y me pregunta si la puedo acompañar al baño. Asiento, además he quedado con Nuri y Carol allí, y ya ha pasado media hora. Tara se despide de su novia con un beso.

Mientras sorteamos a la gente mi mirada se cruza con la de Nico una última vez. Mataría por saber en qué está pensando.

—Vega, ¿estás bien? Estabas un poco rara.

Durante un instante valoro la posibilidad de explicarle todo, pero la música está alta y es difícil hablar sin chillar. Con mi suerte, acabaría gritando a los cuatro vientos, justo en el silencio entre canción y canción, que me lie con un tío que tiene novia. Así que simplemente sonrío y le prometo contárselo en otro momento.

De todas maneras, cualquier intento de conversación termina en cuanto llegamos al baño. La cola de antes se ha disipado y ahora solo hay tres o cuatro chicas esperando. Entre ellas reconozco la melena pelirroja de Carola que, abrazada a una chica con el pelo verde, le dice:

—Tía, no te ralles. Es un imbécil y tú vales mucho. Te mereces algo mejor.

Las otras dos chicas de la cola asienten y le sueltan frases similares. Por cómo arrastran todas las palabras, estamos ante un claro ejemplo de filosofía de baño de fiesta. Esta va a flipar mañana.

Me acerco a mi amiga, que me saluda triunfante. Dice que ha conseguido la foto con el perro («Claro que sí, cariño, vamos a casa, ¿vale?»), pero entonces veo a través del espejo que uno de los cubículos se abre. Nuri sale recolocándose el top, seguida de la veterana rubia del megáfono, que tiene el pintalabios corrido.

—¡Vega! ¿Vamos a por churros?

«¡La madre que la parió!».



Llevamos casi un mes en Madrid y aún no habíamos encontrado el momento para conocer la ciudad más allá de la facultad y del barrio en que vivimos. Por ello, este sábado hemos quedado en acercarnos al centro para explorar un poco. Al fin vamos a probar la famosa tortilla de patatas de la que Nuri no deja de hablar.

El problema es que salir ayer a tomarnos una «cervecita inocente», como dijo Nuri, no fue tan buena idea como creíamos. Acabamos llegando a las cuatro de la madrugada y zampándonos una pizza rancia en la cocina. Y claro, ahora voy corriendo como pollo sin cabeza porque se me han pegado las sábanas.

Me visto rápido y salgo a toda pastilla de mi cuarto. Abajo, las chicas ya me están esperando para ir al metro. Las oigo discutir sobre qué línea tenemos que coger y dónde nos bajamos. Es una pelea en la que no pienso meterme, probablemente acabaríamos al otro lado del Manzanares.

Así que me dejo guiar y acabamos en Sol. Andamos durante toda la mañana fijándonos en cada detalle. A pesar de que he estado varias veces en Madrid, siempre me impresiona lo grande que es la ciudad y la diversidad de gente que hay.

Ir con Carola solo hace que esa sensación aumente: está en modo turista haciéndose fotos en cada esquina y metiéndonos prisa para que avancemos más rápido.

Para cuando llega la hora de la comida, estamos exhaustas. El sitio donde Nuri quería comer resulta ser una taberna especializada en tortilla y tapas. Una vez el camarero nos indica cuál es nuestra mesa, tomamos asiento y echamos un ojo a la carta.

—Si llegamos a tardar un minuto más en sentarnos, habría sido capaz de lanzarme al suelo —se queja Nuri.

—Tú siempre eres capaz de cualquier cosa, como de tirarte a una veterana en el baño de una discoteca —apunta Carola con una carcajada.

—Mira quién fue a hablar, la que se pone a dar charlas filosóficas. Consejos doy que para mí no tengo.

—¿Eso qué significa?

Nuri me dedica una mirada de «¿Se lo dices tú o se lo digo yo?».

Puf, supongo que es mi turno.

—¿Qué tal con Adrián? —pregunto sin más.

La pelirroja entiende por dónde van los tiros y contesta:

—Pues genial, como siempre.

El bufido de Nuri se oye en toda la sala.

—¿Qué pasa? —insiste Carola.

—No hace falta que finjas que estáis bien, somos tus amigas.

—Pero es que estamos bien, de verdad.

A pesar de que intenta aparentar que está convencida de ello, que esquive mi mirada y se centre en la carta nos deja claro que no es así.

—Bueno, pero si algo no fuera bien, sabes que nos tienes aquí —digo para tranquilizarla.

—Toda la comida tiene una pinta increíble —contesta.

Buena forma de cambiar de tema.

Mientras nos comemos la famosa tortilla charlamos y hacemos planes para la semana. Este jueves no queremos dejar pasar la oportunidad el ir al bar del primer día, es la noche de música en directo.

—¿Crees que te lo encontrarás allí? —pregunta Nuri.

Por desgracia, sé a quién se refiere. Evidentemente les conté que vi a Nico en la discoteca y el comportamiento tan… agradable que tuvo. Nótese la ironía.

—Quiero pensar que no.

—Es jueves universitario —añade la pelirroja mientras se lleva el tenedor a la boca.

—Y es amigo de Bruno, ¿no es muy fuerte? Te digo yo que todo esto es una señal.

—Sí, de que me quede en casa.

Alarmada, Nuri se atraganta con un trozo de tortilla.

—Eso ni lo pienses —añade después de dar un largo trago a su vaso de agua.

—Tranquila, solo era una broma. Pero es que no lo aguanto.

La verdad es que la idea se me ha pasado por la cabeza, pero temo que a mi

amiga le dé un ataque al corazón si se lo digo. Tampoco voy a dejar de ir porque Nico pueda estar allí. Cada vez que nos encontramos en clase pasa de mí como si tuviera la peste y aún no se ha dignado hablarme del maldito trabajo, así que se está ganando a pulso el puesto de honor en mi lista negra. Sobre todo porque esta no existía hasta que lo conocí.

Tras terminar de comer, paseamos un rato por el Retiro. El parque está empezando a teñirse de otoño y nos quedamos anonadadas cuando nos topamos con el Palacio de Cristal. Los grandes ventanales hacen que la luz interior confiera un toque mágico al lugar, que ya es bonito de por sí. En cualquier momento, espero que entre el señor Darcy a buscarme para confesarme su amor.

Empieza a atardecer cuando llegamos al estanque. Los colores anaranjados del cielo se reflejan en el agua, lo que le da un aspecto único.

—¿Creéis que va a ser siempre así? —pregunta Carola de repente.

—¿El qué? —respondo con curiosidad.

—Esto. Nosotras. Estar juntas, en general.

—Nuestra Caro se ha puesto ñoña —comenta Nuri mientras se acerca a ella y le da un achuchón.

Me pongo a su otro lado y contesto:

—Claro que va a ser siempre así. ¿Tú nos has visto? No nos queda más remedio, solo nos aguantamos entre nosotras.

En respuesta, ambas se ríen.

—Además, hace mucho tiempo que hemos pasado esa fase de la amistad —dice Nuri.

—¿De qué hablas? —quiero saber.

—Es evidente, somos familia. Están esas personas con las que tienes que convivir porque son de tu sangre y que, por más que no termines de encajar, las quieres por inercia.

—Uf, como yo con mi prima Marta. Qué insoportable es, la pobre —añado.

Las dos vuelven a reírse

—Y luego están esos amigos a los que eliges. Llega un momento de tu vida en que ya no os une solo la amistad, sino que se convierten en familia, pues sabes que van a estar para todo pase lo que pase.

¿En qué momento nos hemos puesto así de intensas? Pero si lo pienso bien, tiene razón: son mi familia.

—Ay, Nuri, qué sensiblera eres cuando quieres —contesta Caro mientras la abraza.

—Oye, y esa fase... ¿Cuándo se supone que la pasamos? Porque yo no lo tengo claro —pregunto.

—Nena, ¡es evidente! —dice mientras saca el móvil y rebusca en él.

Empezamos a enseñarnos fotos y recuerdos de nuestra dura adolescencia: yo con un flequillo que me quedaba terrible, la vez que Carola se pensó que era buena idea tirarse por un tobogán en biquini a cuarenta grados y acabó con una quemadura, o cuando Nuri se estaba liando con su vecina «la francesa» (como nosotras la apodamos) y, saliendo a escondidas por la ventana de su casa, acabó llevándose la enredadera por delante y cuatro puntos en el brazo izquierdo.

Nos reímos sin maldad las unas de las otras. Entre carcajadas, vemos que poco a poco el sol se va escondiendo tras las copas de los árboles. No puedo evitar sentirme afortunada por las amigas que tengo.



—¡Es imposible!

Llevo cuarenta y cinco minutos mirando los apuntes de Derecho constitucional y nada, no hay manera. Me los he leído, los he subrayado y hasta me he hecho un esquema, pero no se me queda ni una sola palabra.

Tengo un agobio espectacular con las clases. Conforme avanza el temario, me resulta más denso. Cada mañana me cuesta más levantarme para ir a la facultad. Estoy poniendo todo de mi parte, incluso he rechazado ir al centro con las chicas para ponerme a estudiar por la tarde, pero no está dando sus frutos.

Frustrada, aparto la mirada del escritorio y observo la habitación. Me digo que quizá necesito descansar un momento, así que aprovecho y ordeno un poco la ropa que he acumulado estos días.

No sé muy bien cómo acabo orbitando hacia la estantería y repasando los libros que me traje de casa y que aún no he leído. Soy de esas que, aunque tenga una montaña de lecturas pendientes, sigue comprando como si fuesen gratis. Tampoco sé muy bien cómo acabo escogiendo uno y tirándome en la cama a leer. Cuando me quiero dar cuenta, estoy tan enganchada a la historia que no puedo soltarla y me pregunto por qué he tardado tanto en empezarlo. Adoro esta sensación.

Estoy tan inmersa en el libro que no soy consciente de la hora que es hasta que veo que la única luz de la habitación procede del flexo del escritorio y que

me voy a quedar ciega.

«Mierda. Menos mal que iba a ser solo un capítulo».

El reloj da las once. Me he perdido hasta la cena y tengo un hambre voraz.

Tal como estoy vestida, con una camiseta ancha y poco más, me dirijo hacia la cocina para picar algo rápido. A medio camino me lo pienso mejor y vuelvo sobre mis pasos para rescatar el libro. «Por si acaso», me digo.

Frente al microondas, me sorprende encontrarme con una espalda ancha y un pelo castaño que reconozco al instante.

Nico.

Miro a mi alrededor, no hay nadie más. Estoy planteándome seriamente volver sobre mis pasos con sigilo cuando se da la vuelta. De la impresión, casi se tira el vaso encima.

Una pena que no haya terminado siendo así.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de malas maneras.

¿Está durmiendo aquí? No creo, a estas alturas creo que me habría dado cuenta de si vivimos en la misma residencia.

Nico me devuelve la mirada sin decir nada, solo parpadea durante unos segundos. Después me recorre las piernas desnudas con los ojos para volver a mi cara. Inconscientemente, observo sus labios y tengo que obligarme a apartar la mirada y pasar por su lado como si nada.

Cojo una taza del armario y, cuando voy hacia la nevera, veo mi cartón de leche abierto sobre la encimera.

—¿Eres tú quien se ha estado tomando mi leche?

Lo miro enfadada, es la tercera vez que tengo que ir a comprar más en apenas dos semanas.

—No sabía que era tuya. Solo cojo un poco porque en el piso de arriba los tíos no tienen nada más que cerveza —dice por fin.

¿Este se cree que soy tonta?

—Ya. Porque el pósit con mi nombre no te daba ninguna pista, ¿verdad?

—No te creas tan importante, no me fijo en los nombres.

Menudo imbécil.

—Qué casualidad.

Tiro el cartón a la basura y cojo unas palomitas de la despensa. Mientras tanto, Nico se ha apoyado en el borde de la encimera con los brazos cruzados y me mira sin ningún pudor. Trato de hacer como si nada y espero a que mis palomitas terminen de hacerse para volver a mi habitación. Solo tres minutos y lo perderé de vista.

—¿Qué estás leyendo? —me pregunta como si no ocurriera nada.

Paso de él y fijo la mirada en el microondas.

«Dos minutos y cuarenta y cinco segundos, solo queda eso».

—¿Ahora te vas a hacer la sorda? No te pega nada.

Continúo ignorándolo y noto que se acerca a mí. En apenas un segundo, me agarra el libro y se aleja con grandes zancadas.

—¡¿Se puede saber qué estás haciendo?! ¡Devuélvemelo!

Voy hacia él y trato de recuperarlo, pero es tan alto que todos mis intentos son en vano. Levanta el brazo y me aparta sin apenas esfuerzo. Empieza a leer la sinopsis en voz alta:

—«Ana nunca había creído en el amor, hasta que conoció a su insufrible y demasiado apuesto jefe de redacción...».

—¿Te crees muy guay riéndote de los gustos ajenos? Apuesto a que no has leído un libro en tu vida —ataco, cada vez más enfadada.

Deja de leer y dirige su mirada hacia mí.

—¿Quién ha dicho que me esté riendo? Te he preguntado qué leías y no me has querido contestar. Relájate, canija.

—Eres un idiota —le digo, y le arrebato el libro.

—Y tú muy original con tus insultos —contesta riéndose.

Nos sostenemos la mirada. Él, divertido, y yo, con evidentes ganas de matarlo.

Un olor a quemado me saca de mis pensamientos asesinos.

—Joder.

Corro hacia el microondas y lo apago. Nada más abrirlo, una humareda sale procedente de las palomitas.

—Huele que alimenta, deberías ir a *Masterchef* —comenta.

—Y tú deberías irte a la mierda.

Tiro la bolsa chamuscada a la basura.

Sin ninguna vergüenza, coge el vaso de leche que antes ha dejado en la encimera y le da un trago delante de mis narices.

Paso de seguir aquí perdiendo el tiempo, así que cojo una de las barritas energéticas que Nuri guarda en la despensa y me voy.

Ni siquiera miro a Nico cuando salgo de la cocina.

—Que sueñes con los angelitos —se burla.

Como respuesta, sin ni siquiera mirar atrás, le hago una peineta y me meto en mi habitación.

Seguro que hoy tengo pesadillas.



Es mi última clase de la mañana y siento como si llevase aquí cien horas, cuando en realidad solo llevo cuatro. Tara está a mi lado, tomando apuntes y participando en las preguntas que lanza el profesor al aire. Yo, en cambio, hace un rato que he desistido y he abierto la carpeta donde guardo algunos de mis bocetos.

Trazo líneas sobre mi dibujo y trato de definir las mangas de un vestido que se me ha ocurrido esta mañana mientras desayunaba. Fantaseo con la idea de ir a comprar telas y pasar la tarde cosiendo, pero tendré que esperar a volver a casa por Navidad.

—¿Estás bien? Estos días parece que tengas la cabeza en otra parte —me pregunta Tara mientras bajamos la escalera.

Tiene razón. Llevo un par de días ausente, no paro de pensar en lo mal que me estoy adaptando a la facultad. Es normal que en una carrera haya asignaturas que te gusten más que otras, pero de momento no he encontrado ninguna que me interese. Veo que Tara o las chicas sí han encontrado algo que les motive y eso me frustra.

—No entiendo las explicaciones y se me hace cuesta arriba la asignatura —contesto sincera.

—¿Quieres comer algo y vamos a la biblio? Así nos echamos un cable la una a la otra.

Me enternece la forma que tiene de decirme que me puede ayudar a estudiar, aunque no creo que yo vaya a aportar mucho.

—Eso sería genial. —Suspiro, agradecida.



Tara continúa intentando explicarme lo que hemos dado esta semana, pero yo me he dado por vencida hace rato. Mira interesada el libro y apunta cosas sin parar. Trato de concentrarme y vuelvo a empezar la lección que he releído unas quinientas veces en lo que llevo de tarde. Sigo sin retenerla, a pesar de que me intento convencer repitiéndome una y otra vez «Yo puedo con esto».

—Vega —susurra Tara—, ¿hacemos un descanso?

Se lo agradezco, un café me vendría bien.

Vamos a la sala de las máquinas, donde también hay varios sillones. Sacamos un sinfín de guarrerías de chocolate y un par de vasos con café de dudosa calidad, pero que cumplen su función.

—¿Tienes algún plan para este finde? —pregunta mientras abre un paquete de galletas.

—De momento nada, creo que me quedaré estudiando —digo en tono lastimero.

—Estás saturada. —Me ofrece una galleta—. Necesitas azúcar y despejarte la cabeza.

Le doy un mordisco, está deliciosa.

—Puede ser, pero me voy a sentir mal si salgo y no termino las mil tareas que nos han mandado. ¿Tú tienes algún plan? —pregunto.

—Seguramente me vaya a pasar el finde con Inés. Casi he terminado todo lo que tengo que hacer, así que aprovecharé para verla.

Me cuenta que se van al campo con sus padres, donde suelen hacer barbacoa.

Estamos terminándonos el café cuando me llega una notificación al grupo de «Las Supernenas»:

Nuri
En una hora os quiero a todas listas

Hoy toca jueves universitario!

Carola
Mañana tengo clase a las nueve

Nuri
No pongas excusas

A las doce estarás en la cama

Prometido!

Yo
Eso no te lo crees ni tú

Nuri
Que sí! Nos tomamos una cervecita y a casa

Carola
Eso dijiste la última vez

Nuri
Esta vez es de verdad

No seáis aburridas, va a ir todo el mundo!

Quedamos a las nueve y
estamos un par de horitas

Miro la hora, son las ocho. Me da tiempo a llegar.

—¿Te apuntas a tomar algo con las chicas? Vamos a ir a un bar con música en vivo, será solo un rato —le pregunto a Tara.

—¡Vale!

Yo
Genial, nos vemos a las nueve. Tara se viene!

Nuri
Perfecto! Voy a vestirme y a sacar a Carola de su cuarto

Carola
Ni lo intentes

Nuri
Hay que ver lo poco me conoces

El local está a tope.

Me dejo arrastrar por mis amigas entre la marea de personas que se agolpan en la entrada. Al instante, me arrepiento de haberme traído la chaqueta. Es fina, perfecta para las frescas noches de octubre, pero no había contado con el calor que haría en el bar. Por suerte, o gracias a Nuri, que se ha abierto paso por lo menos entre quince personas para que quepamos, nos acomodamos en un hueco de la barra. Desde ahí se ve el escenario perfectamente. Un equipo de luces adorna la parte de arriba y todo está lleno de cables y de gente yendo de aquí

para allá.

El camarero nos sirve las bebidas. Le doy un trago a mi cerveza, agradeciendo lo fría que está. Hablamos un rato de tonterías varias, pero no pasa mucho hasta que empieza a haber movimiento en el escenario.

—Señoras y señores, una semana más... ¡Red Velvet!

La gente empieza a gritar emocionada y a intentar pegarse al escenario todo lo posible. El local se queda a oscuras, supongo que para crear expectación. Distingo vagamente algunas figuras colocarse en sus puestos. El guitarrista arranca con una sucesión de acordes y el batería se le une marcando el ritmo de forma constante.

Las luces se encienden y oficialmente empieza el concierto.

El que parece ser el cantante, un rubio de pelo largo que no debe de tener más de veinte años, coge el micrófono. Canta una letra que no reconozco.

Me fijo en los demás integrantes del grupo. El batería, un chico con el pelo de color azul eléctrico, mueve las baquetas con tanta facilidad que da la sensación de que son una extensión de sus propias manos. A unos metros de él, un chico desliza los dedos de forma fluida a lo largo del bajo. Desde aquí no alcanzo a ver al guitarrista, se encuentra en el otro extremo del escenario.

Con la música de fondo, las chicas y yo hablamos entre nosotras y bailamos como podemos. El local se ha ido llenando aún más conforme iban pasando las canciones y ya no hay quien se mueva del sitio.

Me quito la chaqueta y la dejo apoyada en un lado de la barra. Hace demasiado calor y ya no aguanto.

Tras un par de canciones más, el vocalista anuncia un tema que, al parecer, el público había estado esperando. Debe de ser de los más conocidos, pues la gente se vuelve loca.

—¿Pido otra ronda? —pregunto a las chicas.

Todas asienten, así que me giro hacia la barra. Cuando vuelvo la atención al escenario, veo a Nico. Está cambiando la guitarra eléctrica por una acústica.

Esto tiene que ser una broma.

—Bueno... —dice Nuri mientras agarra las cervezas—. Creo que ahora ya es oficial: el destino te está mandando una señal como un piano.

Carola le aprieta el brazo. Claramente está intentando decirle que se calle, pues Tara me mira extrañada. Yo sigo sin quitarle el ojo de encima a Nico. Se ha acercado al micro y sonríe con chulería sentado en un taburete.

El sudor hace que le caigan algunos rizos sobre la frente, lo que le da un aspecto despreocupado que le queda demasiado bien. Empieza a tocar la guitarra y me quedo hipnotizada cuando oigo su voz. Cala en mis huesos y me pone los

pelos de punta: tiene un tono ronco a la vez que melódico, no se parece en nada a algo que haya escuchado antes.

Al principio, pensaba que era una balada debido a las notas suaves y el mimo con el que canta la letra, casi susurra. Sin embargo, en el estribillo se le une el piano. Todas las chicas del bar empiezan a gritarle cosas sin coherencia, están embobadas. El guitarrista las vuelve locas.

Recorre la estancia con la mirada. Se deleita en el público, que se mece al son de la canción emocionado.

Sé el instante exacto en que me encuentra, pues un cosquilleo me recorre de arriba abajo. Nuestras miradas se enredan y parece imposible que vayan a separarse en algún momento. En mis oídos se cuela cada sonido que sale de sus labios y siento como si se creara una especie de atmósfera en la que solo existimos él y yo. Al cabo de unos segundos, me dedica una sonrisa traviesa y vuelve a dirigirse al público.

La canción termina y lo chillidos generalizados me sacan de la burbuja en la que me había metido sin darme cuenta.

—Se está haciendo tarde, deberíamos irnos ya. Mañana tengo clase a primera hora —les digo a mis amigas, intentando disimular la voz nerviosa y calmar mi acelerado corazón.

«Es solo por la intensidad de la canción», me digo.

Convencemos a Nuri de que es hora de retirarse y nos abrimos paso como buenamente podemos entre la gente. Cuando salgo por la puerta, trato de no mirar atrás, pero no puedo evitar notar unos ojos fijos en mi espalda.



8

—Ha llegado el día —anuncio en el desayuno.

Las chicas me miran confusas.

—Me alegro mucho, pero... ¿qué día? —pregunta Carola mientras se lleva un trozo de melocotón a la boca.

—¡Está claro! —añade Nuri, emocionada—. El día en el que por fin va a venirse al gimnasio conmigo. Tía, ya verás como te encanta. ¡Además, hay un montón de cachondos!

Sabe que por nada del mundo haría deporte y menos con ella. La última vez que lo intentamos, acabé cayéndome en una zanja llena de barro y me hice un esguince.

—No es eso. —Me siento junto a ella y le robo un trozo de tostada—. Hoy por fin lo voy a encarar. Voy a decirle a Nico que o hacemos el trabajo o me busco otro compañero —digo convencida.

—Vaya, qué valiente —ironiza Nuri.

Doy un mordisco y le dedico una cara de burla.

—Pero ¿es que en algún momento te ha dicho que no quiere hacerlo? —pregunta Carola.

Repaso mentalmente las conversaciones que hemos tenido; a decir verdad, son escasas.

—No —admito.

—Entonces, si quieres un consejo, limítate a hablar con él para poneros de acuerdo sobre cuándo hacerlo. Es mejor empezar por ahí. Ya luego te enfadas si quieres. —Y se ríe mientras se come otro trozo de fruta.

En mi defensa, no he vuelto a verlo desde que descubrí su faceta de cantante/guitarrista. Ha estado faltando a clase y tampoco me ha parecido verlo por la facultad.

Hoy creo que por fin irá, básicamente porque está perdidísimo. Ayer se puso muy pesado por el grupo de clase preguntando cada dos por tres por dónde íbamos del libro y pidiendo apuntes a todo aquel que se atrevía a contestar algo. ¡Qué cara tiene!



Cuando llego a la facultad, Tara me espera en la puerta con un café humeante en la mano.

—¿Qué tal el finde? —pregunto tras saludarla.

El otro día me contó que su plan era irse al campo, como siempre, pero al parecer Inés le tenía preparada una sorpresa y la llevó a cenar a un sitio superromántico. De camino al aula correspondiente, me da todos los detalles del fin de semana de ensueño que han pasado juntas. Entramos apenas unos minutos antes de que empiece la clase.

En cuanto atravesamos la puerta, mis ojos encuentran a Nico. Es como si tuviera un imán o algo que hace que me fije en él sin ni siquiera pretenderlo. Se ha sentado a una de las mesas de la esquina delantera y trastea con el ordenador sin parar. Pasamos por su lado y, cuando Tara lo saluda, sus ojos se encuentren con los míos. Trato de sonreír, para tantear el terreno y así luego poder hablar con él sobre el trabajo, pero se limita a saludarme con la cabeza y vuelve a lo suyo.

«El perro de mi tía Carmina me saluda con más emoción y mira que es el animal más antisocial del mundo», pienso.

Saco mis cosas y me empeño en prestar toda la atención que puedo. Tara y yo estamos haciendo los apuntes juntas, así luego nos será más fácil estudiar. No puedo permitirme perder ningún detalle, lo cual es difícil. El profesor habla sin parar y explica las páginas tan rápido que me cuesta seguirle el ritmo.

En un momento dado, detiene la clase y se pone a intentar enchufar el proyector. Aprovecho para descansar y me recuesto en la silla, exhausta.

—¿Cuántas palabras crees que es capaz de decir por minuto? —le pregunto a Tara.

—Demasiadas —contesta entre susurros en tono de guasa.

Recorro la clase con la mirada y me fijo en el resto de los alumnos; creo que están igual que nosotras. Sin embargo, me llama la atención Nico. Parece apurado de verdad. A pesar de que el profesor ha parado unos minutos sus explicaciones, él sigue concentrado en la pantalla. Imagino que trata de darle sentido a lo que ha escrito, aunque sus bufidos constantes delatan que no lo está consiguiendo.

«Eso es lo que sucede cuando no vienes a clase, que te pierdes», pienso para mí misma.

Cuando termina la hora, recojo mis cosas a toda prisa para poder dirigirme hacia el pupitre de Nico. A ver si consigo hablar con él…, pero no ha tardado ni dos minutos en salir disparado por la puerta.

—Corre, seguro que lo pillas en el ascensor —me apremia Tara.

Quedamos en llamarnos luego y me apresuro hacia la salida.

Veo como la puerta del ascensor está a punto de cerrarse, pero soy rápida y me cuelo segundos antes de que lo haga.

—¿Buscando una excusa para quedarte a solas conmigo? —me dice Nico mientras me coloco bien el bolso.

Este chico se lo tiene demasiado creído, en serio.

Hace un rato lo estaba viendo completamente superado y ahora me mira con esa cara fanfarrona, que le queda demasiado bien al endemoniado. En su expresión no hay rastro del agobio que destilaba hace tan solo unos minutos.

—No es eso —respondo.

—Si es para hablar de…

—Tenemos que hacer el trabajo de Civil juntos. Se nos hecha el tiempo encima. O empezamos ya o no llegamos —lo corto.

Se queda mirándome unos segundos, divertido.

—Ahora mismo estoy muy ocupado, no puedo.

¿He oído bien?

—¿Perdona?

—Deberías tomarte en serio eso de ir al otorrino, no pareces tener el oído muy fino —suelta.

Las puertas del ascensor se abren y sale andando como si nada.

Esto es increíble.

Voy tras él todo lo rápido que puedo. Mis pasos son más cortos que los suyos y que vaya tan acelerado no ayuda. Con un pequeño esprint, me interpongo en su

camino.

—¿Se puede saber qué clase de problema tienes? Hay que hacer el trabajo —digo, enfatizando cada palabra—. ¿O es que quieres suspender otra vez?

Esa respuesta no parece gustarle, porque pasa por mi lado y se aleja. Me ha dejado con la palabra en la boca y plantada en medio del pasillo. ¿Qué he hecho yo para merecer tal quebradero de cabeza por un simple trabajo de clase?

Bien, pues si no lo quiere hacer conmigo, me encargaré yo misma. Me aseguraré de que el profesor sepa que él no ha participado y, de paso, que es un idiota monumental.



Por desgracia para mí, empiezo a comprender por qué el profesor mandó hacerlo en parejas.

Después de comer, he venido a la biblioteca a intentar estudiar y adelantar algo del trabajo. Pero el tema se me está haciendo bola. Son muchos conceptos y demasiada investigación para una sola persona. Tendría que dedicarle mucho más tiempo del que dispongo. Para colmo, los exámenes parciales están al caer. Por más que trato de meterme en la cabeza toda esta información, no hay manera.

Tras tres horas sentada frente al libro, decido que ha llegado el momento de darme un descanso.

Me acerco a la máquina de café y elijo el que más azúcar lleva. Necesito algo de energía si voy a seguir tres horas más intentando descifrar los párrafos que me quedan por estudiar.

Estoy tan ensimismada que no me doy cuenta de que mi bebida ya está lista hasta que una mano se me adelanta y me tiende el café. Me sorprendo al darme cuenta de que es Jorge, el ayudante «buenorro».

—¿Qué tal, Vega? Me alegra encontrarte aquí, justo quería hablar contigo —dice.

Me pongo nerviosa en cuanto lo escucho. ¿Se me ha olvidado mandar algo de lo que me envió la semana pasada? ¿Es posible que alguien se haya quejado de mí?

—No es nada malo, no te preocupes —aclara con una sonrisa tranquilizadora al ver mi cara de apuro.

—¡Ah! Me había asustado —contesto, aliviada.

Se gira hacia la máquina y pide otro café.

—No he podido evitar verte por la biblioteca los últimos días. Me da la sensación de que estás un poco saturada y quería preguntarte si necesitabas ayuda.

Mentiría si no dijera que me sorprende su ofrecimiento.

—Muchas gracias, pero intentaré apañármelas sola —contesto sin mucho convencimiento.

—Entiendo que te dé corte, pero, si quieres un consejo, toda ayuda es necesaria. Además, ni siquiera soy profesor. Hace un año yo estaba igual que tú, tratando de sacar la carrera adelante.

«En eso tiene razón», pienso.

Por más que una parte de mí se sienta mal por obtener ayuda así, mi lado egoísta sale a relucir. Voy de cabeza con las asignaturas y empieza a frustrarme la idea de estar tantas horas encerrada para luego no entender nada. Además, Tara no puede venir todas las tardes a estudiar, por lo que la mayoría de las veces vengo sola.

—Lo cierto es que me vendría bien un poco de ayuda, no te voy a mentir —digo finalmente.

Me sonríe, contento por mi respuesta, y coge el café.

—Pero, por favor, solo el tiempo que puedas. No tienes que quedarte aquí toda la tarde conmigo. No quiero ponerte en un compromiso —aclaro.

—No te preocupes.

Nos sentamos en uno de los sillones que hay en la sala de descanso y nos ponemos a hablar de la facultad y de la vida universitaria.

Me siento cómoda hablando con él. Al principio estaba un poco cohibida porque, venga ya, no deja de ser el ayudante de un profe, en una de las asignaturas más importantes del curso. Pero, tras un rato hablando despreocupadamente de temas relacionados con la carrera, he conseguido relajarme. Sobre todo gracias a ciertas anécdotas divertidas que han hecho que más de una vez nos manden bajar el tono.

Un rato después, nos sentamos a la mesa donde he dejado mis cosas. Jorge empieza a explicarme todo desde el principio. No me pierdo detalle de cada palabra que dice, intento concentrarme en los trucos que me da para aprenderme algunas cosas y llevar todo al día.

En alguna ocasión, me pilla mirándolo a él, no las hojas que con tanta

vehemencia trata de mostrarme. Es culpa de su forma de hablar y de la manera en la que me mira cuando está aclarando algo. Me deja hipnotizada.

—¿Has entendido esto último? —pregunta al cabo de un rato.

Llevamos ya un par de horas estudiando uno de los parciales que tengo dentro de unas semanas. Gracias a él ahora lo comprendo todo mucho mejor.

Le sonrío y le contesto que todo me ha quedado claro.

Sus ojos azules me miran de una forma que hace que me vuelva a poner nerviosa, pero no como antes. Ahora mismo mi cuerpo está atento a cada movimiento que hace, a la forma en la que la camisa se le ajusta a los hombros, a la barba de tres días que lleva y que hace que me cuestione si picará cuando besa a alguien.

Al instante, borro ese pensamiento de mi cabeza. Pero ¿qué estoy haciendo?

Con un carraspeo, vuelvo a fijarme en los apuntes y damos esta clase particular por terminada. Recogemos todo y salimos de la biblioteca.

—Muchas gracias por ayudarme, ni te imaginas lo que me ha servido —digo satisfecha cuando llegamos a la boca del metro.

—No ha sido nada —contesta—. Si tienes cualquier otra duda, puedes escribirme al correo sin problema.

—Si apruebo este examen será por ti, así que espero escribirte para darte las gracias —digo entre risas.

—Ya me las darás invitándome a una cerveza.

Creo que hasta él mismo se queda sorprendido por lo que acaba de decir.

—Bueno, eh… Nos veremos en clase —dice entonces.

—Claro, sí —contesto, demasiado impresionada como para pensar otra respuesta.

—Buenas noches.

—Adiós —contesto a tiempo de ver cómo se aleja.

De camino a casa, decido no darle más importancia de la que tiene. Ha sido lo típico que se dice entre amigos, sin segundas intenciones ni nada.

«Ya, Vega, pero es que vosotros no sois amigos».



9

—Dos cañas y unas bravas, por favor —pide Iván al camarero.

Después de casi dos meses en Madrid, esta es la primera vez que mi mejor amigo y yo nos hemos puesto de acuerdo para quedar. Nunca habíamos estado tanto tiempo sin vernos y lo cierto es que lo he echado de menos. Al ser vecinos, estaba acostumbrada a tener mi dosis diaria de sus tonterías y chistes malos.

—Cuéntame, señor ocupado, ¿cómo te va la vida? —pregunto mientras le doy un trago a mi cerveza.

Iván se aparta el pelo de la cara. Lo lleva más largo que la última vez que lo vi, casi le llega por los hombros y le da para hacerse una coleta.

Se pasa un buen rato poniéndome al día y noto la ilusión en sus ojos cuando empieza a hablarme de sus clases. Siempre ha querido ser biólogo marino y no me cabe ninguna duda de que va a conseguirlo. Aún recuerdo cuando de pequeños nos fuimos de excursión a un lago y acabó escondiéndose unas ranas en la mochila para poder llevárselas a casa. Ya os podréis imaginar el drama cuando, tres días más tarde, su pobre madre la abrió. No he visto llorar tanto a un niño en mi vida.

—¿Y tú qué, doña aplicada? Me ha dicho un pajarito que no sacas la nariz de los libros.

No me hace falta preguntarle para saber que ese pajarito es mi madre. La muy cotilla no se puede callar nada.

—No me puedo creer que sigas siendo el mismo pelota de siempre con mi madre. Supéralo ya, estamos en otra ciudad —contesto.

—Sabes que no puedo, me adora. Soy el hijo que nunca tuvo —dice orgulloso

—. Además, no me cambies de tema. El otro día me contó que te notaba desanimada por teléfono, así que desembucha.

—Estoy estresada con la carrera, eso es todo.

Me observa un instante, como analizándome, y finalmente contesta:

—¿No estás contenta en Derecho?

Odio que me haga esa pregunta. Es la que he estado haciéndome yo las últimas semanas. Sin embargo, he llegado a la conclusión de que solo es por los parciales y el dichoso trabajo en parejas. El cual, por cierto, sigo sin saber hacer yo sola.

—No es eso, solo se me ha venido todo encima, pero estoy bien. ¿Podemos cambiar de tema, por favor? —suplico.

—Está bien, pero ya sabes que me tienes aquí si me necesitas. Eres como mi hermana pequeña —dice en tono protector.

—Solo me sacas un mes —replico.

—Suficiente como para notar tu inmadurez y fragilidad —contesta con guasa.

Me río con ganas. Hablar con Iván siempre termina animándome.

—No sé por qué Nuri y tú os lleváis tan mal. Sois igual de tontos

Noto que mi comentario le incomoda, pero pasa del tema. Empezamos a hablar de una película que sale dentro de poco y que tenemos muchas ganas de ver. Cerca de casa, en Murcia, hay un cine antiguo al que nos gusta ir de vez en cuando. Estaría guay seguir con esa tradición aquí.

Al cabo de un rato, Iván me acompaña a la residencia, pues no está a más de quince minutos andando desde la suya.

—No te encierres cual ratón de biblioteca, que te conozco. Cuando te pones cabezota, la que sale más perjudicada eres tú —me aconseja mientras me abraza.

—No puedo prometerte nada —contesto.

Nos separamos y lo veo alejarse.



Otro día más, para mi desgracia, me encuentro en la biblioteca con la cabeza metida entre los libros.

Queda menos de una semana para el parcial de una de las asignaturas más

importantes del curso. Mi vida ha quedado reducida a ir de la residencia a la facultad, y viceversa. Poco a poco, le voy cogiendo el tranquillo a la materia, pero no sé si tanto como para relajarme de cara al examen.

Me levanto y llevo como puedo una pila de libros que he sacado de la sección jurídica. Estoy tan ensimismada tratando de encontrar su lugar en la estantería que no me percato de la figura que hay detrás de mí hasta que lo oigo.

—¿Te echo una mano?

Se me caen los manuales al suelo y el ruido hace que toda la biblioteca se vuelva para ver de dónde procede.

«Mierda».

Roja como un tomate, me agacho y empiezo a recogerlos.

Nico se pone en cuclillas e intenta ayudarme.

—¿Eres idiota? Casi me matas del susto —digo entre susurros, que le quede claro que estoy molesta.

—Perdona, no era mi intención.

«Ahora va de educado, pero a mí ya no me la cuela».

Nos incorporamos y alzo la cabeza para mirarlo a los ojos. Me inquieta la reacción de mi cuerpo cada vez que lo tengo cerca, así que trato de seguir con lo mío. Sujeto los libros con una mano y me doy la vuelta para poner cada uno en su lugar.

—¿Necesitas algo? ¿O has venido solo para incordiarme? —pregunto dándole la espalda.

Se pone a mi lado, me quita un manual y lo coloca.

—Lo cierto es que llevo un rato buscándote.

Trato de parecer indiferente, me centro en los títulos que tengo delante de mí.

—He venido para ver si aún sigue en pie lo de hacer el trabajo juntos.

Este chico está jugando con mi paciencia. Hace dos semanas pasó de mí. Y ahora, apenas un mes antes de tener que entregarlo, ¿va y me dice que si lo hacemos?

—¿Y se puede saber qué te ha hecho cambiar de opinión de repente? —pregunto.

Termino de colocar el último libro que me quedaba y me vuelvo hacia él.

—Se acerca la fecha y he recapacitado, supongo. —Está apoyado en la estantería, con una pose relajada que me pone de los nervios.

—Lo siento, pero ya lo he hecho yo sola —suelto.

—Ambos sabemos que eso no es verdad —contesta cruzándose de brazos y sonriendo.

Claro que no. Llevo semanas intentando avanzar con el tema de investigación, pero entre que es larguísimo y que tengo que estudiar para los parciales, no llevo ni la mitad. Pero me repatea que venga como si nada a decir que ahora está dispuesto a hacerlo, aunque sé que voy a terminar cediendo.

—¿Y tú qué sabes? —A cabezota no me gana nadie.

Se separa de la estantería y se pone frente a mí.

—Mira, voy a serte sincero —dice con cierto nerviosismo—. Reconozco que el día que te acercaste a mí fui un gilipollas y te pido disculpas. He pasado por una mala racha, lo pagué contigo y me arrepiento, de verdad.

Mi cabeza, en vez de centrarse en lo importante, en que me está pidiendo perdón, solo puede pensar en si habrá cortado con su novia.

«¿Y qué si es así? A ti no debería importarte».

—Además, puedes mentirme si quieres, pero es imposible que lo hayas terminado tú sola. Le he echado un ojo al tema y es un coñazo.

Lo miro dubitativa, me planteo en serio si debería fiarme de su compromiso. Me da miedo que hoy me diga que lo hace y mañana me vuelva a dejar plantada, mi nota depende de ello.

Debe de hacerse una idea del camino que toman mis pensamientos, porque termina diciendo:

—Te prometo que me lo voy a tomar en serio. Si te hace sentir más cómoda, podemos poner un horario y todo.

Tardo unos segundos de más en contestarle, para fingir que eso último no ha hecho que me decida.

«De perdidos al río, supongo».

—Está bien, pero como me la juegues y luego termine encargándome yo sola… —Trato de pensar una amenaza convincente—. Haré que te arrepientas —termino diciendo.

En respuesta, sonríe. Creo notar que mi corazón da un saltito, pero paso de él y me acerco a la mesa donde estoy estudiando.

Nos ponemos manos a la obra y le muestro los pocos avances que llevo hechos. Sin comentar nada, se pone a teclear en el ordenador buscando información que nos pueda ser útil.

Pasamos el resto de la tarde organizando los puntos que debemos hacer y viendo cómo queremos enfocar la presentación.

Me doy cuenta de que, a pesar de lo que había pensado en un primer momento, Nico es un chico bastante organizado. Saca varios apuntes que ha hecho él mismo y enumera punto por punto las cosas a las que deberíamos dedicar más tiempo y a las que no.

Cuando me quiero dar cuenta, se empiezan a apagar algunas luces, indicando que quedan pocos minutos para que la biblioteca cierre.

Recogemos las cosas y salimos juntos mientras hablamos de temas relacionados con la carrera. Quedamos en vernos aquí el sábado por la mañana, ya que antes me dice que tiene ensayo. Por mi parte, yo voy a dedicar lo que queda de semana a rematar el parcial del lunes.

Una vez en la calle, corre una ligera brisa. Me froto los brazos para tratar de aportarme un poco de calor. La temperatura ha ido bajando durante las últimas semanas, pero aún no he encontrado el momento para sacar algunas prendas de invierno. Llevo varias semanas buscando la única chaqueta fina que tenía para casos como este, pero parece haber desaparecido como por arte de magia.

—Toma.

Nico me tiende una sudadera negra.

—Gracias, pero no hace falta. Es mejor que te la pongas tú —contesto.

En verdad, sí me hace falta, pero no quiero admitirlo. Aún me sorprende esta repentina simpatía hacia mi persona. Prefiero mantenerme a raya.

—No me la voy a poner de todos modos, ya me la devolverás un día de estos —insiste.

—De verdad que no la quiero.

Sin embargo, para desgracia de mi flamante orgullo, me tiembla la voz del frío y eso me delata.

—¿Siempre eres tan cabezona? Si estoy viendo que tienes la piel de gallina, canija.

Suspiro y al final agarro la prenda. Me la pongo sobre la ropa. Su olor me impregna las fosas nasales y al instante me derrito un poco.

Odio que huela tan condenadamente bien.

Termino de ajustármela, pero me queda tan grande que no puedo evitar que me tape la falda corta.

Entonces me doy cuenta de que sus ojos me están recorriendo las piernas sin ningún pudor. No sé si es la sudadera o la forma en la que nuestras miradas terminan conectadas, pero un calor se apodera de mí. Irremediablemente, las mejillas se me ruborizan.

—Te queda bien —dice con voz ronca.

—Gracias —contesto en apenas un susurro.

Nos quedamos unos segundos parados, sin saber qué decir o cómo despedirnos.

«Huye de esos ojos castaños cuanto antes», me dice mi conciencia.

—Bueno... Nos vemos en clase.

Se revuelve el pelo con la mano y, antes de darse la vuelta, hace un gesto de despedida con la cabeza.

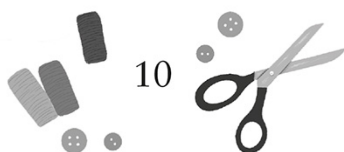
Me quedo unos segundos viendo cómo se aleja, perdiéndose entre los arbustos que rodean la facultad.

Cuando llego a la residencia, me pongo unos pantalones largos de pijama y me meto en la cama.

No me pasa desapercibido que no he tenido intención de quitarme la sudadera.

«Hace mucho frío, es solo eso».

Cierro los ojos. Prefiero no pensarlo.



Recostada en el sofá de la sala común, escucho a Carola reírse. Nuri le está enseñando una conversación random que tuvo con un chico el otro día. Al parecer, no tiene desperdicio.

—No me puedo creer que le dijeras que eres suiza y menos que él te creyera —le comenta Carola.

—Chica, es que es muy pesado con eso de quedar. Yo ya no sé qué excusa ponerle.

—¿Y por qué no pruebas a decirle que no quieres y ya está? —comento mientras coloreo el boceto de una chaqueta que empecé a dibujar el otro día y con la que estoy obsesionada.

—¿Por quién me tomas? Ya lo he hecho, pero está empeñado en que el destino nos ha unido —contesta en tono dramático—. Al final tuve que pasar a mi plan de emergencia para babosos: decirle que me vuelvo a mi país. Así dejará de darme la lata.

Es la primera noche de viernes que hemos decidido quedarnos en la residencia. La semana nos ha dejado agotadas, así que hemos cenado en el comedor y vamos a ver una peli.

Esta tarde he recibido un mensaje de Nico para avisarme de que mañana estará puntual en la biblioteca. Aunque nos dimos los números para poder organizarnos bien el trabajo y quedar sin ningún problema, no voy a negar que me ha sorprendido que se tome las molestias de escribirme solo para asegurarse de saber bien la hora.

—He hablado con Adrián. A lo mejor viene antes de Navidad a verme —

suelta Carola de repente. No parece muy emocionada.

Nuri y yo dejamos los que estamos haciendo.

—Eso es bueno, ¿no? —le pregunto.

—Claro, lo echo de menos —contesta de forma automática.

No la veo muy segura, pero prefiero no insistirle. El otro día salió el tema y se pasó media hora tratando de convencernos de que Adrián había mejorado, que ya no era tan celosos y que llevaban mucho mejor la distancia. Me dio la sensación de que se lo decía más a sí misma que a nosotras.

Estas últimas semanas la hemos visto mejor. Se ha centrado en la carrera y ha estado saliendo. Sin embargo, no se nos escapa que algunos días finge que está agobiada con los estudios y se queda hablando (o más bien, discutiendo) con él hasta tarde.

—Si es así, me alegro, tía. —Nuri se pega a ella y se apoya en su hombro.

—Cuando venga, podemos hacer algún plan guay, si os apetece —añado.

—Eso estaría genial —contesta, agradecida.



Salgo a toda pastilla del metro y me dirijo hacia la puerta de la biblioteca sin perder un minuto.

Desde lejos veo a Nico sentado en la escalera, esperándome.

—¡Lo siento! —le digo nada más llegar, aún con la respiración acelerada.

Se levanta y me fijo en él. La camiseta gris que lleva le marca los bíceps a la perfección. ¿Este chico solo tiene ropa que acentúa sus músculos?

—No te preocupes, solo han sido treinta minutos de retraso —contesta en tono de guasa.

Espero su enfado, pero solo me encuentro con una actitud relajada. Se revuelve el pelo, lo lleva mojado y le crea algunos rizos que caen sobre su frente.

—He venido todo lo rápido que he podido, se me han pegado las sábanas —confieso.

Empiezo a subir la escalera para entrar, pero una mano me impide el paso.

—Si has venido corriendo, supongo que no habrás desayunado, ¿cierto? —pregunta.

De las prisas, ni siquiera había caído en eso.

—No.

—Eso me parecía —contesta mientras saca el móvil y teclea en la pantalla—. Sígueme, conozco un sitio no muy lejos de aquí.

Se guarda el móvil en el bolsillo y empieza a andar en la dirección contraria a la biblioteca.

Tardo unos segundos en reaccionar.

¿Qué?

Corro tras él y lo alcanzo.

—¿Se puede saber adónde vas? Tenemos que hacer el trabajo. No podemos perder la mañana tomándonos un café.

—No vamos a estar de cháchara. Para rendir hay que tener energía y tú ahora mismo no tienes ninguna. En apenas una hora estarás cansada y hambrienta si no comes algo —contesta mientras sigo sus pasos—. Hay una cafetería donde se desayuna muy bien. Podemos hacer el trabajo allí, yo a veces voy a estudiar.

Al cabo de unos minutos, llegamos. El sitio es enorme, las paredes son de ladrillo y hay mesas estilo *vintage* por todo el local, junto con sillas distintas en cada una de ellas. También veo plantas en cada rincón y lámparas de estilo victoriano aquí y allá.

Nos acercamos a una barra llena de dulces. Solo con eso se me hace la boca agua. Un encargado de mediana edad con pelo canoso y un delantal nos atiende.

—¿Qué tal va todo, Samuel? —saluda Nico, amigable.

—Ya sabes, como siempre. Se hace lo que se puede —contesta—. He recibido tu mensaje, tu sitio de siempre está guardado.

—Gracias.

Me guía hasta una mesa redonda que se encuentra junto a uno de los ventanales y nos sentamos. No se me pasa por alto que hay varios enchufes a lo largo de la pared, supongo que para los clientes que vienen a estudiar. El ambiente es tranquilo, a pesar de que hay gente desayunando en algunas mesas.

—¿Qué te parece? —pregunta Nico.

—Me encanta.

—Hacen uno de los mejores cafés de la ciudad.

Me tiende la carta y tardo un rato en decidirme. Todo tiene tan buena pinta que me pediría el menú entero. Acabo decantándome por unas tortitas con salsa de arándanos. Nico pide la bebida de los dos, asegurándome que nunca he probado nada igual.

¿Quién es este chico y dónde está el taciturno que hace tan solo unos días me

mandó a paseo? Su actitud amable me sorprende, no lo voy a negar. Se lo ve más descansado que estas últimas semanas; las pocas veces que venía a clase, parecía desaliñado y con cara de culo. ¿Será por esos problemas personales que mencionó?

—¿Estás seguro de que me va a gustar el café que has pedido? Mira que soy muy exigente —le digo entre risas.

—Completamente. Si no te gusta, tendré que echarte de aquí.

Su expresión es de suficiencia. Reconozco que en otro momento me habría parecido un creído mojabragas, pero ahora me da la sensación de que es un gesto simpático. Aun así, pongo los ojos en blanco y me encojo de hombros.

—¿Tú no quieres nada de comer? —pregunto al cabo de un rato.

—He desayunado antes de venir. Por ahora me basta con el café.

Unos minutos después, me traen mi comida. Al probarla, no puedo evitar que se me escape un gemido de placer.

—¡Dios mío, esto está riquísimo! —exclamo mientras devoro otro trozo de tortita.

En respuesta, Nico se ríe y me roba un trozo.

—¡Eh! Que es mi comida, no seas ladrón. ¿No decías que necesito toda la energía posible?

—Como te comas el plato entero, vas a tener energía para tres días —contesta mientras saborea su botín.

Pongo los brazos alrededor de mi plato, tratando de hacer el muro de defensa más cutre que jamás haya visto alguien en su vida, y lo amenazo con los ojos. Nico no se da por vencido y acaba robándome un par de trozos más con una sorprendente y vergonzosa facilidad.

Cuando me lo termino todo, estoy tan hinchada que me tienta la idea de desabrocharme el pantalón.

Tomo la taza de café que Nico ha pedido y lo pruebo.

—¿Y bien? —pregunta, esperando mi opinión.

Finjo que lo saboreo mejor y me hago la interesante. Tardo unos segundos en contestar. La cara expectante que pone hace que me ría y finalmente digo:

—Bueno, no está mal.

Mentira. Es el mejor café que he probado en mi vida, pero no voy a dejar pasar la oportunidad de picarlo.

—Mira que eres embustera. Te ha encantado —contesta, decidido.

—Puede ser —digo con una ligera sonrisa.

—Los amigos no se mienten.

Me atraganto y empiezo a toser como una descosida. Nico me da unas

palmadas en la espalda, sin dejar de descojonarse por mi reacción.

—Joder, pues sí que te ha encantado la idea —comenta mientras me seco las lágrimas.

Lo miro y, con la voz ronca de tanto toser, le digo:

—¿Amigos? ¿Se puede saber en qué momento has llegado a esa conclusión?

—Ahora mismo, ¿por qué no?

¿Me lo está preguntando en serio? ¿Se cree que por ser simpático cinco minutos ya somos colegas?

—Mmm, no sé, déjame pensar... ¿Tal vez porque has sido un antipático conmigo desde que coincidimos en clase? —Sin dejarle contestar, alzo los dedos de la mano y empiezo a enumerar—: Me has evitado desde el primer día, has sido bastante borde, aquella vez que nos vimos en la discoteca fuiste un gilipollas monumental, encima te has pasado semanas robándome la leche... ¿Sigo?

Sin contar la noche en la que nos besamos y luego me di cuenta de que estaba con alguien, pero me muerdo la lengua y no lo digo en voz alta.

—Ya te dije que no leí el pósit, pero sí que te ha impactado, ¿verdad? —Se ríe mientras se cruza de brazos con chulería.

Me pone de los nervios.

—¿No decías que los amigos no se mienten? Admítelo de una vez, lo hiciste adrede —contesto, imitando su actitud.

Sin venir a cuento, acerca su silla. Se queda a apenas unos centímetros de mí, y contesta en voz baja:

—Ah, entonces ¿dices que sí somos amigos?

«Uf, Señor, dame paciencia», suplico por dentro. Como siga así, le voy a tirar el ordenador a la cabeza. Resoplo y le devuelvo la mirada.

—Ni siquiera sabía que estabas en un grupo de música, ¿qué clase de amistad se supone que es esa?

—¿Una que está empezando? Aunque si tanto te apetece saberlo, llevo en ese grupo tres años.

Pongo los ojos en blanco y se ríe a mi lado.

—No es que quisiera saberlo. Me da exactamente igual.

Curva el labio hacia arriba, como si no se creyese ni una de mis palabras.

—Venga, suéltalo.

—¿El qué?

—Lo que llevas queriendo preguntarme desde que hemos empezado esta conversación. Se te nota a la legua que hay algo que quieres saber.

—No es verdad —miento.

—La manga de tu camiseta no opina lo mismo.

Sí, llevo un buen rato retorciéndola. Incluso le he hecho un agujero.

Me muerdo el labio, dudosa.

Dios, cómo odio que tenga razón. Supongo que ha llegado la hora de la verdad.

—La noche que nos conocimos, me dijiste que no tenías novia. ¿Por qué me mentiste?

Mi pregunta lo pilla desprevenido.

—No te mentí, no estoy con nadie.

El tono de broma que hace unos minutos teñía su voz ha desaparecido.

—Venga ya. Os vi cuando ibais hacia el coche.

Asiente y traga saliva.

—Es complicado —susurra, como si hablara más para sí mismo que para mí.

—Pues explícamelo —insisto.

—Prefiero no hablar de ello, ¿vale? Pero no te mentí, quédate con eso.

Su cara está seria y me dirige una mirada atormentada que trato de analizar. ¿Está siendo sincero? Por un lado, una vocecita en mi cabeza se alegra de haberlo aclarado. Pero por otro lado, si es una situación complicada, no me conviene para nada meterme ahí. Puedo salir malparada.

—¿Y por qué te interesa de repente que seamos amigos? —pregunto.

Mi intención es volver a un espacio seguro donde las mariposas de mi estómago dejen de revolotear. Noto como traga saliva y se revuelve el pelo.

—Puede que me haya dado cuenta de que he sido un poco borde y quiera arreglarlo. ¿Te basta con eso?

Me sorprende su respuesta, no lo voy a negar.

—Dos personas no pueden ser amigas de la nada, la amistad no funciona así —explico.

Me mira pensativo unos segundos.

—Bueno, por algo se empieza.

—¿Podemos hacer el trabajo, por favor? —pido, exasperada.

Aun así, Nico sigue insistiendo en que, por arte de magia, va a sacar su vena más simpática. Ja, eso quiero verlo yo..., pero lo dejo estar por ahora. Sacamos los ordenadores y seguimos con el trabajo.

Aunque me cueste reconocerlo, trabajar juntos es mucho más fácil de lo que me había imaginado. Es más aplicado de lo que pensaba y se sabe muchas cosas de memoria. Por eso acaba explicándome algunos temas. Al final, me ayuda a comprender mucho mejor conceptos con los que ya me había dado por vencida.

No puedo evitar escanearlo mientras escribe. Tiene el entrecejo fruncido y está concentrado en la pantalla. Me fijo en su nariz recta y en cómo se muerde el

labio de forma inconsciente. La sensación que me recorre el cuerpo hace que me obligue a apartar la mirada.

«Vega, céntrate», me digo.

Trato de escribir alguna frase con algo de coherencia. Cuando roza su brazo con el mío por accidente, o eso creo yo, se crea una pequeña descarga eléctrica que hace que me aparte. Ha dejado de escribir y me observa de una forma tan directa que otra vez me pongo nerviosa. Nos quedamos así durante unos segundos, hasta que carraspea y vuelve a centrarse en el ordenador.

—Creo que la primera parte ya está terminada —comenta.

Me acerco para ver la pantalla, tratando de que nuestros brazos no se toquen.

—Está perfecta —contesto después de examinarla, aunque creo que no he prestado atención a nada de lo que he leído, si soy sincera.

Ahora mismo mis sentidos están centrados en los escasos centímetros que nos separan y a la forma en la que Nico ha puesto su mano junto a la mía.

«Pon los pies en la tierra», me advierto.

—Por hoy hemos terminado entonces, ¿no? —le digo mientras me doy la vuelta y empiezo a recoger mis cosas.

—Sí, claro.

Pagamos la cuenta y salimos. El sol del mediodía nos recibe y dejo escapar el aliento que no me había dado cuenta de que estaba conteniendo.

Miro la hora y caigo en que tengo que correr si quiero llegar a la comida de la residencia. Eso es lo malo de esta ciudad, no me termino de acostumbrar a lo lejos que está todo.

—Tengo que irme ya —digo a Nico mientras busco en el móvil la parada más cercana de metro.

—Puedo acercarte si quieres, tengo el coche aquí.

Supongo que lo ha dicho con toda su buena intención, no sé si por su manía de ser amigos o por quedar mejor conmigo. Aun así, para mí es como si me echaran un jarro de agua fría.

«El coche en el que vi cómo se iba con esa chica», pienso.

—Muchas gracias, pero no hace falta —contesto forzando una sonrisa—. Hay un metro a unos minutos de aquí y me apetece caminar.

En realidad, lo que me apetece es poner un poquito de distancia entre nosotros, pero prefiero obviar ese dato.

—Nos vemos la semana que viene, entonces.

—Sí —contesto mientras empiezo a andar—. Nos vemos.

Me despido sin perder ni un segundo y corro hacia el metro.

Trato de no pensar en las sensaciones que ha despertado en mí hablar con él

sobre aquella noche de verano que cada vez me parece más lejana. ¿Es verdad que no estaba con nadie? Y si es así..., ¿a mi qué me importa? Solo somos dos compañeros de clase.

Me concentro en espantar mis propios pensamientos y pongo rumbo a la residencia.



Al día siguiente, vuelvo a estar encerrada entre las cuatro paredes de la biblioteca. A mediodía mis amigas han conseguido convencerme para hacer un pícnic en los jardines de la facultad, pero apenas he aguantado un par de horas hasta que he sentido la necesidad de volver. Cuando se atenúan las luces, la gente empieza a guardar sus cosas y yo hago lo mismo con movimientos lentos. Son las nueve de la noche y solo tengo ganas de cenar algo y meterme en la cama.

Estoy bajando la escalera cuando veo a Jorge salir también.

—¿Qué tal lo llevas? —pregunta cuando lo saludo.

—Decir que es posible que muera por sobrecarga de información sería quedarme corta.

—Seguro que lo sacas. Mañana estaré allí al salir. Tengo una reunión con Joaquín, así que podrás presumir de tu aprobado y yo me sentiré orgulloso.

Sonrío en respuesta. Ojalá tenga razón.

—¿Y qué haces aquí un domingo? —pregunto.

Terminamos de bajar la escalera y cruzamos el campus.

—El TFG... Estaba repasando algunas cuestiones en las que necesito la ayuda de Joaquín, por eso hemos quedado. Aquí me concentro mejor —contesta.

A veces se me olvida que, en cierto modo, sigue siendo un alumno. Aunque no como yo. A él ya no le queda ninguna asignatura pendiente, solo el trabajo final.

—¿Tú necesitas que te echen una mano? Si pareces el típico que sacó todo dieces en su promoción —digo.

—Incluso los más empollones a veces necesitamos consejo. —Se ríe.

—¿Puedo preguntarte cómo terminaste siendo su ayudante? —Mi curiosidad me traiciona y le pregunto.

Sin darme cuenta, Jorge me ha estado acompañando hasta la parada de metro.

—Si te soy sincero, es amigo de mi padre. Necesitaba a alguien que le echara una mano cuando no pudiera venir a clase y yo que me guiara en el trabajo de fin de grado y, de paso, me enseñara nociones básicas.

—Tiene que ser genial haber terminado ya.

—En realidad no será oficial hasta que haya entregado, pero sí, es genial. ¿No llevas ni un año de carrera y ya estás pensando en terminar? —pregunta mientras me da un leve codazo.

Durante un par de segundos, pienso en lo que me ha dicho.

—Tienes razón —contesto riéndome.

Supongo que pasar tantos días encerrada en la biblioteca me está pasando factura. Hablar con Jorge mientras andamos hace que me relaje un poco. Siento que el peso que llevo arrastrando toda la semana se aligera.

Al cabo de unos minutos, llegamos al metro.

—Gracias por acompañarme —digo cuando nos paramos el uno frente al otro.

—No tienes por qué darlas.

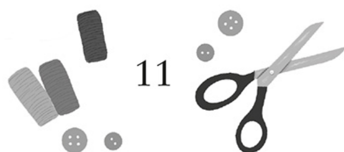
Se acerca y me da dos besos, incluso se recrea unos segundos de más en mi mejilla. Se me hace raro y excitante a la vez. No voy a negar lo evidente, es bastante guapo y a más de una le gustaría estar en este instante en mi lugar. Sin embargo, ahora que queda claro que no tiene nada que ver con las notas, una parte de mí ha recordado lo que dijo Nuri y ha pensado «vía libre».

—Suerte mañana, aunque no la necesites —me dice con una sonrisa.

—Gracias, buenas noches —contesto.

Se aleja y entro en el metro.

No sé cómo lo ha hecho, pero ahora mismo no estoy nerviosa por el examen, sino por un rubiales cuya sonrisa sigue grabada en mi mente.



Las lágrimas se acumulan en mis ojos y hago lo imposible por no derramarlas.

No quiero que nadie me vea llorar.

Observo a mi alrededor, esperando encontrar a alguien que se encuentre en la misma situación que yo, pero todo el mundo está concentrado en escribir el mayor número de palabras posibles con el limitado tiempo que tenemos.

En mi caso, llevo un cuarto de hora pensando en cómo contestar la primera pregunta del examen. Siento que estoy bloqueada. Parece que todo lo que he estado estudiando estas últimas semanas se ha esfumado de mi cabeza como por arte de magia.

«Calma, Vega, te lo sabes».

Respiro hondo y trato de tranquilizarme.

Intento poner en orden mis pensamientos y centrarme en la pregunta que estoy leyendo. Sé exactamente lo que me está preguntando, incluso recuerdo el mensaje que le envié a Tara con una duda al respecto. Sin embargo, cada vez que trato de plasmarlo sobre la hoja las ideas se mezclan y no consigo escribir nada coherente.

Aguanto las ganas de llorar un buen rato. Pienso cómo responder y empiezo a escribir. Hago el examen con un nudo en la garganta que no soy capaz de soltar hasta que el profesor da por terminada la hora.

—Entreguen, por favor.

Acabo lo que estaba poniendo y me levanto. Me fijo en los demás alumnos que han terminado airosos el examen hace un rato, incluso algunos esperan pacientes para comentar dudas con el profesor.

Como era de esperar, he sido de las últimas en dárselo.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta Tara, alegre, mientras recojo mis cosas.

—Peor de lo que me esperaba —contesto tratando de disimular mi voz ronca.

Estoy a dos segundos de empezar a llorar y no me apetece que sea en medio de clase.

Tara lo entiende sin necesidad de que le diga nada más. Me ayuda a guardar lo que me falta y salimos del aula juntas. Pone un brazo alrededor de mi hombro y trata de consolarme.

—Es el primer examen, Vega, no te vengas abajo. No eres la primera persona y, estoy segura de que tampoco la última, a la que se le ha atragantado una asignatura.

Intento hacer caso de sus palabras, de verdad. Pero ahora mismo solo quiero meterme en la cama y ahogar mis penas con un buen libro y la tarrina del helado más dulce que encuentre. Lo peor es que ni siquiera puedo hacerlo porque tenemos dos exámenes más esta semana, tendré que ponerme a estudiar en cuanto llegue a la residencia.

Estamos esperando el ascensor cuando veo a Jorge acercándose por el pasillo. Aparto la mirada, pero se ha dado cuenta de que algo no anda bien. Su cara pasa de estar tranquila a preocupada en un segundo y se acerca con pasos rápidos.

—¿Qué te pasa? —pregunta nada más llegar.

Finjo una sonrisa y le contesto que no sucede nada, pero no se lo cree.

—¿Nos puedes dejar un momento, por favor? —le pide educadamente a Tara.

Mi amiga me mira extrañada y sin saber muy bien qué hacer, así que asiento con la cabeza y quedamos en vernos en la cafetería.

Jorge me lleva a uno de los despachos más cercanos y cierra la puerta. Es una sala pequeña, con apenas un escritorio, un par de sillas y varias estanterías llenas de libros.

—Cuéntame, está claro que algo te ha disgustado.

No sé si es su tono preocupado o que estoy en una sala donde no puede verme nadie (a excepción de él, claro), pero al fin suelto las lágrimas que he estado conteniendo toda la mañana. Me siento en la silla, derrotada.

—He puesto todo mi esfuerzo, pero me siento una inútil. El examen ha ido fatal y... —Dudo si terminar la frase.

—Vega, lo que digas aquí se va a quedar entre nosotros. —Me anima a seguir.

—Y no sé si he tomado la elección adecuada eligiendo esta carrera —confieso al fin.

Creo que es la primera vez que lo expreso en voz alta, y una parte de mí se

siente liberada. Jorge asiente, como si entendiera lo que le digo. Se acerca a mi silla y se pone en cuclillas frente a mí.

—Es normal que ahora mismo quieras tirar todo por la borda y te replantees tu elección, pero acabas de empezar. Tienes que adaptarte un poco más y estudiar. Derecho es difícil, pero no imposible. —Su tono cercano y tranquilizador hace que me calme.

Sin embargo, el nudo que siento en el pecho sigue ahí, incluso se aprieta un poquito más. No sé si estoy triste por el examen o porque una parte de mí duda si esta es mi verdadera pasión.

—Puede que tengas razón —contesto, desanimada.

Jorge se acerca un poco más. Apoya un brazo en mi pierna para no perder el equilibro. Noto que su mano roza mi mejilla y me limpia una lágrima que acaba de caer.

—Eres capaz de hacer todo lo que te propongas, no dudes de ti.

Mi corazón se hincha un poco gracias a sus palabras. Lo miro a los ojos y nos quedamos callados unos segundos.

—Gracias —contesto en apenas un susurro.

Me acaricia la cara y posa la mano en mi cuello. Se acerca un poco más, nuestras bocas quedan a tan solo unos centímetros. Si nota la sorpresa que hay en mis ojos no lo deja entrever, pero me doy cuenta de que su respiración se acelera. Está nervioso. Con la otra mano, toma un mechón de pelo rebelde y me lo pone detrás de la oreja con cariño. Ese simple gesto me gusta más de lo que me esperaba.

¿Me va a besar? Dejo de llorar y me quedo quieta, hipnotizada por sus ojos azules y con mi cara entre sus manos, esperando a que se lance. No sé de dónde ha salido este deseo repentino ni tampoco quiero darle muchas vueltas.

Me mira con anhelo y con algo más que no sabría descifrar. ¿Dudas? Sé el momento exacto en el que ha decidido dar el paso, porque se remueve y empieza a recorrer la escasa distancia que nos separa.

Me siento tranquila. No noto que el corazón me dé un vuelco ni chispas alrededor, sino una sensación de seguridad y calma que ahora mismo necesito.

Cierro los ojos, esperando a que nuestros labios se encuentren.

El sonido de su teléfono nos interrumpe y nos separamos bruscamente. Se ha roto la burbujita en la que nos encontrábamos.

Me dirige un gesto de disculpa.

—Mierda —dice al mirar la pantalla y descolgar—. Joaquín, estoy allí en un minuto.

Distingo que mi profesor le contesta al otro lado de la línea, se queja porque

lleva un buen rato esperando.

—Sí, sí, lo sé. Voy para allá.

Jorge cuelga y se levanta.

—Tengo que irme…

Hago lo mismo que él y, con las manos temblorosas, recojo mi bolso del suelo.

—Mmm… Yo también. Perdona por haberte entretenido —contesto, incómoda.

Una vez más, nos miramos sin saber muy bien qué decir. Hasta que da un paso atrás y se dirige hacia la puerta.

—Cualquier cosa que necesites… No dudes en decírmelo.

—Gracias.

Con un gesto de cabeza, sale del aula.

«Madre mía, ¿qué acaba de casi pasar?».

Me quedo unos minutos ahí plantada, sola. Repaso cada palabra que me ha dicho y cada contacto que hemos tenido. Imagino lo que podría haber pasado si no hubiera recibido esa llamada y me muerdo una uña, nerviosa.

Reviso mis mensajes y veo que Tara me ha avisado hace un rato de que se ha tenido que ir a casa a comer. Tecleo una respuesta rápida y salgo de la universidad.

Hoy no va a haber quien se concentre en el próximo examen.



El resto de la semana pasa sin incidentes. Los dos exámenes que me quedaban me salen mucho mejor, gracias a Dios. Estoy más animada porque la época de parciales ha llegado a su fin, aunque eso signifique que los finales están a la vuelta de la esquina… Borro ese pensamiento lo más rápido que puedo. Hoy quiero divertirme.

Por sorprendente que parezca, no me he encontrado con Jorge, y eso me alivia. Después de ese casi beso del lunes, no estoy muy segura de cómo voy a reaccionar cuando vuelva a verlo.

Es jueves y, tras salir de mi última clase del día, me dirijo emocionada al

punto donde las chicas y yo hemos quedado, no está muy lejos de aquí. Esta noche es la fiesta de Halloween de la que tanta gente ha estado hablando las últimas semanas, por lo que vamos a ir a buscar un disfraz.

Camino ensimismada por el jardín de la facultad. Me fijo en la ubicación que me muestra el móvil, cuando oigo una voz inconfundible a mi espalda.

—¡Canija!

Me doy la vuelta, roja como un tomate. Nico se acerca con pasos rápidos. Sujeta su mochila sobre un hombro y lleva esa media sonrisa tan característica suya plantada en la cara.

—Deja de llamarme así —protesto cuando llega.

—¿Qué tiene de malo ese mote?

—No me gusta, no soy tan baja. —Me señalo a mí misma, para demostrarle que es evidente.

Sin embargo, solo consigo que suelte una carcajada

—Me estás vacilando, ¿no? Eres como un minion.

Lo miro, no lo entiendo.

—No me digas que no has visto *Gru, mi villano favorito*.

—¿Pasaría algo si fuera así?

—Que tendríamos un serio problema de cultura general y me vería obligado a remediarlo lo más pronto posible.

Resoplo, divertida por su dramatismo.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—He quedado con mis amigas para comprar disfraces —le digo enseñándole el mapa del móvil.

—Te acompaño, he dejado el coche por allí.

—¿Vas a ir a la fiesta? —pregunto mientras empezamos a andar.

—¿A la del Quitapesares? Puede ser… —Se hace el interesante.

—Va a ir todo el mundo —señalo.

—¿Te apetece verme allí?

—No seas creído, solo lo decía por saber.

Aunque una pequeña parte de mí me pida que le insista, la acallo. A su ego no le hace ninguna falta.

—¿Sabes? Busqué el libro que me recomendaste.

Hemos intercambiado varios mensajes esta semana. Sobre todo para comentar el agobio que teníamos encima con los parciales; bueno, eso lo decía yo, Nico solo me mandaba *stickers* graciosos para levantarme el ánimo. En principio, se suponía que íbamos a hablar del trabajo, siempre empieza la conversación con un: «¿Y si añadimos aquí…?», pero terminamos hablando de mil

cosas que no tienen nada que ver. Se dedica a pasarme canciones a diestro y siniestro que creen que me pueden gustar y yo le recomendé mi libro favorito de la infancia: *El principito*.

—Sigo sin poder creerme que no lo hayas leído.

—¿Por quién me tomas? Sé cuál es, pero nunca me había interesado.

—¿Y ahora sí? —contesto, divertida.

—Ahora más que nunca —asegura.

Yo solo puedo notar el calor ascendiendo por mis mejillas por segunda vez en lo que llevo de día. Llegamos al final de la calle y, a lo lejos, veo a Nuri y a Carola esperándome en la puerta de la tienda.

—Gracias por acompañarme.

No me apetece nada lidiar con esas dos si me ven llegar con Nico. Bastante pesaditas están ya desde que les conté que supuestamente no estaba con nadie. Ni que decir tiene que cuando lo hice ellas lo interpretaron como si hubiera gritado su soltería a los cuatro vientos y me estuviera mandando señales románticas. Les da igual que les haya repetido mil veces eso de «la situación complicada», aunque confieso que le he dado más vueltas de las que me gustaría admitir.

—Siempre es un placer cumplir uno de tus sueños —vuelve a su pose bromista.

Resoplo, y me guiña un ojo antes de darse la vuelta y marcharse.

Empiezo a caminar hacia la tienda cuando la dichosa curiosidad que antes había acallado tira de mí y hace que me dé la vuelta.

—¡Eh! —grito lo suficientemente alto para que me oiga—. No me has dicho si al final vas a ir a la fiesta.

No me pasa desapercibido que regresa a la facultad, pero ¿no decía que tenía el coche por aquí?

Se gira a mitad de camino con una sonrisa y me dice:

—Ya lo averiguarás.



En cuanto mis amigas y yo atravesamos la puerta, no tardamos ni dos minutos en perdernos entre los disfraces de brujas, vampiros y fantasmas.

—¿Y este de pirata?

Miro el que me señala Nuri y pongo los ojos en blanco.

—Es broma, ¿no? —pregunta Carola.

—¿Qué pasa?

—Pues que eso de pirata tiene lo que yo de rubia y no da miedo —contesto entre risas.

Es un vestido muy corto, con un corsé negro y un sombrero a juego. Si me lo pusiera, se me vería hasta el alma.

—Eso no me lo pongo ni de broma —añade Carola.

Nuri lo deja a regañadientes y empieza a quejarse:

—Tenían que tocarme las amigas exigentes. Voy a la sección de monjas, seguro que allí hay algo que os guste.

Nos reímos en respuesta y seguimos buscando.

—Sé de uno que va a ir de rockero cañón... Quizá podríamos vestirte de guitarra, a ver si te toca —me chincha Nuri.

—No creo que necesite vestirse así para que lo haga. El día del bar se la comía con los ojos —añade Caro.

—¿Podéis dejar de decir tonterías? Ni quiere tocarme ni quiero que lo haga. —Con eso último, trato de sonar decidida, pero no sé si lo consigo—. Solo somos compañeros de clase, nada más.

Las chicas me miran con cara de «sigue engañándote a ti misma» y pasamos del tema. Mejor, porque aún no les he contado lo del momentazo que tuve con Jorge el otro día. Entonces sí que se pondrían pesadas.

Pasamos un buen rato viendo opciones de todo tipo, desde el de hada sexy hasta el de calabaza asesina.

Estoy rebuscando entre las perchas de diablo cuando Carola grita emocionada:

—¡Venid aquí!

Me dirijo hacia ella y encuentro a mi amiga pletórica señalando una vitrina.

—Son los disfraces perfectos.

Nuri aparece por el otro lado del pasillo y nos acercamos para verlo.

—Me encantan —dice en cuando los ve.

—Sí, pero... no dan miedo —señalo.

—¿Quién quiere dar miedo cuando puedes ir cañón y monísima? —responde emocionada.

—Yo voto por ir así. Al fin y al cabo, es una fiesta de disfraces. Da igual si no das miedo —añade Carola.

Me fijo mejor en la opción. La verdad es que es una idea buenísima para ir

las tres juntas.

—Pues decidido. —Abro la puerta de la vitrina y busco nuestra talla.

—Ay, chicas, esta noche va a ser ¡legen-daria! —Nuri nos coge de los hombros y nos arrastra a la caja para pagar.

Su imitación de Barney en *Cómo conocí a vuestra madre* hace que nos estemos riendo un buen rato. Esta chica no tiene fin.



12

Me ajusto el vestido mientras nos dirigimos al bar.

—No deja de subirse. Voy a pasarme la noche bajándomelo —me quejo.

Las tres Supernenas, literalmente hablando, andamos con paso decidido hasta el final de la calle. Vamos comentando lo bien que han quedado nuestros *looks* de No-Halloween, porque damos de todo, menos miedo.

Carola, como es la pelirroja, se ha vestido de Pétalo y lleva un top y una falda corta a juego con el lazo que se ha puesto en la trenza. Nuri es Burbuja, por lo que lleva un vestido *halter* ajustado de color azul y dos coletas altas que le dan un aspecto de niña inocente, pero esta noche va a volver loco a más de uno y una; está preciosa. En cuanto a mí, me ha tocado Cactus, así que llevo un vestido verde corto y sin mangas y el pelo listo suelto. En realidad, parecemos tres *cupcakes* andantes entre la tela brillante de los disfraces y la crema de purpurina con la que Nuri nos ha obligado a embadurnarnos.

—Vas espectacular, deja de quejarte —contesta mi amiga.

Cuando entramos en el bar, nos recibe una marea de vampiros sangrientos, brujas sexis y momias a las que se les ha olvidado la mitad de la venda en casa. Han quitado todas las mesas del local para crear una especie de pista de baile gigantesca. Está todo decorado con telarañas y un montón de velas falsas que le dan un toque oscuro bastante interesante.

De fondo suena Red Velvet, como cada semana. Su fiel público baila sin parar al ritmo de la música. Algunas luces iluminan de forma alternativa el escenario y la pista de baile, así que enseguida reconozco a Nico. Lleva, como siempre, unos vaqueros y una camiseta blanca, aunque esta vez la lleva llena de sangre falsa.

Supongo que para ir un poco en sintonía con el resto del grupo, aunque se han currado el disfraz un poquito más que él.

Alza la vista y la dirige al público, me pilla *in fraganti* con mis ojos puestos sobre él. Me saluda con la cabeza y me dedica una de sus sonrisas de medio lado, que provocan que más de una chica le grite cosas obscenas. Así que sabía de sobra que venía y, aun así, el tío me ha querido dejar con la intriga. Le devuelvo el saludo y me centro en las chicas, que ya han pedido y me tienden una copa.

Miro el contenido, no las tengo todas conmigo.

—Por favor, dime que no me has pedido una de tus mezclas extrañas —le digo a Nuri mientras huelo el vaso.

—Tranquila, la he vigilado. Es una copa normal y corriente —contesta Carola, divertida.

—Sois unas aburridas. —Nuri le da un trago al potingue que se tiene que haber pedido y nos ponemos a bailar sin parar.

Conforme avanza la noche, nuestros pasos de baile se vuelven más arrítmicos, si es que alguna vez siguieron la música. Hacemos el tonto sin vergüenza alguna.

En un momento dado, avisto la cabellera rubia de Iván entre la multitud y le grito para que sepa dónde estamos.

—No me jodas —se queja Nuri.

—¿Qué tal, chicas? —pregunta nada más llegar.

Lleva una capa lila sobre unos pantalones negros, una camiseta básica, una especie de casco a rayas del mismo color y unos guantes blancos.

—¿De qué se supone que vas disfrazado? —pregunta Nuri con retintín cuando ha terminado de saludarnos a todas.

—Tú deberías saberlo mejor que nadie, voy de Mojo Jojo.

—¿El villano de *Las Supernenas*? Pero ¿cómo lo sabías?

Me muerdo un labio y la mirada acusatoria de mi amiga se dirige a mí.

—Me dijo que iba a venir sin disfraz, así que no vi mala idea que fuera con nosotras.

—Prácticamente, soy el sentido de tu existencia. Sin villanos no habría superhéroes. De nada —pica a Nuri.

—No te flipes, más quisieras que eso fuera cierto.

Les dejo con su batalla y me fijo en Carola, que se ha apartado y mira el móvil con el ceño fruncido.

—¿Estás bien? —le pregunto al oído para que pueda escucharme.

Sospecho el motivo por el que se comporta así, pero prefiero que me lo diga ella directamente.

—Sí, pero voy al baño un segundo —contesta mientras tapa la pantalla con la mano.

—Te acompaño —sugiero.

—No, tía, quédate con Nuri. No te preocupes, ahora vuelvo.

Sin darme tiempo a contestar, desaparece entre la marea de personas que hay y se dirige hacia la otra punta del local.

Me planteo seriamente seguirla, pero sé cómo es Carola. Ahora mismo le apetece estar sola unos minutos, yo solo la molestaría.

—Bueno… —escucho que le dice Iván a Nuri cuando vuelvo con ellos—. Me voy con mis amigos. Adiós, Burbuja. Aunque no te pareces en nada a tu personaje. De inocente tienes poco.

—A ver si te atragantas con tus tonterías, Mojo-idiota —contesta ella con voz cantarina.

Mi amigo me da un breve abrazo y se pierde entre la gente.

Después de pedirnos un par de copas más, un grupo de chicos vestidos de vampiros se acercan a bailar con nosotras. Les seguimos el juego, pues estamos un poco achispadas.

Cuando el grupo se despide del escenario entre aplausos, Nico me mira sin ningún pudor. No consigo descifrar la expresión de su cara justo en el momento en que uno de los chicos con los que estamos me dice al oído algo que, encima, no soy capaz de entender. La música en directo ha terminado y un DJ ha tomado el relevo con reguetón.

¿Por qué Nico parecía tan serio?

No tardo mucho tiempo en dejar de dar vueltas a ese pensamiento, pues Carola vuelve del baño con mejor cara. Nuri deja a su acompañante y nos agarra a las dos como buenamente puede al grito de «¡Tequila!».

Nos arrastra a la barra y después besa a Carola en la mejilla haciendo mucho ruido, por lo que a esta se le escape una carcajada. Coquetea con la camarera mientras nos pide unos chupitos y nos coge la mano para ponernos sal. Una vez tenemos las bebidas, nos miramos y brindamos:

—¡Por las Supernenas!

Nos bebemos el contenido de un trago y nos lanzamos a por las rodajas de limón, como si nos fuera a aliviar el ardor de garganta que nos ha dejado el licor.

Sin perder ni un segundo, nos volvemos a lanzar a la pista de baile. Al cabo de un rato, Carola y Nuri se ponen a bailar entre ellas como si fueran una pareja y me chinchan.

La jugada les sale fatal, porque mi baile en solitario no tarda en atraer una pareja. El vampiro que antes no dejaba de tontear conmigo reaparece. Me pone

una mano en la cintura para animarme a que baile con él y me adapte a su ritmo.

Yo llevo un par de copas de más, así que no tardo en dejarme llevar. Sigo su contoneo, divertida. Ahora que lo pienso mejor, no sé si eso era lo que pretendían mis amigas. Menudas brujas.

—Eres el hada más sexy que he visto en mi vida —me dice el vampiro al oído, y me río. Esta vez, sí que consigo entenderlo.

No trato de sacarlo de su error y decirle que no soy un hada. Total, solo estamos coqueteando un poco.

Cuando suena la siguiente canción, empieza a mover sus manos por mi cuerpo y a pegarse todavía más a mí. No me siento muy cómoda con la forma en la que me está tocando, por lo que me separo un poco con la excusa de ir a beber algo. Busco a las chicas a mi alrededor, pero más gente se ha ido uniendo a la pista de baile y no las veo.

Con una sonrisa maliciosa, el vampiro me arrastra hacia la barra y pide dos cervezas. Le doy vueltas a mi botellín porque no tengo ninguna intención de darle un trago. Sin embargo, él sí se lo bebe. También me acaricia el brazo de una forma que pretende ser seductora, pero solo hace que me entren ganas de salir por patas.

Seguimos un rato así, mientras doy vueltas a cómo quitármelo de encima y volver con mis amigas. Ni siquiera trato de fingir que escucho lo que sea que me está contando, hasta que alguien le da unas palmaditas en la espalda. Me pide un momento y se aparta unos metros para hablar con sus amigos.

«Gracias a Dios», suspiro en voz baja.

Cuando me doy la vuelta, con la intención de alejarme de ese pesado todo lo posible, me encuentro con Nico.

—¿Qué tal, canija? —dice serio fulminado a mi acompañante.

¿Cuánto tiempo lleva ahí? Me parece ver que aprieta su mentón y traga saliva. Si no fuera porque no tiene sentido, supondría que está pensando mil maneras de matar al vampiro. Pero claro, eso es imposible.

Me acerco a él y, por fin, se centra en mí.

Recorre mi disfraz de arriba abajo y dice a media voz:

—Vas muy guapa esta noche.

¿Lo está haciendo adrede para ponerme nerviosa? Estoy segura de que no soy la primera, y tampoco la última, a la que le ha dicho eso mismo esta noche. Pero ¿qué me importa?

Sin embargo, la idea de no ser la única me deja un ardor en el estómago que prefiero ignorar.

—Tú... también. —He tratado de sonar calmada.

No es mentira. El muy condenado no necesita currárselo. Ni siquiera pierde atractivo con toda esa sangre falsa que le recubre la camiseta y los antebrazos. Al revés, le da un *look* despiadado que me obliga a tragar saliva y mirar hacia otro lado.

—¿Se supone que vas disfrazado de algo? —pregunto.

Me lanza una sonrisa mientras se revuelve el pelo.

—Soy un guitarrista asesinado, ¿no es evidente?

Vaya forma de salir del paso. Este se ha echado un bote de kétchup antes de salir de casa y se ha dado por satisfecho.

—Es lo más cutre que he visto en mi vida —contesto entre risas.

Se lleva la mano al corazón, fingiendo dolor.

—Eso ha sido un golpe bajo. ¿No te dan pena mis sentimientos?

—Deja de hacerte la víctima, no te pega nada —digo con guasa mientras me aparto de la cara un mechón de pelo rebelde.

—¿Y tú de qué se supone que vas? Por si no te has dado cuenta es Halloween, no una fiesta de disfraces de parvulitos, canija.

Será idiota.

—Voy de Cactus, de *Las Supernenas*.

—¿De la borde? Vaya, te pega mucho.

Dibujo una mueca ofendida. ¿Me acaba de insultar el muy caradura?

—Pero ¿qué dices? Eso es mentira.

—Cuando te enfadas, eres muy graciosa —dice sin venir a cuento.

—Nunca me enfado.

—Madre mía, deberías haberte disfrazado de Pinocho, te pega más.

—Y tú de demonio.

—Pero si soy un angelito.

Este chico tiene una impresionante capacidad para sacarme de mis casillas en apenas diez segundos. Sin embargo, no me alejo de él. Me río ante su respuesta y dejo el botellín en la barra, aunque no le había dado ni un trago.

Obviando que he pasado de contestarle, pregunta:

—¿Bailas conmigo?

Al principio me parece haber escuchado mal. ¿Nico pidiéndome un baile? Tiene que llevar varias copas de más. Busco cualquier atisbo de risa o de guasa que me indique que está de broma, pero lo que me encuentro es algo totalmente distinto.

—Solo una canción —dice en tono inocente.

Me toma la mano y me guía hacia la pista.

«Es solo un baile, ¿no? —me digo a mí misma—. Entre amigos, no tiene nada

de raro».

Con ese pensamiento, decido dejarme llevar y lo sigo.

Nos mezclamos con la multitud que baila pegada ajena a nosotros. Nico me pide permiso con un gesto y yo asiento mientras coloca una de sus manos en mi cintura. Así empezamos a movernos al ritmo de una música que, en comparación, se torna un poco más lenta que el resto de las canciones que han estado sonando hasta ahora. Allá donde tocan sus dedos mi piel se eriza en respuesta. Estoy tan nerviosa que incluso lo piso sin querer, pero en vez de quejarse, solo se ríe y sigue moviéndose como si no hubiera pasado nada.

Quiero decir algo, pero no me salen las palabras.

—No he podido quitarte los ojos de encima en toda la noche.

Joder. Sus palabras hacen que el corazón me dé un vuelco. Intento controlar mi respiración acelerada, que le indica el poder que tiene sobre mí cada frase que sale de su boca.

Seguimos bailando, pero ahora nuestros pasos son más lentos y sensuales. Estamos pegados y una de sus manos me acaricia la espalda con movimientos rítmicos.

Tengo que recordarme a mí misma que es un baile inocente, no hay nada entre nosotros y no me conviene colarme por un chico que no tiene las cosas claras. Pero mi otro lado, el alocado y romántico, el que ha pensado en él muchas más veces de las que estoy dispuesta a admitir, me anima a lanzarme por el precipicio.

Debe de darse cuenta de mi lucha interna, porque deja de moverse. Se queda quieto, con una pregunta en el gesto.

—¿Te he...? —Me suelta y carraspea—. ¿Te he molestado?

¿Qué? ¿Se piensa que estoy incómoda por lo que ha dicho? No. Bueno... ¿Sí? Me molesta que se acerque de esta manera y que despierte unos nervios que soy incapaz de controlar. Que al principio de curso me volviera loca con su mal humor y que ahora lo haga con su simpatía repentina. Pero, sobre todo, me molesta cómo reacciona mi cuerpo cada vez que está cerca.

—Hey, aquí estás. Llevo un rato buscándote.

El vampiro de antes reaparece y me pasa el brazo por los hombros. Va borracho y ahora lo noto mucho más que hace media hora. A mí, en cambio, con tantas emociones, creo que se me ha pasado el efecto de la bebida hace un rato. No me apetece nada tener que lidiar con él, quiero buscar a las chicas. Le quito el brazo y trato de sonreír.

—Sí, estaba yéndome ya.

Parece que no entiende la indirecta, porque vuelve a agarrarme.

—Venga, quédate y luego te acompaño afuera.

—No, gracias. —Trato de volver a apartarlo.

—Solo unos minutos, verás como lo pasamos bien. La fiesta está en la mejor parte —insiste pegándose aún más a mí.

Intento quitármelo otra vez de encima cuando se aparta bruscamente de mí. O, mejor dicho, lo apartan. Nico lo ha cogido del brazo y lo ha alejado de mí. El chico se queja, tratando de zafarse sin éxito.

—Eh, tío, ¿qué haces?

—Te ha dicho que no. ¿Entiendes esa palabra o te la tengo que explicar?

Nico lo observa desde arriba, enfadado. Le saca por lo menos una cabeza y el vampiro se empequeñece ante él. Por su gesto parece que se esté debatiendo entre si partirle la cara o no. Sin embargo, le dirige una mirada de advertencia y lo suelta. Luego se da la vuelta y vuelve a mi lado.

El otro parece que se lo toma como una oportunidad para quedar bien ante sus colegas. Aunque han visto la escena y no han movido un solo dedo para ayudarlo, así que imagino que no es la primera vez que hace algo así. El caso es que trata de guardar la compostura y grita a su espalda:

—¡Eres gilipollas! Deberías buscarte a otra. Esta tía calienta y luego no hace nada.

Todo sucede muy rápido. Un momento está diciendo eso y al siguiente está en el suelo tapándose la nariz. Le sangra sin parar por el fuerte puñetazo que le ha propinado Nico. Poco contento con eso, lo agarra de la camiseta y acerca su cara a la del pobre que se ha atrevido a enfrentarse a él.

—Como vuelvas a decir algo malo sobre ella, haré que te arrepientas.

Lo deja en el suelo lamentándose y se acerca a mí a paso rápido.

La gente que nos rodea está flipando con la escena. No me extrañaría que en breve aparezcan los seguratas a averiguar qué es lo que ha pasado.

—¿Estás bien? —me pregunta.

Balbuceo algo sin sentido. Estoy en shock y no me salen las palabras. Muchos pares de ojos se centran en nosotros. Esto solo hace que me sienta incómoda y avergonzada por la situación. ¿En qué momento hemos pasado de estar bailando a esto?

Nico se da cuenta de mi agobio y me abraza. De paso, me oculta con su cuerpo de las miradas curiosas. Su piel está caliente, me da un fuerte apretón y aspiro su aroma.

—Siento haberte molestado —me susurra al oído.

Escucho las voces de mis amigas acercarse y me muevo un poco entre sus brazos. Nico me suelta.

—Nos vemos esta semana, Vega —se despide.

Luego se da la vuelta y se pierde entre la gente. Estoy a punto de seguirlo, pero mis amigas interrumpen como un tornado. No dejan de preguntarme qué ha sucedido, ya que han visto la pelea desde la barra.

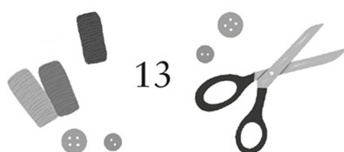
Yo sigo centrada en el punto por el que ha desaparecido Nico. Carola me da un abrazo y les pido que nos vayamos a la residencia. De camino, les cuento lo sucedido, pero omito ciertos sentimientos a los que no quiero dar vueltas ahora mismo.

—Los tíos son unos asquerosos. Les das la mano y te cogen el brazo. Hay que tener mucho cuidado —razona la pelirroja mientras me acompañan a la habitación.

—¿Quieres que durmamos contigo? —pregunta Nuri, preocupada.

Agradecida, le digo que sí. No les confieso que si duermo sola voy a empezar a pensar en Nico, prefiero contárselo en otro momento. Mi cama es tan pequeña que Caro tiene que traer su colchón. Los juntamos en el suelo, apañando una especie de campamento para que podamos dormir las tres juntas.

Entre confidencias y cotilleos, acabamos sucumbiendo al sueño cuando ya está amaneciendo.



13

Aunque me lo esperaba, comprobarlo con mis propios ojos me destroza. El suspenso del examen me deja aún más por los suelos, si eso es posible. He sacado un tres. Ni siquiera he llegado a un cuatro y medio, al menos así me consolaría diciéndome que estoy cerca del aprobado. Esta nota solo me dice, alto y claro: «Estás derrotada». Por lo menos, así me siento.

Repaso las respuestas del examen y las anotaciones que ha hecho el profesor. Tomo nota de las cosas en las que he fallado.

Tara está a mi lado, observando su examen.

—Enhorabuena —le digo sinceramente.

Se ha ganado su nueve y no puedo estar más contenta por ella. Entre las clases y las horas que tiene que dedicar al estudio, siempre consigue sacar tiempo para ayudar a sus padres en el restaurante y ver a Inés. Es impresionante, no sé de dónde saca tanta energía.

—Gracias, Vega, ya verás como tú también lo vas a conseguir. Estoy segura de que te traicionaron los nervios —me dice amable.

Yo no lo estoy, pero prefiero no dar vueltas al tema.

Cuando el profesor da por terminada la clase, salimos y nos dirigimos a una zona de los jardines para tomarnos el almuerzo.

—¿Qué tal la fiesta de Halloween? Me dio mucha rabia perdérmela, pero es que era el cumpleaños de mi abuela —comenta mientras le pone la pajita a su zumo.

Le cuento por encima la noche, incluyendo mi encuentro con Nico y lo que pasó con el vampiro baboso. Omito el detalle de que no he dejado de pensar en el

primero desde entonces. Le doy vueltas a lo que me dijo y a la mirada que me lanzó antes de irse.

—Madre mía, tuvo que ser superincómodo —responde cuando termino mi relato.

—Sí, me dio mucha vergüenza, la verdad —contesto con una mueca.

Seguimos comentando otros detalles de Halloween, pero al cabo de unos minutos me pregunta:

—Oye, Vega… ¿Te puedo preguntar qué pasó el otro día con Jorge?

No me sorprende que me aborde al respecto. De hecho, me parecía raro que no lo hubiera hecho antes. El otro día, después de pensarlo mucho, acabé contándoselo a Carola y a Nuri en la cena.

No es que quisiera ocultarlo, sino que sabía que sería real en cuando lo dijera en voz alta. Bueno, siendo sincera, también sabía que mis amigas me darían la tabarra con el tema. Por supuesto, no me equivocaba. Se han pasado varios días comentando los pros y los contras de salir con Jorge. Por mi parte, yo me he dedicado a quejarme repetidas veces porque estar con él no es una opción, ni siquiera nos besamos. Pero ellas pasan de mi opinión, están muy centradas en lo fuerte que es que tenga «a dos buenorros a los pies», palabras textuales de Nuri.

A Tara le cuento lo mismo que a las chicas, la verdad, que no pasó nada.

—Pero ¿a ti te gusta? —quiere saber cuando termino.

Es exactamente la misma pregunta que hicieron mis amigas y yo sigo sin saber la respuesta.

—No lo sé, te lo juro —dudo—, pero estoy cómoda con él. Me escucha y me ayuda. Creo que… podría llegar a gustarme —digo al fin.

Tara se muerde una uña y me mira indecisa.

—¿Qué pasa?

Ante mi pregunta, se acerca un poco más y me habla en tono confidencial:

—Si te soy sincera, pensaba que te gustaba Nico. Después de que me contaras lo que pasó en verano entre vosotros y de ver vuestro tira y afloja estos meses…, no sé, llámame loca, pero estaba convencida de que acabaríais liados.

Le dedico una mueca. Estoy cansada de que todas me digan lo mismo. No me debe gustar Nico, pero llevo días sin poder quitármelo de la cabeza y eso no es bueno. No me conviene tener algo con él sabiendo lo de la situación complicada con esa chica, por más que diga que no están juntos. Ahora mismo necesito algo fácil, sencillo. Una relación donde no corra el riesgo de salir malparada.

—Ah, no, si no me gusta —digo más para mí misma que para mi amiga—. Solo somos amigos, lo de la playa no fue nada importante. ¡Ya está olvidado! Últimamente ha sido amable porque fue un idiota con lo del trabajo, solo intenta

compensarme, y no me voy a pillar porque se muestre como una persona decente por una vez. Hemos quedado como amigos y estoy contenta con eso.

Trato de sonar decidida y sigo:

—Además..., creo que es mejor que dejemos este tema. Sé que Nico es amigo de Inés y que lo conoces desde hace mucho tiempo. No quiero que estés en medio y que eso nos cause problemas —concluyo, sincera.

Tara me mira y asiente, comprende lo que le digo.

Terminamos de almorzar y me arrastra a nuestra siguiente clase mientras pienso que me espera un día muy largo.



Me encantaría decir que mi humor va mejorando conforme avanza la semana, pero sería mentira. He estado unos cuantos días decaída, no solo por el suspenso.

Desde que empezaron las clases, he sentido que doy mucho de mí, pero no es suficiente. Incluso hay veces que, aunque piense que podría esforzarme aún más, estoy tan desmotivada que ya ni me apetece. Entré en la carrera porque muchos en mi familia se dedican a la abogacía, entre ellos mi padre, y me parecía buena idea. Ahora no estoy segura de haber tomado la decisión correcta.

Llevo desde el lunes dándole vueltas a la cabeza. Por eso he recurrido a mi terapia favorita del mundo: leer un libro tras otro. También he estado haciendo bocetos de diseños que tenía en mente desde hace meses y con los que aún no me había animado a ponerme. Para mi sorpresa, la mayoría me está saliendo fatal. Mi estado anímico debe de estar afectando a mis facultades creativas, porque ninguna prenda me convence y todas terminan en la basura. Mi habitación ahora mismo es un caos de pintura, papel arrugado y ropa por todas partes.

Después de darme una ducha y cambiarme el pijama por un chándal cómodo, me tumbo en la cama. Voy a sacar la lectura que anoche dejé a medias cuando noto que mi móvil vibra.

A las cinco en la cafetería de la última vez?

Madre mía, me había olvidado de que hoy había quedado con Nico para terminar el trabajo.

Le doy varias vueltas a qué contestarle. Son las cuatro, y ahora mismo no me apetece nada salir de mi refugio particular e ir hasta allí. Encima para tener que ponerme otra vez con la dichosa asignatura.

«Y porque Nico te pone nerviosa», me dice esa maldita vocecita de mi cabeza a la que estoy empezando a aborrecer.

Si no te importa, lo dejamos para otro día

Haz tu parte si quieres y yo hago la mía, luego podremos juntarlas

Escribe y borra varias veces, hasta que por fin recibo una respuesta.

Estás bien?

Es por lo del otro día...?

Perdona si hice algo que te molestara

Me sabe mal que se piense eso, no tiene nada que ver con la noche de Halloween. De hecho, agradezco que me lo quitara de encima, la verdad. Sé que podría haber lidiado con el chico yo sola, por desgracia no es la primera vez que un tío se pone pesado en una discoteca, pero no me molestó que me ayudara.

No tiene nada que ver con eso, no te preocupes

Estoy un poco de bajón y no me apetece salir de la residencia, eso es todo

Le doy vueltas a mi contestación y añado:

Quedamos el sábado mejor?

Pulso el botón de enviar y me muerdo una uña, esperando. Nico vuelve a escribir varias veces, pero tras varios minutos, se desconecta y me deja sin respuesta.

Recupero el libro que he dejado a un lado.

Al cabo de media hora, mi teléfono vuelve a sonar y paso de él. Después de varios mensajes más, suena una llamada entrante. De muy mal humor, lo cojo de la mesilla decidida a ponerlo en silencio.

Alucino al ver su nombre en la pantalla, así que respondo.

—Merienda a domicilio —me sorprende la voz alegre de Nico.

—¿Qué quieres decir?

En cuanto le pregunto, cuelga y oigo que llaman a mi puerta.

«No puede ser. ¿Está aquí?».

Me pongo nerviosa y me levanto corriendo de la cama. Recojo algunas cosas que hay tiradas por el suelo y me peino con las manos frente al espejo.

—¡Voy!

No hay quien arregle este caos ni las pintas que tengo después de tres días sin salir. Abro la ventana, para que se ventile un poco la habitación, y estiro la sábana de la cama.

No sé a quién pretendo engañar, por lo que al final me resigno y abro la puerta.

—Casi me muero esperando, no hacía falta que te pusieras guapa para mí —me dice Nico en tono seductor.

—¿Qué haces aquí? —pregunto extrañada.

Me fijo en que lleva una bolsa de papel en una mano y con la otra sostiene un par de vasos de café para llevar.

—Tenemos que terminar el trabajo y me has dicho que estabas desanimada. Así que te he traído algo que seguro que te pone de mejor humor. —Me tiende la bolsa y miro su contenido.

—¿Me has comprado tortitas?

—Y tu café favorito. —Alza los vasos y los mueve.

—No dije en ningún momento que fuera mi favorito —contesto.

—Los dos sabemos que te encantó, deja de fingir lo contrario. Aunque si no te gusta la merienda..., me la llevo sin problema.

Empieza a darse la vuelta y lo detengo.

—¡No! Espera.

Se gira con una sonrisa divertida y vuelve sobre sus pasos.

—¿Me vas a invitar a pasar?

Creo que, si fuera más engreído, su ego no cabría por la puerta.

—Si no hay más remedio... —contesto poniendo los ojos en blanco.

Muerta de vergüenza, lo dejo pasar. Analiza cada esquina de mi habitación, desde el mural lleno de recortes de moda y revistas que me gustan hasta la pequeña estantería repleta de mis libros favoritos.

Recojo el escritorio para dejarle espacio y se acerca. No se me pasa por alto que se fija en algunos de los dibujos que siguen en mi mesa, pero no comenta nada. Saca la merienda, incluso hay varios cubiertos y servilletas para que no tengamos que acercarnos a la cocina.

Me siento en la cama y dejo que él tome asiento en la silla. Empiezo a devorar la comida mientras por dentro doy las gracias a la persona que descubrió el azúcar. No sé qué sería de mí sin él.

—Está delicioso, gracias —digo, sincera.

—Soy estupendo, lo sé.

Pongo los ojos en blanco. Este chico no tiene una abuela que le haya enseñado lo que es la humildad. Doy vueltas a mi café y, por fin, le digo lo que quiero soltar desde que ha llegado:

—Gracias... por lo del otro día.

Asiente mientras se intenta acomodar en la silla.

—Siempre es un placer ayudar a una damisela en apuros.

—No se puede hablar contigo de nada serio, eres insufrible —bufo.

—¿No querrás decir «increíble»? —bromea.

Niego con la cabeza y suelto una risa baja.

—No tienes por qué darme las gracias —continúa, dejando a un lado su actitud fanfarrona—. No me gustó que tuvieras que vivir esa situación. Sé que a lo mejor tú sola habrías lidiado con ella perfectamente, pero no quiero que tengas que hacerlo. No si yo puedo ayudarte.

Me dedica una mirada significativa que hace que el corazón me dé un vuelco. Doy un trago a mi café, con la esperanza de que me calme un poco.

—Bien, antes de ponernos manos a la obra, cuéntame por qué llevas días sin aparecer por clase.

Me atraganto con el último sorbo. Vaya, ha ido directo al grano.

«Se ha fijado en que no he ido».

—Me encontraba mal —miento.

Medita mis palabras y sacude la cabeza.

—¿Esa es la excusa que le vas a meter al profesor? Sin duda, tienes problemas de originalidad. Entre los insultos y esto, voy a empezar a preocuparme.

Le tiro un cojín a la cabeza y lo agarra al vuelo.

—Deja de hacerte el chulo, no te pega nada después de haber venido a animarme.

—No sé de qué me hablas. He venido porque quiero terminar el trabajo cuanto antes —se hace el tonto mientras saca su ordenador.

Pero a mí no me engaña. Nadie se habría tomado las molestias de aparecer por aquí y traerme la merienda si no estuviera muy preocupado por mí. No se me ha escapado el detalle de que ha pedido las tortitas sin nata porque no me gusta, como el otro día.

Dejo el plato a un lado y saco mis apuntes.

El tiempo pasa volando mientras terminamos los últimos puntos del trabajo y preparamos la presentación que tendremos que hacer.

Estoy sentada en la cama con la espalda apoyada en la pared. Hace un rato, Nico se ha quejado de lo incómoda que es la silla y se ha acomodado a mi lado. Apenas hay un metro de distancia entre nuestros hombros.

Lo miro de vez en cuando de reojo. Cuando se concentra, le da por morderse el labio inferior y entornar los ojos, como si así le fuesen a venir las respuestas de forma instantánea.

—¿Lo ves bien así? —me saca de mis cavilaciones.

Lo cierto es que está mejor que bien. Nico ha razonado un montón de cuestiones que yo llevo semanas intentando resolver. Incluso ha añadido información extra y adjuntado casos anteriores para que el profesor pueda echarles un vistazo si quiere.

—La verdad es que está genial… —comento mientras termino de leer.

Me quedo pensativa y me deprimo un poco. Su presencia me ha ayudado a que se me olvide durante unos minutos, pero pronto ese sentimiento vuelve a reaparecer.

Nico me mira extrañado. Se ha dado cuenta de mi estado de ánimo y noto que quiere preguntarme algo, pero se calla.

Cojo aire y lo suelto tratando de reprimir estas horribles ganas de llorar que se han vuelto a apoderar de mí.

—No he ido a clase porque me encontrara mal...

—Vaya, qué sorpresa —dice en tono de risa.

Le doy un codazo y, en respuesta, se ríe. Luego hace como que se cierra la boca con una cremallera.

Le cuento por encima el suspenso del otro día y por qué estoy dudando sobre si he elegido la carrera correcta. Me escucha atento, sin perderse detalle ni interrumpirme. Hace que me sienta cómoda con él y me anima a seguir desahogándome.

—¿Qué opinas? —pregunto.

Se pone más cómodo y me mira sin ningún pudor.

—¿Quieres que te sea sincero?

Uf, no lo sé.

Me encojo de hombros, y continúa:

—No creo que estés triste por esa nota tan mala.

—Vaya, gracias por recalcarlo —contesto, enfadada.

Pasa de mi contestación y sigue:

—Creo que has estado así estos días porque te estás dando cuenta de que a lo mejor te has equivocado y eso no te gusta. Siendo honestos, a nadie le gusta, es una mierda. Pero está en nuestra mano cambiar nuestra suerte y apostar por nosotros mismos... —Por como lo dice, no creo que se refiera solo a mí—. Todo esto no viene porque se te da mal estudiar. Si siguieras con la carrera, estoy seguro de que conseguirías sacar todo con nota. El caso es que no estás motivada porque en el fondo sabes que esto no te hace feliz.

Sus palabras impactan en mi pecho y alivian una parte que no sabía que estaba oprimiendo.

—A ti... ¿esto te hace feliz? Quiero decir, como estás en la banda y eso.

Él cruza los brazos detrás de la cabeza.

—Me gusta el derecho, aunque no lo parezca. Sobre todo porque pienso en las cosas que podré hacer el día de mañana si peleo por ello y en la gente a la que podré ayudar. La banda es un hobby que ahora mismo me está ayudando mucho. Siempre me ha flipado la música, pero no es mi pasión. Solo es una manera de divertirme en mi tiempo libre.

Asiento y asimilo lo que me dice mientras me limpio una lágrima que está a punto de caerme sobre la mejilla.

—¿Qué te hace feliz, Vega? ¿Cuál es esa cosa que crees que es tu pasión?

Yo también me lo he preguntado mil veces, pero la respuesta me da

demasiado miedo. Siempre he temido lanzarme de cabeza a la piscina, sin ver hasta dónde cubre el agua. Tengo mucho miedo al fracaso, tanto que a veces se apodera de mis decisiones y dejo que tome el mando.

—Ahora mismo..., no lo sé —contesto.

Acallo una vez más esa vocecita de mi cabeza que me dice todo lo contrario. Sabe que no le estoy siendo del todo sincera, pero no insiste y se lo agradezco.

—Sea cual sea tu pasión, mi consejo es que vayas a por ella.

Nuestras miradas se quedan enredadas unos segundos, nuestros brazos han entrado en contacto y un calor me atraviesa el cuerpo sin previo aviso. Nerviosa, rompo el contacto visual y me sorbo la nariz.

—Gracias por consolarme.

Noto que no me quita el ojo de encima, pero trato de disimular cogiendo unos apuntes que tengo al lado y empiezo a ordenarlos.

Pasamos un rato más terminando de escribir la conclusión. Poco a poco, vuelvo a estar cómoda. Hablar con él ha hecho que me anime un poco, aunque también ha influido que cada tres minutos se ponga a hacer el tonto. Trata de sacarme una sonrisa con cualquier comentario ingenioso que se le ocurre.

Por fin, con aire triunfal, Nico deja el dedo sobre la tecla que pone el punto final, literalmente.

—¿Algo que decir antes de terminar con esta maravillosa experiencia que ha sido trabajar conmigo?

Me rio ante sus palabras.

—Querrás decir «pesadilla». Ha sido una tortura aguantar tus aires creciditos —lo pincho.

Su cara de ofendido me arranca otra carcajada. Pongo mi mano sobre la suya, para animarle a que pulse el dichoso botón. Sin embargo, es tan fuerte que no consigo moverlo ni un penoso milímetro.

—Retira lo que acabas de decir.

—No.

Nos retamos con la mirada, hasta que se da por vencido y dice:

—Está bien, entonces declaro finalizada esta maravillosa pesadilla.

Sus ojos no se apartan de los míos. Por primera vez, me fijo en las diminutas motas color miel que se mezclan con el marrón de sus iris. De pronto, rodea mi mano con la suya y entrelaza todos nuestros dedos, menos el anular, que es el que pulsa el botón.

No sé en qué momento hemos pasado de estar de guasa a quedarnos tan serios.

Mi respiración se acelera un poco, expectante por el modo en que esos ojos

me recorren los labios.

Nico carraspea y me suelta la mano.

—Terminado, entonces.

Cierra el ordenador y se levanta de la cama.

—Tengo ensayo en veinte minutos, debería irme ya —dice mientras se pone la chaqueta.

Lo ayudo a recoger sus cosas y lo sigo hasta la puerta.

—Oye… —comienzo. Se queda parado frente a mí, con una mano en la correa de la mochila y la otra en el bolsillo de la sudadera—. Gracias, de verdad. Has conseguido que me olvide un poco del cacao mental que he tenido estos últimos días —me sincero.

Me dedica una mirada significativa. Me da la sensación de que va a decirme algo, pero en el último momento se arrepiente y da un paso hacia mí.

—Para eso están los amigos, ¿no? —susurra.

Está tan cerca de mí que nuestros alientos se entremezclan y noto que el corazón se me acelera. Asiento en respuesta.

Recorre la escasa distancia que nos separa y apoya sus labios en mi mejilla de una forma suave e inocente. Solo con ese roce consigue que la piel se me ponga de gallina y me sonroje.

—Buenas noches, Vega.

Se aparta, y noto que sus nudillos me rozan la mano cuando sale por la puerta y desaparece por el pasillo.

Me quedo ahí de pie, quieta y soltando el aire que he estado conteniendo.

Cierro la puerta y me arrastro hasta el suelo.

No sé si ha sido buena idea eso de ser amigos.



—¿Estás segura de que no quieres venir? —pregunta Carola mientras se termina de hacer una trenza.

He venido a su habitación a vaguear mientras se arregla para salir. Habíamos quedado en ir las tres al bar de al lado para tomar algo, pero sigo bastante cansada de ayer. Me sacaron de la habitación y consiguieron convencerme para ir a cenar al centro. Lo que no mencionaron es que después habría una fiesta en casa de unos compañeros de Nuri.

Ya os podréis imaginar lo que pasó. Acabamos volviendo de madrugada en un taxi, cosa que no le sentó nada bien a mi cuenta bancaria de estudiante. Creo que tampoco al conductor, pues no dejaba de mascullar quejas sobre el turno de noche y que solo le tocaba recoger a borrachos mientras Nuri se liaba con una morena frente a sus atónitos ojos.

—Me apetece descansar —digo para librarme del plan de hoy—, pero vosotras id y pasadlo bien. Mañana me cuentas qué tal con Sara.

Sí, la morena del taxi acabó pasando la noche en la resi, así que la han invitado a irse con ellas a tomar algo.

—Te traeré todos los detalles del cotilleo, prometido —contesta animada.

—¿Estás segura de que no te importa irte sola con esas dos? Mira que cuando se pongan cariñosas puede ser que te arrepientas —comento.

—Ya he hablado con Nuri y me ha jurado que no va a pasar. Según ella, solo son dos amigas que ayer acabaron en la cama. Va a ser una salida normal —añade—. Además..., me apetece despejarme un poco. Así dejo de estar pendiente del móvil, aunque sea solo unas horas.

La miro con lástima.

—¿Está todo bien con Adrián?

Termina de arreglarse el pelo y se sienta a mi lado.

—Sí, todo bien. La distancia es difícil, eso es todo.

Evita mi mirada y se dedica a enredarse el final de la trenza en el dedo.

—¿Difícil para él o para ti, Caro? —pregunto con cuidado.

Tarda unos segundos en contestar:

—Al final no va a venir. Dice que queda poco para que yo baje a casa por Navidad y que no tiene sentido…

Me acurruco un poco más a su lado y trato de animarla.

—No lo entiendo. Se pasa los días quejándose de que no hablamos lo suficiente o de que, según él, me estoy olvidando de nosotros —contesta triste—. Y cuando le invito a pasar unos días juntos, va y me sale con eso. —Se pasa las manos por la cara y suspira—. Yo… lo quiero —confiesa, pero el temblor en su voz me hace pensar que no es sincera.

—¿Pero…? —pregunto, animándola a seguir.

Me dedica una mirada dudosa y coge mi mano.

Unos toques suenan desde la puerta.

—Caro, Vega, ¿estáis visibles? Voy a entrar.

Ni siquiera nos da tiempo a responder, Nuri abre la puerta y se mete en la habitación.

—¿Para qué preguntas si vas a entrar de todos modos? —comento entre risas sin soltar la mano de Carola.

—Qué más da, todas tenemos lo mismo. No voy a llevarme ninguna sorpresa de última hora —responde, divertida—. ¿Estás lista? Sara nos espera fuera.

Carola asiente y, antes de levantarse, me mira y susurra:

—Pero nada, todo se arreglará, estoy segura.



Dos paquetes de palomitas y una película después, me sorprende que siga teniendo hambre. Hace ya horas que he cenado, pero el frío que se cuela por la ventana de mi habitación hace que mi estómago me pida a gritos una taza de

chocolate caliente. Con pereza, me levanto y la cierro, cojo la primera sudadera que pillo del armario y me la pongo de camino a la cocina.

Oigo ruido, por lo que supongo que no estoy sola. Lo que no me esperaba es ver a Nico abriendo la nevera. Tiene que estar buscando mi cartón de leche, como siempre. Será rata...

No se ha dado cuenta de que he llegado y una idea fugaz me pasa por la cabeza. Me acerco sigilosamente a su espalda, pongo mi boca lo más cerca que puedo de su cabeza (lo que no es mucho, ya que es demasiado alto para mí) y cojo todo el aire que me cabe en los pulmones.

—¡Ladrón!

Se sobresalta tanto con mi grito que se da un golpe con la esquina de la nevera. Se da la vuelta, con cara de pocos amigos.

—Muy graciosa.

Me río por su reacción y veo que coge un vaso.

—Ahora ya no me va a dar pena robarte la leche —contesta con suficiencia mientras se sirve.

«A mí sí que no me va a dar pena».

Divertida, vuelvo a abrir la nevera y alcanzo un tetrabrik que dejé al fondo del todo. Le puse el nombre de «Muriel» para que nadie lo tocara.

Agarro otro vaso, mezclo unos polvos de cacao con la leche y lo meto en el microondas.

No he visto a Nico desde que vino a hacer el trabajo a principios de semana, aunque sí que nos hemos escrito varios mensajes. No quiero reconocer que me he acostumbrado bastante rápido a esta especie de amistad que hay entre nosotros. Hablar con él me gusta, aunque nunca lo diré en voz alta.

—Bonita sudadera, por cierto —dice sonriendo de forma socarrona.

Bajo la mirada y reparo en que llevo la que me dejó hace unas semanas. Me sonrojo al instante.

—Ni me había dado cuenta de que era la tuya.

—Seguro que no —se mofa de mí.

Me concentro en sacar mi bebida del microondas, aunque noto los ojos de Nico sobre mí.

—¿Estás más animada? —pregunta al cabo de unos minutos.

Doy vueltas con una cuchara a mi taza mientras me giro hacia él.

—La verdad es que sí. Gracias otra vez por lo del otro día.

Se cruza de brazos y asiente, contento. Lleva el mismo pijama que le vi la última vez, unos pantalones de cuadros y una camiseta básica.

—¿Por qué duermes aquí? —suelto a bocajarro.

Sé a ciencia cierta que no es residente.

Se revuelve el pelo, incómodo con mi pregunta. He llegado a la conclusión de que es una especie de tic, porque lo hace cada vez que está nervioso.

—Me quedo en la habitación de Bruno cuando lo necesito —contesta secamente.

Quiero preguntarle más. ¿Por qué necesita quedarse con su amigo? ¿No vive con sus padres? Pero noto que no quiere seguir con la conversación, ya que desvía la mirada y se lleva el vaso a los labios.

Joder, el vaso.

Cuando me quiero dar cuenta y voy a detenerlo, ya es demasiado tarde.

«Mierda, disimula, Vega. Tú haz como si nada. Mira al techo, finge que hay algo superinteresante que te mantiene ocupada».

Empieza a toser repetidas veces y mira extrañado el contenido del vaso.

Yo empiezo a contar las grietas de la pared, haciéndome la despistada.

—¿Qué cojones...? —Se queda quieto un segundo y poco a poco ladea la cabeza hacia mí—. No habrás sido capaz...

Es el momento de cumplir mi papel. Lo miro con la cara más inocente que tengo en mi repertorio, esa de cachorrito necesitado que me ha funcionado tantas veces con mis amigas.

—¿Capaz de qué?

«Eso es, Vega, tú disimula. Que no note el miedo».

Despacio, deja el vaso y se acerca.

En un acto reflejo, me pongo al otro lado de la mesa para que me proteja de él.

—Confiesa, ¿qué le has puesto?

Rodeamos lentamente la mesa, en un juego que sé que en algún momento voy a acabar perdiendo.

—Nada, de verdad —digo, pero no puedo evitar que se me escape una risa.

—Te vas a enterar.

Corre hacia mí y yo trato de huir hacia el otro lado de la habitación, pero él es más rápido. En un abrir y cerrar de ojos, me agarra por la espalda y empieza a hacerme cosquillas. Empiezo a reírme descontrolada, incapaz de zafarme de él.

—¡Para, por favor! —suplico, pero él no tiene piedad y continua con su tortura.

—Confiesa y paro —dice divertido.

—¡No sé de qué me hablas! —Me duele la tripa a causa de la risa, no creo que aguante mucho más.

—Desembucha, tramposa.

—¡Vale, vale! Pero suéltame.

Con eso último, me deja en el suelo y me vuelvo hacia él con la respiración acelerada.

—¿Y bien?

Está disfrutando de la situación, se lo noto en la cara. Empieza a acortar la distancia que nos separa. Con cada paso que da, yo doy uno hacia atrás, hasta que mi espalda toca la pared del fondo. No tengo escapatoria.

—¿Qué le has echado a la leche, canija? —pregunta acorralándome con los brazos a ambos lados de mi cabeza.

«Vale, calma, Vega».

—No me llames así.

Nuestros cuerpos están demasiado cerca. Necesito aire.

—Te encanta —contesta, seductor.

«Quiere sacarte de quicio para que se lo digas, no cedas».

—No...

Joder, ¿podría temblarme más la voz?

Su sonrisa lobuna me indica que él también se ha dado cuenta de que flaqueo.

—Te lo voy a preguntar una vez más... ¿Qué le has puesto a la leche? Estaba asquerosa.

Lo miro a los ojos directamente, sin dejarme amilanar.

—Sal —admito con una sonrisa triunfal.

Noto que su pecho se sacude a causa de la risa.

—No juegues si no puedes ganar, Vega.

—Ha sido una bromita de nada —contesto—. Somos amigos, ¿no?

No sé si lo digo para él o para recordármelo a mí misma.

Traga saliva y se acerca un poco más.

—Supongo...

Su respuesta se queda en el aire.

Ahora sería el momento de apartarse y dejar este juego que hemos iniciado, pero mi cuerpo no responde. Está paralizado, atento a cualquier movimiento que pueda hacer Nico. Ha dejado de sonreír y ha adoptado una actitud seria que me pone aún más nerviosa de lo que ya estoy.

Sus ojos me recorren los labios con deseo.

Separa una de las manos de la pared y la pone en mi mejilla. No soy capaz de mover ni un solo músculo, solo me quedo quieta, expectante.

Las dudas que me han estado asaltando estas últimas semanas parecen haberse esfumado. Solo importamos nosotros dos. Todo lo demás queda relegado

a un segundo plano.

Nuestras miradas vuelven a conectar y sus ojos me hacen una pregunta silenciosa.

«No, no, no, no».

Sin embargo, mi cuerpo sigue actuando por sí solo y le coloco una mano en el hombro. Nuestros alientos se entremezclan y su olor lo impregna todo.

Sin previo aviso, sus labios capturan los míos, y yo siento que el mundo desaparece bajo mis pies.

Es un beso muy diferente a aquel tímido que nos dimos en verano. Este es ardiente, sediento. Noto la respiración entrecortada de Nico entre mis labios. ¿O quizá es la mía?

Le devuelvo el beso con ganas. Tantas que noto que un calor se apodera de mí y me pide más, así que coloco la otra mano en su nuca y le acaricio. El sonido gutural que sale de él me indica que le ha gustado y hace que yo solo arda de deseo.

Tengo la cabeza nublada, solo puedo pensar en nuestros labios. Su otra mano se desliza hacia mi cintura y se cuela por debajo de la sudadera. Sus dedos me acarician la piel, lo que solo me crea aún más necesidad.

Se me escapa un gemido de placer cuando me muerde el labio inferior.

—Dios, Vega... Me estás matando —dice sobre mi boca—. Cuando te he visto con mi sudadera... Eres preciosa.

Sus palabras disparan algo dentro de mí y el corazón me da un vuelco. Lo agarro del cuello de la camiseta y devoro sus labios con deseo, introduciendo mi lengua y jugando con la suya. Me noto húmeda, ahora mismo solo quiero las manos de Nico sobre mi cuerpo.

Como si hubiera oído mis suplicas, me levanta sin dejar que nuestros labios se separen ni un segundo. Me apoya en la mesa de la cocina y se acomoda entre mis piernas.

Nuestros cuerpos encajan a la perfección. Estamos tan pegados que no queda ni un centímetro libre entre nosotros.

Recorro con mis manos los músculos de su espalda y respiro su aroma. Mantengo los ojos cerrados y me pierdo entre sus brazos, que me rodean con una delicadeza que contrasta con la fiereza con la que seguimos besándonos.

No sé si pasamos así un minuto o una hora, el tiempo ahora mismo es relativo. Solo puedo pensar en que sus labios recorren los míos y en sus manos. Me han tomado de las mejillas y me acarician como si fuera la cosa más frágil del mundo.

—Vega... —pronuncia mi nombre con voz ronca mientras se separa despacio.

Lo miro directamente a los ojos y trato de controlar mi respiración.

El pelo despeinado le cae sobre sus profundos ojos castaños, que me devuelven una mirada que lo dice todo.

Me llevo los dedos a los labios. Están hinchados, aunque me piden a gritos más contacto. Los mil pensamientos que había estado conteniendo mientras nos besábamos reaparecen ahora y me dejan muy confusa. Indecisa, aparto las manos de Nico de mi cara y me bajo de un salto de la mesa.

—¿Qué ocurre? —pregunta mientras se aparta de mí para dejarme espacio.

Miro a cualquier lado menos a su cara y me muerdo el labio inferior.

—Yo… —No sé qué decir.

Una sensación de intranquilidad se apodera de mí. He disfrutado el beso como nunca habría imaginado que lo haría. Es como si estuviera leyendo una de mis novelas favoritas y, de un momento a otro, se hubiera hecho realidad. Pero no soy tan tonta como para creérmelo al cien por cien y volver a hacerme ilusiones.

No quiero que me hagan daño, y Nico parece el chico perfecto para cumplir ese papel. Aunque, si me ha besado, será porque siente algo por mí y ya no tiene ninguna complicación, ¿no?

¿Ha sentido él lo mismo que yo? Porque a mí aún me tiemblan las piernas.

Dirijo mis ojos llenos de miedo hacia su pecho, no sé qué decirle.

Decidido, me levanta la barbilla con los dedos y hace que lo mire.

—Se supone que los amigos no se besan —es lo único que se me ocurre contestar. Mis nervios, una vez más, están haciendo de las suyas.

Por toda respuesta, Nico vuelve a tomarme de las mejillas y susurra:

—Supongo que no somos tan amigos como creíamos.

Vuelve a besarme y mis miedos y dudas vuelven a quedar relegados a un segundo plano. Los meto todos en una caja fuerte bien escondida dentro de mi cabeza y decido dejarme llevar.

Supongo que no pasa nada por lanzarse a la piscina, ¿no?

Solo espero no ahogarme.



15

Todavía sigo sin creerme del todo lo que ha sucedido con Nico. Decir que no he podido pegar ojo sería un buen resumen de la nochecita que he pasado. Mi cabeza no deja de dar vueltas a la misma pregunta una y otra vez: ¿qué ha significado ese beso?

Por un lado, algo dentro de mí se piensa que es el inicio de una gran historia de amor; sin duda, la pareja principal va a acabar junta por el simple hecho de haberse besado. Pero por otro lado más coherente, en mi opinión, puede que solo haya sido un incidente aislado. A lo mejor para Nico es un simple rollete, ¿no?

Por eso he decidido comportarme de la forma más madura y congruente posible: hacer como si nada y esperar a ver cómo actúa él.

Tras despedirme de Tara, salgo de clase y me dirijo a la cafetería. Hoy voy a comer algo rápido aquí antes de irme a la biblioteca.

Mientras espero mi turno en la cola miro ensimismada las opciones de menú.

—Las albóndigas están asquerosas. A no ser que quieras intoxicarte, no te las recomiendo.

Doy un pequeño brinco al oír la voz de Nico.

Cuando me vuelvo, veo su sonrisa ladeada. Al igual que yo, sujeta una bandeja.

—Ah, vale, gracias por avisar —contesto, dubitativa.

¿Qué se supone que tengo que hacer? ¿Lo saludo con un beso en la mejilla? ¿Le doy con el puño en el hombro en plan colegas?

Unos segundos después, acabo dedicándole un movimiento de cabeza. Intento parecer despreocupada, aunque creo que no lo consigo.

—¿Vas a comer aquí también? —le pregunto, intentando disimular los nervios.

Avanzamos unos pasos en la cola.

—No, he cogido esta bandeja porque me gusta cómo me queda —suelta, divertido.

Resoplo.

Llega mi turno y, haciendo caso a la sugerencia de Nico, me decanto por el otro plato: crema de verduras. Nos sirven a ambos la comida y, cuando hemos pagado, me doy la vuelta en busca de un sitio libre. Nada más sentarme a una de las mesas del fondo, Nico se acomoda a mi lado.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta como si nada.

Se lleva la cuchara a la boca mientras me mira, parece tener verdadera curiosidad por mi respuesta.

—Bien.

Ni me planteo decirle que me ha costado un mundo dormirme porque estaba pensando todo el tiempo en él. Eso sería delatar a mis sentimientos cuando ni yo misma los entiendo todavía. Claro que lo que no me esperaba era que él sí fuera a hacerlo.

—Pues yo he estado toda la noche pensando en ti.

Menos mal que estoy sentada, si no me habría caído al suelo de la impresión.

—¿Siempre eres tan directo?

Se encoge de hombros y responde:

—¿Tú no has pensado en lo que pasó anoche?

Noto que el rubor llena mis mejillas.

—Algo sí —confieso mientras me llevo el pelo tras la oreja.

—Lo sabía —dice con suficiencia.

Pongo los ojos en blanco. Mira que es creído.

—No te flipes, tampoco es que me quitara el sueño. —En realidad, eso fue justo lo que hizo.

Coge su silla y la acerca a la mía. Nuestros muslos se rozan y mi espacio para comer con comodidad acaba visiblemente reducido.

—Hay que ver lo mal que mientes —afirma.

—Hay que ver lo engreído que eres —contraataco.

Una risa silenciosa sale de sus labios. Entonces pone el brazo en mi respaldo

—Puede ser, pero no me avergüenza decir que me gustó besarte. —Aproxima un poco su cara hacia mí y me susurra—: Y que me encantaría volver a hacerlo.

Un escalofrío me recorre la piel y hace que la respiración se me acelere un poco.

En realidad, a mí también me encantaría. Pero estamos rodeados por un montón de personas y no creo que sea el mejor sitio para repetir lo de anoche. Así que, en vez de dejarme llevar por el deseo de volver a sentir el calor de su boca, le pregunto:

—¿Quieres que estudiemos esta tarde juntos?

Sus ojos recorren mi gesto y, tras unos segundos, se separa un poco de mí.

—Tengo ensayo. —Empiezo a notar el sabor de la decepción, al menos hasta que continúa—: Pero mañana estoy libre. ¿Te apetece que quedemos en la residencia?

Lleno el pecho de aire y lo expulso. Su gesto me indica lo contento que está, aunque le haya ofrecido un plan tan tonto como pasar la tarde entre apuntes. Sin embargo, yo también me muero de ganas, a pesar de que estas se mezclan con los nervios que siento al pensar en estar estudiando, solos... ¡Ay, Dios mío!

Afirmo con la cabeza y, con una pequeña sonrisa, me dice:

—Entonces perfecto.



Me observo por quinta vez en el espejo. Reviso que, en los últimos diez segundos en los que no he estado mirándome, no me haya salido un tercer ojo en la frente y tenga que cancelar el plan con Nico.

Hace unos minutos me ha avisado de que venía de camino y eso solo ha hecho que mis nervios aumenten hasta tal punto que he tenido que hacerme una tila.

Compruebo que el escritorio está perfectamente ordenado y que los cojines de mi cama están en su sitio. No entiendo por qué me pongo así, ni que fuera la primera vez que Nico y yo vamos a estar en mi habitación a solas... Aunque, claro, las otras veces no existía la posibilidad de que acabásemos enrollándonos.

Sigo moviéndome como una loca cuando escucho que llaman a la puerta. Tomo una profunda bocanada de aire y agarro el pomo.

—Hola —me dice en cuanto le abro.

Creo que él también está un poco nervioso. Observo que se revuelve el pelo y me dedica una media sonrisa.

—Hola —contesto, tratando de sonar calmada.

Ladeo el cuerpo y lo dejo pasar.

Una vez estamos dentro, un extraño silencio se apodera de la habitación.

—Bueno… —empieza a decir —, tu tutor de confianza ha llegado. ¿Por dónde quieres empezar?

Le dedico un pequeño gesto de sorpresa. A ver, sé que hemos quedado para estudiar, pero no esperaba que fuéramos a leernos ni un tema, sinceramente.

—¿Y si nos ponemos con Derecho civil? —ofrezco.

Nico asiente y toma asiento.

Aunque al principio estoy un poco cortada, consigue que me relaje y me saca varias carcajadas mientras finge ser mi profesor particular. Pasamos así un par de horas, en las que no puedo evitar reírme de su faceta empollona. Incluso ha tomado mi taza y se ha puesto mis gafas mientras recita cada párrafo con voz de sabiondo, como si estuviéramos en un examen oral de la universidad.

—Has suspendido —anuncia mientras se recuesta en la silla.

—Pero si lo he dicho todo perfecto —me quejo.

Me dedica una mirada irónica.

—Vale, he fallado un par de cosas, ¿qué más da? —reconozco, cansada—. Odio esta asignatura.

—Tranquila, la acabarás sacando. Tienes al tío más listo del mundo dispuesto a ayudarte —señala guiñándome el ojo.

Tiro el bolígrafo sobre la mesa y suelto un bufido.

—¿Cómo puede ser que tú suspendieras? Si te la sabes de memoria, eres como un disco duro —me quejo.

Nico se centra en los apuntes. Se queda unos segundos callado, hasta que deja las gafas y la taza, y me dice:

—Tuve algunos problemas y no pude estudiar mucho para el examen.

No me da más detalles. Solo se encoge de hombros y se gira en la silla.

—Venga, que vamos a repetir la última parte.

Lo dejo estar y vuelve a explicarme uno de los conceptos más complicados, pero mis ojos no dejan de volar. Me fijo en su boca y me acuerdo del beso que nos dimos hace tan solo dos noches. Conforme ha ido hablando, se ha acercado tanto a mí que nuestros hombros se rozan y nuestras cabezas están tan solo a unos centímetros de distancia.

—¿Estás prestando atención? —pregunta de repente.

—Sí, claro —miento.

Me dirige un gesto divertido.

—¿Qué es lo último que he dicho?

Quiere que reconozca que estaba empanada mirándole y no pienso darle ese gusto.

—No puedo repetirlo palabra por palabra —le digo.

—Inténtalo —insiste.

Uf.

Me observa mientras trato de pensar en cualquier frase con sentido que pueda contestarle. Aproxima su cuerpo aún más al mío.

—¿Me estabas mirando, Vega? —pregunta.

Trago saliva.

—Puede ser.

Se humedece los labios y roza su nariz con la mía.

—¿Estabas pensando en cómo sería volver a besarme?

Su cercanía me nubla los sentidos y trato de controlar la respiración.

—Puede ser —admito.

Sus ojos se oscurecen un poco, como si se llenaran de deseo.

—¿Querrías que lo hiciera?

Me acaricia la pierna y, con ese simple gesto, mi cuerpo se calienta. Trato de buscar un pensamiento coherente dentro del mar de voces que ahora mismo se apoderan de mi mente pidiéndome a gritos que le diga que sí. Al final, me doy por vencida.

—Sí —confirmo.

Nico suelta un poco de aire y, despacio, pone sus manos a ambos lados de mi cuello. Me acaricia la mandíbula mientras junta nuestras caras y me da un beso suave.

En el momento en el que noto su contacto, cada pelo de mi piel se eriza y un cosquilleo me recorre entera. Sus labios son cálidos y recorren los míos sin prisa, deleitándose.

Cierro los ojos y pongo una de mis manos en su nuca, atrayéndolo más hacia mí. Profundizo el beso introduciendo mi lengua en su boca y un pequeño sonido sale del fondo de su garganta. Mi respiración se agita y, sin pararme a pensarlo, me levanto un poco de la silla y me siento sobre una de sus rodillas. Nico sonríe mientras me besa, encantado.

Me acaricia la espalda y enrosca sus brazos en mi cintura. Separamos nuestros labios y ladea la cabeza, buscando mi cuello. Empieza a besarme la piel que la camiseta deja a la vista, recreándose en el punto sensible que tengo bajo mi oreja y haciendo que suelte un suspiro. Una de sus manos baja hasta mis nalgas y las aprieta; solo con eso una sensación de necesidad se apodera de mí.

Busco de nuevo sus labios y vuelvo a besarlo, acelerada. Siento que la

temperatura de mi cuerpo ha ascendido varios grados. Si no paramos, es bastante probable que acabemos en la cama, continuando lo que hemos empezado. Ese pensamiento brilla en mi mente y despeja un poco la neblina que provocan las manos de Nico sobre mi cuerpo.

Nerviosa, separo mi rostro del suyo y lo miro directamente a los ojos. Me devuelve el gesto, extrañado, y yo solo me muerdo el labio, sin saber muy bien qué decirle.

—¿Qué pasa? —me pregunta preocupado.

Retuerzo con mis manos un hilo suelto que hay en su sudadera, dubitativa.

—Mmm, es que... —empiezo, con voz temblorosa.

No sé por qué me cuesta tanto decirle esto, pero decido usar la técnica de la tirita: cuanto más rápido, menos duele.

—Soy virgen —le suelto.

Su cara se suaviza de repente y, antes de que haga un comentario, añado:

—No te lo digo porque piense que vamos a hacer nada ahora... —En realidad, sí se me ha pasado por la cabeza, pero prefiero guardarme ese dato para mí misma—. Creo que es algo que deberías saber. No voy a hacer nada contigo... —La voz me tiembla—. Bueno, ya me entiendes. No me refiero a que no vaya a hacer nunca nada contigo, sino a ahora... A ver, que eso no quiere decir que sí o sí vayamos a hacer algo el día de mañana, todo se irá viendo, ¿no?

Vale, creo que estoy empezando a divagar.

Cierro los ojos e inspiro hondo para intentar tranquilizarme. Cuando los abro, me encuentro con la expresión divertida de Nico.

—No tiene gracia —le suelto.

—Ya lo sé —me dice.

Trato de poner algo de distancia entre los dos, pero me lo impide.

—Entonces ¿por qué te ríes? —me quejo.

—Porque estás muy mona cuando te pones nerviosa.

Besa la punta de mi nariz.

—Bueno, ¿y qué opinas?

Nico solo se encoge de hombros.

—No tengo nada que opinar. —Lo miro extrañada, por lo que sigue—: Para mí eso no es un problema. No debería serlo para nadie, de hecho. Es tu cuerpo y, cuando estés segura, tomarás esa decisión.

Me dirige un gesto dudoso y se revuelve el pelo otra vez.

—No quiero que pienses que solo busco hacerlo contigo... No venía aquí con la intención de enrollarnos. Bueno, puede ser que se me pasara por la cabeza... —Le doy un pequeño golpe con el puño, divertida—. Pero no era ese el motivo por

el que me apetecía venir. Solo quería pasar tiempo contigo.

Mi corazón se calienta un poco cuando lo escucho. El manojo de nervios que sentía en el pecho se deshace un poco también.

—Gracias.

Niega con la cabeza y me mira a los ojos.

—Nunca me des las gracias por eso, canija.

Hago un gesto exasperado.

—Te he dicho mil veces que dejes de llamarme así.

Acerca sus labios a los míos y me dice:

—¿Cuándo aprenderás que no pienso hacerte caso?



Vas a la fiesta de Inés?

Releo por quinta vez el mensaje de Nico y me muerdo una uña. Creo que he escrito y borrado por lo menos cinco respuestas distintas en apenas un minuto. ¿Se puede ser más indecisa que yo? No lo creo.

A ver, no es que esta sea la primera vez que hablamos desde aquella tarde... Llevamos dos semanas hablando y mandándonos *stickers* graciosos durante horas. Incluso he llegado a acostumbrarme a eso de irme a dormir a las tantas de la madrugara. Ayer, sin ir más lejos, me acosté a las tres, aunque en mi defensa diré que fue culpa suya. Tener que discutir con alguien sobre por qué Iron Man es mil veces mejor que Capitán América puede llegar a ser terriblemente agotador.

Tras otros tres intentos más, le digo:

Qué remedio! Alguien tendrá
que vigilar que no te metas
en ningún lío

Me arrepiento en cuanto le doy a enviar.

«Ay, madre mía. ¿Habré quedado demasiado prepotente?».

Pensar en que esta noche volveré a verlo hace que unas mariposas rebeldes revoloteen en mi estómago. Incluso unos nervios no muy bienvenidos se instalen

en mi pecho.

No he vuelto a verlo, al menos a solas. Sí, nos hemos cruzado en clase y dirigido sonrisas furtivas. Así que, si ya iba perdida en algunas asignaturas, ahora ya no sé ni en qué mundo vivo.

El miércoles pasado por fin nos tocó exponer el dichoso trabajo, pero estuve más pendiente de cómo se movían sus labios al hablar que de las diapositivas que me tocaba explicar. Si el profesor se dio cuenta o le molestó, no lo mencionó. Simplemente se dedicó a decirnos lo contento que estaba con el resultado y lo sorprendido que había quedado con el buen equipo que hacíamos. Si él supiera...

Se suponía que el fin de semana habíamos quedado para tomar algo e ir al cine, lo que yo diría que es mundialmente conocido como una «cita». Pero, por desgracia para mí y para esas odiosas expectativas que siempre me juegan malas pasadas, Nico canceló el plan en el último momento. Me dijo que había tenido un problema personal de última hora y que me compensaría más adelante. Así que me tuve que quedar con las ganas.

La vibración de mi móvil me saca de mis pensamientos y leo el mensaje que me ha enviado.

Si eres tú la que me va a vigilar, entonces me portaré bien 😌

—¿Se puede saber a qué viene esa sonrisilla? —Carola intenta mirar la pantalla por encima de mi hombro y lo aparto enseguida.

—Caro, es evidente. Estará mandándose mensajes guarros con el chico al que supuestamente tanto odia —comenta Nuri lanzándome una mirada traviesa.

Menos mal que la sala común está vacía y nadie la ha escuchado. Después de contestar a Nico a toda prisa diciéndole que nos vemos luego, dejo el móvil a un lado y suspiro.

Como era de esperar, la mañana siguiente al beso, en el desayuno, las chicas no tardaron ni dos minutos en percatarse de que algo pasaba. Para acabar contándoles todo solo me hizo falta un «desembucha, estás sospechosamente feliz» de Nuri.

Evidentemente, me arrepentí a los dos minutos. Las reacciones no tardaron en llegar, y se pasaron todo el día pidiéndome detalles y dándome la tabarra. Pero, como soy un poco masoquista, a los pocos días también les terminé

hablando de la sesión de estudio y besos. Desde entonces, no hay quien pueda con ellas y sus comentarios.

Todo eso no ayuda en nada a calmar esos nervios que me entran solo de pensar en volver a estar a solas con Nico. Vale que lo de hoy es una fiesta y habrá mucha gente, pero no soy tan tonta como para pensar que no pasará nada.

Encima, mis grandes apoyos no van a estar conmigo para ayudarme si hago el ridículo y tengo que improvisar mi propia fuga.

—¿Estáis seguras de que no podéis venir? —pregunto en tono lastimero.

—Sí. Tengo que estudiar y luego he quedado con Adrián para hacer videollamada. Lo siento, amiga —contesta Carola.

—A mí ya sabes que me encantaría, pero tengo el cumple de Sara con los amigos de la uni y no puedo perdérmelo. ¿Sabes la pena que me da no estar ahí para ver cómo te morreas con el cañonazo? —añade Nuri.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Qué pesada! Ya te he dicho mil veces que no me voy a liar con él en medio de la fiesta.

Básicamente, porque aún no estoy muy segura de qué es lo que hay entre nosotros y no quiero confiarme. Ni siquiera se lo he dicho a Tara. No quiero meterla en medio de algo que no entiendo ni yo y menos cuando Nico es amigo de su novia.

—Una pregunta… ¿No decías que Tara pasaba a por ti a las nueve? —pregunta Carola de repente.

Le dedico una mirada extrañada y me muestra la hora en su móvil.

M-I-E-R-D-A.

Me levanto de un salto y dirijo mis piernas a toda pastilla hacia mi habitación. Apenas queda una hora para que me recoja y ni siquiera he elegido qué me voy a poner.

Estoy rebuscando en mi armario cuando las chicas entran en mi cuarto.

—¿Te piensas que vamos a dejar que te arregles sola? —exclama la rubia.

Entran como un vendaval y, con una sonrisa, me dejo caer en la silla. Estuche en mano, Nuri empieza a maquillarme como solo ella sabe mientras Carola va calentando la plancha del pelo.

—Gracias, chicas.

—Para eso estamos —contesta la pelirroja a mi espalda mientras me da un pequeño apretón en el hombro.

—Déjate de tonterías. Agradécenoslo mañana cuando nos cuentes con todo lujo de detalles que Nico te ha metido mano —suelta Nuri.

Mira que es burra, la tía.



Dos horas más tarde, aparcamos en el camino de entrada de la casa de Inés y me quedo impresionada. Un moderno dúplex blanco lleno de ventanales y con un cuidado jardín a su alrededor nos da la bienvenida.

Ayudo a Tara a sacar las bolsas con algo de comida extra que ha traído y la sigo hacia la fiesta. Para mi sorpresa, tuerce a la izquierda en lugar de ir hacia la puerta principal. Llegamos a una especie de segunda casa más pequeña, donde ya se escucha la música y el ajetreo.

—Es la casa de la piscina. Los padres de Inés la reformaron hace unos cuantos años y desde entonces es la «sala de fiestas». Vas a flipar cuando la veas por dentro.

Tiene razón. Nada más entrar, un asfixiante calor nos recibe. De un segundo a otro, paso de querer fusionarme con el abrigo a desear quitármelo y tirarlo donde sea.

«A la mierda las ondas que me ha hecho Caro en el pelo, con esta humedad no van a durar ni dos minutos».

Mis ojos recorren el sitio y, como ya había adelantado mi amiga, me quedo flipando. La «sala», si por tal entendemos un espacio tres veces más grande que mi casa de Murcia, cuenta con una piscina climatizada en el centro donde cabrán como mínimo cien personas. A su alrededor hay espacio suficiente para que la gente se mueva sin problemas y varias mesas esparcidas con distintos tipos de alcohol para que quien quiera se sirva a su antojo. La música proviene de unos altavoces situados en cada esquina y varias personas se mueven al ritmo de la canción que está sonando.

Algunos invitados se han lanzado a la piscina y se bañan copa en mano mientras hacen el tonto en el agua. Pienso en el biquini blanco que llevo en el bolso y me sonrojo solo de pensar en ponérmelo frente a todo el mundo.

—¡Ya estáis aquí!

Inés aparece y nos recibe con los brazos abiertos. Tras darle un beso a su novia, me saluda y toma las bolsas que aún cuelgan de nuestras manos.

—Voy a dejar esto en la mesa de los aperitivos.

Entonces, una chica la llama desde el otro lado del salón y nos dedica una sonrisa. Se despide de mí y me desea que lo pase bien. Antes de irse, le dice al

oído algo a mi amiga, lo que hace que esta se sonroje y le dé un golpecito en el brazo. Vaya par de enamoradas.

Una vez hemos dejado los abrigos, nos lanzamos a por unos vasos que rápidamente se llenan de un cóctel rosa que ya está preparado.

—No te pases mucho con esto, es más fuerte de lo que parece —me avisa Tara por encima de la música.

Le doy un trago y un sabor dulce a fresa me refresca la boca. Esto está delicioso.

Tara me arrastra de la mano para presentarme a algunas de sus amigas. Son simpáticas y enseguida me integran en el grupo. Bailamos y bebemos como si nos conociéramos de toda la vida.

De vez en cuando, miro con disimulo a mi alrededor, buscando a cierta persona con hombros anchos y cabellera castaña. Sin embargo, por más que repaso la sala, solo consigo reconocer a Bruno, que está bailando con sus amigos. Se suponía que Nico ya debería estar aquí.

Empiezo a pensar que no ha venido cuando noto que mi móvil vibra. Lo saco del bolso y reviso los mensajes.

Te diviertes?

Intento reprimir la sonrisa de boba que me sale. Me aparto del grupo con la excusa de ir a servirme otra copa y contesto.

Dónde estás?

Se desconecta y frunzo el ceño.

—Aquí.

Me doy la vuelta rápidamente y me encuentro con sus ojos castaños.

—Hey.

¿Eso es todo lo que se me ocurre decir? Empezamos bien.

—Hey —me imita con una sonrisa.

¿Este cosquilleo que siento cada vez que escucho su voz es normal o puede ser que me vaya a dar un infarto de un momento a otro?

«Madre mía».

Lleva puesta una camiseta blanca y unos pantalones cargo negros. Le quedan demasiado bien, así que sospecho que ya se deben de haber fijado en él la mitad

de las chicas de la fiesta. Con su altura y su manera de moverse, es difícil que Nico pase desapercibido.

—¿Has llegado ahora?

—Sí, he... tenido un problema de última hora y no he podido venir antes.

—¿Está todo bien?

Me dedica una mirada canalla y se apoya en la pared.

—Nada que no pueda arreglarse con buena compañía. ¿Me echabas de menos?

Bum.

—No digas tonterías. —Me sonrojo y le doy un trago a mi bebida.

—Pues a mí sí me apetecía mucho verte —añade con una sonrisa traviesa—. Llevo pensando en ti toda la semana... —Baja el tono en esa última frase y se acerca con un paso.

Casi me atraganto cuando lo escucho. ¿Lo está haciendo adrede para ponerme nerviosa? Porque, si es así, lo está consiguiendo con creces.

—¿Vas a darte un baño? —pregunto, tratando de cambiar de tema.

Miro hacia la piscina, que poco a poco se ha ido llenando de gente. Varias chicas se bañan en biquini, aunque otras directamente se han metido en ropa interior, y unos chicos juegan con una pelota, pero van tan borrachos que no deja de salirse.

—Aún no lo sé, todo depende.

—¿De qué?

—De si tú también lo haces.

Ya está otra vez con su tonito seductor.

—¿Y si no me apetece?

—Me quedaré dándote el follón toda la noche.

Lo miro y me río. Vaya cara tiene.

—Pues ya puedes ir poniéndote cómodo, porque no pienso meterme en el agua.

—¿Tienes miedo de ahogarte? Tranquila, no dejaré que eso pase.

Pongo los ojos en blanco.

—En todo caso, tendría que salvarte yo a ti —suelto con una carcajada.

—¿A mí?

—Sí, con todo el ego que tienes puedes acabar hundiéndote.

Su cara de indignado hace que me ría aún más.

—¡Vega!

Me doy la vuelta al escuchar mi nombre y veo que Tara se acerca.

—¡Vamos a la pisci! ¿Te vienes? —Llega a nuestra altura y no se me escapa

la miradita que nos echa cuando se da cuenta de a quién tengo al lado—. Hombre, ya estás aquí. Inés lleva buscándote media hora, los chicos también van a ponerse el bañador.

Nico le devuelve el saludo y me mira con una sonrisa traviesa.

—Justo estábamos hablando de eso. Vega me decía que tenía ganas de darse un baño.

Lo fulmino con la mirada y resoplo. Eso es jugar sucio.

—¿En serio? ¡Genial! Pues vamos a cambiarnos —se emociona mi amiga.

—Nos vemos en el agua —se despide el castaño.

Se aleja mientras me guiña un ojo y le respondo sacándole la lengua.



17

Me acerco al bordillo de puntillas tratando de no resbalarme. Empiezo a hacerme un moño, en un penoso intento de no mojarme el pelo. Estoy centrada en mi tarea cuando unos fuertes brazos me pillan desprevenida, me rodean la cintura y me levantan del suelo.

Tenía que haberlo imaginado. Ya me parecía raro no haberlo visto con sus amigos en el agua. El muy cretino estaba esperándome.

—¡Suéltame! —grito entre risas.

—Eso voy a hacer, no te preocupes.

Pataleo sin éxito intentando quitármelo de encima.

—Estate quieta, canija —me dice al oído.

Tiene el pecho pegado a mi espalda y sus manos me agarran por la cintura sin apenas esfuerzo, como si no pesara más que una pluma. Me acaricia el abdomen con el pulgar y un deseo abrasador me envuelve.

—Para... —susurro.

Varias cabezas se vuelven y nos miran divertidas. Pensarán que solo somos dos amigos haciendo el tonto. Lo que no saben es que mi respiración se ha acelerado en el momento en el que las manos de Nico se han posado sobre mi cuerpo y que, cuando he notado su aliento en mi oreja, mis pensamientos se han desviado por derroteros muy inapropiados.

—¿Estás preparada para lanzarte a la piscina?

Un escalofrío me recorre entera. ¿Estoy preparada? No lo sé. Mis inseguridades y la incertidumbre se mezclan con el deseo y las ganas. Pero Nico no duda y nos tira al agua. Nos zambullimos con sus brazos todavía rodeándome,

reticentes a soltarme.

Salgo a la superficie buscando aire. Me giro y me agarro a sus hombros por puro instinto.

El pelo se me adhiere a la nuca. Por suerte, tengo la cara despejada y disfruto de una panorámica perfecta de Nico. Él, en cambio, se aparta de la frente algunos mechones mojados. Nos quedamos mirándonos unos segundos, él con su típica sonrisa fanfarrona y yo con mis nervios a flor de piel. Carraspeo y me suelto para poner distancia entre nosotros.

Nos unimos al grupo y pasamos un rato riéndonos de los chistes malos de Inés. No sabía que tenía ese don, pero da para mucho. Luego jugamos a ver quién aguanta más debajo del agua.

—Has hecho trampa —dice Inés a Nico cuando salen a la superficie.

—¿Qué dices? He ganado justamente.

—Me has hecho cosquillas para que salga antes, tramposo.

—¿Yo? Jamás haría eso.

—Tara lo ha visto, ¿verdad?

Mi amiga, que está a mi lado, disimula una sonrisa y trata de ponerse seria.

—Claro que sí, cariño. Para mí siempre serás una ganadora.

El grupo entero empieza a reírse mientras ambos se enzarzan en una pelea por la revancha.

—Pero bueno, chavales, mirad que sois aburridos... ¿Qué os parece si jugamos a hablar o beber? —Bruno aparece con una botella de Jägermeister en la mano y un montón de vasos para servirnos.

—Mira que te gusta el lío —dice Tara mientras coge la botella.

Nos ponemos en círculo todos, como nos indica Tara, y nos sirven la bebida. Nico se ha puesto de tal forma que queda justo delante de mí y me lanza una mirada desafiante que le devuelvo.

Cuando estamos todos preparados, empezamos y ya no hay quien nos pare. Bruno e Inés lanzan preguntas a diestro y siniestro. Muchos confiesan cosas vergonzosas y otros prefieren beberse el chupito con valentía.

Todos se ríen cuando Inés da una colleja a Bruno, indignada con la pregunta que le ha hecho a Tara.

—¡Pero si ha mentido descaradamente! En nuestra época hetero, Inés y yo nos besamos y aún sigo traumatizado. ¡Ay! —Se frota la nuca a causa de la segunda colleja que recibe de su amiga.

—¿No sería porque eres gay? —contraataca.

—Es un factor a tener en cuenta —ríe Nico.

—Venga, Vega, te toca —me señala Bruno.

—Estoy lista.

—¿Cuándo fue la última vez que te masturbaste?

Noto que mis mejillas se tiñen de rojo.

—Mira que eres burro, Bruno. ¿Qué te ha dado con hacer preguntas guarras? —pregunta Tara.

—Será porque no moja ni pagando —empieza a reírse.

Sin embargo, yo ahora mismo solo estoy centrada en una persona en concreto. En cuanto he escuchado la pregunta, mis ojos han ido irremediablemente hacia Nico, que parece bastante intrigado por mi respuesta.

A ver, nunca he sido una chica muy pudorosa. Masturbarse es algo totalmente normal, no tiene nada de malo, así que no me he puesto como un tomate por eso.

Tiene más que ver con el recuerdo que aparece en mi cabeza. Ayer me toqué pensando en los labios de Nico y en la forma en la que sus manos me recorrieron la piel en la cocina. No podría contar con exactitud las veces que me he recreado en ese momento exacto y cómo mi imaginación ha llegado a divagar más allá de él.

Sigo hipnotizada por la intensidad con la que me abrasan sus ojos castaños cuando contesto:

—Ayer.

Nico traga saliva. Me parece notar que la temperatura aumenta considerablemente a causa del fuego que desprende su mirada.

—¡Bien por ti! Yo debería hacerlo con más frecuencia —dice Tara.

Se arrima a mi hombro y me echa un poco de agua en la cara, así que ladeo la cabeza y le sonrío.

—Pero ¿qué dices? Si tú estás más que saciada —apunta Inés.

—Bueno, nunca es suficiente —contesta mi amiga en tono burlón.

Después de seguir jugando un rato y tomarnos unos cuantos chupitos más, empiezo a notar los dedos arrugados. Algunos ya han salido de la piscina, como Nico. Ha ido a ayudar a Inés con un problema con el altavoz, así que dejo a Bruno y a Tara hablando en el agua. Me abro paso entre la gente que baila y voy mojando el suelo allá por donde piso.

Me dirijo al cuarto de baño a buscar una toalla, pero parece estar ocupado y me sabe mal rebuscar en las habitaciones. Estoy pensando en volver sobre mis pasos para preguntar a Tara cuando noto que algo me cubre los hombros con suavidad.

—¿Buscabas esto?

Nico me envuelve con una toalla blanca y se pone delante de mí. Sigue

empapado, con su bañador oscuro y esos músculos al descubierto que hacen que se me seque la boca. El pelo le gotea sobre la frente y se lo aparta con una mano mientras me dedica una ligera sonrisa.

—Gracias… —susurro.

Estamos a oscuras, la única luz que nos ilumina es la que procede de la sala principal. Mi mente deja de pensar cosas coherentes al tenerlo tan cerca, con tan solo una prenda de ropa, totalmente mojado y con esos labios carnosos llamándome a gritos. Me muerdo el labio tratando de pensar algo razonable que decir.

—Joder, eres preciosa…

Me sorprende que me lo diga justo ahora, cuando estoy segura de que el rímel ya es historia y me tiene que haber dejado la cara hecha un cristo. Pero la convicción de sus palabras y la forma en la que sus ojos me devoran me dejan muy claro que lo está diciendo totalmente en serio.

—No mentía en lo de que llevo pensando en ti toda la semana. Siento mucho que el sábado no pudiéramos vernos, pero créeme que tenía muchas ganas… —Se acerca un paso hacia mí—. Ni te imaginas cuántas…

Un deje nervioso se apodera de su voz y suspira.

—¿Ganas de qué? —pregunto con su boca a apenas unos centímetros.

Sus ojos recorren mi cara hasta centrarse en mi boca y me acaricia una mejilla con la mano derecha.

—De verte, de pasar tiempo contigo, de hablar… De ver que arrugas la nariz cada vez que me meto contigo.

—Yo no hago eso.

Su pecho se eleva con una ligera carcajada.

—Sí que lo haces.

Se queda callado unos segundos, con su nariz rozando la mía.

—También tenía muchas ganas de volver a besarte…

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Las mariposas de mi estómago se agitan descontroladas y hacen que acerque nuestras bocas todavía más.

—¿Y por qué no lo haces? —susurro.

Noto que su pecho se mueve, tiene la respiración acelerada.

Su mano me recorre la mejilla. Aparta un mechón de pelo que tengo pegado a la frente para ponerlo tras mi oreja. Sus caricias me recorren la nuca y deja la mano allí apoyada. Su pulgar sigue dibujando círculos en mi piel y mil sensaciones distintas me recorren entera con tan solo ese tacto.

—Me gustas mucho, Vega…

No me da tiempo a asimilar sus palabras. Con un suspiro, se abalanza sobre

mi boca y me besa con ganas.

De repente ya no tengo frío. Ahora siento un calor abrasador, incluso se me cae la toalla al suelo cuando me abrazo a su cuello. Sus labios se mueven sobre los míos y busca desesperadamente mi lengua con la suya. Nuestros pechos se pegan, piel con piel. Esta vez todo se intensifica más. La mente se me nubla y mi cuerpo toma el control.

Me besa por el cuello, las mejillas, la clavícula… Por todas esas zonas que hacen que me vuelva loca. Ni pienso en que estamos en medio de un pasillo por el que puede pasar alguien en cualquier momento ni en que a tan solo unos metros sigue la fiesta. Soy ajena a todo lo que está sucediendo más allá. Ahora mismo solo somos nuestros labios entregados, él y yo.

Su mano izquierda desciende hasta mi cintura y me aprieta contra él. Noto el bulto que crece en su bañador y mi biquini se moja aún más de lo que ya estaba.

Un leve gemido se escapa de mi boca cuando me muerde el labio inferior. Llevada por el deseo, bajo una de las manos hasta el borde de la cinturilla de su bañador, pero me aparta con cuidado.

—¿Qué pasa? —pregunto.

En sus ojos hay una lucha interna. Respiramos como si acabáramos de correr un maratón.

—Por más que me encante por dónde está yendo esto… —Suspira con esfuerzo. Sus manos siguen enredadas en mi cuerpo—. Quiero hacer las cosas bien contigo.

Lo miro confundida. Entonces oigo que la puerta del baño se abre y salen tres chicas riéndose y tambaleándose; asumo que también están en un estado alcohólico bastante elevado. Pasan por nuestro lado y me doy cuenta de dónde estamos. Y lo más importante, soy consciente de que podrían habernos pillado de una forma totalmente embarazosa. Me llevo las manos a la cara.

—Ay, Dios mío…

Nico se ríe y me las aparta, dedicándome una sonrisa.

—Me gusta cómo te sonrojas.

—¿Te gusta verme hacer el ridículo? Eso está genial.

Nos reímos y me aparto para coger la toalla que se me había caído. El momento ya ha pasado y vuelvo a tener un poco de frío.

—Creo que debería vestirme

—Si quieres que te ayude… —me dice en tono pícaro. Pero ambos sabemos que no lo está diciendo en serio.

—Anda, calla. ¿Nos vemos ahora?

—No lo dudes.

Me roba un beso rápido que no me da tiempo a registrar y, con una amplia sonrisa, vuelve a la fiesta. Cuando cierro la puerta del baño, me doy cuenta de que yo tengo la misma sonrisa impresa en la cara... Aparte de unos pelos de loca y unos ojos rojos por el cloro de la piscina. Trato de arreglarlo como puedo. Me visto deprisa y dejo mi mente divagar sobre lo que acaba de pasar.

«Me gustas mucho», ha dicho.

Si no estuviera con la cabeza hacia abajo, tratando de secarme el pelo, empezaría a dar saltitos de alegría.

Estoy terminando cuando la puerta se abre.

—¡Ay, perdón! No sabía que estaba ocupado.

Apago el secador y levanto la cabeza.

—No te preocupes, ya casi he terminado...

Me quedo congelada en el sito cuando me vuelvo y veo quién es la persona que ha entrado. Creo que, si ahora mismo me pincharan, nadie sería capaz de sacarme sangre.

Tiene el pelo negro rizado y unos ojos azules enormes. Es la chica que vi con Nico en Murcia. Supongo que también tiene que ser su exnovia, claro. Me dedica una mirada de disculpa.

—Cuidado, que se te va a enredar el pelo.

Salgo de mi estupefacción y me fijo en lo que me está señalando. He girado el peine de tal manera que ha empezado a enredarse en varios mechones.

—Mierda —mascullo mientras intento quitarlo.

—Te ayudo.

Sin esperar a que le dé permiso, se acerca y me quita varios pelos rebeldes que siguen enganchados en el cepillo. Esto es surrealista, en serio.

—¿Nos conocemos? —me pregunta de repente.

—No lo creo... He venido con Tara —contesto con una sonrisa que no sé si me sale muy natural.

—¡Ah, pues encantada! Yo conozco a Inés desde hace tiempo, me llamo Mónica —se presenta, con una energía que choca con el estado de shock en el que me encuentro—. Acabo de llegar.

—Yo soy Vega.

—¿Te importa si me repaso el pintalabios un segundo? Está aquí un chico que me encanta y quiero que me vea lo mejor posible —me dice en tono confidente.

—Claro —murmuro mientras analizo sus palabras.

Saca un labial rosa del bolso y se pone frente al espejo.

Por la cabeza se me pasan mil preguntas que le quiero hacer. ¿Es Nico el

chico del que me habla? ¿Ha venido por él? ¿Siguen en contacto? Pero me quedo ahí plantada, viendo cómo se repasa el maquillaje de esa cara digna de salir en la portada de una revista.

Cuando termina, se vuelve con gesto amable y me dice:

—¡Nos vemos por la fiesta!

Sin esperar a que responda, sale por la puerta y me quedo como si me acabara de pasar un camión por encima.

Dejo el peine en el tocador y trato de poner en orden mis ideas.

La chica que vi con Nico.

Aquí.

Joder.

«A ver, Vega. No pasa nada. No empieces a montarte películas. Su presencia aquí no tiene por qué significar nada malo. Ha dicho que conoce a Inés. Tiene lógica, ¿no? Estuvo con Nico. Y sí, también ha dicho que está aquí el chico que le gusta, pero no tiene que ser él, ¿no? Hay cientos de tíos en la fiesta».

Cojo aire, decidida a calmarme y tomármelo con filosofía. Luego me miro en el espejo. Aún tengo el pelo un poco húmedo y me cae enredado hasta el pecho. Me ajusto un poco el top negro de manga larga y salgo del baño.

En cuanto piso la sala principal, Tara se lanza a mis brazos.

—¡Llevo buscándote una hora!

La sigo hasta donde se encuentran Bruno e Inés bailando. Incluso me bebo un chupito de camino para tratar de tranquilizarme. Bailo con ellos durante un buen rato, hasta que decido buscar algo para picar. Después de tantas copas, empiezo a notar que necesito comer algo si no quiero acabar la noche fatal.

Me dirijo hacia una de las mesas que están al otro extremo de la fiesta. Allí no hay tanta gente bailando y veo varios sofás en los que no me había fijado antes. Cuando estoy lo suficientemente cerca para distinguirlos bien, me quedo de piedra. En la esquina, sentados en el más apartado de todos, están Nico y Mónica.

«No tiene por qué ser nada, a lo mejor se han encontrado y solo están hablando».

Pero en este preciso momento veo que la morena le dice algo al oído y se apoya en él de una forma muy descarada.

A la mierda lo de tomármelo con filosofía.

Me alejo, no quiero ver ni un segundo más esa escena, y vuelvo con los demás.

—¡Eh, tía!

Tara se queda impresionada cuando llego y le quito la copa de la mano. Me

la termino de un trago y se la devuelvo.

—Yo me voy.

—¿Adónde?

—A la resi. Estoy… cansada y ya he llamado a un taxi —miento.

Como siga un minuto más aquí, voy a echarme a llorar.

—Te acompaño a la puerta —contesta Tara.

—No te preocupes, está ya esperándome y te vas a congelar como salgas así.

Cojo mi abrigo y un frío invernal me recibe cuando salgo de la fiesta.

Miro la hora en el móvil, las cinco de la mañana. Buen momento para llevarte el fiasco de tu vida.

Paso un buen rato llamando y buscando un taxi, pero no hay ninguno libre. ¿Cómo puede ser que en Madrid no encuentre transporte? La situación va mejorando por momentos.

Estoy pensando ya en ir andando con tal de no volver a entrar cuando, al meterme en mis mensajes, una idea me cruza la cabeza, aunque es muy mala y un poco egoísta. Pero con el estómago vacío y varias copas de alcohol, mi razonamiento y mi vergüenza han quedado relegados a un segundo plano.

Así que pulso el botón de llamar y espero con la esperanza de que siga por ahí.

Un tono, dos tonos.

—¿Vega?

Escucho algo de música de fondo y voces.

—Jorge… Perdona que te moleste a estas a horas.

—No te preocupes. ¿Estás bien? ¿Pasa algo?

Cuando me hace esa pregunta, algunas de las lágrimas que he estado tratando de contener se me escapan de los ojos.

—Es que me he quedado tirada en una fiesta y no tengo cómo volver a la residencia… Eres el único al que se me ha ocurrido llamar.

La música de fondo se atenúa, como si hubiera salido para poder oírme mejor, y se me encoge un poco el pecho. El otro día me invitó a salir hoy por el centro con unos amigos suyos. Al parecer, varios habían ido a la misma facultad que yo y me dijo que me vendría bien conocer a otras personas que habían terminado ya la carrera y que me contaran sus experiencias.

Claramente le dije que no, en parte porque no lo veía apropiado. También porque estaba tan emocionada con la fiesta de hoy que ni me planteé hacer otra cosa.

—Pásame la ubicación y voy a por ti.

Quince minutos más tarde, en los que me congelo viva, veo un Mercedes

negro aparecer por la calle.

—Gracias por venir a por mí... Siento mucho haberte hecho esta putada —digo mientras me monto en el coche.

—Nunca me las des por estas cosas. ¿Estás bien?

Arranca y me limpio la lágrima que me cae por la mejilla.

—Sí, es solo que el alcohol me ha sentado mal.

Es una mentira a medias. Con el movimiento del coche me mareo y empiezo a odiar la dichosa bebida rosa que he estado tomado toda la noche. Trato de hablar lo menos posible, pues temo que, si abro la boca mientras estamos en marcha, acabe vomitando.

Jorge no me insiste y se lo agradezco.

Aparca en la puerta de mi residencia y se vuelve hacia mí en el asiento.

—¿Por qué los chicos son tan idiotas? —pregunto de repente—. Cuando parece que las cosas van bien y sientes que te corresponden, van y te apuñalan por la espalda. No lo entiendo. ¿Tan difícil es hacer las cosas bien?

Respiro acelerada y una ligera sonrisa asoma por la comisura de los labios de Jorge. Se pasa la mano por la barba.

—No todos los tíos son idiotas, Vega.

—Pues no lo parece. A lo mejor soy yo, que me fijo solo en los más capullos. —La voz me sale atropellada. Está claro que se me nota un poquito lo que he bebido.

—Puede ser —contesta, y suelta una carcajada por los gestos que hago, indignada.

—No tiene gracia. ¿Soy yo? A lo mejor tengo un cartel en la frente que dice: «Con esta chica no vayáis en serio, aquí solo se viene a joder».

Me desplomo sobre el respaldo y lo miro.

—Solo un idiota sería tan tonto como para dejarte escapar, Vega. A lo mejor es que no has mirado bien tus opciones.

Los ojos de Jorge se clavan en los míos.

Vale, eso no me lo esperaba.

¿Puede ser que tenga razón? Me he pillado por Nico poco a poco, a pesar de saber todo el tiempo que no era lo mejor. ¿Situación complicada? Y una mierda. Por lo que he visto esta noche, la idea de estar con Mónica y dejarse adular por ella no le disgusta para nada. No pienso volver a sentirme «la otra» nunca más.

¿Y si no he sabido hacer las cosas bien hasta ahora?

Recuerdo el momento en que Jorge y yo casi nos besamos en el despacho y las tardes en las que me ha ayudado a estudiar en la biblioteca a lo largo de estos meses y ha acabado acompañándome al metro.

¿Tan ciega he estado?

Con una valentía que estoy casi cien por cien segura de que procede de los chupitos que he tomado, me acerco a Jorge. Dejo nuestras bocas a tan solo unos centímetros de distancia. Me mira sorprendido, pero también con deseo, así que tomo una decisión y me abalanzo hacia su boca cuando pone su mano sobre mi hombro y me detiene.

—Vega... Así no.

El sabor de la decepción me recorre la boca y salgo del coche indignada. Incluso doy un portazo. Me doy la vuelta decidida a decirle algo, cuando noto que el sabor que estaba sintiendo no era tanto el de la decepción, sino el del vómito que me sube por la garganta.

Me agacho frente a la puerta del coche y lo saco todo con unas arcadas que hacen que se me salten las lágrimas.

Si me pagaran por hacer el ridículo, sería millonaria.

Oigo que Jorge se baja del coche, supongo que con la intención de ayudarme, pero me incorporo enseguida y me tapo la boca con las manos.

—Gracias por traerme.

Lo dejo ahí, plantado al lado de la potada más grande del siglo, y me meto corriendo en la residencia.



18

Despierto en mi cama con un dolor atroz en la sien y la ropa de anoche todavía puesta. Miro a mi alrededor y busco el móvil para saber la hora.

¿En serio? Apenas son las diez de la mañana. He dormido cuatro horas escasas y las chicas ya me han escrito varios mensajes para saber qué pasó en la fiesta.

El primer recuerdo que cruza por mi mente es Nico hablando con Mónica, bastante pegaditos… Hacia el final de la noche lo tengo todo más borroso. Sé que me fui enfadada de la fiesta y que le pedí a Jorge que me recogiera, pero después de eso… Un momento.

«Joder, joder, J-O-D-E-R».

¿Besé a Jorge? No… Creo que quise hacerlo, pero él me lo impidió, lo que hace que una presión más fuerte se instale en mi pecho. ¿Se puede saber qué pasa conmigo y por qué los tíos son tan gilipollas en lo que respecta a mí?

Algo muy malo tuve que hacer en mi otra vida para que ahora me pasen todas estas cosas.

Me levanto de la cama y me dirijo hacia la ducha. Al menos espero que eso sirva para quitarme de encima la sensación tan mala que tengo en el cuerpo.

Después, escribo a las chicas mientras voy a la cocina. Acabo de sentarme con un bol de cereales en las manos cuando aparecen las dos y se sientan frente a mí, emocionadas.

—¿Y bien? —pregunta Nuri.

Pongo leche sobre mis cereales y empiezo a darles vueltas mientras me encojo de hombros.

—No es que tengas mala cara, Vega, pero... Creo que te vendrá bien —dice Carola, y me tiende una aspirina junto con un vaso de agua. ¡Mi heroína!

Con una sonrisa, se lo agradezco y me la tomo de un trago.

No sé por dónde empezar. Ni siquiera sé si me apetece hablar de esto. Me parece estar viviendo un *déjà vu*... Solo que peor. Mucho peor. Esta vez me han jodido de verdad y una pequeña parte de mí está resentida porque sabía que esto pasaría. Respiro hondo y voy recordando los detalles de la noche mientras se la cuento de principio a fin.

—Y para colmo, no sé qué me pasó, si fue el alcohol o ver al bueno de Jorge tratándome tan bien, pero quise besarlo. —Nuri se lleva las manos a la boca, flipando con lo que le cuento—. Me lancé a sus brazos, literal, y él me rechazó. Decía que no quería que nuestro primer beso fuera mientras estaba borracha. ¿Y qué hice yo? Enfadarme. Lo sé, la he cagado. Un chico adorable me respeta y le respondo con un cabreo monumental. Soy lo peor.

Me llevo las manos a la cara y las miro, esperando sus reacciones.

Lo que no me había visto venir son las miraditas que se están dedicando la una a la otra en una conversación silenciosa.

—¿Hola? ¿Qué opináis? —pregunto, empezando a picarme por este silencio tan repentino.

—A ver, tía... —comienza Nuri—. Entiendo perfectamente que ahora estés molesta y en modo «no quiero saber nada de Nico», de verdad que sí.

No me gusta mucho como está empezando esta conversación.

—¿Pero...?

—Pero creo que, y que conste que esto te lo digo con todo el amor y el cariño del mundo, a veces el drama se te va un pelín de las manos.

—¿Qué quieres decir? No te entiendo.

—Me refiero a que nos has explicado que todo iba genial con Nico y que incluso os besasteis. Luego va la petarda esa y con dos palabras tontas te desestabiliza. Encima, te coges tal cabreo que te vas de la fiesta y llamas a Jorge, que se nota a la legua que está coladito por ti.

—Eso no es verdad...

—Vega, si no lo quieres ver es cosa tuya, pero hasta un ciego se daría cuenta. Lo que pasa es que tus inseguridades te carcomen y hacen que pienses que no puedes gustarle a nadie y te pones a la defensiva. —Me mira con una expresión comprensiva—. Tiene que haber una razón de peso para lo que pasó con Nico, pero ni siquiera has intentado hablar con él y preguntarle. No me malinterpretes, si yo fuera tú, ahora mismo también estaría dolida y dudaría, pero creo que a veces hay que conocer todas las partes de la historia antes de sacar conclusiones.

—¿Estás diciendo que me he basado en mis inseguridades? —pregunto, molesta.

Reconozco que a veces puedo ser un poco insegura, no es nada nuevo. Pero no creo que se me esté yendo la olla con Nico. Estaba claro que entre esa chica y él había algo. Además, no tengo motivos para fiarme de él, no me los ha dado en ningún momento. ¿Eso me convierte en una persona suspicaz? Puede ser. Pero la confianza hay que ganársela y, de momento, no ha sido así. Ya aprendí la lección con Víctor, así que no pienso caer en el mismo error.

Nuri me mira, corroborando su opinión. Por más que en el fondo sepa que tienen razón, me duele mucho.

—¿Qué esperáis? ¿Que le diga «Hey, Nico, creo que has estado jugando conmigo y que estás con alguien. Dime si es cierto»? —añado a la defensiva.

—Pues sí, justo eso. Vega, en las relaciones...

—Pero ¿qué sabrás tú sobre relaciones? Si no has estado nunca en una —la corto—. Siempre estás igual: que si me lío con este chico..., que si esta tía está buenísima... Pero nunca te involucras con nadie porque te da miedo. Admítelo. No eres la más indicada para opinar sobre la situación.

Me devuelve una mirada dolida y una pequeña parte de mí se arrepiente de haberle dicho todo eso, pero ahora mismo el enfado se apodera de cada palabra que suelto.

—A ver, calma las dos —interviene Carola, que hasta el momento se ha quedado en la silla sin abrir la boca—. Vega, lo que quiere decir Nuri es que a veces tienes que tomarte las cosas de otra forma... Es normal que estés dolida, pero creo que te da más miedo que te hagan daño que afrontar las situaciones. ¿Por qué no hablas con él? Así aclaras todo y luego ya decides.

¿Me lo está diciendo en serio? ¿Hablar con él para qué? Para que me mienta, seguro. O para ponerse chulo, es su especialidad.

—¿Me aconsejas tú sobre comunicación? ¿Tú, que nunca nos cuentas lo que te pasa y solo vienes a llorarnos cuando te apetece?

En el momento en el que esa frase sale por mi boca sé que la he cagado.

Carola me clava sus ojos verdes llenos de lágrimas, no se puede creer lo que le acabo de decir. Si soy sincera, yo tampoco, pero es la verdad. ¿Ellas pueden decirme todas esas cosas y yo no puedo ser sincera? No me parece justo.

—Te has pasado mucho, Vega. —Nuri se levanta.

Carola la sigue mientras se limpia una lágrima que le cae por la mejilla.

—Solo os he dicho la verdad, como habéis hecho vosotras conmigo —contesto aguantando las ganas de llorar.

—No. Nosotras solo te hemos intentado ayudar diciéndote lo que hemos visto

estas últimas semanas, pero tú has ido a hacer daño. —Coge a Carola del brazo suavemente y se empieza a girar—. Avísanos cuando se te pase el berrinche y quieras unas amigas de verdad. No dos monigotes que te bailen el agua.

Me quedo sentada en la cocina y aparto enfadada el cuenco de cereales a medio comer. Tengo una sensación de vacío instalada en mi estómago.



La última semana de clases antes de Navidad es una auténtica tortura. No solo porque los profesores se pongan como locos a intentar terminar de dar todo el temario antes de los exámenes finales, sino porque llevo cinco días sin hablar con mis amigas. Es una eternidad.

Nunca habíamos estado tanto tiempo enfadadas. Bueno, siendo sincera, nunca habíamos estado enfadadas y punto. Quitando algún mosqueo en cuarto de primaria porque maté al Tamagotchi de Nuri… sin querer, claro. Las echo mucho de menos.

Para colmo, Nico lleva escribiéndome toda la semana para preguntar qué me pasa. Y yo, haciendo honor a la charlita que tuve con mis amigas el domingo, no he respondido porque es justo todo lo contrario a lo que me recomendaron hacer. Bien por mí y mi cabezonería.

—Voy a por un café, ¿te vienes? —Tara me saca de mis cavilaciones.

Estamos en el descanso, dentro de diez minutos empieza la última clase del día.

—No, gracias. Te espero aquí.

Con un asentimiento, se va. Aprovecho para revisar los apuntes de Derecho civil que me tendré que estudiar esta Navidad y para los cuales no estoy mentalmente preparada. Estoy leyendo uno de los temas cuando con el rabillo del ojo veo a Nico entrar en el aula.

«Céntrate en la pantalla, Vega. No mires, así no se acercará».

—Hola.

Pues no ha pillado la indirecta, genial.

—Mmm, hola —digo sin levantar la mirada del ordenador.

Va listo si se cree que ahora voy a ser simpática con él.

—Te he escrito esta semana.

No le contesto y sigo a lo mío, fingiendo que leo la cosa más interesante del mundo.

—Vega, ¿ocurre algo?

—Nada.

Oigo un suspiro exasperado y coge una silla para sentarse enfrente de mí. Luego me cierra el ordenador con un solo movimiento para obligarme a mirarlo.

—¿Se puede saber qué haces?

—Buscar un modo de que me mires. ¿Qué te pasa?

—Ya te he dicho que nada —contesto.

—Perdona que lo dude. Supongo que será una pregunta muy obvia, pero, como aún no tengo el don de leer mentes, voy a probar. ¿Estás enfadada conmigo?

Alzo una ceja y me cruzo de brazos.

—¿Por qué piensas que estoy enfadada?

—No lo sé, a ver, déjame pensar… Ah, sí. ¿Será porque el sábado te fuiste de la fiesta de repente y no has vuelto a dirigirme la palabra desde entonces? Es solo una suposición, ¿eh?

Su tono arrogante me pone de los nervios.

—Déjame en paz, Nico —le pido mientras trato de volver a abrir el ordenador, pero su mano me lo impide.

—No voy a dejarte hasta que me digas qué te pasa. ¿Un día estas bien conmigo y de repente ya no me hablas?

¿Encima se va a hacer el indignado? Es que flipo.

—Dime qué he hecho, Vega…

Me habla en voz baja y pone su mano sobre la mía. Ese contacto hace que mi corazón se ensanche. También abre una pequeña grieta en el muro que he construido estos días a su alrededor.

—Jugar a dos bandas, Nico.

Decido ser sincera e ir directa al grano. Aunque no sé si lo consigo, pues mi voz ronca delata lo nerviosa que estoy y la reacción que me provoca verlo.

—¿De qué me hablas?

—De Mónica.

Su cara pasa de estar morena a blanca como el papel y, joder…, duele. No quería que reaccionase así. Quería que las chicas tuvieran razón y fuesen mis inseguridades y mi desconfianza las que me estaban jugando una mala pasada.

—¿A qué te refieres exactamente con Mónica? —pregunta.

—El otro día, durante la fiesta, coincidí con ella en el cuarto de baño…

—¿Y...? —me anima a seguir.

—Me dijo que había ido para estar con su «chico especial» y, por lo que vi luego, ese chico eras tú, ¿no? Es ella con la que te vi aquella noche en la playa, la de la «situación complicada».

Nico suspira con... ¿alivio?

—¿Solo te dijo eso? —pregunta.

—¿Hay algo más que me tuviera que decir?

Me mira dubitativo, como si estuviera decidiendo si me cuenta algo o no.

—No.... —responde al fin.

—Entonces, creo que ya está todo claro. Tienes algo con ella, no sé el qué, pero has estado jugando con mis sentimientos. No puedes empezar algo conmigo y decirme que te gusto si aún tienes algo inacabado con otra persona. Me dijiste que estabas soltero y era mentira.

—¿Eso es lo que crees? ¿Tan poca confianza tienes en mí que te has creído eso así de primeras?

Su pregunta hace que me sienta mal, pero no lo entiendo. Prácticamente me lo acaba de admitir, ¿y ahora quiere darle la vuelta a la tortilla?

«Pues te has equivocado de chica, guapo».

—¿Qué esperas que crea? Si me lo acabas de admitir.

Me mira, evidentemente molesto y dolido.

—No he admitido nada, te he preguntado si te había dicho algo más.

—Lo mismo es —respondo cabezona.

—Vega... —Baja la voz y me mira a los ojos. Se acerca a mí todo lo que la mesa le permite, su mano aún está sobre la mía—. Lo de Mónica es.... complicado. Pero tienes que saber que no hay nada romántico entre nosotros. Es algo difícil de explicar... Por favor, confía en mí. Cuando te dije que me gustabas mucho no era falso. No te estoy mintiendo en nada.

Observo su expresión. Tiene el mentón apretado, en tensión, y el pelo revuelto debido a las innumerables veces que se lo ha tocado en lo que llevamos de conversación. Quiero decirle que confío en él, de verdad que sí. Pero, si no me cuenta lo que hay entre ellos dos, se me hace muy difícil. No estoy dispuesta a dejar que jueguen conmigo.

El profesor de Civil entra en clase, seguido de algunos alumnos rezagados. Veo a lo lejos a Tara, que se dirige hacia mí con una sonrisa.

—No estoy lista para todo este lío que se ha formado en tan poco tiempo, Nico... Creo que tenías razón en eso de ser amigos.

—Sabes perfectamente que nunca fuimos amigos de verdad, Vega. Hay algo entre nosotros, por más que te lo quieras negar a ti misma.

Nuestras miradas se quedan fijas la una en la otra. La suya, suplicante; la mía, dolida.

—A partir de ahora… prefiero que las cosas se queden así —digo finalmente con un nudo en la garganta mientras aparto mi mano de la suya y la pongo en mi regazo.

—¡Hola! ¿Te sientas con nosotras, Nico? He traído café. —Tara toma asiento a mi lado y le tiende el vaso.

Nico sigue con la mirada fija en mí, a pesar de que yo la desvío hacia mi amiga y finjo una sonrisa. Tras unos segundos, se levanta.

—No, gracias.

Se sienta a una mesa en la otra punta del aula, como si quisiera poner toda la distancia posible entre nosotros, y el profesor empieza la clase.

—¿Está todo bien? —pregunta mi amiga en susurros.

Yo solo alcanzo a asentir y fingir que presto atención el resto de la hora cuando, en realidad, toda mi mente está en el chico taciturno que se encuentra a unos metros de mí.



Meto el último jersey en la maleta y me siento sobre ella para cerrar la maldita cremallera. En apenas unas horas sale el tren hacia Murcia y me he dejado el equipaje para el último momento, como siempre.

La mayoría de la gente de la residencia, incluidas las chicas, se fueron ayer a sus respectivas ciudades. No es que sigamos enfadadas, aunque la situación está estancada. Hace unas semanas, Carola pasó por el grupo el enlace para que pillásemos los billetes e irnos juntas, pero con tantas cosas se me olvidó. Cuando ayer me preguntaron, les tuve que decir que yo saldría un día más tarde.

Esa es la única conversación que hemos tenido. Siendo sincera, pensaba que a estas alturas las cosas ya estarían arregladas, pero no ha sido el caso.

Estoy terminando de vestirme cuando vibra mi móvil.

Hola, Vega. Crees que

podríamos quedar para hablar?

Mierda, Jorge.

Tampoco he hablado con él desde la noche de la fiesta, aunque debo decir que tampoco había recibido ningún mensaje de su parte y yo estaba lo suficientemente avergonzada para no escribirle. He estado pensando mucho en él estos últimos días, pero me da mucha vergüenza quedar. Esta semana no ha ido a clase con Joaquín, por lo que me he librado del momento incómodo de verlo.

En un par de horas sale mi tren. Nos vemos después de las vacaciones?

Le doy a enviar, con la esperanza de poder retrasar el reencuentro unas semanas más.

Vas a Atocha? Te llevo yo, si quieres, y así hablamos

«Deja de ser tan caballeroso, Jorge, por favor, que me lo pones muy difícil».

No hace falta, no te preocupes. No quiero que te tomes tantas molestias

No lo es y, además, quiero hablar contigo

No sé si podré esperar dos semanas

Pues nada, el plan de retrasar el momento ha fallado.

De acuerdo, avísame cuando estés en la puerta

Estaré allí en quince minutos

¿Quince minutos? Joder.

Termino de recoger corriendo y, tampoco vamos a engañarnos, a arreglarme todo lo posible antes de que llegue. Si voy a hacer el ridículo y a pedirle disculpas por haberme comportado así, qué menos que tener una pinta decente.

Para cuando me avisa, ya he terminado de guardarlo todo y he repasado tres veces con maquillaje el grano gigantesco que me ha salido en la barbilla a causa de la regla.

Salgo con la maleta a rastras y veo a Jorge de brazos cruzados apoyado en la puerta de su coche.

«Ay, madre mía…».

Que sea tan guapo hace que me ponga aún más nerviosa y me planteo seriamente pedirme un taxi por el bien de mi estabilidad mental.

—Hola —dice mientras me da un breve beso en la mejilla.

Me ayuda a meter la maleta en el coche y me subo al asiento del copiloto.

A mi mente acuden imágenes borrosas de la noche en la que me recogió. Me ruborizo cuando pienso en cómo me lancé a sus labios y le vomité en la puerta del coche. No hace falta decir que no pienso volver a beber tanto en mi vida.

—Gracias por ofrecerte a llevarme —digo, tratando de ahuyentar los recuerdos.

—No hay de qué. Me gusta poder echarte una mano. —Me dedica una sonrisa y se pone en marcha.

Me quedo callada, sin saber qué responder. Todas las posibles conversaciones y disculpas que he estado ensayando frente al espejo se esfuman de repente y me quedo en blanco.

—Hace mucho frío.

Mi talento especial por sacar temas de conversación originales hace acto de presencia. Él se ríe y sube la calefacción unos grados. Se lo agradezco con la mirada, aunque, siendo honesta, me está entrando calor por tenerlo tan cerca.

Me fijo en las calles que pasamos, llenas de adornos navideños y de luces que iluminan los edificios y les dan un encanto especial. La gente entra acelerada a las tiendas para comprar los regalos de última hora y los puestos de castañas desprenden un olor delicioso.

—¿Se va por aquí a Atocha? —pregunto extrañada.

—Quería hacer una pequeña parada antes de dejarte en el tren. No te preocupes, vamos bien de tiempo, solo serán cinco minutos.

Miro la hora, las siete y cuarto. En apenas cuarenta y cinco minutos tengo que estar en la estación. Para el coche a un lado de la calle y pone los intermitentes, hemos llegado. Se quita el cinturón y gira su cuerpo hacia mí.

—Vega...

«Ay. Dios. Mío».

Esto me suena al inicio de una conversación incómoda, y sigo sin estar lista. Así que, antes de que empiece, lo corto y suelto:

—Lo siento.

Me mira extrañado y le pido con la mano que me deje hablar.

—Sé que el otro día me comporté como una idiota y que te puse en una situación complicada. Iba borracha y estaba dolida por... cosas mías. No te merecías que te hiciese ir a por mí. —Corto y tomo aire—. Ni que tratase de besarte... Y, evidentemente, no vomité en tu puerta por placer. Llevo toda la semana pensando en pedirte disculpas, pero me daba mucha vergüenza.

Siento que me he quitado un peso de encima en cuanto las últimas palabras salen de mi boca. Jorge me mira serio, ni siquiera ha pestañeado mientras hablaba.

—¿Y bien...? —Necesito que me diga algo, como que no pasa nada y que está todo olvidado. Que se queda en un recuerdo gracioso y ya está.

Pero sigue en silencio. Solo me mira con esos ojos azules que me recuerdan al mar en los días de calma y traga saliva, como si no supiera qué decir.

Empiezo a sentirme incómoda. Muevo la pierna de arriba abajo, con la repentina necesidad de bajarme del coche y respirar un poco.

Y eso hago. Me quito el cinturón y me bajo. Ando hacia la acera y me planteo seriamente llamar a ese taxi, como había pensado antes. Cualquier cosa con tal de no volver a montarme en el coche con Jorge.

Estoy sacando el móvil para marcar el número del teléfono cuando se decide a salir y se planta frente a mí.

—No hace falta que me digas nada, sé que la he cagado —digo.

—¿Eso es lo que pensabas? ¿Que estaba enfadado contigo?

Lo miro confusa.

—Sí.

Se pasa la mando por la barbilla y se acerca unos metros más.

—Yo creía que eras tú la que estaba enfadada.

—¿Por qué iba a estar enfadada? Si te portaste genial conmigo.

—Pensaba que te arrepentías de haberme llamado, de que te llevara a la resi y… —Sus ojos se clavan en los míos, nerviosos—. Y de lo del beso.

Le cuesta decir eso último, y me quedo impresionada.

¿Me arrepiento de lo del beso? No lo sé.

—Como no me escribiste, creía que tenías remordimientos. Por eso te he hablado hoy, porque… no aguantaba más y necesitaba saber qué sentías —me dice.

Recorre la escasa distancia que nos separa y me toma de las mejillas. Me pilla completamente desprevenida.

—Me gustas mucho, Vega, de verdad. —Sus ojos no se separan de los míos y nuestros alientos se entremezclan—. No te besé el otro día porque no quería darte nuestro primer beso borracha. Quería que lo sintieras de verdad y que fueras plenamente consciente de lo que hacías.

Su nariz roza la mía, nuestros labios están separados tan solo por unos centímetros.

—Quiero besarte ahora mismo, sabiendo que eres plenamente consciente de lo que haces.

La imagen de Nico cruza fugaz por mi mente, pero solo me muestra peligro e inestabilidad. Entre nosotros ya está todo dicho, al menos por mi parte. Lo dejamos en ese estado del que nunca deberíamos haber salido: ser amigos y punto.

Con Jorge, en cambio, ahora mismo siento que estoy en el limbo. Es como una página en blanco frente a mí, sin problemas ni rollos raros. Las ganas de sentirme por fin segura con alguien me piden ese beso que me ofrece. Quiero saber qué se siente. Así que le digo:

—Pues bésame.

Sin dudarlo, pega nuestras bocas y recorre mis labios con los suyos de forma suave. Se mueve despacio, como queriendo disfrutar de cada segundo. Se lo devuelvo y pongo una de mis manos en su nuca.

Es un beso sencillo, tierno, sin mariposas ni fuegos artificiales, pero cómodo y reconfortante. Como cuando llegas a casa y ves tu película favorita, esa que sabes que no te decepcionará. Es justo lo que necesito en este momento. Me acaricia las mejillas con los pulgares y profundiza un poco más el beso, pasando una de sus manos por mi cintura.

La gente pasa a nuestro alrededor, ajena a nosotros. Y el olor a Navidad se mezcla con el aroma a sándalo que desprende Jorge y que se cuela por mis fosas nasales.

Cuando nos separamos, nuestras respiraciones están aceleradas y un ligero rubor me cubre las mejillas.

En ese momento, me fijo en lo que hay detrás de Jorge.

—¿Me has traído a ver las luces de Navidad? —pregunto asombrada.

Hasta el momento no me había dado cuenta de las miles de bombillas doradas que decoran Gran Vía e iluminan la calle.

—Pensaba que te gustaría verlas antes de irte a casa. Las Navidades en Madrid son únicas.

Miro de nuevo y sonrío al ver a varios niños con sus familias. Admiran la decoración mientras se toman unos gofres de chocolate para combatir el frío.

—Gracias, me encanta —le digo con una sonrisa sincera.

En respuesta, me vuelve a dar un beso tierno en los labios y me dejo llevar.



Escucho la radio de mi padre. Trastea con la cafetera mientras el olor a café empieza a llenar la casa y sonrío con cariño. Siempre ha sido muy madrugador. Me pongo las zapatillas y me dirijo hacia la cocina.

—Buenos días —digo en cuanto cruzo la puerta.

Lo encuentro frente a la tostadora, con su pijama azul y el pelo canoso despeinado. La mesa ya está puesta y mi desayuno preparado: mi bizcocho de chocolate favorito y un café humeante con mucha espuma, como a mí me gusta.

—Buenos días, cariño. —Se acerca a darme un beso en la cabeza y pone su tostada con mantequilla en su plato, junto al mío—. ¿Qué tal has dormido?

—Genial.

Nos sentamos el uno junto al otro y le cuento el sueño tan random que he tenido, como hacemos siempre que tengo la suerte de recordarlo. Mi madre entra en la cocina y se une a nosotros con su zumo de naranja ya en la mano.

—¿Qué planes tienes para hoy? —pregunta.

Es increíble que, apenas unos minutos después de despertarse, esté tan guapa como si viniese de la peluquería. Parece una modelo.

—Viene Iván a por mí e iremos a tomarnos algo —le digo mientras mastico un trozo de bizcocho.

Iván lleva aquí desde la semana pasada. Sus clases terminaron antes que las mías y tuvo la suerte de poder venirse antes.

Termino de desayunar y paso la mañana ordenando mi habitación. Ayer llegué tan tarde que solo me dio tiempo a ponerme el pijama y caer rendida entre las sábanas.

Saco del bolso el ordenador, las cosas de clase que voy a necesitar para estudiar y el cuaderno en el que he estado esbozando mis ideas. Mi madre ha limpiado la máquina de coser, que sigue en una esquina de mi escritorio rodeada de las muestras de tela que hice yo misma hace unos años. Me entran unas ganas increíbles de usarla y hacer alguna de las prendas que tengo diseñadas y esperan a cobrar vida. Pero Iván llegará en cualquier momento y yo aún sigo con el pijama puesto.

Estoy terminando de ponerme un vestido de punto rosa oscuro y unas medias cuando oigo el timbre de mi casa. Mi madre abre la puerta, pues sabe que se va a encontrar a mi amigo al otro lado, y lo recibe como si fuera su propio hijo.

—¡Iván, por fin estás aquí! —Oigo los sonoros besos que le planta en la mejilla y lo invita a pasar.

—Susana, siempre es un placer verte. Cada vez estás más guapa. ¿Te has hecho algo en el pelo?

Pero ¿cómo puede ser tan sumamente pelota? Es increíble.

—Deja de tirarle los tejos a mi madre —digo mientras salgo de mi habitación.

—¡Vega Gil! No digas tonterías y sé educada.

—No te preocupes, Susana, estoy acostumbrado —dice Iván en tono lastimero.

No se puede ser más cuentista.

—Pasa, pasa. ¿Quieres algo de picar?

—No hace falta, pero gracias.

—Quédate luego a comer, he hecho tu postre favorito —le dice con una sonrisa cómplice—. Tarta de arándanos.

—Me encantaría —contesta mi amigo en tono cantarín.

—¿En serio? —añado mientras cojo el bolso y las llaves de casa.

—No te quejes, me he pasado la mañana cocinando cocido para ti. Estás en los huesos, tienes que comer más.

Suspiro y doy la batalla por perdida.

—Volveremos a las tres —digo arrastrando a Iván hacia la puerta.

Una vez en la calle, nos dirigimos hacia el bar más cercano, ese en el que nuestras madres se sentaban a tomar café mientras nosotros jugábamos de peques, o nos matábamos, según se mire. Está en el parque de enfrente, donde muchos años más tarde nos tomamos nuestra primera cerveza. También donde acabamos vomitándola dos horas más tarde, para sorpresa de nadie.

—Cómo echaba de menos estar aquí —comenta Iván en cuanto nos sentamos y pedimos unas patatas con olivas.

—Yo también. Madrid está muy bien, pero no hay nada como estar en casa.

Mi móvil suena, avisándome de que he recibido un mensaje, y lo abro distraída.

Qué tal va el inicio de las vacaciones?

Ya echas de menos Madrid?

Sonrío al leer el mensaje de Jorge y tecleo una respuesta.

Aún no me ha dado tiempo, no llevo aquí ni veinticuatro horas

Le doy a enviar y espero su mensaje.

Pues a mí se me han hecho eternas, ya tengo ganas de verte

Le contesto que es un exagerado, que solo voy a estar aquí dos semanas, y dejo el móvil.

Pasamos la siguiente hora poniéndonos al día y hablando de tonterías varias. Iván me cuenta anécdotas graciosas que ha vivido con sus amigos de la universidad; son un montón y no me extraña, él siempre ha sido muy sociable. También me cuenta los líos que ha tenido con algunas chicas.

—¿No has vuelto a quedar con Natalia? —pregunto, recordando el rollete que tenía aquí antes de mudarse.

—Me ha escrito para vernos, pero le he dicho que estoy ocupado.

—¿Y eso? Qué raro en ti —contesto riéndome.

—Pues ya ves.

—¿No será que habrá alguna chica que te ha robado el corazón de repente?

—trato de sacarle información.

Me mira y niega con la cabeza mientras da un trago a la cerveza.

—No digas tonterías... —Se peina el pelo hacia atrás y me señala—. Y tú, ¿qué tal con Nuri y Carola? ¿Seguís peleadas?

Resoplo y me hundo en la silla.

—Sí... —contesto llevándome las manos a la cara para no tener que ver su gesto de reprimenda.

—Vega...

—Ya lo sé, no hace falta que tú también me des la charlita.

—Mira que eres cabezota.

—¿Queréis dejar de decirme todos lo mismo? —contesto apartando las manos.

—¿Por qué no hablas con ellas y lo arreglas de una vez? Estoy seguro de que te echan de menos.

—¿Y por qué no me han hablado entonces?

—Porque les hiciste daño, Vega. Fuiste tú misma la que me lo contaste, pero te cuesta mucho reconocer que te has equivocado. Mándales un mensaje, queda con ellas y diles que lo sientes.

—¿Y si no me perdonan? —confieso el miedo que me ha estado impidiendo hablarles estos días.

Iván niega con la cabeza, como si eso fuera imposible, y me pasa el brazo por los hombros.

—Eso no va a pasar y, aunque así fuera, siempre me tendrás a mí. Eres mi vendedora de chuches favorita. ¿Qué haría yo sin ti?

Le doy un pequeño golpecito en el hombro y me limpio el inicio de una lágrima que amenaza con caer.

—Gracias.



El resto de la semana se me pasa volando. Estudiar para los exámenes finales ocupa la mayor parte de mi tiempo. Cuando no estoy con la cabeza metida entre los libros, ayudo a mis padres a hacer recados y aprovecho para pasar tiempo con

ellos. Ahora que estoy viviendo fuera, valoro mucho más cada minuto que estoy en casa.

—¿Qué os parece este? —pregunta mi padre mostrándonos un bolso marrón.

—Es horrible, Luis —contesta mi madre riéndose.

Hemos venido a comprar los últimos regalos para la familia. En apenas tres días es Navidad y aún nos quedan algunos por elegir, incluido el de mi abuela.

—No es tan feo —contesta, ofendido.

No puedo evitar soltar una carcajada. El pobre no tiene nada de ojo para la moda.

—Déjanos elegir a mamá y a mí, tú encárgate del juego de la consola para el primo Dani.

Se dirige hacia la sección de videojuegos entre quejas, y mi madre y yo seguimos buscando algo que nos guste.

—¿Qué tal llevas los exámenes? —pregunta despreocupada.

En cuanto la oigo, resoplo. Estaba esperando el momento en el que sacase a relucir el tema y, al parecer, ya ha llegado.

—Bien, supongo.

La verdad es que pasarme la Navidad estudiando no me hace ninguna gracia, como a ningún universitario. Pero me sienta peor pasarme horas frente a los apuntes sin que me interese nada de lo que leo. Cada vez que veo una ley nueva, me dan ganas de tirar el Código Civil por la ventana.

A Iván no lo veo tan amargado como yo. Ayer estudiamos juntos y, aunque también le fastidia tener que estar pringando en vacaciones, lo vi cómodo y avanzaba en la materia con facilidad. En cambio, yo me he pasado tres días estudiándome el mismo tema.

—¿Sí? Qué raro, ayer me pareció oírte mascullar: «Esto es una mierda más grande que una casa» cuando estudiabas —comenta como si nada mientras me dirige una miradita.

Se me había olvidado que en mi casa las paredes hacen una función de barrera inexistente, de manera que mi madre tiene oídos en todos lados. Bien podría estar tarareando en voz baja «La cucaracha» en la otra punta de la casa que ella se enteraría.

—Bueno, estoy estresada. Ya sabes.

Deja la bufanda que está mirando y se vuelve hacia mí.

—No sé nada, cielo. No me has hablado de la carrera desde que empezaste.

Me muerdo una uña y le devuelvo la mirada, indecisa.

—Es que... no me apetece mucho hablar de ello.

Se acerca y toma un mechón de pelo que se me ha soltado de la coleta para

ponérmelo detrás de la oreja.

—Sabes que no voy a juzgarte, ¿verdad? Sea lo que sea, si has suspendido o si has tenido algún problema en la facultad, puedes contar conmigo.

Me siento mal al oírla decir esas palabras. Mis padres nunca han sido de esos que te aprietan para estudiar y que se enfadan cuando suspendes. Siempre han creído en mi capacidad para organizarme y solo me han reprendido cuando ha sido estrictamente necesario.

Unas ganas de llorar inmensas me inundan y el nudo en la garganta que he estado intentando contener se aprieta aún más.

—Mamá... —digo con la voz rota.

Sin necesidad de decir nada más, me da uno de esos abrazos que solo las madres son capaces de dar. Me siento refugiada y segura, como si no fuese posible que pasara nada malo cuando estoy así con ella.

—Dime qué es, mi niña.

—No sé si me he equivocado metiéndome en Derecho —digo tratando de limpiarme las lágrimas que se han escapado—. Suspendí un examen... Sé que no es el fin del mundo, pero es que no te puedes hacer una idea de lo que estudié y, encima, lo odio. Me aburro en todas las clases, no hay ni una que me interese lo más mínimo. Y solo de pensar en dedicarme el día de mañana a algo que esté relacionado con las leyes, me agobio.

Me separo unos centímetros de ella y sus ojos, tan oscuros como los míos, me devuelven una mirada comprensiva.

—Ay, Vega... Es normal que te sientas así. Has empezado un nuevo camino en tu vida y lo has elegido con apenas dieciocho años. Puedes haberte equivocado en tu elección y, de ser así, no pasa nada. Tienes toda la vida por delante y tomarás miles de decisiones, algunas buenas y otras no tanto. Lo importante es ir aprendiendo de ello y seguir luchando por lo que quieres.

—¿Y si no sé qué es lo que quiero? ¿Y si esto no es un error y solo es un pequeño bache? A lo mejor solo estoy sobrepasada por todo eso de irme a una nueva ciudad y estar en la universidad. ¿Y si cometo un error al pensar que ya lo he cometido?

El batiburrillo de palabras que suelto acelerada hace que mi madre me dedique una pequeña sonrisa.

—Cariño, dime una cosa, ¿por qué elegiste estudiar Derecho? —pregunta calmada.

Tardo un rato en pensar la respuesta.

—Porque tiene muchas salidas.

—¿Puede ser que haya alguna otra razón? —insiste.

Es preocupante lo mucho que puede llegar a conocerme mi madre.

—Porque… pensaba que sería una buena idea trabajar con papá en el futuro. Ya sabes, codo con codo en el despacho. Él es tan bueno en lo que hace que pensé que podría llegar a su altura algún día. ¿No viste la cara que puso cuando le dije lo que quería estudiar? Si le digo ahora que no me gusta, se llevará una decepción —confieso.

Asiente con la cabeza, como si estuviera esperando que le dijese justo eso.

—Me lo temía. No te voy a engañar, es cierto que le gustó la idea de trabajar con su hija el día de mañana.

—Ya lo sé…

—Pero tienes que saber que a nosotros no nos importa lo que decidas estudiar, lo que queremos es que seas feliz. A tu padre no le va a disgustar que decidas cambiar de carrera y probar otro camino.

El nudo que tenía en la garganta se deshace poco a poco y me limpio la cara como puedo para tratar de calmarme.

—No quiero decepcionaros…

—Sabes que eso no va a pasar. Creo que a la que más temes decepcionar es a ti misma, cielo. Te da mucho miedo afrontar tus errores, pero si no lo haces, no podrás crecer.

—Gracias, mamá —digo mientras le doy otro abrazo—. Por favor, no se lo cuentes a papá. Quiero hacerlo yo cuando haya tomado una decisión.

—De acuerdo, cielo.

Trato de tranquilizarme mientras seguimos buscando un regalo adecuado para la abuela cuando aparece mi padre.

—¡Ya tengo el juego! —dice contento con una bolsa en la mano.

—Perfecto. Vamos a comprar esta bufanda y nos tomamos un chocolate caliente.



Yo

Quedamos a las seis donde siempre?

Nuri
Perfecto, nos vemos a esa hora

Dejo el móvil y pongo la máquina de coser en marcha.

Mañana es Nochebuena y no quería dejar pasar más tiempo sin hablar con mis amigas. Hace dos semanas que no sé nada de ellas y se me han hecho eternas.

Mi terapia ha sido estudiar y coser mucho. Estoy aprovechando los días en casa para hacerme prendas nuevas y llevármelas a Madrid. Por eso me he puesto manos a la obra en cuanto he terminado de comer. Ahora estoy con una blusa oscura con toques dorados que llevaba en mi cabeza meses.

Por desgracia para mí, la bovina se me ha atascado tres veces ya. El hilo se ha enredado y he tenido que volver a empezar una y otra vez hasta que, por fin, se ha dignado funcionar con la puntada que he elegido. Estoy empezando a ponerme de muy mal humor.

Oigo unos toques en mi puerta y paro.

—Vega, ¿te vienes al cine con tu padre y conmigo?

—No puedo, he quedado con las chicas —contesto.

—¿Lo habéis arreglado por fin?

—No, pero espero que se solucione hoy.

Mi madre entra en mi habitación y se acerca a darme un beso en la cabeza.

—Ya verás como sí. Ordena tu habitación antes de irte.

Pongo los ojos en blanco mientras cierra la puerta y resoplo. Su manía con el desorden es lo único que no echaba de menos cuando estaba en Madrid.



Hemos quedado en el CaféLab, uno de nuestros sitos preferidos. Ha sido testigo de muchos dramas y cotilleos del grupo, y espero que también de nuestra primera reconciliación oficial.

El sitio está a reventar y no me extraña. La gente se sienta dentro del local

con la intención de resguardarse del frío de diciembre y recargar fuerzas para seguir con las compras navideñas.

Encuentro a las chicas sentadas a una de las mesas del fondo hablando entre ellas. Me dan ganas de lanzarme a sus brazos y decirles que siento mucho las cosas que les solté, pero decido tomar aire y acercarme con pasos decididos.

—Hola —digo en cuanto llego a su altura.

Carola y Nuri me miran desde abajo, aún sentadas. Me quito el abrigo y lo cuelgo en la silla con intención de sentarme, pero no me da tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, mis amigas se levantan y se lanzan a mis brazos como si llevásemos sin vernos mil años.

—Lo siento mucho —digo devolviéndoles el achuchón.

Me aprietan tanto que me cuesta respirar, pero no me importa.

—Por fin —contesta Nuri con la voz amortiguada—. No aguantábamos más tiempo.

Nos separamos y les dedico una sonrisa triste. Sé que no haberles mandado un mensaje durante estas semanas solo ha empeorado la situación.

—Te hemos echado de menos —dice Carola.

Se sienta y se toca su larga trenza. Con su jersey blanco de cuello vuelto y esos ojazos verdes que me miran, me siento aún peor al recordar las cosas que le dije.

—Y yo a vosotras —contesto—. Antes de nada, quería deciros que lo siento mucho. Sé que me porté fatal con vosotras y que me tomé las cosas muy a pecho cuando solo queríais ayudarme. No es excusa, pero creo que se me juntó todo. Estaba muy triste por lo de Nico y no reaccioné como debería. Sé que a veces no gestiono muy bien las emociones.

Ambas se miran con una sonrisa en los labios y Nuri me dice:

—No te preocupes, estás perdonada. Llevamos desde ese día esperando a que nos hables para arreglar las cosas y ya no podíamos más. Te has hecho de rogar. —Se ríe y me da un toquecito en el brazo.

—No queríamos ser las primeras en hablarte porque pensábamos que era mejor para ti pensar las cosas por tu cuenta y hablar cuando estuvieras preparada. Nuestro día limite era Navidad —continúa Carola con una carcajada—. Si llegábamos a ese día y seguías desaparecida, habíamos planeado ya una intervención en tu casa.

Las miro emocionada y agradecida.

—Sois las mejores, ¿lo sabéis?

—Claro que sí —contesta Nuri con orgullo.

—No pensaba las cosas que os dije… —confieso—. Perdón.

—Ya está olvidado. —Carola le quita importancia con la mano y llama al camarero para pedir.

—Bueno, ahora vamos a lo más importante. Queremos actualización y puesta al día de tu vida sentimental. ¿Hablaste al final con Nico?

Nuri me lanza una miradita con sus ojos azules, que hacen juego con su jersey, y no me gusta nada lo que veo en ellos. Resoplo, no sé por dónde empezar. Decido contarles todo desde el día en el que nos peleamos. Les hablo de los mensajes que fue enviándome y de cómo me abordó en clase para hablar.

—Entonces ¿no te negó que había algo entre Mónica y él? —comenta Caro, asombrada.

—Dijo que no era romántico y que tenía que confiar en él. ¿Os lo podéis creer? —suelto exasperada mientras doy un trago a mi café.

—Vaya tela... —Nuri se gira en la silla y se pone un mechón de su corto pelo rubio tras la oreja—. Al final ibas a tener razón y es un cretino.

—Puede ser...

—¿Ahora tienes dudas? —se extraña Nuri.

—Claro que no, pero es que me pareció tan sincero cuando me dijo que le gustaba, le vi como... apurado con lo de Mónica, pero no de una forma a lo «me han pillado», sino como si no quisiera que supiera otra cosa. ¿Se pueden fingir los sentimientos tan bien?

—Ni idea, yo desde luego no podría. —Carola se encoge de hombros y me mira—. ¿Y de Jorge no has sabido nada más?

Me llevo la mano a la frente y me doy una reprimenda mental. ¿Cómo se me ha podido olvidar eso?

Les cuento cómo me recogió de la residencia y el beso que nos dimos frente a las luces de Navidad, incluyendo detalles cada vez que la cotilla de Nuri me lo pide.

—Estoy flipando. —La rubia da palmaditas—. Te dije que estaba coladito por ti, mi radar no falla.

—Qué romántico —añade Caro con un suspiro—. ¿Habéis hablado estos días?

—Sí. Nos hemos mandado unos cuantos mensajes y la verdad es que todo va bastante bien.

Lo cierto es que casi todas las mañanas me despierto con algún mensaje de Jorge esperándome. Hemos ido contándonos lo que hacemos en vacaciones y hablando de cosas varias.

—Entonces ¿te gusta?

Miro a Nuri y me encojo de hombros.

—Creo que sí.

La cara que me dedica mi amiga no tiene desperdicio. Reacciona como si acabara de ganar un Premio Nobel y este fuera mi gran logro en la vida.

—¡Nuestra morenaza está arrasando! Ya sabía yo que en Madrid te ibas a desmelenar —contesta decidida.

Me río y la dejo seguir con sus fantasías sobre mis ligues y el papel que ha desempeñado la astrología en ellos. No creo que haya forma de quitarle de la cabeza a mi amiga esas teorías. Además, ¿quién soy yo para contradecirla?

—Me alegro mucho, Vega. Entonces ¿con Nico ya no hay nada?

La pregunta de Caro hace que se me tense la sonrisa.

—Nada de nada.

¿Se ha notado mucho la voz chillona que he puesto? Espero que no. La pelirroja me mira con ojos acusadores, como diciendo «A mí no me engañas», pero decide callarse.

Una vez leí en un artículo que si te crees mucho algo y te haces afirmaciones sobre determinadas situaciones o sentimientos al final acabas convencida de que es así. Pues ponerlo en práctica es mi nuevo objetivo.

¿Siento algo por Nico? No...

¿He soñado despierta con él? Tampoco.

¿Pienso en Mónica con él y me dan ganas de arrancarme los ojos? Qué va...

¿Me fastidia que no me haya mandado ni un mísero mensaje estos días? Definitivamente no.

«Eso es. Soy una chica decidida que ha pasado página y que no pierde el tiempo con tíos que no son sinceros».

Decido desviar la atención de mi vida amorosa, que bastante tengo ya con mi propio cacao mental.

—¿Qué tal estas dos semanas vosotras? ¿Algo nuevo que contar? —pregunto.

—En mi caso nada nuevo. Aparte del pesado de mi padre, que ha vuelto a aparecer de la nada con la excusa de que quiere que seamos una familia —comenta Nuri sin darle importancia mientras toma su taza de chocolate caliente.

La miro sintiendo pena y enfado. La situación familiar de Nuri nunca ha sido la ideal. Su padre se fue de casa cuando ella tenía tres años y desde entonces han estado solo su madre y ella. Pero al tío le da por aparecer de vez en cuando y poner patas arriba sus vidas, como si por dos días buenos fuese a arreglar los años de sufrimiento que causó.

—¿Y tú? ¿Estás bien? —pregunto preocupada.

—Claro que sí. Paso de él —contesta, tratando de sonar decidida.

Pero a mí no me la cuela, conozco a Nuri desde siempre y sé que le duele la

situación y ver que su madre se desmorona cada vez.

—Sabes que nos tienes aquí para todo lo que necesites, ¿no? —añade Carola a su lado.

—Gracias, chicas, pero está todo bien.

Decido no insistir. Sé que es una de las pocas cosas de las que Nuri nunca quiere hablar y lo respeto, aunque sea algo inaudito en ella.

—¿Y tú que tal, Caro?

La aludida se sonroja y da vueltas a su café.

—La verdad es que todo está muy bien. Cuando volví a casa, por fin pude ver a Adrián y ya hemos arreglado la pelea que tuvimos por no venir a verme a Madrid. Ayer nos fuimos a cenar a un italiano que nos encanta y dormimos juntos.

—Me alegro mucho —digo sincera.

Espero de corazón que esta vez sea de verdad.

—Bueno, chicas, ahora vamos a hablar de un tema muy importante.

Caro y yo nos miramos expectantes, esperando a que Nuri lo desvele.

—¿Qué os vais a poner para Nochevieja?



El resto de la Navidad se me pasa volando, para cuando me quiero dar cuenta solo quedan dos días para volver a Madrid.

Ha sido la primera vez que he tenido que estar estudiando durante esta época, pero se me ha hecho más amena gracias a las tardes que he pasado en la biblioteca con las chicas. Iván, para desgracia de Nuri, se ha unido de vez en cuando. En cualquier momento esperaba que la rubia le tirase el estuche a la cabeza por cada pequeño ruido que salía de mi amigo. Incluso hubo un momento en que a Carola y a mí nos pareció ver que le salía humo por las orejas cuando a Iván le dio por toquetear la mesa con el boli.

En Nochevieja, después de tomarnos las uvas, salimos a una discoteca a la que siempre juramos no volver. La cosa es que nos cobran una barbaridad y luego nos sirven garrafón, pero de una forma u otra, acabamos volviendo.

Y aquí estoy, a tres días de empezar los exámenes, tratando de obligar a mis

neuronas a centrarse. Aunque lo que de verdad quiero es agarrar el libro que anoche dejé a medias, pues el condenado está demasiado interesante.

Por suerte, mi fuerza de voluntad está siendo de mucha ayuda y mi cabezonería también, no nos vamos a engañar. Por eso aquí sigo, repasando a las once de la noche uno de los temas que creo que va a caer seguro, o eso espero.

—Vega, ¿puedo entrar?

Mi padre abre la puerta de mi habitación y me giro en la silla.

—Claro, papá, ¿qué pasa?

Se sienta en la cama y me mira con una ligera sonrisa en los labios.

—¿Cómo llevas el examen?

Esa pregunta me huele a trampa.

—Bien.

—¿Quieres que te ayude con algo? ¿Tienes alguna duda?

Lo miro extrañada, no sé muy bien a qué viene todo esto.

—No. Tengo todo bastante claro, creo. Pero gracias.

—He hablado con tu madre...

«Me cago en toda mi estampa». Ya sabía yo que aquí había gato encerrado.

—Papá... —empiezo a decir.

—Déjame hablar un momento, cariño.

Se rasca la barba blanca y me mira con sus ojos verdes, esos que no me tocaron en el reparto de genes y por lo que sigo bastante molesta.

—Te he visto estudiar estas semanas y esforzarte mucho en tus estudios. Siempre has sido muy responsable y quiero decirte que estoy orgulloso de ti. Pero tienes que saber que siempre lo voy a estar, independientemente de lo que estudies o de las decisiones que tomes.

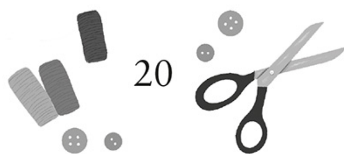
Me muerdo una uña sin saber muy bien qué contestar.

—No he decidido nada aún. —Lo miro vacilante—. Solo es algo que me ha estado rondando la cabeza. Si dejo la carrera, ni siquiera sabría qué otra cosa querría hacer o estudiar. Voy a intentar aprobar estos exámenes y luego ya pensaré en ello.

Me da una palmada en la rodilla y asiente.

—Me parece bien. Solo quería que supieras que la única en la que tienes que pensar a la hora de tomar una decisión es en ti misma. Sin hacer locuras, claro —añade.

—Gracias, papá.



20

Creo que todo el mundo estará de acuerdo conmigo cuando digo que la época de exámenes es una de las torturas más crueles a las que se puede someter un estudiante.

Desde que volví a Madrid, hace dos semanas, estoy alimentándome a base de café y tengo el pelo hecho un estropicio. Me paso los días en la biblioteca o en la residencia estudiando y durmiendo muy pocas horas. Nunca creí que diría esto, pero ya me da igual aprobar o suspender, solo quiero que termine. Hasta ese punto de desesperación y cansancio he llegado.

Por eso, a pesar de que son las siete de la mañana y de que llevo un moño que se parece más a un nido de pájaros que a otra cosa, me tomo mi café bien cargado con una sonrisa.

Carola muerde una manzana mientras repasa los apuntes y me pregunta:

—Pero bueno, ¿y esa cara?

—Hoy terminamos, ¡por fin! —digo emocionada.

Dentro de apenas dos horas, iré a la facultad y haré el último examen del cuatrimestre, Derecho civil. Solo de pensar en quitarme esa asignatura de encima me dan ganas de llorar de felicidad.

—Tendremos que celebrarlo esta noche con una cerveza.

Carola también termina hoy, por lo que asiento contenta. Me centro de nuevo en algunos esquemas que me hice para que no se me olvidara nada.

—Pero si ni siquiera ha salido el sol. Debería ser ilegal poner los finales tan temprano. —Nuri aparece en la cocina, desaliñada.

—¿Qué haces despierta? —pregunto.

La muy morruda terminó ayer los exámenes.

—Quería desearos suerte y así desayuno con vosotras. Me voy a correr, que llevo dos semanas sin mover el culo de la silla y tengo miedo de que se me quede más plano que una espátula.

Me río al verla coger un cuenco de cereales y tomárselo a nuestro lado con los ojos cerrados, como si así fuera a tener unos minutos más de descanso.

Doy un último trago a mi taza y salgo corriendo para ir a vestirme.

—¡Mucha mierda! —dice Nuri cuando me despido.

Llego a clase cinco minutos antes de las nueve y veo a Tara en una de las mesas del fondo.

—¿Estás nerviosa? —pregunto cuando me acerco y me siento a un par de pupitres de distancia.

—No mucho, creo que lo llevo bien, aunque nunca se sabe. ¿Y tú?

—Un poco, la verdad.

¿Cómo no estarlo? Es una de las asignaturas más difíciles de primer año.

Saco los bolígrafos que he traído y algunos folios en blanco. Lo dejo todo preparado para cuando empiece el examen.

—Va a ir genial, ya verás.

Muevo las piernas, inquieta. Aunque no sé si es por el examen o por el chute de cafeína que me he metido entre pecho y espalda antes de venir.

—Buenos días a todos.

El profesor entra y, tras él, aparece Nico. Va con la respiración agitada, parece que ha venido corriendo. Llevo sin verlo desde antes de Navidad y no puedo evitar fijarme en él. Se revuelve el pelo, como hace siempre que está nervioso, y se sienta a una de las mesas del lateral.

Mis ojos siguen puestos en su espalda cuando se da la vuelta y busca algo con la mirada. Me doy cuenta de que ese algo soy yo cuando sus ojos se quedan fijos en los míos y un escalofrío me recorre el cuerpo.

—Suerte —vocaliza con los labios.

Me dedica una pequeña sonrisa y vuelve su mirada al frente.

Mi corazón se acelera un poco, pero decido echar la culpa otra vez a mi exceso de café y no al moreno que frunce el ceño mientras lee la primera pregunta del examen.

El alumno que reparte las hojas me entrega la mía y me pongo manos a la obra, intentando concentrarme todo lo que puedo. Resulta que no es tan difícil como yo misma me había hecho creer durante estos últimos meses. Bueno, eso y que me he matado a estudiar, tampoco nos vamos a engañar. Empiezo a escribir sin levantar los ojos del papel, tratando de responder a todo y no dejarme ni un

detalle.

Cuando pasan las dos horas, entrego las hojas del examen y salgo con Tara del aula comentando lo que hemos puesto en cada ejercicio. Estoy bastante satisfecha con mi trabajo, independientemente del resultado. Creo que volver a casa y estar con mi familia en Navidad me sirvió mucho para recuperar energía y tomarme las cosas con más filosofía.

Seguimos andando por el pasillo cuando Nico aparece por mi lado y me da un pequeño toque en el hombro.

—Hey —dice nervioso.

Me giro para mirarlo y murmuro un «hola» incómodo.

Ahora que lo tengo cerca, puedo fijarme en que tiene bastantes ojeras y se le ve un poco desaliñado. Supongo que a él también le han pasado factura estas semanas, pues dicen que segundo de carrera es peor que primero, y tener que llevar una asignatura a rastras no debe de mejorar la situación.

—¡Nico! ¿Qué tal ha ido el examen? —pregunta una Tara animada, ajena al cruce de miradas que nos estamos lanzando.

—Bastante bien, creo.

—Me alegro mucho. Ya era hora de que te pudieras librar de esta asignatura.

—Gracias. ¿Qué tal han ido las vacaciones?

—Ya sabes, como siempre. Cenamos con mis abuelos y tuve que obligar a Inés a venir.

Ambos se ríen, parece ser que Inés no termina de acostumbrarse a la cultura de la familia de Tara. De repente, Nico me pregunta:

—¿Y las tuyas, Vega?

Roza su hombro con el mío y alza una ceja. Su media sonrisa hace que se le forme un hoyuelo en la mejilla y trago saliva. ¿Tiene que estar tan guapo siempre?

—Bien —contesto seca.

—¿Y tu Navidad, Nico? —añade Tara al ver que no tengo intención de decir nada más.

—Podría haber sido mejor.

Lo miro extrañada por su respuesta, pero él solo se encoge de hombros y sigue como si nada. A Tara no parece haberle sorprendido tanto, porque asiente con la cabeza y lo mira con cariño.

—¿Tenéis planes para celebrar el fin de exámenes? —pregunta mientras salimos de la facultad.

—Nada especial —contesta él encogiéndose de hombros otra vez.

Mi amiga me mira, esperando a que le diga algo, y niego con la cabeza.

—Las chicas y yo no hemos pensado nada tampoco.

Tara se pone delante de nosotros y sonríe.

—Pues no hagáis nada, tengo el plan perfecto.



—¿Dónde se supone que está el restaurante?

Nuri se encoge en su abrigo y repasa las paradas de metro tratando de averiguar en cuál nos tenemos que bajar.

—Según esto, nos quedan dos más y llegamos —digo mirando la pantalla de mi móvil.

—No deberíamos haberte dejado guiarnos. Llevas seis meses viviendo en Madrid y sigues sin aclararte con el dichoso metro.

—Cada vez me manejo mejor —contesto, orgullosa, dedicándole una mirada de burla.

Evidentemente es mentira. Ayer tardé cuarenta minutos en llegar a un sitio que estaba a apenas diez de donde me encontraba, pero no pienso reconocerlo.

—Nos pilla un poco lejos, ¿no? A ver si para volver tendremos que pedir un taxi —comenta Carola mirando la hora.

—Pero ¿qué dices? No pienso pagar transporte. Seguro que luego alguien se ofrece a traernos a la resi. El guaperas de Vega, por ejemplo.

Pongo los ojos en blanco. ¿Dejará Nuri algún día de ser tan bocazas? No lo creo.

—Ni loca voy a pedir a Nico que nos traiga. Solo me faltaba eso. Bastante es que voy a tener que verlo durante toda la cena.

El «plan perfecto» de Tara consiste en ir a cenar al restaurante de sus padres para celebrar el final de los exámenes. Como era de esperar, ha invitado también a Nico y a sus amigos, por lo que promete ser una noche de lo más interesante.

—Claro, menuda tortura... Por eso te has puesto así de guapa, ¿no? Porque no te apetece nada verlo.

Obviamente, que Nico vaya a la cena me da igual. Es de los mejores amigos de Tara y no voy a ser yo quien ponga problemas si tengo que estar con él más de lo estrictamente necesario. Pero puede ser que haya una mínima posibilidad de

que me haya pasado la tarde maquillándome y peinándome... Y podría ser también que haya sacado del armario ese vestido que compré en rebajas nada más llegar a Madrid porque tiene un escote en forma de V que favorece mi poco pecho y se ajusta a mi cintura como un guante.

Si todo eso fuera cierto, digamos que solo es un pequeño mensaje subliminal. Uno que dice alto y claro: «Chúpate esa por haber jugado conmigo». Pero claro, todo esto es solo un caso hipotético. La versión oficial es que me he puesto guapa porque llevar dos semanas vistiendo como un vagabundo me ha pasado factura y ha creado un efecto rebote, que tampoco es mentira.

Claramente, mis amigas no se creen nada.

—Oye, ¿no es esta parada? —Carola me saca de mis pensamientos y miro el móvil.

—Mierda —suelto en voz alta.

Bajamos corriendo cuando las puertas empiezan a cerrarse y nos llevamos un golpe de regalo. Andamos con prisa desde la parada de metro de Gran Vía hasta el restaurante. Nos cruzamos con parejas y grupos de personas que salen a disfrutar de la noche del viernes, igual que nosotras.

—¡Joder! No nos dijiste que veníamos a uno de los lugares más caros de Madrid.

—No lo sabía —contesto, impresionada, mientras entramos.

Cuando Tara me ha pasado la ubicación del local, simplemente me he centrado en fijarme en cuánto tardábamos en llegar. No se me ha ocurrido meterme a ver el restaurante, aunque sí sabía que es de comida japonesa y que es bastante conocido.

—Si lo llego a saber, me pongo un poco más elegante. La gente va muy repipi, ¿no? —murmura Carola mirando su sencillo vestido midi de color negro. Se ha dejado el pelo suelto y se lo atusa, tratando de domar sus ondas rebeldes.

En mi caso, empiezo a agradecer el venazo que me ha dado hoy de arreglarme, aunque no puedo decir lo mismo de Nuri. Despotrica a mi lado por haberse puesto unos pantalones campana de cuero negro y un top a juego que le hace parecer la mismísima Catwoman.

—¿Tenéis reserva?

El que debe de ser el *maître* se dirige hacia nosotras con una mirada interrogante. No me extraña, comparadas con las personas que están cenando y que veo desde aquí. Al fin y al cabo, somos tres chicas que parece que se han equivocado de sitio.

—Venimos con Tara —contesto, indecisa.

En cuanto lo pronuncio, el chico deja la lista y nos guía a través de la

estancia hasta llegar a una especie de sala privada.

—Que disfruten de la cena.

Nos abre la puerta y entramos a lo que parece ser el típico reservado de los restaurantes caros donde comen los famosos. Nuestros compañeros y amigos ya nos esperan hablando de pie entre sí alrededor de una mesa y bebiendo.

Mis ojos encuentran tan rápido a Nico que me da miedo. El muy condenado está demasiado guapo.

—¡Por fin un sitio que está a mi altura! Cuando sea una reportera famosa y me líe con un futbolista, estaré en una de estas fotografías —suelta Nuri, que se quita el abrigo y lo deja en una de las perchas que hay junto a la puerta.

—¡Ya estáis aquí!

Tara se abalanza sobre mí y me da un abrazo.

Saludamos a la gente y pasamos un rato charlando animadas con todo el mundo. En un momento dado, Nico se acerca y me da dos besos lentos en las mejillas. Su mano se posa en mi cintura y se queda unos segundos de más mientras se separa. Me dedica una ligera sonrisa que me convierte las piernas en gelatina. Su mirada recorre mi cara y baja hasta llegar a mi vestido. Traga saliva y parece que va a decirme algo, pero ese gesto solo dura un segundo. Se separa de mí para saludar a mis amigas, que se quedan un poquito embobadas con él.

Suelto el aire que estaba reteniendo sin darme cuenta y me pongo el pelo a un lado. De repente siento demasiado calor.

«Es un cretino, no te dejes embaucar por esa cara de bueno que te ha puesto».

Nos sentamos, y los camareros empiezan a traer la comida tan pronto como Tara les da el visto bueno. Nico se ha sentado frente a mí y no ha dejado de lanzarme miraditas a lo largo de la cena. He intentado evitarlas a toda costa. Por eso me he centrado en comer y en escuchar las conversaciones que se desarrollan a mi alrededor, pero empiezo a tener la barriga tan hinchada que no creo que me quepa ni una pieza de sushi más. Mis amigas, que se han olvidado de su misión de escuderas al cabo de un rato, hablan con las personas que están a su lado. Ni siquiera se dan cuenta de que, como el castaño siga mirándome así, cabe la posibilidad de que me derrita y me funda con la silla de un momento a otro.

Después de cenar, ponen música, nos traen bebidas y la gente empieza a levantarse, copa en mano. Sin embargo, yo no me uno al bailoteo, sino que me bebo la cerveza que me queda de un trago y me pongo en pie con la excusa de ir al baño.

Mojo mis manos con agua y me las pongo en el cuello. Busco alguna manera de refrescarme y estabilizar mis emociones.

¿Es normal sentirme así con tan solo una mirada?

Me ajusto el vestido y me peino con las manos. De alguna forma, trato de controlar los nervios que se han apoderado de mí.

Salgo por la puerta, decidida a seguir la noche como si nada. Es entonces cuando veo a Nico en el pasillo, esperándome. Se separa de la pared y se acerca con pasos lentos hacia mí. Trato de pasar por su lado, pero me lo impide con una mano.

—Estás muy guapa esta noche.

—Gracias —contesto sin mirarlo a los ojos.

Vuelvo a intentar irme y me frena otra vez.

—¿Has visto que Bruno casi se atraganta tratando de comer con palillos? Ha tenido que pedir un tenedor para no tener que acabar la noche en el hospital por ahogamiento —comenta con guasa.

Pongo la espada recta.

—¿Qué quieres, Nico? —pregunto.

Procuro aparentar confianza. En cambio, él se revuelve el pelo mientras se balancea de un pie a otro.

—¿Hasta cuándo va a durar esta tontería? Tenemos que hablar —me lanza, con una inseguridad que nunca le había visto.

Eso es mucho decir, pues estamos hablando de Nico. La persona que siempre tiene un comentario irónico que añadir y que mantiene su pose chula por encima de todo. Lo miro exasperada, decidida a no dejarme llevar por su voz ronca.

—Ya es tarde para hablar, ¿no crees?

—¿En qué momento no he querido hablar? Eres tú la que dejó de contestar a mis mensajes. Te he sido sincero desde el principio.

Bufo. ¿De verdad va a seguir con ese cuento?

—No confundas la sinceridad con la omisión de información. Te pregunté si estabas con alguien y me dijiste que no y luego me soltaste el rollo de la situación complicada. Eso no es ser sincero, es contar lo que a uno le interesa —ataco.

Se lleva las manos a la cara y suelta aire, como si tratara de buscar las palabras adecuadas.

—Vale, lo pillo. Tenía que haberte hablado de Mónica antes, pero no es lo que parece. Para empezar, ni siquiera sé qué es lo que parece. Sí, estuve con ella. Sí, la vi en la fiesta. ¿Y qué?

—¿Y qué? Es tu… lo que sea para ti. Estaba ahí, sobándote en medio de la fiesta, y no me pareció ver que te apartaras. Además, eso es lo que menos me importa. Lo que me cabrea es que es evidente que lo que quiera que tuvieras con ella no está resuelto. Y vas diciéndome al oído que te gusto, besándome cuando te viene en gana, haciendo que me cuele por ti, cuando eso es lo último que

deberías hacer si sabes que no estás del todo libre.

—Te dije que no era nada romántico, es algo...

—¿Complicado? —lo corto.

Me dirige una expresión atormentada, como si quisiera decirme algo pero le costara un gran esfuerzo.

—Mira... —Inspiro hondo y sigo—: No hace falta que me des explicaciones, ya no. Nunca dijimos que esto fuera serio, ¿no?

Me mira incrédulo. Para ser sincera, ni yo misma me creo lo que acabo de decir.

—Para mí no era un rollo cualquiera. Cuando te dije que me gustabas, lo decía de verdad.

Se acerca un paso hacia mí

—¿Para ti no era importante? —tantea en un susurro.

Sus ojos capturan los míos y noto que tengo el corazón en un puño. Se estruja lentamente.

Acaricia mi brazo con sus dedos, y mi piel se eriza.

«No, no, no. Peligro».

Por más que me duela, la situación no ha cambiado en absoluto. Sigue sin haberme explicado nada de lo de Mónica, y yo sigo sin estar dispuesta a tirarme desde un quinto piso, que es lo que pasaría si volviera a dejarme llevar.

La mirada abrasadora y suplicante de Nico me pide que le diga algo, pero creo que mis siguientes palabras son lo último que se esperaba.

—Estoy con alguien.

Su mano se queda congelada en mi brazo. Puedo ver que traga saliva y asimila mis palabras poco a poco.

—Creo que deberíamos volver al punto donde lo dejamos. Ser amigos será lo mejor... —digo con nerviosismo.

Se aparta y se remanga la camisa, como si lo que le acabo de decir le quemara la piel y necesitara aire.

—Entiendo... —contesta después de un silencio que se me ha hecho eterno.

Vuelve a quedarse callado. Me parece ver que hace un gesto de dolor, pero no estoy segura, pues lo disfraza rápidamente con su pose chula y me dice:

—Tienes razón, es lo mejor. En realidad, estaba molesto porque eres la primera chica que deja de hablarme y no quería darme por vencido. Ya sabes, uno tiene que mantener su reputación.

Su tono intenta aparentar guasa, pero la forma en la que me mira me da a entender que no está siendo del todo sincero.

—Lo dejamos en amigos. Uno tiene que saber cuándo ha perdido, ¿no?

Se pasa una mano por los rizos y trata de lanzarme una media sonrisa que se parece más a una mueca.

—Yo… —empiezo.

—No hace falta que digas nada, canija. Ya está todo claro. —Da dos pasos hacia atrás—. Volvamos a la cena, empezarán a preguntarse si se te ha tragado el váter o algo.

Se vuelve y regresa a la sala principal.

Yo necesito un par de segundos para seguir el mismo camino. Trato de recomponer trocito a trocito los pedazos que se han caído del muro que hay alrededor de mis sentimientos y tomo una bocanada profunda de aire.

«Es lo mejor», me digo a mí misma mientras me uno de nuevo a mis amigas.



21

—¡Auch!

Sacudo el pie para aliviar el dolor. Las chicas me arrastran por el pasillo y tratan de guiarme mientras mis ojos están tapados. Por desgracia para mí, que soy la víctima, no se les da demasiado bien y ya me he tropezado tres veces.

—¿Y si me quito la venda y voy por mi propio pie? —me atrevo a decir.

—¡Ni de coña! —dicen las dos a la vez. Luego se ponen de acuerdo para coordinarse mejor y no hacer que termine yendo en silla de ruedas.

—Ya casi estamos… —Carola me agarra mejor del brazo y gira hacia un lado, haciendo que trastabille otra vez.

Madre mía, tengo que acordarme de ponerme luego un saco de guisantes congelados en el tobillo.

Seguimos así un buen rato hasta que por fin me destapan los ojos.

—¡Ya puedes abrirlos! ¡FELIZ CUMPLEAÑOS! —gritan al unísono.

Tardo unos segundos en adaptarme a la luz y ver con claridad, pero cuando lo consigo me inundan las lágrimas y la emoción al ver lo que han organizado mis amigas.

—No me lo puedo creer…

En el centro de la sala común, hay una mesa donde se encuentra una tarta llena de lo que estoy segura que son diecinueve velas y, a su lado, una caja enorme envuelta en papel de regalo me espera con un cartel donde pone mi nombre.

—¿Es para mí?

—No, es para mi vecina del cuarto B, que ahora nos hemos hecho íntimas

amigas —contesta Nuri con guasa—. Pues claro, tonta.

Me acerco a la tarta mientras Caro saca el móvil y graba. Ambas me cantan «Cumpleaños feliz».

Soplo las velas y me uno a sus aplausos, contenta.

—¡Abre el regalo! —insiste la pelirroja.

Las miro emocionada y empiezo a romper el papel como si tuviera cinco años.

Una de las cosas que más pena me daba al venirme a Madrid era tener que celebrar mi cumpleaños sin mi familia. Pero no había contado con que tenía a mi otra familia aquí conmigo: mis amigas.

¿Puede ser que me esté poniendo un poco ñoña? Sí, pero me lo puedo permitir porque es mi día.

—¿Es en serio? —pregunto cuando termino de rasgar el papel, sin poder creerlo.

Las chicas me sonríen y vuelvo a mirar el regalo: una máquina de coser nuevecita de color blanco y con todos los extras que jamás podría imaginar.

—Gracias, gracias y ¡mil gracias! —Me lanzo hacia ellas y las abrazo tan fuerte que creo que le he cortado la respiración a Nuri.

—Ni siquiera te has fijado en el modelo ni en la marca. Si no te gusta, puedes cambiarla —dice Carola con la cara enterrada en mi hombro.

—Ni loca pienso hacer eso.

Me doy la vuelta y empiezo a abrir la caja; me siento como una niña. Empiezo a fijarme en las funciones que tiene: más de doscientas puntadas, enhebrador automático, brazo libre, control de tensión de hilo, sistema de bobinado automático... Es una máquina digna de una profesional.

—Chicas, no sé si puedo aceptarlo. Os tiene que haber costado una fortuna.

No puedo evitar sentirme un poco mal. Siempre me he quejado de que mi antigua máquina era un trasto y llevo ahorrando mucho tiempo para poder comprarme una nueva yo sola. Pero ni en mis mejores sueños habría imaginado esto.

—Tranquila. Claramente, nuestro presupuesto de estudiantes no podía afrontar tanto, así que tus padres han participado. Tara también —añade Nuri.

—E Iván. —Carola la mira con reproche y suelto una carcajada.

—Ah, sí, se me había olvidado. —Nuri se hace la inocente y alzo una ceja, sabiendo que es una gran mentira.

Apunto mentalmente llamarlos a todos para darles las gracias, aunque singo sin poder creerme aún que se hayan puesto de acuerdo para hacerme un regalo.

—¿Queréis verla en marcha?



Tras dejar la maquina en mi habitación, las chicas y yo pasamos un buen rato poniéndonos moradas a base de tarta de chocolate. Luego hemos cogido los abrigos y venido al Quitapesares para terminar de celebrar mi cumpleaños con unas cervezas.

Acabamos de pedir nuestras bebidas cuando Iván aparece por la puerta y me levanto para recibirlo.

—¡Felicidades! Que pasen los años y sigas vistiendo como un arcoíris andante —me dice con una sonrisa cariñosa.

—Anda, calla y siéntate, que te invito a lo que quieras.

Saluda a Caro con dos besos y le dirige una mirada a Nuri, que esta recibe como si le acabaran de vomitar encima.

Genial, estos dos cada día se llevan mejor. Nótese la ironía.

Aprovecho para agradecer a mi amigo lo del regalo y pasamos un buen rato de risas mientras esperamos a que Jorge llegue. Cuando veníamos de camino, le he enviado un mensaje invitándolo y me ha dicho que estaría aquí en cuanto terminase de hacer unas cosas. En el caso de Tara, le he escrito para darle las gracias, pues hoy tenía turno en el restaurante de sus padres y no ha podido venir.

Vuelvo a prestar atención a la conversación que se está manteniendo en la mesa. Me parece que ha empezado con una charla inocente sobre películas, pero tengo que haberme perdido algo. Iván está hablando de sus técnicas de seducción, esas de las que suele presumir ante mí porque, según él, son «infalibles».

—¿Y se supone que eso nos tiene que gustar a las chicas? Pues sí que tienes que ligar poco —lanza la rubia.

—Me parece que más que tú. ¿Estás celosa, Nuri?

—Ya te gustaría. Me da pena que las pobres tengan que aguantar tu enorme ego cada vez que quedan contigo.

—Cuando quieras te puedo enseñar lo que tienen que aguantar, ya que estás tan interesada —contesta Iván con chulería.

—No, gracias. Con esos dos minutos que tienes que durar puedo hacer mucho yo sola.

—Amargada.

—Impertinente.

Hay que ver lo poco que ha durado la paz en la mesa. Carola me mira, desesperada. A la pobre le ha tocado sentarse justo entre esos dos y pone los ojos en blanco, esperando a que dejen de lanzarse bombas nucleares cada vez que abren la boca

—¿Quién quiere más cerveza? —ofrezco.

Desde luego yo voy a necesitar otra si tengo que seguir escuchándolos discutir. Busco al camarero con la mirada cuando unos ojos oscuros se topan con los míos y siento ese calambre tan familiar cada vez que lo tengo cerca.

Nico, que por casualidad está sentado a tan solo un par de mesas de distancia, me observa sin disimulo alguno. Le da un trago a una copa y finge escuchar lo que Bruno y sus amigos cuentan. Le dedico un saludo que recibe con una leve sonrisa mientras deja su bebida sobre la mesa y empieza a levantarse.

Una sensación de expectación y ganas se asientan en mi estómago mientras mi cabeza me grita que me quede quietecita.

«Va a acercarse. Vale, Vega. No pasa nada, habéis quedado como amigos, todo está bien».

Ya, claro. Por eso siento como si las piernas me hubieran desaparecido y no pudiese mover ni un centímetro de mi cuerpo.

Nico empieza a venir cuando noto que sus hoyuelos desaparecen poco a poco y se queda parado a medio camino.

«Pero ¿qué...?»

—¿He tardado mucho en llegar? Había un tráfico de locos.

Jorge aparece en mi campo de visión y se sacude la cazadora mojada. Al parecer, ha empezado a llover hace un rato y ni siquiera me he dado cuenta.

—Has llegado en el momento justo —contesta Carola, agradecida por que haya interrumpido la discusión de Nuri e Iván.

—¿Qué tal? —Se acerca a saludar a mis amigos y se presenta a cada uno mientras yo sigo con la mirada fija tras su espalda.

—Hola, cumpleañera. —Me da un breve beso en los labios y se sienta a mi lado con naturalidad mientras pide otra ronda para todos.

—Toma. —Pone un paquete sobre la mesa y me dirige su mirada—. Para la futura abogada más brillante de todas.

—No tenías que regalarme nada... —contesto mientras lo abro.

—Es solo un detalle —añade orgulloso.

Quito el papel de regalo y ensancho los ojos cuando veo lo que contenía: un manual titulado *Mil maneras fáciles de aprender Derecho*.

—Vaya, no sé qué decir… —tercio insegura.

—Tenía uno igualito que me sirvió mucho. Es genial para aprender conceptos básicos.

Paso de mirar el libro a mis amigas, que tienen un gesto de circunstancias. Vuelvo a dirigir mis ojos hacia Jorge.

—Muchas gracias, está genial.

Me da otro beso mientras me abraza y se lo devuelvo con manos indecisas.

Seguimos con nuestras cervezas y, con tan solo dos frases, Jorge se gana a la mesa y hablan todos animados. Trato de seguir la conversación y prestar atención a lo que me dice, pero no puedo evitar sentir unos ojos clavados en mí.

Nico ha vuelto a sentarse y nos mira con una cara de incredulidad que jamás le había visto.

A ver, vale que es un poco random encontrarnos así, pero ya le dije que estaba con alguien. No sé por qué se hace el sorprendido y no se acerca a saludar.

Escucho lo que Jorge me dice disfrazando mi incomodidad con una sonrisa. Trato de evadir las ganas de ladear la cabeza y ver lo que está haciendo el chico de pelo revuelto y sudadera gris que se encuentra a apenas unos metros de mí.

Jorge pone su brazo distraído alrededor de mi cintura y me acerca un poco a él mientras la conversación fluye como si no estuviera pasando nada.

«Es que no está pasando nada», me digo a mí misma en un intento por ahuyentar esa sensación incómoda que sigue en mi cuerpo. Sin embargo, en ese momento una sombra cruza por mi derecha y sale del bar sin echar la vista atrás.

Y no me hace falta mirar para saber que ha sido Nico.



Durante el resto de la noche, hago un esfuerzo enorme por no pensar en Nico y el motivo por el que se ha marchado tan de repente.

Hace un rato que me he despedido de Jorge y de mis amigos. Solo tenía ganas de volver a la residencia para irme a dormir y que sea un nuevo día, pero ahora estoy tratando de ignorar la vocecita que me pide que le escriba un mensaje a Nico, para saber qué ha pasado, mientras me lavo la cara y me pongo el pijama.

Me meto en la cama y voy a apagar la luz cuando unos golpes en mi puerta me interrumpen.

Con un gruñido, salgo y agarro la bufanda que me ha prestado Carola esta tarde.

¿La tía no puede esperarse a mañana para que se la devuelva? Si es que mira que es maniática.

Me quedo a medio camino de la queja que sale por mi boca cuando abro y me sorprendo al ver que no es ella la que ha llamado. Nico, en pijama y con pelo alborotado, me devuelve una mirada indescifrable que hace que se me ponga la piel de gallina.

—¿Qué estás haciendo aquí? Son las dos de la madrugada.

—No podía irme a dormir aún.

—¿Aún? —pregunto confundida.

Saca la mano derecha, que hasta este momento tenía escondida tras la espalda, y me tiende una bolsa con algo envuelto dentro.

—Felicidades.

Mi cara de asombro asoma junto a una leve sonrisa que no puedo controlar.

—¿Cómo lo has sabido?

No recuerdo habérselo dicho nunca y tampoco he puesto nada en mis redes sociales ni he ido gritando a los cuatro vientos que hoy era mi cumpleaños. Nico se encoge de hombros y se revuelve el pelo; de repente parece tímido.

—Escuché que se lo decías a Tara hace unos meses en clase y…, bueno, tengo buena memoria, supongo.

Algo dentro de mí se remueve y hace que agarre el regalo con manos nerviosas.

—No tenías que regalarme nada…

—Es solo una tontería, lo vi y me acordé de ti. Anda, ábrelo —me anima.

Me pongo mi largo pelo tras las orejas y quito el envoltorio, intrigada.

—No puede ser… —La voz se me corta y miro a Nico.

No es ninguna tontería. Mis mejillas se calientan y tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no dejar que los muros de mi corazón se rompan aquí mismo.

—Lo vi en tu mesilla de noche el día que vine a estudiar y me fijé en que estaba desgastado y marcado por todas partes. Pensé que te gustaría tener una edición nueva.

Con dedos temblorosos, abro la edición especial de *El principito*. Es mi libro favorito desde que lo leí por primera vez cuando tenía trece años y que le recomendé a Nico sin cesar. La portada es de tela y tiene el título bordado con

hilo dorado. Repaso las páginas y veo que contienen algunas ilustraciones en blanco y negro de los personajes más icónicos.

Es uno de los libros más bonitos que he visto en mi vida.

Y me lo ha regalado Nico. A mí.

—Es precioso —alcanzo a decir.

Estoy tan impresionada que creo haber perdido mi capacidad para hablar, así que hago lo primero que se me ocurre. Me acerco un paso y pongo mis brazos alrededor de su cuello mientras hundo mi cabeza en su hombro en un íntimo abrazo.

—Gracias —murmuro.

Nico duda unos segundos antes de envolverme con sus brazos y fundirse conmigo.

—Me alegro de que te haya gustado —contesta con voz queda.

Tardamos unos segundos en separarnos, reacios a perder el contacto, y nos quedamos en silencio. Yo, abrazando el libro como si fuera el tesoro más grande del mundo, posiblemente para mí sí lo sea, y él atrapándome con sus ojos profundos sin darme posibilidad de escapar.

Deseo que diga algo más, pero se limita a acercarse con un paso lento y a poner su mano izquierda sobre mi mejilla. Nuestros alientos se entremezclan cuando su cara queda a unos centímetros de la mía y huelo su aroma a menta. Noto el leve contacto de su mano y su nariz rozando la mía.

Mi conciencia me chilla que me aparte, que esto no está bien. Pero mi cuerpo no reacciona, así que solo me dejo llevar y cierro los ojos. Estoy hipnotizada por cada una de sus respiraciones.

Noto que acorta la escasa distancia que nos separa y me preparo para notar su boca sobre la mía de un momento a otro.

Pero eso no sucede.

Me da un breve beso en la comisura de los labios, tan lento y cariñoso que hace que mi corazón grite pidiendo más. Más abrazos, más besos, más caricias. Más Nico.

Sin embargo, tras unos segundos, vuelve a dar un paso atrás y abro los ojos, sorprendida.

—¿Te trata bien Jorge? —pregunta con la voz estrangulada.

No me salen las palabras, así que me limito a afirmar con la cabeza con un gesto leve. La expresión de Nico es de agobio, pero antes de que me dé tiempo a formar una frase coherente, me dice:

—Eso espero.

Lo veo alejarse por el pasillo y me llevo la mano al pecho para tratar de

calmar los acelerados latidos de mi corazón. Me pregunto qué es lo que acaba de suceder. ¿Cómo sabía el nombre de Jorge? ¿Se lo habrá dicho Tara?

Con pasos indecisos, vuelvo a meterme en la cama con el libro entre las manos y dejo a mi mente divagar.

La vibración de mi móvil me sorprende y me lanzo a por él, con la esperanza de que sea un mensaje suyo.

Supongo que estarás durmiendo, pero quería decirte que me ha encantado verte hoy y pasar un rato con tus amigos

Me gustas mucho, Vega

Buenas noches 🖤

Una sensación de culpabilidad se cierne sobre mi cuerpo cuando leo el mensaje de Jorge y hace que las escasas energías que me quedaban se esfumen. Apago el móvil con la esperanza de que eso sirva también para eliminar los pensamientos que cruzan por mi cabeza y trato de dormirme.

Ojalá todo fuera tan fácil como pulsar un simple botón.



22

—¿Hacía falta ponerse un gorro?

Miro a Jorge y le dedico una mueca de burla mientras doy un mordisco a mi dónut de chocolate.

—Estamos a diez grados —contesto señalando lo evidente.

Una ráfaga de viento nos sacude a ambos y hace que meta la cara aún más en la bufanda.

—Recuérdame por qué nos hemos puesto en la terraza y no dentro, donde una maravillosa calefacción haría que disfrutara más de este azucarado desayuno.

Jorge se pone los brazos tras la cabeza y me sonríe. Sigo flipando con que vaya con tan solo una cazadora con borreguito por dentro. A su lado, soy una cebolla con trescientas capas de ropa.

—Porque llevas toda la semana encerrada y necesitas tomar el aire. Además, estamos a finales de febrero, ya no hace tanto frío.

Un resoplido escapa de mis labios creando vaho.

Una semana después de mi cumpleaños, empezamos las clases y salieron las notas de los exámenes finales. ¿Habéis visto alguna vez la película *El Grinch*? ¿Esa en la que el hombrecito verde odia a todo el mundo y se la pasa encerrado quejándose de la vida? Pues así me comporté cuando suspendí Derecho romano.

Ni siquiera las chicas consiguieron animarme con un maratón de *Gossip Girl*.

Aún no tengo muy claro si estaba triste por el suspenso de una sola asignatura o por haber aprobado todas las demás. En el fondo, una parte de mí, después de la decepción que me llevé con mi primer parcial, quería una prueba oficial para reconocer finalmente que el Derecho no es lo mío y que tengo que

coger otro camino distinto. Pero, en cambio, obtuve una prueba de que efectivamente puedo con ello. Sin embargo, la mera idea de tener que estar tres años más estudiando leyes me crea ansiedad.

Todo el mundo se cree que me paso la semana encerrada porque estoy estudiando las nuevas asignaturas y llevándolas al día, pero no. La verdad es que, a pesar de que sí estoy yendo a todas las clases, por las tardes me paso las horas muertas delante de la máquina de coser y viendo vídeos para aprender a hacer ciertas prendas mejor.

Sí que hay tardes en las que trato de estudiar y empezar a preparar los próximos parciales, pero en cuanto me siento frente al escritorio mi motivación se esfuma y todas las dudas e inseguridades reaparecen.

A Jorge no le he contado nada. Entre el regalo que me hizo por mi cumpleaños y que siempre me habla de la carrera tratando de motivarme, siento que lo tendría que meter en el saco de «Personas a las que se me da genial decepcionar». Y ya tengo suficiente con el machaque que me doy a mí misma.

—Tienes razón. Me viene bien el aire fresco y salir de la residencia para variar.

Le sonrío y se acerca a darme un beso sencillo. Su corta barba me raspa las mejillas y me hace tantas cosquillas que no puedo evitar soltar una carcajada.

—Eres un cactus.

—Pero uno que te hace reír —contesta contento mientras su móvil empieza a sonar y lo saca del bolsillo.

—Dime, hermanita.

Escucho que una voz femenina le dice algo y me centro en buscar al camarero con la mirada.

Jorge habla de fondo con ella, contestándole a todo lo que le dice y planeando lo que parece ser una comida familiar.

—La cuenta, por favor —le digo al chico cuando se acerca.

Me centro en terminarme lo que me queda de café cuando noto que Jorge se pone tenso a mi lado.

—Sí, es Vega. Estamos terminando de desayunar.

Lo miro con una pregunta en los ojos y se encoge de hombros en respuesta.

—Deja de ser tan pesada. —Pone los ojos en blanco y me mira con cara de disculpa—. Mi hermana insiste en que te vengas a una comida familiar... mañana. Iremos a la casa de campo de mis padres.

Lo miro tratando de disimular todo lo que puedo mi cara de apuro. No es que no quiera ir con él y conocer a su familia, sé que es el sueño de toda chica cuando empieza a salir con un chico, ¿no? Pero solo llevamos un par de meses

saliendo y este parece un paso muy serio.

Me doy una bofetada mental y trato de respirar hondo.

«No es para tanto, solo vas a conocer a sus padres, en plan informal. No es que os vayáis a casar ni nada».

—Deja de insistir, no te la voy a pasar. —Jorge, apurado, lidia con las insistencias de su hermana mientras yo sigo congelada en mi asiento. Y ya no es solo por el frío.

—De acuerdo —le contesto cuando veo que no tengo otra forma de rechazar la oferta sin quedar fatal ante ella.

Jorge tapa el móvil con la mano y me susurra:

—¿Segura?

Me da la sensación de que él tampoco está muy convencido de esta comida.

—Sí. —Fuerzo una sonrisa.

—Allí estaremos —contesta por teléfono.



—La cosa se pone seria —canturrea Nuri a mi alrededor mientras termino de alisarme el pelo.

—Deja de soltar tonterías.

—Lo que tú digas, pero esto me huele a relación seria.

Repaso mi reflejo en el espejo y aplico un poco de brillo a mis labios resecos.

—Es una comida informal —indico.

—Caro, cuando conociste a los padres de Adrián, ¿ibais en serio o no?

La pelirroja se pinta las uñas en mi escritorio y contesta tratando de no perder la concentración.

—Tan en serio como que a los dos días nos declaramos pareja oficial.

Nuri me dedica una mirada de sabionda mientras vocaliza: «¿Lo ves?».

—Lo que me extraña es que no estés más emocionada. Siempre te han gustado todas esas cosas —añade Carola.

Hago una mueca y decido no contestar.

Siempre me han gustado, pero en teoría. En mi vida he conocido a la familia de ningún chico con los que he estado, básicamente porque no durábamos el

tiempo suficiente para que esa situación se diese. No sé si estoy nerviosa porque es la primera vez que lo voy a hacer o porque me he visto un poquito acorralada y no me ha quedado más remedio que aceptar la invitación.

—Estoy contenta —contesto a mis amigas—. Solo me ha venido un poco de sopetón, llevamos conociéndonos un par de meses.

—Bueno, hay gente que se casa en ese periodo de tiempo. —Nuri se lame el dedo pulgar y me quitar los restos de rímel que tengo en el ojo.

—Qué asqueroso —le digo tratando de apartarme.

—¿Quieres ir con manchurrones negros el resto del día? Mira que eres especialita.

Me dejo hacer mientras da los últimos retoques a mi maquillaje. Luego recibo un mensaje de Jorge indicándome que ya está aquí. Tras despedirme de ambas, salgo de la residencia y me meto en el coche del rubio, al que un par de chicas no dejan de lanzar miraditas. Aunque no sé si es por él o por el Jeep negro que conduce.

—¿Y este coche? —pregunto una vez me he puesto el cinturón y vamos de camino.

—Es la mejor opción si vamos al campo.

A veces se me olvida que Jorge tiene mucho dinero. Tanto como para tener varios coches de alta gama e ir siempre bien vestido. Hace un tiempo me comentó que su padre tenía varios negocios y era empresario, pero no sabía la magnitud hasta que llegamos a su casa y bajamos del coche.

—¿Esta es tu casa de campo?

Un edificio de estilo victoriano y ubicado en medio de extensos jardines nos da la bienvenida y me deja, literalmente, con la boca abierta.

Bajo del coche, agradeciendo haberme puesto zapatillas, y sigo a Jorge hasta el interior de la casa.

Me enseña algunas habitaciones que son enormes. Por ejemplo, en el salón podrían pasar el rato treinta personas fácilmente y la cocina es tan amplia y bonita que me dan ganas de hacerle una foto y mandársela a mi madre.

—¿Dónde están tus padres?

Me extraña que aún no nos hayamos encontrado con nadie.

—Están preparando las cosas fuera —responde despreocupado mientras se acerca a mí. Pone uno de sus brazos alrededor de mi cuello y me atrae hacia él.

—¿Qué haces? Nos van a ver —digo, nerviosa.

—No te preocupes.

Jorge pega nuestros cuerpos como si tuviera la necesidad de que no hubiera nada de distancia entre ambos y me da un beso profundo.

Me dejo llevar por sus pasos y me apoyo contra la pared mientras me guía con sus labios. Introduce su lengua en mi boca y hace que un leve suspiro escape de mis labios.

No deberíamos estar haciendo esto, alguien puede entrar en cualquiera momento. No creo que dé una primera impresión muy buena que sus padres nos pillen dándonos el lote. Pero la boca insistente de Jorge no me deja tiempo a dudar. Sus manos me recorren la cintura y noto el bulto de sus pantalones sin ningún esfuerzo. No es que sea la primera vez que noto su excitación, pero aún no hemos hecho nada más allá de besarnos y de momento seguramente siga así. No es que no me atraiga, es que aún no he notado ese clic que espero notar cuando me sienta preparada para pasar a la siguiente fase. Las veces que nos hemos enrollado, Jorge ha respetado mi decisión de no hacer nada más, pero eso no impide que note sus ganas cada vez que estamos solos.

Estoy esperando el momento adecuado, eso es todo.

«¿No será al chico adecuado?».

Uf, cállate.

El ruido de una puerta nos interrumpe y pongo la mano sobre su pecho para obligarlo a apartarse. Trato de poner toda la distancia que puedo entre nosotros con la respiración acelerada.

Mi cara de apuro debe de ser tan evidente que empieza a reírse y a negar con la cabeza, tranquilo.

—Seguro que solo es mi hermana.

—¿Jorge? —Una voz femenina lo llama y trato de alisarme el pelo con los dedos.

—¡En la cocina!

El rubio me dedica una mirada de guasa que le devuelvo, por lo menos hasta que una cabeza morena aparece por la puerta y se me congela la sonrisa.

—No puede ser, ¿esta es tu Vega?

«Por favor, que me trague la tierra ahora mismo».

Jorge la mira extrañado, sin saber muy bien lo que está pasando.

—¿Os conocéis?

—¡Pues claro! Es amiga de Inés. Me dijo que fuiste a clase con Nico, ¿no? ¡Menuda coincidencia! —Venga, directa a la yugular—. Qué fuerte que estés saliendo con mi hermano, ¡no tenía ni idea!

«Ni yo tampoco, chica».

Con su largo pelo rizado y sus ojos azules, Mónica se acerca y me da dos besos cariñosos. Planto en mi cara la sonrisa más falsa que he sacado en mi vida y le devuelvo el saludo tratando de que no se note mi incomodidad. En serio,

deberían darme un Oscar.

—Venid, están todos esperando fuera. Yo solo venía a por unas cosas que faltaban.

—Te ayudamos —se ofrece Jorge.

Los sigo a través del jardín, cargada con un cubo lleno de hielo. Mientras, pienso en maneras de escapar de la que con seguridad vaya a ser una de las comidas más incómodas de mi vida.

—¡Los tortolitos ya están aquí!

A lo lejos, veo una mesa decorada con un ramo de flores blancas en el medio y toda la vajilla lista para comer. Junto a una especie de barbacoa de última generación, veo a varias personas poner al fuego trozos de carne mientras los que supongo que son los padres de Jorge hablan tan tranquilos.

—Ya era hora, la comida está casi lista. —El padre de Jorge, que es clavadito a él, pero con treinta años más, se acerca y me da dos besos—. Encantado, Vega. Me llamo Javier, aunque puedes llamarme Javi. Esta es mi mujer, María.

La madre me dedica una sonrisa afable y me da un breve abrazo. También es morena con los ojos azules, igual que Mónica. Por un segundo me pregunto: «¿Qué le pasa a esta familia que los hijos parecen clones de los padres?».

—Por fin te conocemos. Jorge no habla de otra cosa desde que te conoció.

—Mamá...

—Hijo, es la verdad. No te avergüences.

Me río ante su resoplido y devuelvo el saludo a sus padres con educación.

—¿Dónde dejo esto? —Señalo el cubo que tengo entre las manos, pues ya las empiezo a sentir congeladas.

—En la mesa está bien, gracias.

—Te ayudo. —Jorge se dirige a la esquina que me indica cargando con varios platos cuando veo a Mónica pasar por mi lado.

—¡Nico! ¿Has visto quién está aquí? Deja la carne y saluda.

Tenso los hombros al segundo y me quedo quieta.

¿Os ha pasado alguna vez en la vida eso de sentir que los astros se alinean y hacen que te pasen cosas buenas, sintiéndote la persona más afortunada del mundo? Pues bien, me alegro por vosotros, porque los míos lo único que hacen es joderme. A lo tonto voy a empezar a creerme a Nuri, que ayer me dijo que mi horóscopo indicaba un mes «de turbulencias emocionales».

Nico, desde la barbacoa, se da la vuelta con unas pinzas en la mano y el inicio de sonrisa que estaba creando se le queda congelada en el rostro.

Lleva esa sudadera gris que tantas veces le he visto y que he fantaseado con quitarle. Cuando nuestros ojos se encuentran, veo que miles de emociones cruzan

por ellos, desde la sorpresa, pasando por la incomodidad, hasta llegar a la molestia cuando se da cuenta de por qué estoy aquí. Pues bien, ya somos dos. Conque no era nada romántico, ¿eh? Será cretino… Verlo así, tan familiar y con la encantadoramente pesada de Mónica revoloteando a su alrededor, hace que me vuelva tan rápido que no veo por dónde piso y me tropiezo con mi propio pie.

Jorge consigue agarrarme del brazo antes de que me caiga, pero no evita que derrame parte del agua del cubo sobre mi jersey blanco.

«Genial, ¿algo más?».

—Mierda —mascullo.

Dejo el cubo en la mesa y trato de escurrir el agua.

—¿Estás bien? ¿Quieres que te deje un jersey o algo?

—No hace falta, esto se seca en un momento.

Me esfuerzo por mantener mi dignidad en alto y alzo la cabeza, entonces me topo directamente con los ojos de Nico. Una sensación de enfado empieza a crecer en mi pecho y trato de respirar, buscando una calma que ahora mismo no existe.

—¿Qué tal? —pregunta, incómodo ante la mirada expectante de Mónica.

«Con ganas de tirarte el cubo de los hielos a la cabeza».

—No tan bien como tú, por lo que veo —lanzo ese dardo envenenado y me vuelvo hacia Jorge—. ¿Nos sentamos?

Sin esperar a que me responda, cojo la primera silla que pillo y tomo asiento.

La comida empieza y los padres de Jorge hablan relajados sobre cualquier cosa que se les ocurre. Cada uno se encuentra en un extremo de la mesa, mientras que Jorge y yo nos hemos sentado el uno junto al otro en un lado, dejando en el otro a Mónica y Nico, que está frente a mí.

Maravilloso.

—¿Y estás contenta con la carrera, Vega? Jorge nos dijo que estabas en Derecho —me pregunta Javier.

A pesar de esperarme esa pregunta, unos nervios me suben por los brazos y hacen que sopese mi respuesta.

—Yo…

—Está encantada. Al principio fue un poco duro, pero ahora va sobre ruedas —responde Jorge por mí.

Lo miro extrañada. ¿Que al principio fue un poco duro? Si literalmente le lloré cuando le contaba mis dudas sobre la carrera.

Nico le dedica una sonrisa de medio lado que no augura nada bueno mientras pone ambos brazos sobre la mesa.

—Cómo se nota que os conocéis mucho —comenta con ironía.

Juro por Dios que lo voy a matar.

—Pues sí, bastante —contesto yo en su lugar, solo para joder.

A Nico parece sorprenderle mi respuesta y me reta con la mirada. Levanta una ceja como diciendo: «Ya, claro». Pero no se deja amilanar y sigue dirigiéndose a Jorge:

—¿No era «alumna» tuya? Has estado de ayudante con un profesor, ¿no?

«Ay, Dios mío».

Los padres de Jorge se miran sorprendidos.

—¿La conociste en una de tus clases? —pregunta María.

Jorge echa chispas por los ojos.

—No pasó nada hasta que terminaron—dice, decidido—. La conexión estaba ahí y, cuando ya no hubo nada que se interpusiese entre nosotros, no perdí el tiempo. Hay tíos que son idiotas y no saben valorar lo que tienen, pero por suerte yo no soy uno de esos.

Posa uno de sus brazos en el respaldo de mi silla y mira directamente a Nico, que parece que le va a prender fuego en cualquier momento como siga fulminándolo con los ojos.

—Anda, ¿y desde cuándo no lo eres?

—Desde que la conocí. ¿Cuándo dejarás de serlo tú?

Nico aprieta el cuchillo con la mano.

—Como puedes ver, mi hermano se preocupa demasiado por mí, Vega. Nico me valora, no te preocupes —dice Mónica, dirigiéndose a Jorge.

Me da la sensación de que la morena es ajena al cruce de miradas que se están lanzando a su alrededor. Yo no estoy tan segura de que Jorge se haya referido a eso, pero ahora estoy flipando tanto con la conversación que no me da tiempo a asimilar sus palabras.

—¿Y desde cuándo conoces a Nico, Vega? —pregunta Mónica mientras se lleva un trozo de carne a la boca.

Nico se atraganta con el agua que estaba bebiendo y empieza a toser.

—Nos conocimos en una fiesta —suelto con una sonrisa al ver su reacción—. Fue muy simpático.

Me mira como si quisiera matarme con los ojos y añado:

—Aunque he podido conocerlo mejor estos meses.

Me falta añadir «por desgracia», pero decido quedarme callada. Tomo una patata frita y la mastico mientras lo miro con suficiencia.

—¿No es genial? Nosotros nos conocemos de toda la vida, llevamos juntos desde siempre.

—Es todo un amor. —Sonrío con ironía.

—Nuestras familias están muy unidas desde hace años, sí —añade Nico mirándome directamente a los ojos, como si tratara de decirme algo que ni quiero ni voy a entender.

—Se nota —contesto en un tono más molesto del que esperaba.

Mónica acerca un poco más su silla a él. Unos celos inexplicables se asientan en mi estómago y se me quita el hambre de repente. Hace poco más de un mes que Nico vino a dejarme mi regalo de cumpleaños a mi habitación y me besó en la comisura de los labios. He soñado con ese gesto más veces de las que me gustaría, a pesar de no haber vuelto a tener contacto con él desde entonces.

Mis ojos se van directos a su boca en un acto reflejo y me reprocho mentalmente por recordar ese momento justo ahora.

—¿Está todo bien? —me pregunta Jorge en voz baja para que nadie lo oiga.

Me planteo seriamente pasar de él y no contestarle. Pero estamos en la casa de su familia y no me apetece montar un numerito, al menos más del que ya se ha montado. Lo miro y asiento con la cabeza, aunque sea mentira.

—¿Y cómo está tu padre? —le pregunta María al cabo de un rato.

Nico se pone tenso en cuanto la escucha y traga saliva, como si le costara mucho contestar.

—Como siempre.

La mesa se queda sumida en un incómodo silencio hasta que Mónica decide romperlo y pregunta:

—¿Quién quiere postre?



Estoy cabreada. Mucho más de lo que he estado en toda mi vida.

Cuando ha terminado la comida, he tenido que aguantar la manera en la que Mónica revoloteaba alrededor de Nico mientras este me miraba incómodo.

Para colmo, antes de marcharnos me ha acorralado en el baño.

«¿Podemos hablar?», me ha dicho.

«Vete a la mierda», ha sido toda la contestación que he sido capaz de darle sin echarme a llorar ahí en medio. La situación de hoy me ha superado con creces.

Ahora, de vuelta a Madrid, Jorge y yo vamos en un profundo silencio. Llegamos a la residencia y me dispongo a bajarme del coche sin dirigirle ni una palabra, pero me lo impide.

—Vega...

—Lo has sabido todo este tiempo. Cuando te conté que había un chico en mi clase que no quería hacer el trabajo conmigo, sabías que era él y no me dijiste nada. ¿Por qué?

Me mira con cara de arrepentimiento.

—¿Qué querías que te dijera? Era un simple trabajo.

—No lo era y lo sabes.

Vuelvo a intentar bajarme del coche, pero me lo impide.

—No sabía que iría a la comida de hoy, nadie me había dicho nada.

—Es el novio de tu hermana, ¿qué esperabas?

Me mira con cara dubitativa, pero no dice nada.

—¿Y qué ha sido eso de que estoy encantada con la carrera? Puedo hablar por mí misma.

—Pues no lo parecía. Has tardado tanto en contestar que he tenido que salir a tu rescate.

—No hace falta que me rescates, muchas gracias —digo con desdén.

—Venga ya, Vega. Este enfado no es por eso ni por el trabajo y lo sabes.

—¿Qué quieres decir? —pregunto confundida.

—Que a ti lo que te jode es que conozca a Nico por Mónica.

Lo miro con la cara desencajada.

—¿Eso es lo que piensas?

—Puedes negarlo si quieres, pero no me tomes por tonto. He visto cómo lo mirabas durante toda la comida.

Con eso último, salgo del coche y cierro de un portazo, como si con ese simple gesto pudiese demostrar todo el enfado y la indignación que siento en este momento.

Me meto en la residencia con pasos decididos y haciendo oídos sordos de las insistentes llamadas de Jorge.

Menuda mierda de día.



23

—Estoy jodida.

Cojo un puñado de palomitas y me lo llevo a la boca.

—Anda, ¿no me digas?

Nuri se tumba a mi lado entre el amasijo de cojines que hemos dejado en el suelo y la fulmino con la mirada. Alejo mi cuenco de patatas de ella a modo de venganza.

Una de las terapias más efectivas que hay en el mundo es hacer una fiesta de pijamas con tus mejores amigas, pedir comida basura y ver varios episodios de *Friends*. Claro está que todo es una excusa para luego terminar bajando el volumen al máximo y quedarte hasta las tantas contando tus penas y cotilleando.

Las frases más repetidas en estos casos son: «Ya, tía» y «No te merece». Sin embargo, la que más me gusta a mí: «Se acabará arrepintiendo». Aquí todas sabemos que eso no es verdad, pero no está de más decirlo.

—¿Es normal que me pique tanto? —pregunta Carola.

Se sienta frente a nosotras cruzando las piernas y se toca la mascarilla verde que Nuri nos ha puesto en la cara.

—Sí, no te lo toquetees. Está purificando tu piel —dice con voz calmada mientras enciende una vela—. Esto quitará las malas energías que hay en el ambiente.

Pone a mi lado la vela y la miro confundida.

—Casi todas proceden de ti, amiga.

Un día de estos la mato.

—Bueno, damos por iniciada oficialmente la terapia. Vega, ¿cómo te sientes

tras semejante batacazo emocional? —Nuri me planta un peine delante de la boca a modo de micrófono y resoplo.

Vale, reconozco que esta última semana he estado un poquito irascible, pero aquí todas sabemos que tengo mis motivos. Supongo que encerrarme en mi habitación nada más salir de clase para pasarme las tardes haciendo bocetos en vez de ponerme a estudiar no ha sido la mejor decisión de mi vida. Aunque está claro que últimamente eso de tomar decisiones es algo que no se me da muy bien.

—Es el momento de que nos cuentes qué se está cociendo en Villa Vega. No pensarás que somos tan tontas como para creer que llevas así todos estos días solo porque Jorge no te dijo que conocía a Nico. Si es así, permíteme decir que estoy terriblemente decepcionada —empieza Carola.

Claro que no. A veces me da miedo ver lo mucho que estas dos me conocen y me entienden, incluso más que yo misma.

Suspiro e intento ordenar el caos en mi cabeza.

Descubrir por mí misma las mentiras que Nico me había contado tuvo mucho que ver con el mal genio que tuve después. Sabía que tenía algo con Mónica, pero lo creí cuando me dijo que era una situación complicada. Mi decisión de quedar como amigos estuvo empujada por mi necesidad de seguridad y por lo reacia que era a que me volvieran a hacer daño. Pero ¿que me mintiera así? Lo que vi el sábado no era una «situación complicada», era una relación seria. Eso es lo que más me dolió, que me dejé embaucar por sus caricias, sus sonrisas ladeadas y sus comentarios sarcásticos. Pensé que no podía contármelo por algún motivo de peso y no porque de verdad estuviera jugando a dos bandas.

La historia se repite. Otra vez Vega es la tonta a la que le toman el pelo. Y ya estoy harta.

—Estoy… hecha un lío —confieso al final a las chicas—. Desde que empezó el curso, me he sentido muy perdida. No sé lo que quiero.

Carola me agarra la mano para intentar darme apoyo.

—Creo que el problema no es que no sepas lo que quieres, sino que lo sabes y te da tanto miedo afrontarlo que te niegas a ti misma la oportunidad de dejarte llevar e ir a por ello.

—Lo he intentado… —me lamento.

—No tanto como te piensas —añade Nuri a mi lado—. Tía, estás esperando a que pase algo que esté dentro de tus esquemas, que no te haga sentir terror ni vértigo. Pero las cosas que nos importan de verdad, esas que deseamos con todas nuestras fuerzas, son las que nos dan más vértigo y hacen que nos dé un vuelco el estómago. No estás perdida, estás muerta de miedo por afrontar tus sentimientos.

Sé que tiene razón, pero eso no quiere decir que sea fácil admitirlo.

Se me ha juntado todo: los miedos por lo que siento hacia Nico, la decepción al ver que me ha mentido, la relación que tengo con Jorge… y lo empeñada que estoy por seguir estudiando algo que no me gusta. No he afrontado las cosas como debería, pero voy a intentar arreglarlo.

—La he cagado —admito—. Sé que tengo que solucionar varias cosas, y aprender a tomarme todo con más filosofía, y voy a intentarlo.

Carola nota algunas lágrimas que amenazan con salirse de mis ojos y enreda su meñique con el mío.

—Eh, no hay nada más difícil que enfrentarse a una misma. —Su gesto me da a entender que no está hablando solo de mí—. Pero más miedo da vivir sabiendo que no hiciste todo lo posible por sacar lo mejor de ti.

Nos fundimos las tres en un abrazo y las aprieto todo lo que puedo contra mí.

Es hora de empezar a hacer las cosas bien.



—Creo que te debo una disculpa.

Jorge me mira sorprendido, y no lo culpo.

Llevamos sin vernos ni hablar desde la semana pasada. Le envié un mensaje pidiéndole unos días para estar sola y pensar, hasta que esta mañana le he escrito preguntando si podíamos quedar. Así que aquí estamos, sentados el uno junto al otro en la escalera de la biblioteca mirando los jardines repletos de flores que rodean el edificio.

—Vega, yo…

—Déjame decirte esto. Si no lo suelto no sé si luego seré capaz.

Respiro hondo y lo miro. Es tan guapo que a cualquiera se le cortaría la respiración si le dedicara la mirada que me está dirigiendo ahora mismo. Pero, por desgracia para mí, no entro en ese grupo de personas. Por más que lo haya intentado con todas mis fuerzas.

—Me porté fatal el otro día. No te merecías que pagara contigo la frustración que sentía por… otras cosas. Tú solo me invitaste a comer con tu familia y yo me pasé la tarde lanzándome pullitas con tu cuñado. No tenías por qué contarme que

lo conocías, supongo que para ti solo era el idiota que te había dicho que me hacía la vida imposible con el trabajo. Pero lo que no sabes es que hay algo más...

«Venga, Vega, suéltalo».

—Antes de estar contigo, tuve algo con él. No era nada serio, ni siquiera sabría decirte si para Nico tuvo importancia, ya que no era la única en su vida, al parecer... Pero... para mí sí significó algo. Como te estarás imaginando, yo no sabía que tenía novia —recalco esa última frase con mucho énfasis—. Y mucho menos que era tu hermana. Por eso me enfadé tanto el otro día. Me ha estado mintiendo todo este tiempo y me he sentido una estúpida, pero eso se terminó. No quiero seguir haciendo las cosas mal.

—¿Sientes algo por él?

La pregunta me pilla desprevenida y pienso en Nico. En su forma de mirarme, en los hoyuelos que le salen cuando sonríe y en la forma que tiene de pasarse la mano por el pelo cada vez que se pone nervioso. Pero también pienso en que me ha engañado y en los brazos de Mónica alrededor de su cuello. En su mirada incómoda, pero tampoco hizo nada que me indicara que todo eso no era verdad, que era solo un mal sueño del que necesitaba despertar.

Trago saliva y contesto:

—No lo sé.

Y me fastidia que eso sea así, pero es la verdad. Por más que no tenga sentido que siga albergando sentimientos hacia Nico después de todo lo que ha pasado. Pero una no manda sobre su corazón y está claro que al mío le gusta mucho sufrir.

—Joder... —Se frota las manos y mueve una pierna, nervioso—. No he sido del todo sincero contigo, Vega.

Lo miro confundida, pues no sé muy bien a qué se refiere. Pero sus ojos están fijos en un punto frente a él, evitando volverse hacia mí.

—¿Qué quieres decir? Si es por lo de que lo conocías, ya te he dicho que no pasa nada, no tenías por qué...

—Sí es eso. Lo conozco. Mucho. De hecho, cuando empezó el curso no tuve que fijarme demasiado para darme cuenta de que había algo entre vosotros dos. La forma en la que él te miraba, incluso cuando tú no te enterabas, me dejó muy claro que iba a pasar algo tarde o temprano.

Se queda callado unos segundos, dudando entre si seguir o no.

—Mi hermana lleva encaprichada de Nico desde hace años. Estuvieron juntos durante una temporada, pero el año pasado él terminó la relación. Ella seguía ilusionada con él, pensando que en cualquier momento volverían y harían como que no había pasado nada. Sigue muy pillada y no acepta que se acabó. A mí...

me cabreó mucho que él cortara con ella, sobre todo cuando mi familia lo ha ayudado tanto. Así que se me ocurrió un plan. —Baja la voz con eso último, como si le avergonzara incluso decírselo a sí mismo—. Yo... pensé que, si tú estabas con otra persona, él se olvidaría de ti.

Poco a poco voy encajando en mi cabeza todo lo que me dice. La comprensión se abre paso entre la confusión. Su mirada arrepentida me confirma que todo esto no es una broma de mal gusto.

—¿Por eso empezaste a salir conmigo? ¿Porque querías quitarme de en medio?

Mi enfado va creciendo con cada segundo que pasa y me aparto unos centímetros de él. De repente, necesito más aire del que mis pulmones pueden conseguir.

—Un día salí tarde de una de mis tutorías con Joaquín y os vi a Nico y a ti. Por más que estuvierais discutiendo, se notaba que había algo más. Así que aproveché que te había visto varias tardes en la biblioteca para acercarme a ti. Al principio esa era la idea, pero luego te conocí y... Me gustaba hablar contigo, la forma en la que sientes y vives las cosas, como agarras una taza caliente porque siempre tienes frío en las manos, el modo en el que te ríes cuando te pones nerviosa... Acabé cayendo en mi propia trampa.

Me quedo callada, asimilando sus palabras.

—Me gustas, Vega. Eso no es mentira. La forma en la que me acerqué a ti puede que no fuera la más honesta, pero te estoy siendo sincero.

—¿Por qué has decidido contármelo ahora?

No me pasa desapercibida la decepción que cruza por sus ojos al ver que no le respondo a la confesión que me acaba de hacer.

—Porque has venido aquí dispuesta a disculparte y a decirme la verdad de lo que sientes. No podía seguir manteniendo el peso de esa mentira. Cuando te he preguntado si sentías algo por él..., he visto las dudas que tienes, aunque ni siquiera tú misma quieras reconocerlas.

Me remuevo incómoda y trato de disimular lo que me han afectado sus palabras. Una idea pasa por mi mente y pregunto:

—Pero si Mónica y Nico volvieron, ¿por qué montaste todo este teatro? Era tan fácil como habérmelo dicho desde el principio.

Sus ojos bajan de nuevo hacia sus manos, que se cierran en un puño hasta hacer que sus nudillos estén blancos. Verlo tan derrotado hace que sienta una sensación de lástima que me cuesta reprimir. Al menos hasta que escucho lo que me dice.

—No están saliendo, Vega.

Me parece sentir que todos los esquemas que tenía formados en mi mente se rompen uno por uno.

—Eso no puede ser. Yo misma los vi juntos en la comida. Tú estabas allí.

¿Me estoy volviendo loca? ¿Nico estaba siendo sincero todo este tiempo?

—Lo que viste era a mi hermana encima de él todo el rato. Estabas tan centrada en cómo te hacía sentir eso que no te diste cuenta de a quién miraba él.

Pero si eso es verdad, ¿por qué no se apartaba de ella? ¿Por qué no me sacó de dudas desde el principio?

«No hay nada romántico entre nosotros», me había dicho un día en clase. Al recordarlo, me siento idiota.

Entonces... ¿Cuál es esa situación complicada de la que tanto hablaba?

Nico me había dicho varias veces que no había nada, pero yo estaba obcecada en que todo lo que salía de su boca eran mentiras. Y la semana pasada, cuando terminó la comida y me abordó al salir del baño para hablar conmigo..., quería aclararme las cosas.

Y yo pasé de él, ni siquiera quise escucharlo.

Me levanto de la escalera. Estoy demasiado conmocionada por todo lo que acaba de pasar como para seguir sentada un minuto más.

—No quiero volver a saber nada de ti.

—Vega... —Jorge se levanta y trata de coger una de mis manos, pero la aparto bruscamente.

—Me da igual los motivos por los que te has movido y has creado toda esta pantomima. Has jugado conmigo como si fuera un peón en una partida de ajedrez. Solo me has usado a tu antojo.

Las lágrimas se agolpan en mis ojos e intento contenerlas. Me niego a derramarlas delante de él. Se le escapa una sonrisa triste, aunque teñida de cierto resquemor, y dice:

—Venías a eso de todos modos, ¿no? Solo te he dado una excusa para hacerte las cosas más fáciles. Ambos sabemos que tu objetivo al quedar hoy era cortar conmigo. Durante estos meses, ¿te crees que no me he dado cuenta de cómo me evitabas algunas veces? Ni siquiera querías ir a la comida. Podrás negarlo todo lo que quieras, pero a tu manera tú también me has usado a mí. Querías olvidarte de él y yo era tu opción más clara.

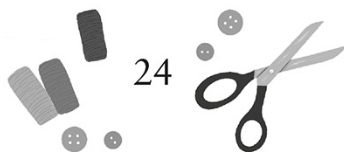
La verdad de sus palabras me llega directa al pecho. Me mira tratando de disfrazar su tristeza con enfado. Pero si en algo soy experta es en disimular mis emociones incluso cuando no tengo necesidad de hacerlo.

—No te he engañado, Jorge. Me gustas, pero no de la forma romántica en la que quería que lo hicieras, aunque haya tardado más de la cuenta en asumirlo. Sé

que no he hecho las cosas bien, pero en ningún momento mi intención ha sido hacerte daño. Y pensaba que la tuya tampoco.

Doy dos pasos atrás y, antes de irme, le digo:

—No quiero que me hables ni que me envíes mensajes diciéndome cuánto lo sientes. Solo déjame en paz, ¿vale?



24

Podría decir que me tomé bien lo que ocurrió con Jorge, pero estaría mintiendo. Ojalá hubiera sido un disgusto de dos días y que después pudiera pasar del tema como quien se termina un libro que no le ha gustado. Lo cierras, lo guardas en la estantería y lo olvidas.

Después de dos semanas, sigo sin saber muy bien cómo se le pudo pasar por la cabeza mentirme así. Sin embargo, creo que en el fondo lo que más me dolió fue darme cuenta de que tenía razón. Una pequeña parte de mí sabía que lo que tenía con Jorge no era sincero al cien por cien. Cuando cerraba los ojos por la noche y soñaba con una persona, no eran sus ojos azules los que aparecían en mi cabeza, sino unos castaños con motas en tonos miel.

Darme cuenta de que todo este tiempo Nico no había estado con otra chica fue la gota que colmó el vaso. Me lo intentó decir en varias ocasiones y yo no lo escuché. He caído otra vez en mi lado orgulloso y protector que activa las alarmas cada vez que presiente que algo no va a ir del todo como yo quiero.

He estado pensando estos días en cómo escribir a Nico para que me perdone. No he dejado de preguntarme si pedirle disculpas por mi comportamiento y contarle lo que había hecho Jorge sería suficiente, pero no he sido capaz de mover ficha. Llevamos sin hablar ni vernos desde la comida. Está enfadado y no lo culpo. Ni siquiera le dejé explicarse.

Así que he hecho lo que mejor se me da en el mundo cada vez que estoy triste: comer azúcar, leer y coser.

De hecho, estoy saliendo de una de las clases de costura a las que me apunté el mes pasado. Me dirijo a la residencia con el único objetivo de pedir una pizza

con extra de queso y obligar a las chicas a ver *Cómo perder a un chico en diez días* por sexta vez. Cuando llego, ya me están esperando en la habitación con la cena y charlando animadas entre ellas.

—Tenemos una buena noticia para ti —dice Nuri en cuanto cierro la puerta.

—Si es algo relacionado con el chico de tu clase con el que me quieres liar, ya te he contestado que no —respondo.

—Mira que te he dicho mil veces que no tienes que casarte con él, solo un rollete inocente. Ambas sabemos que no te vendría mal.

—En todo caso, no es eso lo que te queríamos decir —recuerda Carola mirando a Nuri, que sigue divagando sobre por qué debería quedar con su amigo.

—Ah, es cierto. A ver, ¿a que no adivinas qué sale en tu horóscopo del próximo mes?

—Sorpréndeme. —Me hago una coleta, ya con el pijama puesto, y me siento a su lado.

—¡Que va a ser mágico! Literalmente dice que vas a reencontrarte con un amor del pasado y que vas a prosperar en lo personal y laboral. ¿No te da que pensar?

De verdad, si me dieran un euro cada vez que Nuri basa mi vida personal en las predicciones del horóscopo me haría millonaria.

—Pero ¿qué dices de amores del pasado? Si no he tenido ninguno. Aparte de Jorge, y déjame recordarte que no quiero volver a verlo en mi vida.

—Tía, y a Nico —añade Carola mirándome como si fuera evidente.

—Él no cuenta —contesto.

—¿Y se puede saber por qué? Os mandabais mensajitos día sí y día también y os habéis liado. Ya sabes que no está con nadie. Él está coladito por ti, y tú por él. ¡Viva el amor! —Nuri pone el móvil delante de mí, como si por leerlo fuera a creérmelo más.

—No duró nada. No... dejé que fuera a más. No confié en él y se terminó, fin de la historia. Además, ya es agua pasada, ahora estoy genial.

—Ay, Vega... Qué mal mientes. No podrías ser más capricornio ni aunque lo intentaras. Siempre tratando de esconder tus emociones y queriendo fingir que estás bien. *Spoiler*: sabemos que estás de culo, deja de intentar fingir lo contrario.

—Mira que eres pesadita con tus rollos del horóscopo, me pones nerviosa.

—El tiempo me dará la razón —contesta orgullosa.

Sonrío y niego con la cabeza. Sé que no voy a hacer que cambie de idea, así que es mejor que la deje divagando.

Ponemos la película en mi ordenador y empezamos a cenar mientras comentamos lo bueno que está Matthew McConaughey en la moto. ¿Qué tendrán

las comedias románticas de los 2000 que siempre hacen que nos enamoremos del protagonista masculino? Creo que son las culpables de mis altas expectativas en el amor y de que sea un desastre cada vez que me intereso por un chico. Si es que, con tales ejemplos, ¿quién no acabaría así?

Llevamos tan solo quince minutos de película y dos trozos de pizza cuando alguien llama a mi puerta.

—Uf, seguro que es la pesada de la habitación de al lado. Siempre se queja de que tengo el volumen muy alto.

Me levanto a regañadientes y abro la puerta.

—Hola… ¿Podemos hablar?

Nico me mira directamente a los ojos. Está delante de mi puerta con una media sonrisa que hace que se me olvide cómo respirar.

—Mmm… Yo…

—¡Pues claro que sí!

Nuri chilla tan alto que creo que el pasillo entero la ha oído. Nico mira tras mi espalda y se da cuenta de que no estoy sola. Yo, en cambio, solo puedo pensar en lo guapo que está con esa sudadera verde oscuro y con el pelo revuelto, mientras que yo… Bueno, digamos que el pijama más calentito que tenía en el armario ha resultado ser uno que me compró mi madre por Navidad y con motivos de Olaf de *Frozen*.

—Puedo volver en otro momento si estás ocupada…

—Pero menuda tontería. —Nuri se levanta y cierra una de las cajas de pizza que hay en el suelo—. ¡Si ya nos íbamos!

Carola la sigue, agarrando el ordenador y un par de mantas. La imagen es digna de una foto.

—Justo estábamos comentando el sueño que teníamos —añade Carola fingiendo un bostezo muy poco convincente.

—¿A las… nueve de la noche? —apunta Nico mirando su reloj y alzando las cejas.

—Somos muy madrugadoras —contesta Nuri—. Así que nosotras nos vamos.

Las dos se empiezan a alejar por el pasillo mientras yo sigo ahí, plantada en la puerta sin decir nada.

—Entonces ¿puedo pasar?

—Claro… —murmuro mientras entra.

Nuri se da la vuelta a mitad de camino y vocaliza un «te lo dije». Paso de los gestos indescifrables que las dos tontas siguen haciendo en el pasillo y cierro la puerta.

Nico se ha sentado a un lado de la cama, junto al escritorio. Así que me

pongo en el otro extremo, donde aún queda un cartón con restos de pizza, y lo miro dubitativa.

Por mi cabeza pasan mil posibilidades por las que ha podido venir aquí. ¿Quiere echarme en cara que no lo creí cuando me dijo que no había nada entre Mónica y él? Porque no hace falta, llevo dos semanas haciéndolo yo misma.

—¿Cómo estás? —rompe el silencio.

Vale, eso sí que no me lo esperaba.

—¿Que cómo estoy?

—Sí. Tara me contó lo que pasó con el idiota..., digo, con Jorge.

Se nota que está un poco incómodo. Apoya los brazos en sus piernas y mueve la derecha de arriba abajo sin darse cuenta.

—¿Qué te dijo exactamente?

Me mira sorprendido por la pregunta.

—Pues que habíais cortado. Y, como llevo un par de semanas que no te veo ni por la universidad ni por el bar... Pensaba que a lo mejor querías hablar de ello. Estaba preocupado por ti.

Algo dentro de mí se remueve. Tara no le ha contado los detalles, solo le ha dicho que hemos terminado. Sí que he ido a clase estos días, pero es cierto que me he limitado a ir a las horas que me tocaban. Luego volvía directa a la residencia, sin pasar por la cafetería ni nada, por eso no me ha visto. Puede ser que una pequeña parte de mí le haya estado evitando, pero es que... no sabía si sería capaz de mirarlo, sabiendo que lo he estado juzgando mal todo este tiempo. Y, aun así, se ha presentado aquí solo para ver cómo estaba.

«No llores, no llores, no llores», me repito.

—Estoy bien... —contesto al mismo tiempo que una lágrima rebelde escapa de mis ojos.

Nico se da cuenta y se acerca a mí.

—¿Te ha hecho algo? Porque como sea así, te juro que... —Inspira de forma abrupta y me borra la lágrima con una suave caricia.

—No, bueno... Uf, a ver por dónde empiezo.

«Vale, Vega, allá va. No vas a volver a caer en el mismo error de no comunicarte».

Tomo aire y lo miro decidida.

Empiezo a contarle todo lo que ha pasado con Jorge. Desde la forma en la que se acercó a mi hasta el día en que me confesó por qué.

Para cuando llego al final, Nico echa chispas por los ojos.

—Lo voy a matar. —Se levanta y da vuelvas por la habitación, enfadado—. Sospechaba que no tenía buenas intenciones, pero no lo tenía claro. El muy

cabrón…

Salto de la cama y pongo las manos sobre su pecho para tratar de calmarlo.

—No quiero que hables con él —le pido.

—Pero…

—Le exigí que me dejara en paz y lo ha hecho. No quiero volver a pensar en él ni darle más protagonismo del que ha tenido.

—Esto no es solo por ti, Vega. Se acercó a ti solo para joderme, así que no se va a ir de rositas.

Lo miro a los ojos con súplica en el rostro.

—Si alguien tiene la culpa de haberlo creído, soy yo, Nico… La noche que nos conocimos, te vi yéndote con ella al coche y desde entonces pensaba que era tu novia. Él lo único que hizo fue no negármelo cuando lo comenté. En cambio, tú me dijiste varias veces que no era así, pero no quise creerte. La he cagado y lo siento.

Me siento otra vez al borde de la cama y me seco un par de lágrimas que han vuelto a caer.

—Vega… —Se agacha frente a mí, poniendo su cuerpo entre mis piernas, y me toma el mentón—. No eres la única que la ha cagado. Todo esto no habría pasado si yo hubiera sido más claro desde el principio.

—¿Más claro? Si me dijiste que no había nada romántico entre vosotros y yo te mandé a la mierda. Y el día de la comida… Menudo papelón.

Se ríe por eso último y me mira a los ojos.

Un mechón de pelo le cae sobre la frente y, sin pararme a pensar, se lo aparto con una caricia. Me parece notar un escalofrío que me sube por el brazo, aunque no sé si es por mí o por él, que ha cerrado los ojos para tomar aire.

—Tenías tus razones para pensar eso, Vega —dice mientras se levanta para sentarse a mi lado—. Yo… no estaba con Mónica cuando te conocí. Pero sí estuve un tiempo con ella, hace un par de años. No te dije nada ni te aclaré más las cosas porque no solo me concierne a mí, sino también a mi familia.

—¿Qué tiene que ver eso con tus relaciones? —pregunto con curiosidad.

—Más de lo que crees… Verás, nuestras familias siempre han estado unidas. Nuestros padres son muy amigos y los suyos han sido como unos tíos para mí. Hemos celebrado cumpleaños, comuniones e incluso viajado todos juntos. Como te habrás dado cuenta, tienen mucho dinero… —Hace una pequeña pausa cuando llega a esa parte—. Bueno, tampoco es que sea algo que haya escaseado en la mía. Tanto mi padre como el suyo son empresarios, siempre ha ido todo rodado hasta… hace un par de años.

Se queda callado y pongo mi mano sobre la suya para animarlo a seguir. Sus

ojos recorren los míos y traga saliva, como si le costara un gran esfuerzo continuar.

—Mi padre empezó a perder muchos negocios. Hizo una mala inversión y poco a poco todo lo que tenía fue cayendo como fichas de dominó. No ayudó mucho que comenzara a beber para poder sobrellevar todo el estrés que tenía encima. Empezó con un par de copas al día, ya sabes, por tirar hacia delante…

Su mirada se pierde en algún punto tras mi espalda, como si estuviera rememorándolo. Tras una pausa, continúa:

—Luego esas copas se fueron multiplicando, hasta que varios socios de sus empresas se dieron cuenta y lo dejaron tirado. El único que ha seguido a su lado es Javier, el padre de Jorge.

Lo escucho atenta, sin perder detalle de lo que dice.

—Se ha encargado de algunos de los negocios que aún siguen en pie, los únicos de los que podemos vivir hoy. —Me dirige un gesto avergonzado que deseo borrar de alguna forma, pero lo dejo seguir—: Perdimos tanto dinero que mi padre tuvo que vender muchas de las cosas que teníamos: la casa de la playa, el coche de mi madre… Estábamos acostumbrados a una vida que cambió demasiado deprisa y eso no ayudó con su problema con la bebida.

Suelta un suspiro, derrotado.

—¿Por eso faltaste a algunas clases? —le pregunto con cuidado.

Mientras hablo, le aprieto la mano, que sigue entrelazada con la mía, como si así pudiera infundirle algo de confianza. Asiente con la cabeza.

—Ha ido a rehabilitación un par de veces en el último año. Siempre parece que va a mejorar, pero de repente un mal día hace que se reactive toda esa pesadilla. Por eso a veces me ausento, duermo en la habitación de Bruno y estoy un poco gilipollas… No es excusa, créeme. Sé lo que jode cuando alguien paga contigo sus movidas personales, pero no sabía reaccionar de otra manera.

»Y luego pasó lo de Mónica. Sus padres prácticamente nos están manteniendo a flote y no soy capaz de volver a rechazarla por vergüenza a lo que puedan pensar. Terminé con ella porque no sentía lo que se supone que debes sentir por la persona con la que estás saliendo. Siempre ha sido un cariño más fraternal… Y no hemos tenido nada desde entonces. Pero ella sigue esperando que algún día volvamos. Por eso a veces se comporta como si siguiéramos juntos, aunque no sea así. El caso es que no sabía cómo explicártelo, no solo lo que concierne a la estabilidad de mi familia, sino también al bienestar de mi padre.

Me quedo sin habla cuando termina.

No sé muy bien qué responderle. No me imagino lo que tiene que haber sido para él aguantar esta situación con su padre todos estos meses.

Me acerco a él y lo abrazo. Intento arroparlo y hacerle sentir que no está solo, que tiene a alguien con quien contar cuando las cosas no vayan bien.

—Lo siento... Tiene que haber sido horrible.

Su mano se posa en mi espalda y me aprieta contra él.

Aspiro su aroma, siempre tan masculino, y descanso la cabeza en su hombro.

Para Nico tiene que haber sido muy complicado haberme contado todo esto, y valoro por encima de todo su sinceridad.

—Le dije que parara... —susurra en mi hombro.

—¿A quién? —Mi voz sale amortiguada y me separo unos centímetros.

—A Mónica. El día que te fuiste de la comida, hablé con ella y le dije que tenía que parar, que no sentía nada por ella.

—Nico, si fue por mí... —Una sensación de culpabilidad se asienta en mi pecho.

—Fuiste una de las razones, pero no la única. Me di cuenta de que mi vida no puede depender de alguien que no soy yo. No puedo estar preocupado siempre por cómo van a afectar mis acciones a otras personas. También ayudó ver que Jorge revoloteaba a tu alrededor todo el tiempo. Cuando te vi en el bar con él, y que ponía su brazo sobre tu silla y te besaba... Digamos que quise matarlo esa noche.

Me dedica una sonrisa ladeada y por mi cabeza pasan cien formas distintas en las que me gustaría besarlo. Pero antes siquiera de plantearme seriamente hacerlo, se aparta un poco más de mí y se sienta mejor en la cama.

—Menuda noche de confesiones, ¿eh?

—Ni que lo digas —contesto.

—Sé que a lo mejor no quieres saber nada de mí después de lo que te acabo de contar.

—¿Por qué dices eso?

—No sé. —Se revuelve el pelo y suelta un suspiro, cansado—. Porque te mereces a alguien que no tenga tantos líos a su espalda.

Su voz suena resignada, como si no tuviera esperanzas de que las cosas pudiesen arreglarse entre nosotros.

—Eso es una tontería. Quiero estar para lo que necesites, ¿vale?

Lo miro directamente a los ojos, como si con ese gesto pudiera infundirle toda la convicción que siento ahora mismo.

—Solo déjame estar para ti, no te encierres —le pido.

Afirma con la cabeza, tragando saliva.

—¿Y si empezamos de nuevo? Sin pensar en nada de lo que ha pasado —ofrece de repente.

—¿Cómo? —dudo.

—Tú y yo. Podemos dejar todo esto atrás, hacer como si no hubiera sucedido.

No me hace falta meditar mucho mi respuesta. Ver la media sonrisa que me está dedicando ahora mismo me crea un cosquilleo en el pecho tan grande que creo que, si me pidiera tirarnos de un avión sin paracaídas, lo haría sin dudarlo ni un segundo.

—Me parece bien —acepto.

—De acuerdo. Soy Nico.

Me tiende la mano y yo resoplo divertida. Incluso después de haber vivido este momento tan íntimo, Nico es capaz de sacar su lado más chulo dedicándome esos ojos seductores.

—Yo, Vega —le devuelvo el apretón—. Tienes pinta de ser el chulo de turno.

—Y tú de ser la típica canija a la que se le da fatal decir insultos originales.

Le aprieto bien fuerte el pulgar en respuesta.

—¡Auch! Para ser tan enana, tienes mucha fuerza. —Me guiña el ojo sin apartar su mano de la mía—. Presiento que este es el inicio de una gran amistad.



Ya estoy aquí

Llego en cinco minutos!

Llegando tarde, eh? No hacía falta que te hicieras la interesante

No te cansas de ser, no sé... tú?

Quieres decir increíble?

Maravilloso?

Terriblemente irresistible?

Más bien un chulo de primer grado

No. Es un talento innato

Pongo los ojos en blanco y guardo el móvil.

Cuando llego a la cafetería, veo que se ha sentado donde siempre, en ese rinconcito junto al ventanal donde hace tan solo unos meses estuvimos haciendo el trabajo. Lleva unos vaqueros y una camiseta de manga larga blanca que se ajusta a la perfección a sus hombros. En serio, sigo sin entender por qué toda su ropa tiene que acentuar cada músculo de su cuerpo. Incluso varias chicas de la mesa de al lado se finjan en él y le lanzan miraditas. Pero Nico o no se da cuenta o pasa de ellas, solo mira a través de la ventana y da un trago a su vaso de agua, tranquilo.

Venir aquí se ha convertido en una especie de costumbre a la que he preferido no darle muchas vueltas. Todo empezó hace apenas unas semanas, cuando me propuso tomarnos un café y estudiar un rato. No hace falta que os diga que estudiar era lo que menos me interesaba del plan, pero eso no iba a decírselo. A veces comemos aquí y luego pasamos la tarde hablando. A veces fingimos que miramos los apuntes y otras directamente venimos a merendar algo.

Hoy, después de salir de clase, no le he dicho a Tara que se venga por una razón muy simple y básica: me gusta pasar tiempo con Nico. A solas.

Llego a su altura y me recibe con una media sonrisa.

¿Sentir que tu estómago se encoge con solo ese gesto es normal?

—Ya pensaba que te habías perdido.

—Imposible. Podía oler desde hace dos kilómetros el aroma de tu ego, solo he tenido que seguirlo y, ¡tachán! —canturreo señalándome a mí misma—. Aquí estoy.

Niega con la cabeza con una sonrisa.

—Gran forma de decir que te gusta cómo huelo. Mi perfume es inconfundible.

Me siento y espero a que pida nuestras bebidas.

—¿Cuál toca hoy? —pregunto con curiosidad.

Durante las tardes que hemos venido, he dejado que Nico sea el encargado de elegir qué vamos a tomar. En parte lo hago porque sé que le gusta enseñarme sus sabores y combinaciones favoritos, y también porque me encanta picarle diciéndole lo asquerosos que están, aunque sea mentira.

—¿Por qué preguntas siempre? Sabes que no te lo voy a decir, perdería la gracia —asegura.

Pongo ojitos y le dirijo una mirada suplicante.

—¿Ese es tu truco? Madre mía... —Se carcajea.

Insisto un poco más, esperando que surta efecto, pero su cara me indica que no tiene ninguna intención de decírmelo.

—Tienes un corazón de piedra —refunfuño, dándome por vencida.

Samuel, el camarero de siempre, se acerca y toma nota de lo que Nico le dice al oído para que yo no lo escuche. Nos dirige un gesto risueño, divertido por el extraño juego que tenemos.

—Marchando —confirma, y se dirige a la cocina.

Mientras esperamos, Nico saca su ordenador y algunas libretas. Yo, en cambio, coloco sobre la mesa unos lápices de colores.

—¿Por qué tengo la sensación de que hoy no vas a estudiar?

—Calla —contesto.

—¿Al menos me dejarás pintar algo? Creo que el otro día descubrí un nuevo talento, tendrías que añadirlo a la lista.

Me hago una coleta alta y pongo los ojos en blanco.

—¿Esa en la que está ser un chulo?

—Esa misma —canturrea mientras se cruza de brazos, orgulloso.

—Eres de lo que no hay. Además, ese dibujo se parecía más a una mancha negra que a la chaqueta que pretendías pintar. —Me río.

—Qué mal llevas que se me dé tan bien. Tranquila, canija, no te quitaré el protagonismo si el día de mañana esa obra de arte llega a ver la luz.

Paso de él y abro mi cuaderno.

Algunas tardes, como hoy, no me apetece amargarme repasando toda la materia acumulada que tengo, que es mucha. Prefiero disfrutar de la compañía del chico de ojos marrones que me mira ahora mismo con gesto divertido. Si a eso le sumo una dosis de azúcar y un rato haciendo bocetos para mis clases de costura, mi estado de ánimo alcanza niveles muy positivos.

Llevo ya un mes en el curso de tardes al que me apunté para mejorar mi técnica y estoy muy contenta de haber tomado esa decisión. Ayer, cuando terminó una de las clases, la profesora, Raquel, se acercó a mi mesa de trabajo para hablar de mis cualidades. Quiso ver mis diseños y dijo que le gustaba mucho un vestido verde que estoy haciendo para regalarle a Carola. Solo con ese gesto me alegró el día.

En cuanto salí, lo primero que hice fue llamar a Nico, pues ahora se me hace extraño el día que no hablamos de una cosa u otra por teléfono. Escuchar su voz contenta cuando se lo conté me reconfortó mucho más de lo que esperaba.

Desde que decidimos «empezar de nuevo» y ser amigos, las cosas no han cambiado mucho entre nosotros. No nos hemos besado ni hemos tenido líos raros que me hagan cuestionarme nuestra amistad, aunque mentiría si dijera que mis sentimientos por él se han esfumado. En todo caso, ahora son mucho más fuertes que antes.

Nos hemos ido conociendo más y más durante este mes. Gracias a eso, me he dado cuenta de la persona tan increíble que se esconde tras esa irritante fachada que se pone a veces. Es como si, en cierta forma, algo hubiera hecho clic en mi cabeza. No sé si a él le pasa lo mismo conmigo, pero a veces lo pillo mirándome fijamente. ¿Aún siente algo por mí o es que tengo algo entre los dientes y no sabe si decírmelo?

El camarero me saca de mis pensamientos cuando pone nuestras bebidas en la mesa.

—A ver qué te parece —me anima Nico para que la pruebe.

Agarro la taza con las manos y soplo un poco para que se enfríe.

Doy un pequeño sorbo y la saboreo.

—Mmm… —digo.

Me parece notar un regustillo a avellana y nueces. Está genial, como cada una de las bebidas que elige, pero pongo una expresión neutra mientras me encojo de hombros. Me encanta ver cómo se pica cada vez que me niego a admitir que ha acertado.

—No te hagas la interesante, sé que te encanta. Está buenísimo.

Como para corroborarlo, el muy idiota coge su taza y le da un trago profundo, sin tener en cuenta que aún está caliente.

—¡Joder! —grita.

Saca la lengua y mueve sus manos frente a ella, como si así fuera a aliviar la quemazón que tiene que estar sintiendo. Empiezo a reírme tan fuerte que se me escapan un par de lágrimas de los ojos.

—¿Cómo se puede ser tan pringado? —Me carcajeo.

Es una imagen digna de foto: el pelo revuelto, los ojos como platos y los aspavientos que sigue haciendo frente a la boca.

—Esta me la vas a pagar —gruñe fingiendo enfado.

—Me encantará ver cómo lo intentas.

Para dar énfasis a mi actitud tranquila, me llevo la taza a los labios y le doy otro sorbo. No separo mis ojos de los suyos mientras lo hago y él tampoco se pierde detalle de mis movimientos.

Veo que traga saliva despacio y se humedece los labios.

—Algo se me ocurrirá —asegura.



Observo el marcador y me llevo las manos a la cara. Quizá, si me la tapo, nadie notará la vergüenza que estoy pasando.

—Tía, mira que eres mala. —Nuri se pone a mi lado y se fija en la pantalla.

Ni un solo bolo he tirado en toda la partida. A ver, no es ningún secreto que nunca se me ha dado bien jugar a los bolos, pero de ahí a que no caiga ni uno... Esto es lamentable.

—Os he dicho que había que poner barreras —refunfuño cuando me siento.

Hemos venido todos a jugar a unos recreativos que hay cerca de la residencia. Y cuando me refiero a todos incluyo a Tara, Inés, Bruno y... Nico. Y aquí estoy, haciendo el ridículo más grande de la historia y con una panda de graciosillos comentando cada uno de mis lanzamientos fallidos.

—Eso es para los niños pequeños —comenta Inés entre risas mientras observa a Tara lanzar.

—¿Y qué te crees que tenemos aquí? —dice Nico.

Le dedico una mirada de advertencia y se ríe mientras vocaliza un «canija». «Idiota», contesto de la misma forma.

Después va Carola, que es casi igual de mala que yo y ha tirado solo un bolo, la pobre. Luego Nuri se enfada porque le quedan dos en pie y se queja de que están trucados. En serio, me preocupa lo competitiva que es. Tras ellas, le toca a Nico.

Pasa por mi lado para agarrar la bola y me susurra:

—Mira y aprende.

Resoplo y me guiña un ojo mientras se pone en posición.

—Os veo genial —comenta Nuri cuando llega a mi lado.

—¿Qué? —pregunto.

—A Nico y a ti. Estás mucho más animada últimamente y algo me dice que no solo tiene que ver con el curso de costura.

Me muerdo el labio y la miro.

—Hemos... estado quedando, como amigos, ya sabes —admito.

Asiente con la cabeza y me dirige un gesto confiado.

—Claro que lo sé. Yo y todos los que estamos aquí. Somos conscientes de las citas «de amigos» que habéis estado teniendo las últimas semanas. Pero no os

hemos dicho nada porque os vemos felices en vuestra burbuja particular. —Sonríe.

—¿Cómo? No os comenté nada —contesto.

—¿Aparte de que se os nota muchísimo? A ver si te piensas que no vemos esa sonrisa boba que te sale cada vez que te mandas mensajitos con él... También puede ser que Inés pasara por cierta cafetería el otro día y os viera allí.

—Mira que sois cotillas —me quejo.

—Los amigos estamos para eso. —Se encoge de hombros, divertida.

—No ha pasado nada entre nosotros —le aclaro.

—Lo sé. En caso de que fuera así, creo que ya habrías venido a contárnoslo. Pero que sepas que él está hasta los huesos por ti.

La miro dubitativa.

—¿Tú crees? —cuestiono.

—¿Tú no? Se le nota a la legua. Pero creo que él tiene tanto miedo como tú de volver a cagarla.

Observo a Nico, que se dispone a lanzar la bola por fin.

—¡Pleno! —grita, divertido.

Se vuelve buscando mi mirada y me tiende la mano.

—Venga, canija, que voy a enseñarte cómo se hace.

Su sonrisa fanfarrona contrasta con la mía, que tiene que estar gritando a los cuatro vientos: «¡Me encantas!». Cojo su mano y me acerco para que me enseñe el lanzamiento del que tanto presume, aunque sé que nuestros amigos nos miran y confirman sus sospechas. Pero ya no me importa.



—No puedo más. —Me llevo las manos a la cabeza y suelto un suspiro.

—Eres una exagerada.

—Llevamos así cuatro horas, necesito un descanso.

Hemos estado toda la tarde estudiando en mi habitación. En apenas dos semanas empiezan los parciales y aún me quedan varios temas que terminar si quiero aprobar. Nico ha venido para explicarme algunas cosas, una de las ventajas de tener cerca a un listillo de segundo. Me sorprende que no se haya

exasperado con las preguntas que le he ido haciendo cada dos minutos. Estoy cansada y perezosa, pero ha seguido como si nada, incluso cuando he soltado algún que otro bostezo mientras hablaba.

¿He dicho ya que odio las leyes?

—¿Y si hacemos palomitas y vemos una peli? Ya es tarde, podemos seguir mañana —propone.

Cierra el libro y se recuesta en la silla

Finge estirarse, como si estuviera cansado, pero sé que lo hace por mí. Llevo quejándome casi desde que hemos empezado.

Me encuentro a mí misma sonriéndole.

—Me has leído el pensamiento.

—Bien, pero las hago yo. Sigo traumatizado por el casi incendio que provocaste la última vez con tus habilidades culinarias.

—Eh, que fue culpa tuya —ataco.

Recuerdo que me exasperó tanto que se me olvidó que el microondas seguía funcionando. Parece que fue hace una eternidad y no hace tan solo unas semanas.

—Claro, sigue engañándote a ti misma —contesta con una media sonrisa mientras se dirige hacia la cocina.

Me encuentro a mí misma devolviéndole el gesto, a pesar de que ya no puede verme.

Preparo el ordenador y pongo varios cojines en la cama de tal forma que estemos lo más cómodos posibles. No negaré que por mi cabeza se suceden varios posibles escenarios en los que podríamos terminar besándonos con pasión sobre mi almohada.

«Ay, Dios mío».

Para cuando vuelve, creo que estoy sufriendo un pequeño ataque de nervios.

«A ver, que no tiene por qué pasar nada, calma, Vega», me intento tranquilizar.

Me tumbo a una distancia considerable y Nico se recuesta a mi lado. Se pone el cuenco de palomitas en el regazo mientras intento disimular mis mejillas enrojecidas haciendo como que repaso mi lista de películas.

—Ni lo intentes, canija, ya sé qué película vamos a ver.

Dejo de prestar atención al ordenador.

—Pero ¿qué dices? Vamos a elegirla entre los dos —refunfuño.

—Te hice la promesa de que pondría remedio a tu problema de cultura general y, como el caballero que soy, voy a cumplirla.

—Venga ya, no lo dirás en serio.

Me dedica un gesto divertido.

—A estas alturas, me ofende lo poco que me conoces.

Deja las palomitas sobre la cama y me quita el ordenador de las manos.

—¿Vas a hacer que veamos *Gru, mi villano favorito*?

No sé por qué me molesto en preguntar si ya sé su respuesta.

—Te va a encantar —contesta, convencido.

—Está bien. —Me doy por vencida enseguida porque sé que es una batalla perdida—. Pero la próxima la elijo yo. Y no podrás quejarte —advierto.

—Vale.

—¿Prometido? —insisto.

Aparta sus ojos de la pantalla y me dirige una mirada que pretende ser inocente, pero ambos sabemos que él es de todo menos eso.

—Palabrita de *scout* —contesta llevándose la mano al pecho.

Pongo los ojos en blanco. No me creo ni una palabra, pero no añado nada más y dejo que le dé al *play*.

La película empieza y nos quedamos callados mientras vemos que en la pantalla aparecen millones de minions haciendo el tonto.

Cuando llevamos diez minutos así, miro de reojo a Nico, extrañada porque no haya hecho ningún comentario de los suyos.

—Estate atenta, tus hermanos salen en una película. Yo que tú estaría orgulloso.

Sabía que el idiota no mantendría la boca cerrada.

Indignada, le tiro a la cara el puñado de palomitas que tengo en la mano.

—¡Hey! ¿Te han dicho alguna vez que tienes problemas de agresividad?

Entorno los ojos. Creo que incluso echo un poco de humo por las orejas.

—Vale, eso es que no —se contesta a sí mismo.

Suelta una carcajada y levanta las manos, como si así me fuera a hacer creer que ya no tiene más bromas que soltar por esa boquita tan maligna que tiene.

Volvemos a centrarnos en la película o, bueno, a intentarlo. Cada cinco minutos, mis odiosos y caprichosos ojos no dejan de fijarse en el chico que come palomitas a mi lado.

Lleva unos pantalones de chándal grises y una camiseta blanca. El pelo se le ha revuelto más de lo habitual y le caen varios mechones sobre la frente. Tengo que contener mi mano, que de repente se muere de ganas por apartárselos. Me fijo en su perfil, la nariz recta, esos labios tan definidos, la forma en la que sus ojos me miran...

Un momento.

—¿Está interesante la película? —pregunta.

«Mierda».

—Solo estaba comprobando que no te estabas quedando dormido. Me ha parecido oírte roncar.

«Ya está bien, Vega. Deja de mirarlo como si te murieses por besarlo. Sois amigos».

Sí, claro. A ver quién se cree eso ahora.

—Ah, ¿sí? Me había dado la impresión de que estabas embobada mirándome, como tienes la barbilla llena de baba…

Alarmada, me paso corriendo los dedos por la cara para limpiar cualquier resto que pueda haber, pero está seca.

—Idiota —le digo volviendo a fijar la vista en el ordenador.

Empieza a reírse por mi reacción, noto su cuerpo vibrar a mi lado.

Mis párpados se van cerrando poco a poco conforme avanza la película, a pesar de que les pido más de una vez que se queden abiertos. El peso de la semana aparece sobre mí de repente y solo quiero dormir. Me acomodo sobre el hombro de Nico, que es mucho más cómodo que el cojín sobre el que tenía la cabeza, y se me escapa un suspiro de satisfacción. Al cabo de un rato, me parece notar que me pasa un brazo por el hombro y me acaricia.

—¿Vega? ¿Estás dormida? —pregunta en susurros.

—¿Mmm? —Estoy tan a gusto que no tengo fuerzas para contestar nada más.

Mis ojos llevan ya unos minutos cerrados y sospecho que en apenas unos segundos voy a ser yo la que ronque en su pecho.

—Me encanta pasar tiempo contigo. Haces que me sienta bien —murmura bajito.

Pero no soy capaz de contestarle, sus caricias y su voz terminan de hacer que me rinda al sueño.

Cuando me despierto a la mañana siguiente, su lado de la cama ya está frío y la decepción sacude mi cuerpo.



Qué haces?

Nada

Algo tendrás que estar haciendo

Mmm... Respirar?

No querrás decir suspirar por mí?

Iba a ponerme a ordenar mi habitación

Qué aburrida

Tú que hacías?

Ir a por ti! Bajas en diez minutos?

Qué estás tramando?

Yo? Nada, soy un angelito

Llevo un peto vaquero lila y un top de cuello vuelto que me he hecho yo misma esta semana y del cual estoy muy orgullosa. Me monto en el coche de Nico con una amplia sonrisa de boba. «Uf, ¿en serio, Vega?».

—¿Adónde vamos? —pregunto mientras me abrocho el cinturón.

—Tú solo elige la música y déjame a mí lo demás.

Me tiende su móvil y rebusco en él hasta encontrar la canción que me apetece escuchar. «Somewhere only we know» de Keane empieza a sonar y Nico marca el ritmo con las manos sobre el volante.

—Me suena esta canción —dice guiñándome un ojo.

Me encojo de hombros y respondo:

—Me encanta, no he dejado de escucharla desde que me la pasaste.

Fue una de las primeras que me mandó cuando empezamos a intercambiar mensajes. Ahora no puedo evitar acordarme de él cada vez que la escucho.

Me dirige un gesto que lo dice todo mientras para en un semáforo y, sin venir a cuento, empieza a cantar sobre encontrar un sitio, o más bien a alguien, en el que apoyarse.

Su voz se cuela en mis oídos y hace que me quede embelesada por la forma que tiene de transmitir tanto con tan solo una estrofa.

—Si no cantas conmigo, no tiene gracia —dice entre versos.

Me mira para animarme a unirme a él, pero niego con la cabeza.

—Canto fatal —confieso.

—Seguro que no es verdad —insiste.

La canción sigue sonando, acompañada por la voz de Nico, que llena cada rincón del vehículo.

—En serio, desafino muchísimo. Paso de hacer el ridículo contigo, me lo estarás recordando siempre —bromeo.

—Pues hagamos el ridículo juntos.

Baja las ventanillas del coche y sube el volumen de la música a tope.

Empieza a cantar la siguiente estrofa entre chillidos horribles, entonando mal muchos versos, y me dirige una mirada cómplice.

Varios coches y algunos peatones que se encuentran cerca se vuelven para mirar al loco que hace tanto ruido, pero Nico no despega sus ojos de los míos y sigue cantando como si nada.

Muerta de vergüenza, y de algo más al comprobar que no deja de sonreír mientras me mira, me uno a él y empiezo a cantar.

Al principio canto bajo, aún tímida, pero cuando llega el estribillo, Nico me agarra de la mano. Entonces, todo lo alto que podemos, alzamos la voz y juntos entonamos una letra sobre irnos a un sitio que solo conozcamos nosotros.

Varios coches empiezan a pitarnos cuando el semáforo se pone en verde, pero hasta que no termina la canción Nico no se digna arrancar el coche. Muchos de ellos se quejan cuando pasan por nuestro lado, pero él no se deja amilanar y sigue cantando como si nada. Y yo no dejo que lo haga solo.

Seguimos así el resto del camino, canción tras canción. Hacemos el tonto y nos movemos simulando que bailamos sobre el asiento, hasta que llegamos a un aparcamiento.

—Madre mía —digo con la garganta irritada—. Eso ha sido...

—Increíble —contesta sonriente—. Debo decir que tenías razón.

—¿En qué?

Bajamos del coche y lo ayudo a sacar varias cosas del maletero.

—Cantas fatal. Tranquila, no se lo diré a nadie.

Le doy un golpe en el hombro fingiendo estar indignada, pues sé que lo dice solo para picarme.

—Pero si el que ha empezado a gritar como un descosido has sido tú —refunfuño.

—Porque no quería que desafinaras sola, pero creo que hemos dejado sordas a varias personas de camino. —Suelta una carcajada y le propino otro golpe—. ¡Auch! Serás una canija, pero pegas fuerte.

Con un resoplido, agarro la bolsa que me tiende y lo sigo.

—¿Adónde vamos? —pregunto con curiosidad.

—Ahora verás —dice en tono misterioso.

Giramos una calle y andamos unos minutos más hasta que me empieza a sonar la zona por la que caminamos.

—¿El Retiro?

Sacude la cabeza y sonríe, divertido por mi insistencia.

Pero tengo razón, así que lo miro orgullosa mientras cruzamos la puerta y me guía unos minutos hasta llegar a uno de los espacios donde no hay mucha gente. Saca una manta enorme y la estira sobre el césped. A lo lejos se ve el estanque y varias barcas que me recuerdan la vez que vine con las chicas.

—¿Me has preparado un pícnic? —tanteo, sorprendida.

—He visto el día que hacía y he pensado, ¿por qué no? —confirma mientras se encoge de hombros.

Se sienta y empieza a sacar de la mochila un montón de comida que no sabía que traía. El sol se cuela entre los árboles. Es verdad que hace un tiempo

estupendo: ni mucho calor ni mucho frío. Es primavera, por lo que las flores pintan de colores gran parte de los jardines.

—¿Te vas a sentar o piensas quedarte de pie todo el día?

Intenta aparentar tranquilidad, pero noto que está un poco nervioso por la forma en la que se revuelve el pelo.

Pues ya somos dos. De repente, me entra la timidez. Me pongo junto a él y trato de dejar un poco de espacio entre nosotros.

¿Esto es una cita? Nunca nadie había hecho algo parecido por mí. Dijimos que empezaríamos de nuevo, pero ¿eso quiere decir que en algún momento pasaremos la barrera de la amistad?

No quiero hacerme ilusiones ni fastidiar lo que tenemos ahora. Es como si, a su lado, todo lo demás dejara de importar y solo existiéramos él y yo. Pero algo dentro de mí sabe que mis sentimientos no han desaparecido. En todo caso, han ido aumentando más y más conforme paso más tiempo junto a él.

Trato de dejar todos esos pensamientos y nervios a un lado y me enfrasco en mi tarea principal de ahora mismo: comer.

Nico me obliga a probar los cien tipos distintos de queso que ha traído y que sigo sin saber cómo ha podido meter en la mochila. No sé qué especie de manía tiene con el queso, pero según él no podemos llevarnos bien si no me tomo como mínimo la mitad, así que trato de contentarlo dándole un pequeño bocado a cada uno.

—Este sabe a pies —digo, asqueada, dejándolo otra vez en el plato.

—Eres una floja —contesta mientras me tiende un poco de agua.

Tras probar tres tipos más, de los cuales solo me llega a gustar uno, pasamos a los sándwiches.

Charlamos tranquilos mientras el sol nos da en la cara. En la zona en la que nos hemos puesto, apenas hay gente. Se respira un silencio muy tranquilo que solo rompen mis carcajadas cuando Nico suelta alguna de sus tonterías.

Al cabo de un rato, recogemos los restos y nos tumbamos el uno junto al otro sobre la manta.

—Oye… ¿Cómo estás? —pregunto cuando llevamos un tiempo acostados.

Nuestros cuerpos están muy cerca, pero no llegan a tocarse.

Ladea la cabeza hacia mí.

—Genial, aunque un poco cansado —contesta, risueño.

Lleva varios rizos despeinados que me invitan a pasar los dedos entre ellos y, gracias a la luz, puedo ver esas motitas color miel en sus ojos que tanto me gustan.

Niego levemente y le explico:

—No me refiero a ahora mismo, sino a… ¿cómo está la situación en tu casa?

Me muerdo el labio y espero a que responda.

Llevo varios días pensando en preguntárselo, pero no quiero que esté incómodo ni incordiarlo.

Tarda unos segundos en contestar.

—Bueno… —dice al fin—. Mi padre no está en casa, sigue en rehabilitación. Esperamos… Espero que esta vez sea la definitiva. Así que yo me quedo con mi madre y la ayudo con algunas cosas. El padre de Mónica sigue encargándose de los pocos negocios que nos quedan. Cuando termine la carrera, intentaré ser yo el que le ayude.

—¿Y eso es lo que de verdad quieres? —pregunto con cuidado.

Toma aire y lo suelta despacio.

—Sí. Quiero ser capaz de ayudar a mi padre y a la gente que, como él, ha tenido problemas. Me gustaría asesorarles y tratar de que no cometan los mismos errores.

—¿Y la música? —digo con curiosidad.

—Es mi vía de escape, lo que hago cuando necesito desfogarme. Ya tocamos los jueves y ensayamos tres veces por semana. Aunque esos momentos de desconexión me ayudan, ya te dije que no me gusta tanto como para dedicarme a ello toda mi vida.

—Te entiendo, a mí me pasa eso con los libros. Busco en ellos ese espacio seguro en el que puedo respirar tranquila.

Acerca un poco su mano a la mía y nuestros dedos se rozan.

—¿Y el diseño? —indaga.

Dudo un poco.

—Es algo a lo que me encantaría dedicarme —confieso.

Es la primera vez que lo admito, no solo en voz alta, sino a mí misma también. Pero es la verdad y cada vez me cuesta menos afrontarla. Desde que me regalaron la nueva máquina de coser y empecé con el curso de costura, han ido creciendo en mí las ganas de dedicarle más tiempo.

—¿Y por qué no lo haces?

Me toqueteo el pelo porque, de los nervios, no sé dónde poner las manos.

—Porque aún me da demasiado miedo que no salga bien —admito.

Se queda callado y noto que junta sus dedos con los míos. Se acerca un poco más a mí, haciendo que nuestros hombros se toquen.

—Irá genial, estoy seguro.

La convicción en sus palabras hace que surja en mí un sentimiento reconfortante que me llena el pecho y calma un poco esa voz insegura que nunca

desaparece.

Una brisa de aire pasa sobre nosotros y hace que mi piel se ponga de gallina, siento un poco de frío. Ahora mismo maldigo mentalmente a la Vega que ha salido de la residencia sin chaqueta, pensando que ya no hacía falta.

Nico se da cuenta y se incorpora, buscando algo en su mochila.

Me quedo muerta e incluso creo que dejo un poco de respirar cuando veo lo que saca de ella.

—¿Cómo es posible que la tengas?

Me tiende la chaqueta que hace un tiempo di por desaparecida de manera oficial.

—Bueno… La noche que fuiste al bar, cuando estábamos tocando en el escenario, vi que la dejabas en la barra y luego te marchabas. La guardé para dártela, pero… es evidente que me la quedé más de lo que debería. —Se rasca la cabeza, un poco avergonzado—. La he traído por si tenías frío.

Me incorporo a su lado y me la ofrece. Una vez la tengo puesta, respiro su aroma. Ya no huele a mí, noto un ligero olor a menta que identifico enseguida.

La noche que lo vi tocar por primera vez, ¿tanto se estuvo fijando en mí? Sabía que me había visto, pero en esa época no nos llevábamos tan bien como para que se preocupase por guardarme la chaqueta. Otro habría pasado y la habría dejado allí tirada.

Pero Nico no. Por si necesitaba otra razón más para darme cuenta de lo equivocada que estuve con respecto a él desde el principio.

—Gracias… —digo un poco emocionada.

Creo que este simple gesto significa para mí mucho más de lo que se puede imaginar.

Acerca su cuerpo al mío y se mueve levemente haciendo que nuestros hombros se rocen y nuestras caras queden muy cerca la una de la otra. Traga saliva, y noto la indecisión en sus ojos, pero también las ganas y la anticipación. Esta vez, si lo hacemos, será distinta a todas las veces anteriores. Así que muevo mi cuerpo, de manera que quede aún más pegado de lo que ya estaba al suyo, y le devuelvo una mirada llena de deseo. Cuando se da cuenta, pone su mano sobre mi mejilla. Sin prisa, acerca su boca a la mía, como si me diera tiempo a que pueda negarme en cualquier momento. Pero no pienso hacerlo.

Me da un beso lento, como si tanteara el terreno, aún inseguro. Se lo devuelvo, buscando profundizarlo, y un sonido ronco le sale del fondo de la garganta y enreda su lengua con la mía. Entonces me acuesta sobre la manta sin separar nuestras bocas, quedando encima de mí.

Apoya un brazo en el suelo para no aplastarme con su peso. Con la otra mano

sigue acariciándome la cara como si fuera la cosa más delicada del mundo. El sabor de su boca me encanta. Suelto un leve gemido y él se aprieta aún más contra mí, como si no fuera suficiente ese contacto y necesitara más.

Seguimos así un rato, unidos por nuestros labios y con la respiración entrecortada, hasta que se separa y me dirige una mirada que lo dice todo.

En ese momento, sé que ya no hay vuelta atrás. Hemos pasado definitivamente la línea imaginaria que pusimos entre nosotros y parte de mí suelta un pequeño suspiro de alivio.

Una parte de mí, porque la otra entra en colapso y se caga de miedo solo de pensar que esto para Nico pueda ser solo un lío sin importancia.

—¿Qué es esto? —suelto de repente.

Agranda un poco los ojos, sorprendido por mis palabras.

—¿Un beso? —tantea, dudoso.

Resoplo y me llevo las manos a la cara. De repente, estoy agobiada y, para qué voy a mentir, asustada. Porque, joder, me ha encantado.

—No me refiero a eso, sino a nosotros. ¿Qué significa esto? Dijimos que empezaríamos de nuevo, que seríamos amigos. Pero nos quedamos en mi habitación viendo películas hasta las tantas, estamos juntos casi todas las tardes, y acabamos de comernos la boca.

—Vega… —trata de decir.

Pero no le dejo.

—Yo no suelo hacer esto con mis amigos. Significa algo, ¿no? Porque para mí sí. Desde hace mucho tiempo. No me he olvidado de mis sentimientos y para mí no eres solo un amigo. A no ser que tú trates a tus amigas así, y en ese caso tendríamos un problema. Ay, Dios mío… ¿Lo haces?

Respiro, acelerada. Busco aire desesperadamente tras la verborrea de palabras que acabo de soltar por la boca. Creo que incluso me cae una gotita de sudor por la frente.

Me fijo en el gesto divertido de Nico. Pues vaya, me alegro de que le entretenga mi cacao mental. Abre la boca, con la clara intención de contestar algo, pero mis nervios hacen de las suyas y lo interrumpen otra vez.

—Supongo que no, pero después de todo lo que pasó con Mónica, comprenderás que quiera preguntarte. Ser claros el uno con el otro, ya sabes. Porque yo no quiero ver a nadie más, y me gustaría saber si para ti esto es un rollete entre amigos o si de verdad te importo. En el caso de que no fuera así, yo no sé si podría aguantarlo…

De repente, su boca se posa en la mía y me calla con un beso. Sin pensar, envuelvo mis brazos alrededor de su cuello, atrayéndolo hacia mí y acariciando

su espalda.

Me encanta besar a Nico. Aunque parezca apresurado algunas veces, lo hace con una habilidad y una delicadeza que consigue que cada poro de mi piel se active en respuesta. Sus labios me provocan, juegan con los míos y se toma su tiempo para saborearme.

—¿Te he dicho que me encanta cuanto te pones nerviosa y empiezas a decir cosas sin sentido? —susurra todavía sobre mi boca.

Niego brevemente con la cabeza, acalorada, y sigue:

—Para mí, esto no es un «rollete entre amigos». Créeme, jamás me he sentido de esta forma con nadie. Yo… no he querido sacar el tema para no agobiarte. Después de todo lo de Mónica y Jorge, quería ir poco a poco y hacer las cosas bien contigo. No estoy viendo a nadie ni tampoco tengo intención de hacerlo. Para mí solo existes tú y, aunque te pueda sorprender, me… ponía nervioso pensar que a lo mejor tú no estabas lista para estar conmigo.

Se separa un poco, pero no lo suficiente para que su nariz deje de rozar la mía, y me mira con esos ojos suyos que parecen contener mil emociones.

—Me has preguntado qué es esto, ¿no? Pues no es solo un comienzo, Vega. Nosotros empezamos hace ya mucho tiempo, solo que hemos hecho alguna que otra parada en el camino. A veces las cosas más bonitas no son las más sencillas. Esto es una promesa, es un nosotros. La cuestión es, ¿estás dispuesta a que haya un nosotros?

La voz le tiembla un poco en esa última frase.

No se da cuenta del efecto que han tenido en mí sus palabras. Ni siquiera yo sabía cuánto necesitaba oírlas hasta que las ha dicho. Levanto la mano y le acaricio la mejilla, capturo sus ojos con los míos y acerco su boca a la mía.

—Estoy más que dispuesta —acepto segura mientras vuelvo a unir nuestros labios.



27

Los días se van fundiendo con las noches y, sin apenas darme cuenta, llega el mes de abril.

Ni siquiera sé cómo ha pasado, pero de repente Nico y yo ya no somos dos amigos que tratan de conocerse y encajar de alguna forma que no acabe destruyendo al otro. Ahora somos solo eso, Nico y Vega. Vega y Nico.

Y me encanta.

Desde que empezamos a salir oficialmente, todo ha ido tan bien que aún me parece que esto es un sueño. Pero no, cada vez que lo miro y me dedica su sonrisa socarrona antes de unir nuestros labios, sé que es real.

Estas últimas semanas han sido una mezcla de caricias, besos y abrazos íntimos. Pero también de frustración por la dichosa universidad, de las voces de mis insistentes pero cada vez más controladas inseguridades y, sobre todo y por desgracia, mi miedo al fracaso. Apenas quedan dos meses para que termine mi primer año de carrera y aún no sé a ciencia cierta cómo me siento al respecto. Por un lado, estoy aliviada y, por otro, sé que será el momento en el que tenga que tomar una decisión definitiva.

Y me aterra.

He seguido yendo a clase y he hecho los exámenes parciales. Pero también he ido a mis clases de costura y he tenido una larga conversación con Raquel. Plantó en mí el deseo y la posibilidad de cambiar el rumbo de mi vida y meterme en la carrera de Diseño el año que viene.

Nico me ha estado apoyando mucho al respecto. Hemos estado estudiando bastante juntos, aunque también nos hemos besado mucho, y creedme cuando os

digo que es una buena forma de afrontar el agobio. Además de mis amigas, él ha sido quien ha escuchado mis dramas con la carrera y mis dudas sobre qué hacer el año que viene.

Ni siquiera sé cómo voy a conseguir concentrarme en los exámenes finales del curso, pues si decido dejarla, no tiene sentido que los haga, ¿no? Pero para mi desgracia, mi autoexigencia no me permite hacerlo hasta que tenga claro qué quiero hacer con mi vida.

Entro exhausta por la puerta de la residencia y me dirijo hacia el comedor.

—Estoy muerta de hambre —me quejo mientras dejo mi bolso en la mesa donde están las chicas.

—Te hemos cogido la comida. —Nuri arrastra una bandeja que contiene un plato de lomo con patatas fritas y me lanzo a por él como si me fuera la vida en ello.

—Eres mi salvadora —contesto llevándome el tenedor a la boca—. ¿Qué tal el día?

—No tan bueno como el de Carola —dice Nuri con ironía.

Dirijo mis ojos hacia la pelirroja, que me mira con una sonrisa un poco extraña.

—¡Este fin de semana viene Adrián! —celebra con emoción.

Trato de poner mi mejor cara. Carola no nos ha contado ninguna discusión que hayan tenido desde que volvimos de las vacaciones de Navidad. Eso solo puede significar dos cosas: o bien que por arte de magia las cosas se han solucionado y ese tío ha dejado de ser un idiota con mi amiga, o bien que se lo haya callado todo. Esta última es, para mí, la opción más segura.

Ladeo la cabeza hacia Nuri, que pone los ojos en blanco y finge una arcada cuando Caro no mira. Me encojo de hombros sin saber muy bien que decir.

—¡Eso es genial! —En realidad, es de todo menos eso, pero yo ya no sé qué más hacer—. ¿Estáis mejor?

—Eso es lo de menos, el caso es que viene unos días. ¡Por fin!

«Después de tantos meses, ya era hora...», pienso, pero no lo digo en voz alta.

Menudas estamos hechas. Entre Carola, que pasa demasiadas cosas por alto y le perdona todo a Adrián, y yo, que soy un poquito dramas y salto a la mínima, la única cuerda del grupo es Nuri.

Hablamos durante un rato del fin de semana y de las cosas que Carola quiere hacer cuando esté aquí su novio. A pesar de que no sea al cien por cien de nuestro agrado, ayudamos a que nuestra amiga esté contenta y organice varios planes con él. Por más que no nos guste, al final es su pareja y, ante todo, nosotras somos sus amigas. Y aquí vamos a estar pase lo que pase.

Un rato después, estoy subiendo a mi habitación. Ya sueño con la siesta que me voy a echar cuando recibo una llamada de Nico.

—Hey, ¿estás en la resi? —pregunta, acelerado.

—Sí, ¿qué pasa?

—Te veo en dos minutos.

Apenas acabo de entrar por la puerta cuando aparece con el pelo despeinado y una sonrisa de oreja a oreja.

¿Dejará algún día de hacerme efecto ver esos hoyuelos tan marcados? No lo creo.

Sin darme tiempo a preguntar, dice:

—¿Adivina a qué grupo han llamado para tocar en la inauguración de un local en Valencia?

Me mira con ilusión y abro mucho los ojos.

—¡No me lo puedo creer! ¡¿En serio?!

Salto a sus brazos y rodeo su cuello.

—¡Enhorabuena! —sigo—. Es una oportunidad genial.

—Al parecer, el dueño es amigo de Mike, el cantante. Le enseñó un par de vídeos nuestros y le encantaron. Nos ha pedido que actuemos en la fiesta junto con otros grupos.

Me separo de su hombro y sonrío.

—Y eso no es todo —continúa, emocionado—. Nos pagan un porcentaje de las entradas que se vendan. Es este fin de semana.

—Es increíble, Nico.

—El caso es que, cuando los chicos y yo nos organizamos para el horario de salida, les dije que no iba solo...

—¿A qué te refieres? —pregunto, confundida.

—Me gustaría que fueras a vernos. Bueno, a verme... Parecerá una tontería, pero ver tu cara entre el público me tranquilizará. No será como tocar en el Quitapesares, esperamos que haya un aforo mucho más grande. Solo tocaremos el sábado por la noche, el resto del tiempo estaré libre, podríamos ir a ver la ciudad, salir... Lo que quieras.

Se ríe nervioso y yo noto que mi corazón se acelera cuando me dedica una media sonrisa. La idea de que para él sea tan importante que yo esté allí animándolo hace que un calor recorra mi pecho. Pero, al mismo tiempo, un pensamiento acude a mi mente y termina de ponerme la piel de gallina.

Un fin de semana juntos. Una noche. Solos.

—¿Y bien? Qué me dices.

Sus manos siguen rodeando mi cintura y roza levemente su nariz con la mía

en un gesto íntimo.

—Pues claro que iré —contesto decidida antes de volver a besarlo.



El trayecto en tren hacia Valencia se me pasa volando y no tengo dudas de que tiene mucho que ver con que Nico se haya sentado a mi lado. Al principio estaba callado, nos hemos puesto los cascos de música y la idea de dormirme se me ha pasado por la cabeza. Eso de viajar a primera hora de la mañana no se me da precisamente bien, pero descarto la siesta porque a la tercera canción sus labios ya han encontrado los míos. Se ha pasado todo el tiempo turnando sus ganas de besarme con sus ganas de hablar sobre el concierto de esta noche.

Verlo tan emocionado hace que me contagie de su alegría y lo escuche con una sonrisa plantada en la cara que sospecho que se quedará durante todo el fin de semana. Los chicos del grupo salieron ayer con la furgoneta con todos los instrumentos y el resto del equipo, pero Nico tenía clase y decidió salir un día más tarde. Y yo con él.

Así que aquí estamos, a las diez de la mañana de un sábado arrastrando nuestras maletas por el pasillo del hotel, pero prometo que esta vez solo he traído lo estrictamente necesario. Tengo unas ganas tremendas de que llegue esta noche.

Abrimos la puerta y nos encontramos con la típica habitación de hotel de toda la vida. Aunque sea de lo más normal en apariencia, para mí es especial. Es el sitio donde voy a pasar mi primera noche con Nico.

A solas.

¿Nerviosa? Qué va. Solo estoy a un paso de la taquicardia.

Mientras deja su maleta en la cama a mi cabeza le da por recordar la conversación que tuve con Nuri hace tan solo unos días.

—¿Tienes pensado hacerlo con él? Bueno, qué pregunta más tonta estoy haciendo, es obvio que sí.

Le dije que no había pensado en eso, a lo que simplemente me contestó:

—Mentirosa.

Y tenía razón, pero cuando nos referimos a hablar de sexo y a Nuri, es mejor mantener las distancias si no quiero ponerme aún más histérica.

No sé qué me pasa. Llevo todo el mes muy cómoda con Nico. No ha hecho nada que me haga dudar de nosotros, tengo más confianza con él que la que he tenido nunca con nadie. Aun así, me da por comportarme como una niña insegura justo en este momento. Las noches que hemos pasado juntos se han limitado a ver películas o estar hablando hasta las tantas, pero nunca se ha quedado a dormir. Siempre que llegaba el momento, me daba un beso de buenas noches y se iba para dejarme descansar.

Pero este fin de semana va a ser distinto. Por lo general, siempre que me he imaginado cómo sería mi primera vez me ha dado igual el sitio o la forma, solo quería una cosa: hacerlo con alguien de quien estuviera cien por cien segura y… enamorada.

¿Estoy enamorada de Nico? No lo sé, pero sé que lo que siento por él no es algo pasajero.

¿Habrá pensado Nico en hacer algo? A lo mejor está tan centrado en lo del concierto que no cree que sea el momento. Pero me ha invitado, por lo que puede que se le haya pasado por la cabeza, ¿no?

—Tenemos la prueba de sonido en media hora, ¿qué te parece si luego nos vamos a comer tú y yo? Me han recomendado un restaurante que dicen que está muy bien.

Interrumpe mis cavilaciones mientras se pone una chaqueta vaquera y unas gafas de sol que le dan un rollito de guitarrista buenorro al que no sé si me voy a poder resistir.

—Genial —contesto con una voz demasiado elevada.

—¿Estás bien? —pregunta.

«No, no lo estoy».

—Claro. —Sonrío nerviosa.

Agarro mi bolso y lo sigo mientras salimos. El local no está muy lejos del hotel en el que nos hospedamos, por lo que solo tenemos que andar dos calles. Nico saluda a sus compañeros en cuanto cruzamos la puerta y me presenta a cada uno con educación.

—Chicos, esta es Vega, mi novia.

Creo que mi corazón se salta un latido cuando lo escucho decir esa palabra.

—Encantado, Vega, yo soy Mike.

El cantante se acerca y me da dos besos. Hago lo mismo con el resto y nos adentramos más en el local, que es enorme. Han montado un pequeño escenario al fondo lo suficientemente grande para que quepan todo el equipo y los focos.

—¿Estás segura de que quieres quedarte? —me pregunta Nico al oído—. Puedes darte una vuelta si te apetece, no quiero que te aburras.

Le dedico una mirada tranquilizadora, ni siquiera se me ha pasado por la cabeza esa opción. He venido para animarlo y eso es lo que voy a hacer.

—No te preocupes por mí, estaré aquí, admirándote desde la distancia —digo convencida.

—Mmm, no sé si voy a poder concentrarme así —contesta, provocativo.

Me da un breve beso en los labios que me deja más atontada de lo que debería, teniendo en cuenta que no estamos solos, y se une a sus compañeros.

Empiezan a comprobar que los micrófonos funcionan y que los instrumentos se oyen correctamente. Mientras tanto, me siento en una de las mesas que aún quedan al fondo, tratando de pasar desapercibida. Observo cómo tocan algunas canciones y hacen los ajustes necesarios, el técnico se mueve de un lado a otro dando los últimos retoques y haciendo las modificaciones que le piden.

En varias ocasiones, Nico me mira y yo le devuelvo una sonrisa. Verlo desde aquí, con la guitarra colgada al hombro y la soltura con la que toca los acordes, hace que se remueva en mí una sensación de anticipación que no soy capaz de controlar.

La prueba termina pronto, pues el resto de los grupos que tocan en la fiesta también tienen que hacerla, y él se acerca a mí.

—¿Qué te ha parecido? —pregunta mientras se limpia el sudor de la frente.

—¡Ha sido increíble! Vais a arrasar esta noche, no tengo ninguna duda.

Veo que sus compañeros se despiden para irse a comer y le pregunto si no quiere ir con ellos.

—Me apetece pasar el resto del día contigo, a no ser que prefieras que vayamos con ellos —contesta haciéndose el interesante.

Pone sus manos sobre mi cintura y me da un breve abrazo, como si haber estado lejos de mí durante estas horas se le hubiera hecho difícil y ahora quisiera compensarlo.

—No me parece mala opción, es mejor que quedarme junto a un prepotente —lo pico.

Suelta una suave carcajada.

—Conque esas tenemos… Pues siento decirte que es lo que hay, porque no pienso compartirte durante el tiempo libre que tengamos.

Me da un beso lento en la boca y contesto sobre sus labios:

—Qué remedio.



Falta algo más de una hora para que el concierto empiece cuando llegamos al hotel para cambiarnos. Después de comer, nos hemos dado una vuelta por el centro de la ciudad y, entre una cosa y otra, hemos acabado alejándonos tanto que al final se nos ha echado el tiempo encima. Entramos deprisa y saco la ropa de mi maleta mientras oigo que Nico abre el grifo y deja el agua correr.

—Voy a darme una ducha rápida —me informa asomándose por la puerta.

Ya no lleva la camiseta y sospecho que su parte de abajo está igual de desnuda. Espero que no vea el rubor que me cubre las mejillas desde el otro lado de la habitación. Joder, ni que fuera la primera vez que veo a un tío desnudo.

Vale, puede ser que las películas no cuenten, pero tampoco es nada del otro mundo, ¿no?

Entonces ¿por qué noto como si mi cuerpo enmudeciera de repente?

—Vale —contesto sin más.

Asiente con la cabeza y se encierra en el baño.

Con un resoplido, me dejo caer sobre la cama.

«Tienes que calmarte».

Como si fuera tan fácil.

Ni siquiera sé qué espero de esta noche. Seguramente Nico acabe cansado del concierto y solo le apetezca dormir. Sería totalmente lógico. También cabe la posibilidad de que luego quiera quedarse en el local tomándose algo con sus amigos.

No sé por qué le estoy dando tantas vueltas al temita. Bueno, miento, probablemente porque soy una chica virgen de diecinueve años a la que su novio la pone tan cachonda que solo de pensar en pasar una noche de hotel junto a él sus dichosas hormonas se disparan y, por si fuera poco, se mezclan con su nerviosismo crónico.

¿El resultado? Una Vega indecisa y desquiciada.

Genial.

Aprovecho estos minutos sola para mandar un mensaje por el grupo de las chicas. Al parecer, Carola ha tenido una noche movidita con Adrián, pero no en el mal sentido. Tras lanzarnos bromas y estar un rato burlándonos cariñosamente de la pelirroja, me despido cuando esas mismas bromas se vuelven contra mí.

Esto no me ayuda a olvidarme de mis pensamientos calenturientos.

Estoy prometiéndoles que les contaré todo en cuanto llegue, deseosa de cortar los comentarios de mis amigas, cuando oigo que la puerta del baño se abre.

—Ya puedes entrar, si quieres.

Ladeo la cabeza y me encuentro a Nico completamente empapado. Va vestido solo con una toalla blanca que le cubre las caderas y deja a la vista sus pectorales y la forma de uve que tiene la parte baja de su abdomen.

«Ay, Señor…».

Me quedo muda unos segundos, los suficientes para que se dé cuenta y suelte una risita por lo bajini.

Ese gesto hace que me levante con las piernas temblorosas. Recojo mi ropa y paso por su lado sin mirarlo, ni a él ni la pata de la dichosa cama con la que me doy un golpe. Me muerdo la lengua por dentro y reprimo un aullido de dolor. Finjo que no ha pasado nada, pero cojeo un poco. Luego cierro la puerta del baño en cuanto estoy en zona segura.

Tras darme una ducha, paso más tiempo del que debería arreglándome y maquillándome. Me demoro delante del espejo para comprobar que estoy presentable. Me he decantado por un vestido negro corto que se ajusta a mis curvas y tiene un escote en forma de corazón, con destellos que sospecho que brillarán esta noche con las luces de los focos. Unas botas de tacón altas que me llegan hasta las rodillas completan el conjunto. Me atuso el pelo suelto antes de salir y abro la puerta.

Nico está sentado en la cama, esperando a que termine. No ha cambiado mucho su estilo para el concierto de esta noche, pero a los vaqueros y la camiseta básica les ha añadido una chaqueta negra que lleva bordado el nombre del grupo en la espalda.

Cuando me acerco hacia él, alza la cabeza y noto que sus pupilas se dilatan un poco mientras me recorre de arriba abajo. Suelta una pequeña maldición por lo bajo y se pasa la mano por el pelo.

—Si pretendías que no me concentrase en todo el concierto, lo has conseguido —admite con voz ronca.

Se levanta y me rodea con los brazos, apretándome contra él.

—Vas preciosa —sigue.

—Eso pretendía. Quería estar a la altura de mi puesto como fan número uno —contesto, presuntuosa.

Una risa ronca escapa de sus labios. Me da un beso lento y acaricio su cuello mientras me levanta levemente del suelo con sus brazos, haciendo que varios

mechones de mi pelo caigan sobre su cara.

—No te imaginas lo que me ha encantado oírte decir eso —dice sobre mis labios.

Le sonrío y vuelvo a besarlo.



El local está a reventar, pero han sido previsores y nos dejan entrar por una de las puertas laterales que nos llevan a la parte de atrás del escenario. Aún queda media hora, pero la gente ya espera impaciente a que la música empiece. Incluso corean el nombre del primer grupo.

Observo a Nico colocarse la guitarra y los demás se preparan a nuestro alrededor. Cuando empiezan a comentar entre ellos varios detalles, le cojo de la mano y le digo al oído:

—Estaré entre el público.

Asiente con la cabeza y, antes de alejarme tira de mi mano, como si le costara soltarla, y me contesta:

—Gracias por estar aquí. —Su voz suena sincera.

Le lanzo una sonrisa y me adentro entre la gente.

Busco un sitio donde poder ver sin que nadie me tape y, unos minutos más tarde, las luces se apagan y la música empieza a sonar.

Los integrantes del grupo salen uno a uno con sus instrumentos y comienza a sonar la introducción de la primera canción. Cuando Nico aparece, veo que me busca con la mirada. En cuanto me encuentra, cerca de uno de los laterales, empieza a tocar la guitarra.

Mike sale el último, micrófono en mano, y comienza a cantar.

Con tan solo una canción, han conseguido meterse al público en el bolsillo. La gente salta, baila y grita sin parar, animada por el ritmo. Se entregan con cada nota.

La música llena cada rincón del local y canto varias de sus letras, que ya me sé de memoria.

En varias ocasiones, Nico se adelanta por el escenario. Toca unos cuantos acordes que hace que el público se vuelva más loco todavía. El cantante se le

acerca y le pone el micrófono frente a la boca para que cante un par de estrofas. Varios mechones le caen sobre la frente sudorosa y se sube la manga corta de la camiseta, dejando al descubierto la poca piel de sus brazos que quedaba tapada. De pronto soy consciente de que estoy comiéndomelo con los ojos sin ningún pudor.

—¡Está buenísimo! —escucho que dice una chica a mi espalda.

Suelto una risa silenciosa mientras las oigo comentarlo, ajenas al hecho de que el chico sobre el que opinan es mi novio.

Sigo disfrutando del espectáculo cuando, unas cuantas canciones más tarde, el grupo empieza a despedirse de un eufórico público que le pide más, pero es el turno del siguiente grupo.

Como puedo, me adelanto entre los cuerpos de la gente para llegar hasta la zona lateral por la que los chicos van a salir.

Cuando llego, veo que todos están hablando con un montón de gente que se les ha acercado, entre ellos algunos integrantes de los otros grupos. Mike coquetea sin pudor con un par de chicas que se le han arrimado al hombro y Nico está guardando la guitarra en su funda. Un grupo de chicas no deja de soltarle comentarios halagadores a diestro y siniestro. No puedo evitar que algo dentro de mí se revuelva, de repente me siento un poco insegura ante la situación. Pero Nico alza la mirada y encuentra mis ojos entre las cabezas que se agolpan a su alrededor. Me dedica una sonrisa de lado mientras murmura una disculpa y se abre paso entre ellas.

Ese gesto hace que mi corazón se caliente. También noto que mis mejillas se sonrojan al ver que varias de ellas se dan la vuelta para ver qué es lo que ha llamado su atención. Pero él no se da cuenta, solo se acerca y me envuelve con sus brazos.

—¡Habéis estado genial! —exclamo, emocionada, mientras me aprieta contra él.

—¿Tú crees? —pregunta.

—Venga ya, no vayas de modesto, que no te pega nada. Sabes que habéis arrasado.

Se aparta el pelo hacia atrás y se encoge de hombros.

—Es cierto, ha sido increíble. Soy increíble —añade con una sonrisa socarrona.

Qué poco le ha durado el momento humilde.

Le doy un pequeño golpe en el brazo a modo de broma.

—Ahora en serio —sigue—, me ha encantado verte entre el público. Se me ha pasado por la cabeza la idea de bajarme del escenario y secuestrarte.

Suelta una pequeña carcajada, pero su mirada me indica que no está de broma.

—¿Secuestrarme para qué exactamente? —pregunto en su oído con un tono seductor que no sabía que tenía.

Noto que traga saliva y su mano aprieta un poco mi cintura.

—Para hacer lo que tú quieras —contesta en un murmullo que me cuesta un poco oír.

Me dan ganas de decirle que tiene todo el permiso del mundo para raptarme las veces que le apetezca y pasar los días encerrados en la habitación. Mi estabilidad mental ha volado al verlo así, con esos ojos tan profundos, la camiseta aún remangada y sus labios carnosos pidiéndome a gritos que los bese sin parar durante toda la noche. Ahora solo queda un deseo irrefrenable por sentir su piel pegada a la mía.

Pero se queda en eso, en las ganas. Mike aparece de repente con un par de birras y nos anima a unirnos al grupo en la pista de baile.

Nico me mira y me deja la decisión a mí.

Con una sonrisa, tomo la cerveza que me tiende el cantante y, de la mano, lo seguimos hasta el centro del local.



28

Bailamos sin parar. Cuando el concierto ha llegado a su fin, un DJ se ha encargado de seguir amenizando la fiesta. Los compañeros de Nico, sin ninguna vergüenza, se dedican a hacer pasos de baile de los ochenta mientras suena una de las canciones de reguetón del momento. No sé si es porque me siento cómoda con ellos o porque a lo tonto ya nos hemos tomado varios botellines y estos están haciendo su efecto, pero me uno a ellos e imito sus pasos como si esto fuera el *Just dance*.

Nunca he destacado por mis movimientos rítmicos ni por mi habilidad a la hora de mover las caderas. Si me preguntáis, mis cualidades a la hora de bailar son nulas. Pero la forma en la que Nico me mira sin pestañear mientras me contoneo hace que algo dentro de mí se active y me acerque unos pasos hacia él.

—¿No bailas? —le pregunto cuando llego.

Hasta ahora, se ha limitado a balancearse de izquierda a derecha. Bueno, miento, también se ha reído de las tonterías que decía Mike mientras ligaba con una de las chicas de antes y del pequeño espectáculo que estamos montando con nuestro bailoteo. El grupo sigue a unos metros de nosotros dándolo todo.

—Prefiero admirarte —contesta, convencido.

Suelto una risa nerviosa y lo tomo de la mano para animarlo a que se una a mí.

—Yo soy como un pato mareado, no creo que sea algo bonito de ver —admito.

Nico frunce el ceño, como si lo que acabo de decir fuera la tontería más grande que ha oído.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida.

Lo suelta así, sin más. Como si fuera lo más evidente del mundo.

Si tenía alguna duda de que Nico es un chico mucho más tierno de lo que podía parecer en un primer momento, con estas cosas que me dice las despeja todas. Hace que me dé cuenta de lo equivocada que estuve con él al principio.

Noto que suelta mi mano y enreda sus brazos en mi cintura pegando nuestros cuerpos y haciendo que nos balanceemos juntos.

Rodeo su cuello, rozo su nariz con la mía y sigo el ritmo lento que está marcando. Nuestras caderas se mueven al unísono, unidas por completo. Nico se pega a mí como si no quisiera dejar ni un centímetro libre entre nosotros y yo le dejo hacer.

La música sigue sonando de fondo, acelerada, divertida. Pero nosotros bailamos con nuestro propio ritmo, sumergidos en esa burbuja que se crea cada vez que estamos juntos.

Siento que estoy en un mundo paralelo en el que simplemente existimos él y yo. Sus ojos reflejan mil emociones mientras conectan con los míos. Se me entrecorta la respiración en respuesta.

Sé lo que significa este momento para él. No solo estar aquí y ahora, bailando juntos tan pegados que haría falta que se formara un tornado para separarnos, sino lo que conlleva que yo haya venido para apoyarlo. Es como una confirmación de nosotros, de que somos reales y de que esto va en serio.

Tras ese último pensamiento, acerco mis labios a su oído y le digo convencida:

—¿Ha llegado la hora de ese supuesto secuestro?

Noto que su piel se eriza.

Traga saliva y contesta:

—¿De qué hablas?

Lo conozco lo suficiente para saber que entiende perfectamente lo que le estoy diciendo, pero quiere asegurarse de que sé lo que eso supone, de que estoy decidida.

Dirijo mi mirada a la suya y noto que sus manos aprietan mi vestido.

Solo con ese gesto, a pesar de que la tela esté de por medio, mil sensaciones me recorren entera y reafirman mi convicción.

—Quiero que nos vayamos al hotel —confirmo, notando que sus ojos se oscurecen un poco—. Bueno, si te apetece... —aclaro.

Como respuesta, separa sus manos de mis caderas y las sube hasta llegar a mis mejillas, coge mi cara y me besa con ganas.

Salimos del local acelerados, ni siquiera nos importa a quién nos llevamos

por delante ni los ojos que nos miran acusadores. Nos centramos únicamente el uno en el otro, en mantener nuestra piel en contacto a pesar de que vamos andando, y en los besos que nos robamos cada dos metros.

Llegamos a la puerta del hotel y me dispongo a entrar cuando la mano de Nico tira de mí y me desvía hacia el lateral del edificio, apoyándome contra la pared.

Hasta este momento no me he dado cuenta de que está lloviendo. Una ligera capa de agua nos cubre a ambos y crea rizos en el cabello de Nico. Sin intención alguna de contenerme, alzo la mano y la paso por su pelo. Varias gotas caen sobre mis mejillas y moja mi ropa, pero no siento frío, es imposible mientras los brazos de Nico me rodean y sus ojos me calientan con tan solo una mirada.

—No quiero que hagas nada de lo que no estés segura, Vega —suelta con voz entrecortada—. No te he invitado este fin de semana con la intención de que pase algo, solo quiero estar contigo. Si prefieres que paremos, no me importa.

Su pecho se mueve con respiraciones agitadas y me humedezco el labio inferior.

—Lo sé —contesto.

Si de algo estoy convencida es de que, si ahora le digo a Nico que no quiero hacer nada y prefiero que nos vayamos a dormir, él lo aceptará y me dedicará la misma sonrisa de siempre. Pero no es lo que quiero. Mi piel pide a gritos su contacto y mis manos acarician su cuello con el único objetivo de atraerlo aún más hacia mí.

Le dirijo una mirada decidida y respondo:

—Quiero hacerlo. Quiero que sea contigo.

Un sonido profundo sale de su garganta y devora mis labios con ansia.

Vuelve a tomarme de la mano, reacio a separarse de mi boca cuando pasamos por recepción, y me guía hacia nuestra habitación.

Cruzamos la puerta con las manos enredadas en el cuerpo del otro. Le quito la chaqueta con movimientos torpes y él me baja la cremallera del vestido con habilidad. Cuando llegamos a los pies de la cama, separamos nuestros labios y nos miramos directamente.

De repente, se vuelve cuidadoso. Desliza las mangas de mi vestido por mis hombros y me lo baja lentamente hasta que cae sobre mis tobillos. Me quedo en ropa interior frente a él, con un simple conjunto negro que parece surtir efecto en él, pues creo escuchar un jadeo salir de sus labios.

Alzo la mano derecha e imito sus movimientos. Levanto su camiseta, repasando con los dedos su marcado abdomen, y voy subiendo hasta que se la quito por completo. Dirijo mi otra mano a sus vaqueros y le desabrocho el botón.

Recorro con mi mirada su pecho, pasando por su cuello, hasta que llego a sus ojos, llenos de deseo. Sin apartar la vista de él, le bajo la cremallera y los pantalones caen al suelo, junto a mi vestido.

Nico me pone una mano en la cintura, y ese simple contacto hace que mil mariposas revoloteen en mi interior y luchen por salir disparadas. No quiero ni imaginarme cómo voy a sentirme después. Pongo mis manos sobre su pecho y lo acaricio con calma. No puedo evitar que mis ojos se desvíen hacia abajo. Me fijo en su bóxer gris y en el gran bulto que esconde.

Trago saliva.

«Madre mía».

—Si en cualquier momento quieres parar, solo tienes que decírmelo.

La voz ronca de Nico se cuela en mis oídos y vuelvo a conectar mis ojos con los suyos.

Asiento.

Inspira una bocanada de aire, como si él también estuviera nervioso, se inclina y besa mi cuello.

Un suspiro escapa de mis labios conforme recorre mi clavícula hasta llegar al lóbulo de la oreja y lo mordisquea con suavidad. Sus manos me acarician el cuerpo mientras mil sensaciones distintas me recorren entera.

Despacio, me tumba sobre la cama y queda sobre mí. La excitación que siento solo aumenta conforme sus labios van jugando con los míos. Sitúa una de sus manos sobre mi pecho y acaricia mi pezón sobre la tela del sujetador. Juega con él y hace que con solo este contacto crea que toco el cielo. Separa sus labios de los míos para repartirme besos por toda la mandíbula, mientras su mano cálida aparta el sujetador y deja mi pecho al descubierto. Posa sus dedos sobre él, lo aprieta levemente y este gesto hace que se me escape un gemido. Luego también pone sus labios sobre él. Ahora siento que la temperatura de mi cuerpo ha aumentado varios grados y mis manos buscan su pelo para atraerlo aún más hacia mí.

Alza la cabeza y devora de nuevo mi boca mientras bajo una de mis manos y busco su entrepierna con desesperación. Lo acaricio por encima de los calzoncillos y un sonido ronco sale de su boca.

—Joder, Vega. —Pone su mano sobre la mía, haciendo que pare—. Dame un poco de tregua. Si no, voy a querer hacértelo ya... Y lo que quiero es ir poco a poco.

Creo que afirmo con la cabeza, pero tengo la mente tan nublada que solo vuelvo a atraer su cara hacía mí y le beso de nuevo con desesperación.

La mano de Nico baja por mi pecho y acaricia mi abdomen, hasta llegar a mis

braguitas.

Mi corazón se vuelve loco cuando aparta la tela con agilidad y me tantea con sus dedos. Frota mi clítoris con movimientos circulares y, si antes creía que estaba tocando el cielo, ahora creo que estoy en el infierno. La sensación que recorre mi cuerpo mientras su dedo juega conmigo hace que me plantee seriamente si me va a prender fuego.

—Estás muy mojada.

Su voz me acaricia los labios antes de que su lengua se vuelva a abrir camino a través de ellos. No es que esté mojada, es que estoy empapada. Jamás había sentido tanta necesidad por alguien, pero cada segundo que pasa esta va aumentando y haciendo que mi respiración se acelere cada vez más.

Su pulgar toca un punto que hace que cierre los ojos y mueva un poco las caderas. Noto que el deseo crece dentro de mí. Poco a poco, introduce un dedo con cuidado en mi interior.

Deja de besarme durante unos segundos.

—Mírame, Vega.

Hago lo que me dice y me encuentro con esas motas en tonos miel mientras mueve el dedo dentro de mí a la vez que con el pulgar sigue acariciando mi clítoris. Me cuesta mantenerme cuerda. El placer que siento no se parece en nada que haya experimentado jamás, al menos hasta que introduce otro dedo.

—Oh —gimo.

Nico detiene su mano.

—¿Te he hecho daño?

—No, no, no, no. Dios, sigue —le ruego.

Con una sonrisa socarrona, vuelve a moverlos y mi sexo palpita pidiendo más. Aumenta el ritmo hasta que siento un calor que me recorre entera y un cosquilleo me sube por las piernas.

El orgasmo me llena y hace que mi cuerpo tiemble, como si una onda expansiva de placer me dejara fuera de combate. Mis extremidades se quedan sin vida, demasiado extasiadas para poder moverse.

Los dedos de Nico salen de mi interior y su mirada vidriosa me recorre entera.

En cuestión de segundos, mi cuerpo vuelve a cobrar vida. Las ganas de sentir a Nico dentro de mí se multiplican. Así que tomo su mejilla y vuelvo a juntar nuestros labios. Noto que su erección se aprieta contra mi muslo y dirijo otra vez mi mano hacia ella. Ahora la cuelo por debajo de sus calzoncillos y la siento dura en mi mano.

Muevo la muñeca de arriba abajo y Nico me responde con una respiración

entrecortada. Sus dedos se enredan en mi cuerpo y mi ropa interior desaparece. Me dirige una mirada lobuna y aparta mi mano de su entrepierna. Alcanza con su brazo algo de la mesilla y, tumbada sobre mi espalda, veo que desliza el condón sobre su pene. Unos nervios excitantes se apoderan de mí.

Va a suceder, vamos a hacerlo por primera vez.

Con cuidado, se coloca sobre mí. Apoya los brazos a ambos lados de mi cabeza para no aplastarme y se cuela entre mis piernas.

—Avísame si te duele, ¿vale?

Acerca su nariz a la mía y junta nuestras frentes.

Poco a poco, noto cómo se introduce dentro de mí. Es largo y grueso, y una sensación extraña mezclada con placer me invade. Mi corazón amenaza con salírseme del pecho a medida que entra. De repente, con una sacudida, me llena por completo y le rodeo las caderas con las piernas. En este punto, me encojo un poco de dolor.

—¿Estás bien? —pregunta con voz profunda.

—Sí.

Noto que las paredes de mi vagina lo aprietan y tratan de amoldarse a él. Nico sale con cuidado y vuelve a introducirse en mí con movimientos lentos y delicados.

Al principio siento una pequeña molestia, pero poco a poco esta es sustituida por intensas oleadas de placer. Aprieto las piernas a su alrededor, invitándolo a acelerar las embestidas, y su respuesta no tarda en llegar.

Con un jadeo profundo, Nico hace caso a mis silenciosas peticiones y se mueve un poco más rápido mientras sus labios me besan descontrolados.

Este tipo de intensidad es algo nuevo en mí. Noto que cada poro de mi piel se sensibiliza y responde a su contacto. Me encuentro a mí misma frotándome contra él, como si no tuviera suficiente.

Su cuerpo aplasta un poco mis pechos y los rozan con cada movimiento. Es adictivo, todo en él lo es. Desde las gotas de sudor que recorren su espalda hasta los gemidos que suelta cada vez que entra en mí.

Esta imagen se va a quedar grabada en mi mente siempre. Me besa y me cuida mientras la excitación se apodera de ambos. Sus manos recorren mi cuerpo y aprietan mi piel. Sus ojos brillan cuando se posan en mí.

Es simplemente perfecto.

Nico me acaricia la cara mientras contempla mi gesto de disfrute en cada una de sus embestidas. Mi vagina se contrae aún más y lo aprieta. Sus dedos se clavan en mis caderas mientras vuelve a golpear una vez más dentro de mí y se deja llevar. Emite un sonido desde lo más profundo de su pecho que vibra en todo mi

cuerpo y se queda inmóvil.

Ambos nos miramos, con la respiración entrecortada, aún enredados el uno con el otro.

Nico me besa despacio mientras se separa de mí. Me provoca una sensación de vacío que enseguida es sustituida por sus brazos, que me estrechan contra él mientras se tumba a mi lado.

Trata de buscar con su mano otra vez mi entrada. Sé que quiere darme ese placer que acaba de sentir él, porque ambos somos conscientes de que difícilmente iba a experimentarlo en mi primera vez, pero lo detengo.

A pesar de que al principio me ha dolido un poco, estoy satisfecha. Sobre todo por la forma en la que Nico me ha cuidado. Ha tratado de que me doliera lo menos posible y ha estado atento a cada uno de mis gestos.

Apoyo mi cabeza en su hombro y cierro los ojos, disfrutando del momento.

—Ha sido… —empieza a decir.

—Increíble —termino por él.

Una de sus manos me acaricia la cadera con suavidad mientras poco a poco nuestras respiraciones se acompasan e inspiro su aroma. Nos quedamos unos segundos así, contemplándonos el uno al otro, hasta que dice en un murmullo:

—Te quiero.

Una inesperada calidez se apodera de mi pecho al oír sus palabras. Jamás creí que fuera capaz de sentir tanto por alguien o, al menos, de permitirme a mí misma sentirlo. Pero Nico ha roto todos mis esquemas. Ha hecho que me deje llevar de una manera que nunca habría esperado que nadie consiguiera.

Ahora soy consciente de que llevo enamorada de Nico mucho más tiempo del que creía. Es como si algo dentro de mí hubiera estado esperando a que simplemente me diese cuenta y lo aceptase. Por eso, sin ninguna duda en mi interior, respondo:

—Yo también te quiero.



29

Estoy feliz.

Sí, yo. Vega Gil, la reina de los dramas, la que suele poner peros a todo, está feliz.

No me malinterpretéis, no es que quiera achacar el motivo de mi felicidad a estos meses de noviazgo con Nico... Joder, ¿a quién pretendo engañar? Sí que voy a atribuirle todo el mérito, podéis llamarme tonta enamoradiza. En realidad, lo soy.

Me he acostumbrado tan rápido a la presencia de Nico en mi vida que a veces me cuesta imaginarme cómo era esta antes de él. Puede parecer un poco exagerado, pero ¿no os pasa a veces, cuando conocéis a una persona con la que empezáis a pasar mucho tiempo, que os preguntáis cómo habéis podido estar tanto tiempo sin ella?

A veces me da por pensar que, desde que pasamos esa mágica noche en Valencia, nuestra relación ha pasado al siguiente nivel. Ahora ya no es que crea que conectamos, es que la forma en la que nos complementamos y estamos el uno para el otro hace que viva en una burbujita ajena al resto de los problemas de la vida diaria.

Podéis imaginaros lo contenta que se puso Nuri cuando le conté mi noche superromántica con Nico. Tanto ella como Carola me escucharon atentas y suspiraron junto a mí cada vez que les daba algún detalle sensiblero. Esa conversación contrastó un poco con la que tuvimos luego con Carola, que nos relató por encima su fin de semana no tan idílico con Adrián. Por desgracia, no me sorprende mucho que nos contase con una sonrisa triste que «todo estaba bien

con él», pero que al parecer habían discutido más de lo que se esperaba.

Las ganas que tengo de que corte con ese tío no son normales.

Nico me saca de mis pensamientos cuando noto que me acaricia el dobladillo de la camiseta.

Esta noche hemos quedado para cenar algo en la residencia y ver una película. Lo primero se nos ha dado bastante bien, he sacado mi faceta culinaria y hecho los macarrones con queso más ricos que jamás nadie haya probado en su vida. Nico, por supuesto, no ha dejado de revolotear a mi alrededor asegurándose de que no acabamos explotando por los aires. En cuanto a la parte de ver la película... Suele costarnos un poquito más.

Me parece mucha casualidad que, siempre que me toca a mí elegir, termine colando su dichosa y demasiado suave mano por mi camiseta. Y yo, como tengo una fuerza de voluntad inexistente en lo que respecta a él, caigo en sus truquitos tan pronto como sus labios empiezan a recorrerme el cuello.

Justo como está haciendo ahora.

Lo estoy viendo venir, ni siquiera vamos a llegar a ver los créditos iniciales. Tan pronto como le he dado al play, ha empezado a jugar con el lazo del pantalón de mi pijama mientras reparte besos tiernos sobre mi clavícula.

Tampoco es que piense quejarme. Tener a Nico recorriendo mi cuerpo es mucho más interesante y excitante que cualquiera otra cosa. Al principio solo me dejo hacer, me quedo tumbada mientras disfruto de sus atenciones. Al menos hasta que noto que su mano se cuela en mis braguitas y un dedo empieza a jugar con ese punto, entonces ya es imposible resistirme.

Con agilidad, aparto el ordenador y lo dejo a un lado mientras lo tumbo sobre la cama y me pongo encima de él con una sonrisa maliciosa. Levanto su camiseta y empiezo a besar cada centímetro de piel que se queda expuesto. Noto que su erección se aprieta contra mi entrepierna, a pesar de que ambos todavía llevamos los pantalones puestos. Aunque no por mucho tiempo.

Con movimientos lentos, me deshago de ambas prendas y dejo a Nico sobre la cama mientras me quito la camiseta. Me excitan su cara y su gemido al darse cuenta de que no he llevado sujetador en ningún momento. Tanto que ni siquiera me paro a pensar en lo que hago.

Me quito el tanga, me siento sobre él y le bajo su bóxer lo suficiente para que su erección quede liberada. Con unas manos ágiles que ni yo misma sabía que poseía, al menos hasta hace unas semanas, agarro uno de los condones que sé que lleva en el bolsillo del pantalón y se lo pongo. Al momento siguiente, me siento despacio sobre él. Voy notando que poco a poco me llena por completo. Una ola de placer nos sacude a ambos.

—Joder… —gime Nico cuando empiezo a moverme sobre su cuerpo.

La temperatura de la habitación aumenta varios grados y se llena de nuestros sonidos de placer conforme nos acercamos más al clímax.

—¿Esto es real o es un sueño? —pregunta Nico entre jadeos mientras levanto un poco las caderas y vuelvo a bajar.

—¿Qué dices? No, claro que es real —contesto riéndome.

Solo a él se le ocurriría preguntarme eso en un momento como este. Pone una de sus manos en mi muslo y me acaricia. Mi piel se eriza ante su contacto.

—Dios, menos mal, porque me está encantando. Si no lo es, no dejes que me despierte nunca, ¿vale?

Suelto otra carcajada y me inclino sobre él para darle un beso.

—De acuerdo —susurro.

Nico aprovecha ese momento para morderme el labio inferior e imponer su propio ritmo con las manos sobre mis caderas. No mucho después, entre palabras indescifrables, caricias y gemidos roncos, noto un cosquilleo que empieza a recorrerme la espina dorsal y fijo mis ojos en los suyos. Nos dejamos llevar los dos juntos, como si estuviéramos coordinados.

Me tumbo a su lado y nos tapa con la manta que ha quedado arremolinada a nuestros pies. Nos quedamos así un rato, enredados el uno en los brazos del otro, mientras me acaricia la espalda y nuestras respiraciones se calman.

—¿En qué piensas? —me pregunta al oído

Acomodo mi cabeza un poco más en su hombro y suelto un suspiro.

—Pienso en que te has vuelto a librar de ver *El diablo viste de Prada*. A la próxima, no vas a tener tanta suerte, guapito de cara —ataco divertida.

Su pecho vibra bajo mi mejilla y me aparta el pelo de la cara con mimo.

—Eso ya lo veremos —murmura inclinándose hacia mí.

—Eres un caradura —digo sobre sus labios.

—Es uno de los muchos talentos que hicieron que me quisieras tanto.

—Dirás mejor que te quiero a pesar de ese terrible talento tuyo —contesto con guasa.

Sus ojos recorren los míos, divertidos.

—Yo te quiero a pesar de que seas una canija a la que le encanta gruñir, ¿estamos empatados?

Bufo en respuesta.

Joder, me encanta.

Con una sonrisa, me besa y aspiro su aroma. Ya no huele a menta simplemente, ahora su olor es solo eso, suyo. No puedo compararlo con ninguna otra cosa ni explicar bien a qué me recuerda. Para mí es como un perfume que

solo me indica una cosa: hogar.

—¿Te quedas a dormir? —ofrezco notando que el latido de mi corazón se acompasa con el suyo.

—Si algún día te respondo que no a esa pregunta, mátame, ¿vale?

—Lo tendré en cuenta. —Me río con cariño.



A la mañana siguiente nos despertamos temprano y nos dirigimos a clase somnolientos.

Nico se despide de mí en la puerta y me da un ligero beso en los labios. Intento alargarlo con todas mis fuerzas, pero tras unos segundos demasiado cortos se separa de mí con una sonrisa y yo me meto de mala gana en clase. Me espera un día muy largo. Cuando termine la jornada, me pasaré rápido por la cafetería para picar algo y luego iré directa al curso de costura. Raquel me escribió ayer para ver si podía ir un rato antes para hablar conmigo, por lo que no me queda mucho margen para comer.

—¿Vas a la fiesta de esta noche? —me pregunta Tara mientras salimos del aula cuando por fin terminan las clases.

Al parecer, hay una fiesta en casa de no sé quién. No lo conozco, pero resulta que se le ha ocurrido invitar a todo el mundo. Sí, literalmente puede ir cualquiera. Se rumorea que su casa es como una mansión de ricos y, siendo un viernes por la noche, nadie se ha resistido a ese plan.

Nadie excepto yo.

—Por desgracia, me toca ser una rata de biblioteca una vez más.

Tengo que estudiar si quiero aprobar el examen de recuperación que mi profesor de Derecho romano se ha dignado adelantarme entre mis más de cien peticiones y súplicas. El examen me coincidía con otro y la fecha que me daban para hacerlo después me pillaba ya en casa con mis padres. Le di tanto el follón a mi profesor que, con tal de conseguir que me callara, accedió a hacérmelo este lunes.

Así que soy la única pringada que no va a la fiesta, incluso Iván me ha escrito esta mañana para preguntarme si iba a ir. Nico me ofreció quedarse conmigo y

ayudarme a estudiar. Sin embargo, no me parecía bien hacer que se perdiese una fiesta por tener que volver a explicarme una y otra vez la materia de una asignatura que odio, así que le dije que no. Va a ir con Bruno, por lo que hemos quedado directamente en tomarnos algo mañana por la tarde.

—Bueno, no creo que te pierdas mucho. Seguro que no es para tanto —intenta consolarme Tara.

Le respondo que ambas sabemos que estás mintiendo y, con una carcajada, se despide de mí. Tras comerme un triste sándwich en la cafetería, el cual sospecho que está caducado, me dirijo en metro al edificio donde se imparte el taller de costura.

He salido con bastante antelación, así que cuando llego, la clase está vacía. Hay varias máquinas de coser aquí y allá, maniquíes con prendas a medio hacer y una mesa llena de hilos y telas de distintos colores y texturas esperando a ser utilizados.

Saco de la taquilla donde guardo mis últimos diseños una blusa que tengo a medio hacer y me siento a la que suele ser mi mesa de trabajo. Mientras llega Raquel, aprovecho el tiempo para terminarla y dar los últimos retoques a la tela rosa que tengo en mis manos.

No sé cuánto tiempo paso así, inmersa en terminar de coser una de las mangas, pero de repente oigo que alguien tose a mi espalda.

—Perdona, Vega, no quería molestarte —se disculpa Raquel cuando me vuelvo.

—No te preocupes, estaba esperándote.

Asiente y dejo la blusa sobre la mesa.

—Verás, no voy a andarme con rodeos. Desde que empezaste el taller he estado fijándome en ti. Sé que antes de venir aprendiste por tu cuenta y que, por lo que me contaste, ahora mismo estás estudiando otra carrera.

«Por desgracia», pienso en añadir, pero la dejo continuar.

—No sé si estás al tanto, pero además de impartir este taller, también soy profesora de la ESNE. Es una de las universidades de Madrid donde se estudia el grado en Diseño de Moda.

Afirmo con la cabeza, pues no sé muy bien adónde quiere llegar.

—¿La conocías? —me pregunta.

—He oído hablar de ella.

—Como ya te dije en su día, creo que tienes talento, Vega. No te lo digo por regalarte los oídos, sino porque he estado observando tus diseños y la forma en la que los has llevado a cabo. ¿Te acuerdas de que te dije que estaba dispuesta a escribir una carta de recomendación? Pues me tomé la libertad de hacer una foto

a algunos diseños tuyos y enseñárselos a varios de mis compañeros. Todos coincidimos en lo mismo: puliendo un poco tu técnica, creemos que podrías llegar muy lejos.

Mis ojos están a punto de salírseme de las órbitas.

—¿Me lo estás diciendo en serio? —dudo.

—Sí, por supuesto. Te he citado aquí antes para comentártelo. El plazo de inscripción comienza en apenas unas semanas.

Hace una pausa, supongo que se da cuenta de que sigo un poco en shock. Luego continúa:

—No quiero ser entrometida... Es tu decisión y la carrera no es un camino de rosas. Son cuatro años en los que tendrás que hacer muchos proyectos y estudiar varias asignaturas. Bueno, como en cualquier otra carrera, pero creí que podría interesarte.

Me tiende un panfleto que contiene toda la información al respecto y le echo una ojeada por encima.

—¿Es una universidad privada? —comento mientras paso una de las páginas.

—Sí.

Me muerdo el labio inferior, indecisa.

Llevo tanto tiempo quejándome de la carrera, dudando sobre si dejarla y animarme a estudiar otra cosa que, cuando veo esta oportunidad tan cerca de mí, solo siento una cosa: miedo.

Al fin y al cabo, aún no he tomado una decisión al cien por cien en cuanto a Derecho. A lo mejor esto me lo tengo que tomar como la señal definitiva. Sin duda, me está gritando que tome esta oportunidad y me lance a lo desconocido.

Pero no sé si esta opción es tan viable como yo quiero que lo sea. La vida en Madrid ya es demasiado cara como para ahora decir a mis padres que tienen que pagar una universidad privada.

—Tengo que pensarlo —contesto al final.

Escucho varias voces procedentes del pasillo y me fijo en el reloj de la pared. La clase va a empezar.

—De acuerdo. Si necesitas que te ayude con algo, solo tienes que decírmelo.

Guardo el panfleto en el bolso y vuelvo a poner la blusa sobre la máquina de coser, escuchado las indicaciones que empieza a dar Raquel.

Me da a mí que hoy no voy a dar ni una puntada.



Odio despertarme con el sonido de la alarma. Está demostrado que, por más que pongas el sonido más suave y bonito del mundo, acabas cogiéndole mucha manía al cabo de dos semanas, y yo llevo sin cambiarlo años.

Ayer, al terminar la clase de costura, me fui directa a la biblioteca. Me pasé el resto de la tarde intentado estudiar, pero no hubo manera. No dejé de preguntarme todo el rato si tenía sentido invertir tiempo en prepararme un examen de una carrera que a lo mejor abandono.

Aún no me creo ni yo misma que esté planteándome seriamente ir a la ESNE. Por lo menos, no tanto como para tener ya en el móvil toda la información importante y lo que necesitaría para poder entrar.

Quise escribir un mensaje a Nico para contárselo, pero decidí esperarme a hoy y así poder ver su cara.

A las que sí que les mandé un audio, emocionada y a la vez indecisa, fue a Nuri y Carola, que me invitaron a irme a cenar con ellas para celebrarlo. Al parecer no les apetecía mucho ir a la dichosa fiesta, pero estaba tan perezosa que preferí darme una ducha caliente y meterme en la cama.

Me incorporo en la cama con un bostezo y miro el móvil. Me fijo extrañada en que no tengo ningún mensaje de Nico. Le pregunté antes de ir a dormir a qué hora quedábamos esta tarde, pero supongo que no se fijó mucho en el teléfono. De la que si tengo varios mensajes es de Tara, que quiere saber si esta mañana voy a estar en la residencia.

Le contesto que sí, que puede pasarse cuando quiera, y me dispongo a desayunar. Ni siquiera me he terminado el café cuando recibo un mensaje suyo diciéndome que está de camino.

Mientras la espero, aprovecho para leerme por encima los temas que debería estudiarme si quiero aprobar el examen del lunes. Esta noche le he dado varias vueltas al tema de si presentarme o no, pero he decidido que hasta que no tome una decisión definitiva es mejor que lo haga.

Escucho a Tara llamar a mi puerta y me levanto para abrirle.

—Hola —suelta mientras pasa por mi lado como un vendaval.

—Hola —contesto, extrañada—. ¿Qué tal la fiesta de ayer?

Me dirige un gesto de agobio y suelta un resoplido.

—He discutido con Inés —confiesa dando vueltas por mi habitación.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —pregunto preocupada.

—Sí… No… Uf. —Se para en medio—. Digamos que ella ayer vio algo, ¿vale? Vio algo muy fuerte en la fiesta y no está nada bien.

—Vale… ¿Y ese algo malo tiene que ver contigo? ¿Por eso habéis discutido?

—No, no tiene nada que ver conmigo, pero sí que vino a contármelo. Resulta que es algo que le incumbe a alguien a quien yo aprecio mucho, pero también a alguien a quien ella quiere mucho. Por lo que, cuando me lo contó, yo quise decírselo a ese alguien que a mí me importa, pero ella me dijo que no podía hacerlo y entonces nos enfadamos.

Me quedo plantada en el sitio, intentando descifrar lo que trata de decirme.

—A ver si lo he entendido… —empiezo—. Inés vio algo.

Asiente en respuesta.

—Vio algo que involucra a dos amigos vuestros, algo malo. Tú quieres decírselo a tu amigo, pero ¿ella no quiere? —dudo.

Vuelve a asentir.

—No creo que el enfado te dure mucho con Inés, es una tontería. Seguro que en este mismo momento está pensando en ti y en arreglar las cosas. Al fin y al cabo, habéis discutido por algo que no tiene nada que ver con vosotras. Se arreglará, estoy segura.

Veo que sigue con cara de apuro, por lo que me acerco y le doy un abrazo.

—Ya verás como esta tarde ya habéis hecho las paces —digo achuchándola.

—Vega… —empieza con voz tensa mientras se separa un poco de mí—. Es Nico.

La miro porque no entiendo nada.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Lo que vio Inés tiene que ver con él… Vio a Mónica y a Nico besarse en la fiesta. Al parecer, estaba buscando el baño cuando los pilló en uno de los pasillos y luego vino a contármelo.

Me quedo de piedra. No puede ser.

—Me dijo que no te lo contara, que era mejor que vosotros hablaseis vuestras cosas, pero luego vi la foto y…

—¿Qué foto? —la corto con una voz que no parece la mía.

Hace un gesto de duda.

—Parece ser que alguien les hizo una foto. Por eso quería contártelo. Es mejor que lo sepas por mí a que lo veas por casualidad.

Trata de sonar tranquilizadora, como si lo que me acaba de decir no hubiera removido el mundo bajo mis pies. Como si no sintiese que el corazón se me ha

hecho añicos en cuestión de segundos.

—No… No puede ser. Nico no haría eso, no…

Pero mi cabeza ya se está imaginando sus manos suaves enredándose en los rizos de la morena, sus labios devorándola, como suele devorar los míos, y en él dedicándole esa sonrisa que creía mía.

—Quiero ver la foto —exijo.

Tara niega con la cabeza mirándome con pena.

—Vega, no…

—Enséñamela —repito seria.

Hay algo en mi interior que no quiere creerla. Me niego a pensar que, después de estos meses juntos, Nico haya sido capaz de traicionarme así.

Tara tiene que ver que no estoy de broma, porque saca el móvil, rebusca en él y me lo tiende.

Reconozco el pelo castaño que tantas veces le he apartado de la cara a Nico, sus brazos envueltos en esa camiseta gris que le he quitado innumerables veces en mi cuarto, su rostro tan perfecto… Sí, en la foto se ve claramente como Nico y Mónica se besan.

Le devuelvo el móvil a Tara, conmocionada.

—Vega…

—Quiero estar sola —pido con algunas lágrimas empezando a caer por mis mejillas.

—Puedo quedarme y hablamos…

—No —la corto bruscamente—. Por favor…

Me tumbo en la cama, aparto los apuntes a un lado sin importarme si caen al suelo y me tapo con la manta.

—Déjame sola, estaré bien —le digo, aunque ni yo misma me lo creo.

Mi amiga me insiste un par de veces más hasta que, por fin, se da por vencida.

—Llámame para lo que necesites, ¿vale? —ruega.

Sale de mi habitación y, cuando veo que me he quedado sola, suelto el mar de lágrimas que estaba guardándome dentro. Sollozo en mi almohada, liberando toda la decepción y el dolor que siento ahora mismo.

Nunca debí haber confiado en Nico.



Me he pasado un día entero metida en la cama, pero no podría importarme menos.

El examen que tengo mañana ya lo doy por suspendido. He escrito un correo a mi profesor metiéndole una excusa para no ir, pero no se la ha creído ni por asomo. Las chicas han venido varias veces con la intención de animarme. Al parecer la dichosa foto se ha difundido lo suficiente para que también les haya llegado a ellas, pero les pedí que me dejaran sola.

Es que aún no me lo puedo creer. Es la segunda vez que me pasa algo de este estilo, pero ahora es peor.

Mucho peor.

Con Víctor me jodió bastante, pero no lo quería lo suficiente para pasarme un mes entero llorando, aunque sí me hizo desconfiar del género masculino. Con Nico he sentido que el mundo se me venía abajo. Siento que todo esto es una pesadilla y que en cualquier momento voy a despertar. Aun así, sus insistentes llamadas indican que no ha sido un mal sueño.

No le he contestado. No es porque esté enfadada y prefiera castigarlo con mi silencio, sino porque estoy destrozada y no me veo con fuerzas de ponerme a discutir y escuchar la explicaciones que tenga que darme.

Reviso que el móvil sigue apagado, tal y como lo dejé hace unas horas, y salgo de la cama con esfuerzo.

Me doy una ducha caliente y me quedo tanto rato bajo el agua que empieza a salir fría.

Con el pelo mojado y el pijama puesto de nuevo, voy a volver a meterme en la cama cuando llaman a mi puerta.

—Vega, ábreme.

La piel se me eriza al reconocer la voz de Nico a través de la pared.

Me quedo callada, esperando a que pille la indirecta y se vaya.

—Por favor, abre la puerta —pide mientras vuelve a llamar.

Me limpio una lágrima que empieza a surcar mi rostro y le digo con la voz rota:

—Vete, Nico.

Oigo que suelta un suspiro.

—Déjame que te lo explique.

—No tienes nada que explicarme.

—Joder, Vega, abre la puerta y vamos a hablar. No volvamos a lo de antes.

Odio que utilice eso contra mí, a los problemas de comunicación que tuvimos en el pasado. Esto es algo totalmente distinto.

Quizá por eso decido quitar el pestillo, para decirle cuatro verdades a la cara y mandarlo a tomar por saco, pero no puedo. Se me olvida todo lo que estaba pensando en decirle en cuanto lo veo apoyado en el marco de la puerta, con el pelo despeinado y la cara cansada.

Se lanza hacia mí y me da un extraño abrazo que me niego a devolverle, aunque lo disfruto más de lo que debería.

«Te odio, te odio, te odio. Por hacer que incluso después de lo que has hecho siga sintiendo que el corazón me da un vuelco cuando te veo».

—Vega... —murmura sobre mi hombro.

No trato de separarlo, espero a que se dé cuenta de que no le estoy correspondiendo.

—La foto... —dice mientras se separa, decepcionado—. Tiene una explicación. Sé lo que debes de estar pensando. Joder, yo también lo pensaría, pero escúchame.

Niego con la cabeza, tratando de aguantar las odiosas lágrimas que luchan por salir de mis ojos.

—No creo que puedas decirme nada que arregle esto, Nico. He sido una idiota por pensar que podía confiar en ti —confieso con la voz estrangulada.

—Vega, yo no besé a Mónica. No tengo ni idea de quién nos hizo esa foto ni por qué la tiene todo el mundo, pero en mi vida se me ocurriría hacerte daño.

Toma mi rostro con sus manos, tratando de inspirarme confianza con sus ojos.

Pero vuelvo a negar y los cierro. Estoy cansada de esto.

—Estoy harta de que siempre haya problemas.

La mirada dolida que me dedica me atraviesa un poco el corazón, pero no lo suficiente para que cambie de opinión.

—Esto no es un problema, se puede arreglar.

—No, no se puede —bufo—. ¿Te crees que voy a perdonarte que te hayas liado con Mónica? ¿Tan idiota me crees?

Me separo de él unos pasos, pues necesito poner un poco de distancia.

—Te juro que te entiendo, pero no es lo que parece. Me encontré con Mónica en la fiesta y estuvo muy pesada con que hablásemos. Al final cedí y la acompañé. Estábamos hablando y lo siguiente que recuerdo es que me plantó un

beso así, de repente. En cuanto me di cuenta de lo que estaba haciendo, la aparté y me fui. No sé de dónde cojones ha salido esa foto y tampoco me importa. Joder, Vega, tienes que creerme.

—No es solo la foto. ¡Inés os vio! —exclamo enfadada.

Respira acelerado, veo como la frustración se apodera de él cuando se da cuenta de que sigo sin creerle.

¿Por qué iba a hacerlo? No tengo motivos.

«¿Tres meses de noviazgo en los que has estado enamorada hasta las trancas no te parecen suficiente?», me grita una voz en mi cabeza. La acallo y hago como si no existiera.

No son suficientes si, cada vez que pienso que todo va bien, me llevo una decepción.

—Tú has decidido ya —reconoce, derrotado.

—¿A qué te refieres? —pregunto.

—Ni siquiera has dudado si era verdad, solo has asumido que ha pasado.

¿Encima ahora se enfada él? Yo es que flipo.

—¿Por qué iba a dudar de una foto en la que te estés comiendo la boca literalmente con tu exnovia? —suelto más alto y mucho más enfadada de lo que pretendía.

Miro hacia la puerta, esperando que nadie nos esté escuchando.

—Claro, ¿no? ¿Cómo ibas a dar un voto de confianza a tu novio? Si lo primero que hizo al despertarse a la mañana siguiente fue llamarte sin parar, pero no lo has querido escuchar porque has decidido que es el malo de la película.

—¿Me estás gastando una broma? ¡He pasado una noche de mierda! ¿Cómo crees que me ha sentado saber que me has puesto los cuernos con otra?

La voz se me rompe al final, pero trato de mantenerme firme.

Suelta un suspiro, como si se diese por vencido.

—Sé que tuvo que ser horrible, Vega, pero en vez de retraerte dentro de ti y de no querer saber nada de mí, ¿no crees que me merezco el beneficio de la duda? —Hace una pausa, como si le costase de verdad pronunciar sus siguientes palabras—. Yo te quiero y jamás haría algo que te hiciera daño.

—Pues me lo has hecho —respondo.

Estoy bañada en lágrimas e intento tragarme el amargo sabor que siento en la boca.

—Tú también me lo has hecho a mí.

—No trates de darle la vuelta a las cosas, Nico.

—No lo hago. No has confiado en mí. En vez de creerme, has vuelto a poner

en tu orgullosa cabecita la imagen tan mala que tienes de mí. Al parecer solo he jugado contigo, ¿no? Todas las cosas que te he dicho, los días que hemos pasado juntos, los «te quiero» que te he susurrado al oído…, todo eso no han valido para nada. —Hace una pausa, toma aliento y me dirige una mirada derrotada—. Sé que esto tiene que haber sido horrible y te pido disculpas, pero yo no he hecho nada. He intentado explicártelo, pero tú me has condenado incluso antes de haberme escuchado.

Contengo la respiración y trato de mantenerme firme, aunque por dentro sus palabras me han destrozado.

—No digas que entiendes cómo me he podido sentir yo, porque no es así. Ojalá nunca nadie te haga sentir tan mal porque es una mierda —sentencio.

Me mira con los ojos tristes.

—Entonces ¿ya está? ¿Este es nuestro final? —Trata de dar un paso hacia a mí, pero se fija en mi gesto y se detiene—. Joder, Vega…

Veo como se remueve en el sitio y se lleva las manos a la cabeza.

—Creo que será lo mejor —admito con voz queda.

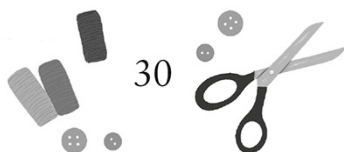
Con esas palabras me termino de romper del todo y esquivo su mirada destrozada.

¿Qué esperaba al venir aquí? Hay una foto de ellos dos besándose y yo… ya no puedo más. Esta situación me ha superado. Así que me quedo callada, con la mirada en el suelo y los brazos cruzados, deseando que todo esto nunca hubiera pasado.

—Ojalá algún día aprendas a confiar.

Así, sin más, sale por la puerta de mi habitación.

Permanezco parada, soltando todas las lágrimas que me quedan y con el corazón partido en dos.



30

Llevo dos semanas evitando a Nico. Bueno, más bien llevamos dos semanas evitándonos el uno al otro.

Tampoco es que haya sido muy difícil, después de lo ocurrido he estado varios días sin ir a clase. Ni siquiera me ha apetecido ir al taller de costura. Me he dedicado a pasar tiempo conmigo misma, viendo las películas menos románticas que se me podían ocurrir y comiendo tanto dulce que creo que me van a salir caries.

Por miedo a encontrármelo, ni siquiera he pasado por la cocina de la residencia a las horas en las que sé que es posible que Nico esté allí, pero me he fijado en que tampoco se ha tomado mi leche. Supongo que no ha vuelto a venir desde que... rompimos.

Esa palabra duele tanto que aún me cuesta decirla en voz alta. Pero sí, me puso los cuernos y rompimos. Lloraría si me quedase alguna lágrima por derramar, pero creo que no me queda ni una gota de agua dentro del cuerpo.

Cuando decidí dejar de esconderme en mi habitación y volver a la universidad, pensé que coincidiría con él mucho más. Las pocas veces que nos hemos visto me ha mirado y luego se ha ido. Imagino que no pudo soportar el simple hecho de estar cerca de mí, lo cual hace que mi enfado crezca aún más. Debería ser yo la que se marchara cabreada y dolida. En cambio, me quedo paralizada cada vez que mis ojos se encuentran con los suyos.

Tara ha intentado convencerme varias veces para que le diga algo. Al parecer Inés y ella arreglaron las cosas y hablaron del tema.

Una parte mí está desesperada por que las cosas se arreglen, pero no es tan

fácil. ¿No es mucha coincidencia que siempre sea todo un malentendido? A lo mejor el destino nos está mandando una señal.

Lo único bueno ahora mismo en mi vida es que cada vez hace mejor tiempo. Esto quiere decir también que ha vuelto la época en la que es posible comer en los jardines de la facultad sin tener miedo a que empiece a llover de repente o a que una ráfaga de viento te deje congelada en el sitio, así que Tara y yo hemos decidido aprovechar la oportunidad.

Tras sentarnos junto a uno de los árboles, hablamos mientras comemos de nuestros táperes cuando veo a Inés acercándose a nosotras.

—Hola, chicas, ¿qué tal? —pregunta tras darle un beso a Tara y sentarse.

—Hey, ¿no se suponía que nos veíamos esta noche?

Su novia se encoge de hombros y suelta como si nada:

—Sí, pero he estado un rato con Nico y he decidido pasarme a darte un beso antes de irme.

La mención de su nombre hace que mi estado de ánimo vuelva a caer en picado.

—Mira que eres disimulada —la regaña Tara.

Inés me dedica una mirada de disculpa y contesta:

—Perdona... Si te soy sincera, también quería hablar contigo y saber cómo estabas. Supongo que no ha sido buena forma de romper el hielo.

No, no lo ha sido. Pero me callo y me dedico a mirar mi triste ensalada.

—Si quieres que hablemos sobre aquella noche... —empieza a decir.

—No, gracias —la interrumpo. Sueno un poco más borde de lo que pretendía, así que continúo—: Quiero decir... Ya me lo contó Tara. No me apetece hablar más del tema.

Alzo la mirada y compruebo que se muerde el labio. Creo que quiere decirme algo más, pero decide callarse.

Tara cambia de tema y se ponen a charlar mientras yo me dedico a fingir que escucho, aunque la realidad es que mis pensamientos ahora mismo están muy lejos de aquí.

No creo que Inés tenga nada nuevo que decirme sobre la noche en la que básicamente vio que mi... exnovio se besaba con Mónica. Tara ya me dijo todo lo que necesitaba saber y esa dichosa foto lo corroboró.

Supongo que Nico le habrá contado cómo terminamos. A lo mejor por eso quiere hablar conmigo, para tratar de dar la razón a su amigo y convencerme de... ¿qué? Ambos nos dijimos todo lo que pensábamos. También quedó muy claro que no voy a perdonarle que me haya puesto los cuernos, por más que esté destrozada por dentro. Y, al parecer, él acabó también dolido por mi falta de

confianza en sus palabras. No hay más que hablar.

Pasados unos minutos, recogemos las cosas y nos levantamos.

—Me voy a la tutoría, ¿nos vemos luego? —le pregunta Tara a su novia.

Esta le dice que sí y, antes de marcharse, me da un breve abrazo.

Nos quedamos solas, en silencio. Me remuevo un poco en el sitio, sin saber muy bien por qué sigo aquí en lugar de irme a la biblioteca.

Inés me mira, dubitativa, y al final me dice:

—Mira, Vega, sé que lo que ha pasado tiene que haber sido horrible. Pero Nico es mi amigo y creo que hay algunas cosas que deberías saber.

Suelto un resoplido.

—Vi la foto, Inés. No creo que haya nada más que saber. No me creo ni por asomo que Mónica lo besara durante un segundo y que, justo en ese momento, alguien les hiciera una foto y que encima tú lo vieras. Tuvieron que estar así mucho más tiempo.

Reconocerlo me duele en el alma, pero es la verdad.

Frunzo el ceño cuando Inés niega con la cabeza.

—Ese es el caso, que no fue así.

No dice nada más. Lo deja en el aire, esperando a que le dé permiso para contarme lo que sea que quiere decirme. Supongo que esos detalles que hace tan solo unos minutos le he asegurado que no me interesaban.

Pero creo que soy una mentirosa descomunal, o que la intriga me puede, porque le pregunto:

—¿Qué cosas?



Esto es de locos. Pero, desde luego, la más tarada soy yo, porque no me puedo creer lo que estoy a punto de hacer.

Después de lo que me ha contado Inés, el límite entre lo que está bien y lo que está mal se ha desdibujado por el enfado que recorre mis venas.

Así que aquí estoy, fingiendo que leo el Código Civil en una de las salas de la biblioteca mientras espío a una rubia de pelo largo que estudia a un par de mesas de distancia.

Bueno, puede ser que la palabra «espiar» sea demasiado fuerte. Más bien, lo que estoy haciendo es esperar a que se tome un descanso, pero llevo aquí tanto rato que empiezo a impacientarme. ¿Esta chica no mea o qué?

Según la novia de Tara, la noche fatídica también se fijó en la chica que hacía la foto porque la conocía. Al principio no le dio mucha importancia, ni siquiera se acordaba bien ni hiló lo que pasaba, solo dio por hecho que esa chica se estaba haciendo una selfi o algo por el estilo. Pero cuando vio la foto y, días más tarde recordó el momento, sospechó lo que podía estar pasando.

Resulta que la rubia es íntima amiga de Mónica y fue quien tuvo la genial idea de difundir la foto por sus redes sociales.

Es la definición de buena persona, claro que sí.

Así que se me ha ocurrido pasarme por el sitio donde Inés me ha dicho que suelen venir a estudiar ambas, por si había suerte. Bueno, supongo que por una vez sí que la he tenido, porque justamente he encontrado a la única con la que quería hablar. No me apetece hacer el ridículo delante de Mónica si resulta que todo esto termina siendo un malentendido.

Por fin, tras varios minutos más de espera, la paparazi se levanta y se dirige al baño. La sigo, me siento como si estuviera en una de las novelas de Sherlock Holmes, a punto de descubrir un misterio.

Cuando entro, la encuentro lavándose las manos. Me pongo a su lado, simulando que hago lo mismo.

—Hola —suelto fingiendo simpatía.

Se vuelve hacia mí, extrañada.

—Mmm, hola —contesta dudosa.

La forma en la que alza las cejas tras analizar mi cara me confirma que, como sospechaba, me reconoce.

—Eres amiga de Mónica, ¿no? —pregunto, inocente.

La tía, lejos de amedrentarse por mi atrevimiento, afila la mirada y responde molesta:

—Sí, ¿qué quieres?

Inspiro una bocanada de aire.

«Calma, sé clara con ella y ya está».

—En esa fiesta que hubo hace un par de semanas, ¿fuiste tú la que hizo esa foto en la que sale tu amiga besándose con mi novio?

—Ah, ¿es que sigue siendo tu novio? —pregunta fingiendo inocencia.

Tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad, que ahora mismo me temo que no es mucha, para no mandarla a la mierda en este precioso momento.

—No, no lo es —admito—. Pero quería saber si me podías decir por qué lo

hiciste.

Se encoge de hombros, como si no fuera gran cosa.

—Solo saqué una foto y la subí. No es para tanto —admite mientras pasa por mi lado con la intención de salir por la puerta.

Me interpongo en su camino y suelto un suspiro, cansada.

—Mira... Necesito que me digas si de verdad estuvieron besándose toda la noche, solo eso. —Le dedico una mirada suplicante—. No lo he pasado bien con ese tema.

No tengo ni idea de por qué le digo eso. Supongo que tengo la esperanza de que se ablande y me cuente la verdad. Y funciona, más o menos.

—Deberías preguntarle a Mónica. Yo solo hice la foto cuando ella me lo pidió —confiesa, y me dedica una breve mirada de disculpa.

Asiento con la cabeza mientras asimilo sus palabras.

«Cuando ella me lo pidió». Entonces... ¿no estuvieron morreándose toda la noche?

—Gracias —le digo mientras me aparto a un lado y la dejo salir por la puerta.

Supongo que solo me queda hablar con Mónica.



Abordar a Mónica se me hace mucho más difícil de lo que me esperaba.

Se me ha pasado por la cabeza pedir su número o hablarle por redes sociales, pero creo que eso sería un poco incómodo y que podría derivar en que se limitase a dejar de contestarme y pasar de mí. Y esa opción no me gusta demasiado.

Así que, después de estar una hora mirando el móvil y dándole vueltas a lo que voy a hacer, decido que ya no tengo nada que perder..., ¿no?

Hola, Jorge

Necesito un favor

Me podrías decir dónde puedo encontrar a tu hermana?

Le doy a enviar, nerviosa.

¿He sido demasiado directa? Puede ser. Pero no quiero andarme por las ramas. Jorge y yo terminaos muy mal. Además, precisamente fui yo la que le pidió que me dejara en paz y no me volviese a hablar… Supongo que ante situaciones desesperadas, actos desesperados.

Después de tantos meses, me hablas para eso?

Decido dejar a un lado esa parte de mí que aún sigue enfadada con él y le escribo:

No te lo pediría si no fuera importante

Compruebo que escribe y borra varias veces hasta que, unos minutos más tarde, me contesta:

Ha pasado algo?

Por un momento, una pequeña parte de mí se siente mal por haberle hablado solo para esto, pero luego recuerdo lo que hizo y se me pasa.

Estoy bien, no ha pasado nada que no se pueda arreglar

En realidad, eso no lo sé aún. Por eso mismo quiero hablar con su hermana.

Imagino que si me ha preguntado ha sido porque ella misma no le ha contado nada y no voy a ser yo quien lo haga.

Solo necesito saber dónde encontrarla, por favor

Tarda un rato en contestar.

Me arrepiento mucho de todo lo que pasó entre nosotros y de cómo hice las cosas...

Solo quiero que lo sepas

No te digo esto con la esperanza de volver ni nada, pero necesitaba decirte que lo siento

Algo dentro de mí se remueve un poco cuando leo su mensaje.

No he visto a Jorge desde que empezó el cuatrimestre, supongo que porque ya entregó el TFG y se ha puesto a trabajar. Tampoco se me ha pasado por la cabeza mandarle un mensaje durante estos meses.

Sigo dolida, pero si soy sincera conmigo misma, durante el breve tiempo en el que estuvimos juntos, Jorge no fue un mal novio. Guardo algunos recuerdos bonitos con él, como el de las noches de las luces de Navidad.

Supongo que, por ese motivo, decido dejar por un momento a un lado mi rencor y le contesto.

Lo sé... Acepto tus disculpas

Espero que las cosas te vayan bien

Estoy a punto de escribirle «Y que no le vuelvas a hacer eso a nadie», pero lo dejo en el último momento.

Gracias

Mi hermana está ahora en clase de inglés, creo que sale en media hora

Te paso la dirección

Cuando la recibo, se lo agradezco y me dirijo al metro.



31

Un rato más tarde, me encuentro en la misma situación que hace tan solo unas horas, pero ahora vigilo una puerta marrón. Espero a que en cualquier momento una cabellera de rizos negros salga por ella.

Aún no sé muy bien qué voy a decirle. Estoy tan enfadada que todas mis ideas se mezclan entre sí y eso hace que no tenga ningún pensamiento mínimamente coherente.

Hago uno de los ejercicios de respiración que me enseñó Carola para intentar controlar los nervios, pero no surte mucho efecto.

Voy por el segundo intento de los ejercicios cuando veo a Mónica y me acerco con pasos rápidos.

«No pienses, Vega, tú solo habla con ella».

—Hola, Mónica. ¿Podemos hablar un momento?

Trato de sonar calmada, aunque tenerla delante hace que mi enfado crezca.

—No, tengo prisa —contesta cuando me ve y sigue andando.

«Respira. Controla tu genio y todo irá bien».

—Mónica —le insisto—, tienes que contarme lo que pasó esa noche.

Se para en seco y se vuelve hacia mí.

—¿Te crees que no sé que has hablado con mi amiga? Déjame en paz.

Vale. Me esperaba que la rubia le hubiera contado nuestra charla en el baño, pero me saca de quicio que justo ella sea la que me hable enfadada.

—No voy a dejarte en paz. Solo cuéntame lo que pasó. Como dices, ya tengo la versión de tu amiga, solo quiero saber la tuya. No cambiará mucho, ¿no? —indago.

La forma en la que mueve el pie nerviosa me indica que voy por el buen camino.

—Mira, Vega... —empieza a decir.

Noto su gesto molesto, aunque me parece también atisbar algo de tristeza en sus ojos, por lo que la interrumpo y le digo:

—Por favor, dime la verdad. —Odio tener que suplicárselo, pero la necesidad de saber me está matando—. No han sido precisamente las mejores semanas de mi vida y necesito que me digas qué pasó, si Nico y tu estuvisteis toda la noche en ese pasillo besándoos.

Se coloca mejor el bolso sobre el hombro y me mira, incómoda.

Tras un violento silencio, me contesta:

—No.

Al principio me da la sensación de que se está negando a contestarme otra vez, pero luego me mira y veo que es la única respuesta que piensa darme.

—¿Como que no? —trato de corroborar—. ¿No en plan «No nos besamos y esa foto la hice con Photoshop»? ¿O del estilo «No estuvimos morreándonos durante cinco horas»?

Suelta un suspiro.

—De lo segundo... No fue eso lo que pasó.

La mirada aniquiladora que le dedico tiene que ser demoledora porque, antes de que pueda decirle nada, añade:

—Uf... A ver por dónde empiezo —dice nerviosa—. Voy a contarte algo que no es fácil para mí, ¿vale? Te pido que no me interrumpas y que luego ya me mandes a la mierda si quieres.

Me quedo callada, atenta.

Se lo toma como una afirmación y empieza:

—Conozco a Nico desde que era pequeña.

Dirige su mirada hacia el suelo, dubitativa.

—Siempre hemos sido amigos, a pesar de que Jorge y él nunca hayan terminado de conectar muy bien. Al menos, para él todo se reducía a eso. —Hace una pausa y toma aire—. El problema es que, conforme fuimos creciendo, esa amistad se convirtió en algo más para mí. Acabé enamorada hasta las trancas. Llevo enamorada desde que tengo... ¿Cuántos? ¿Doce años?

Suelta una pequeña carcajada, pero eso último lo dice con un aire de tristeza que casi hace que me sienta mal y me entren ganas de consolarla. Casi.

—Cuando crecimos un poco más y él estaba terminando el instituto, yo me declaré. No soy tonta, sabía que Nico no sentía lo mismo por mí, pero aun así empezamos a salir. Ni yo misma me lo creí al principio. Pensaba que estaba

viviendo un sueño, pero conforme pasaron los meses me di cuenta de que él no estaba al mismo nivel que yo en la relación, por más que nos besáramos y yo intentara que las cosas fueran a más...

Me quedo pensativa mientras las escucho.

—Pero estuvisteis saliendo bastante tiempo, ¿no? —pregunto.

—No te creas, solo unos meses. Él lo estaba pasando fatal con su padre y yo traté de ayudarlo, pero no me di cuenta del compromiso en el que lo ponía. Mi padre empezó a ayudar al suyo porque han sido amigos desde hace muchos años, pero también estaba muy contento con que estuviéramos juntos. No sabía la presión que eso ejercía en Nico hasta que un día discutimos y... cortó conmigo. Pensaba que era porque estaba agobiado, porque su situación familiar lo llevaba de cabeza y no le dejaba ver las cosas con claridad, así que insistí e insistí...

Deja de hablar durante unos segundos, se limpia una lágrima que se le ha escapado y me mira. Contra todo pronóstico, me siento fatal al verla tan triste, así que le dedico una mirada suave y se anima a seguir:

—Cuando empezó a salir contigo me dolió mucho, Vega. Estaba enfadada porque tú supuestamente estabas saliendo con mi hermano y, de repente, Nico y tú empezáis la historia de amor que yo siempre quise tener con él. Y, cuando vi a Nico en la fiesta y me enteré de que no estabas ahí..., vi mi oportunidad. Sé que está mal, no hace falta que me lo digas, pero llevo enamorada de él tanto tiempo que es lo único que se me ocurrió hacer...

Suelto el aire que no sabía que estaba conteniendo y me aparto el pelo del cuello. De repente, me siento abrumada por todo lo que Mónica me ha contado.

—¿Y la foto? —pregunto.

—La hizo mi amiga Alicia. Sabía toda la historia y se me ocurrió que eso podría hacer que Nico y tú cortaseis y, entonces, volvería conmigo —confiesa—. Está claro que no ha sido así. Él... me apartó enfadado y se fue. Esa es la verdad.

Me quedo plantada en el sitio, sin saber muy bien qué decir. Para Mónica mi silencio es suficiente respuesta, porque endereza un poco la espalda y me explica:

—Sé que no ha estado bien, ¿vale? Pero una no puede controlar su corazón, aunque yo dejé que el mío dominara mis acciones por completo. Fui una egoísta. No voy a excusarme, pero espero que lo entiendas. Te pido disculpas, no volveré a meterme entre vosotros.

Se da la vuelta, con la intención de alejarse, pero mi voz la detiene:

—Lo entiendo. —Ni yo misma me creo que esté diciendo estas palabras, pero así es—. No me parece bien lo que has hecho, pero lo entiendo —termino.

Ladea la cabeza y asiente, como si mi respuesta la dejase satisfecha, y se va por donde había venido.

Estoy muy cabreada por todo lo que me acaba de contar, pero al mismo tiempo me sabe muy mal. Lo que ha hecho es terrible, pero he visto en sus ojos el dolor que sentía y he comprendido lo difícil que tiene que ser ver a la persona que quieres con otra.

Me giro y me encamino de vuelta al metro mientras le doy vueltas a la cabeza sin parar.

Lo peor es que Nico tenía razón, tengo unos problemas de confianza enormes.



Cuatro horas más tarde, me recuesto en el sofá de la sala común con el móvil entre las manos.

Llevo así desde que he hablado con Mónica, dudando sobre si escribir un mensaje a Nico o no.

¿Qué puedo decirle? «Verás, me he dado cuenta de que, una vez más, la he cagado. ¿Podemos volver a lo de antes?».

Me va a mandar a la mierda, lo veo venir.

Tampoco es que todo sea culpa mía. Todo podría haber sido más fácil si él me hubiera mandado un mensaje esa misma noche explicándome lo que había pasado, pero prefirió irse a dormir.

¿A quién pretendo engañar? Ni siquiera escuché lo que me dijo. Se pasó el día llamándome y yo solo apagué el móvil y me centré en lo que creía saber.

Vuelvo a mirar la pantalla. Me estrujo la cabeza mientras busco alguna forma coherente de empezar la conversación.

Hola

Menuda mierda de comienzo. Pienso en borrarlo, pero ya le habrá salido la notificación, así que quedaré peor si lo hago. Dos minutos después se pone en línea y me contesta:

Hola

¿Eso que oigo es mi esperanza gritándome desde el fondo de mi corazón?

Cómo estás?

Veo que escribe y borra algo durante unos minutos. Muevo la pierna de arriba abajo, impaciente.

Qué quieres, Vega?

¿Me tomo eso como algo borde? O puede ser que lo esté diciendo con su tono fanfarrón y no me esté dando cuenta… Por chat esas cosas son muy difíciles de detectar.

Pues saber cómo estás

Y bueno… también quería saber si podríamos quedar y hablar

Sobre qué?

Definitivamente está en modo borde.

Sobre nosotros

Vuelve a tardar varios minutos en contestar. Sin embargo, cuando lo hace, algo dentro de mí se hace añicos.

Como has hablado con Mónica y te ha explicado las cosas, ahora quieres hablar conmigo, no?

Me quedo tan congelada en el sitio que ni siquiera pienso en contestar, pero no hace falta, porque sigue:

Mira, Vega... Las cosas no han cambiado

Has necesitado que Mónica te cuente lo que pasó para poder creerme, a pesar de que ya te dije que las cosas no eran lo que parecían y que yo no la había besado

No queriendo, al menos

Pero no me creíste

Has estado semanas pensando que te puse los cuernos y que fue intencionado

Y ahora lo entiendes porque la chica que ha creado toda esa situación te ha dicho que

lo hagas?

Esperaba que confiaras en mí

Entendía que estuvieras molesta y enfadada, pero no que te negaras a escucharme y a darme el beneficio de la duda

Me parte el corazón en dos, porque sé que tiene razón.

Déjalo, vale?

Dejemos las cosas como están, será lo mejor

Quiero decirle que no, que si tanto me quería por lo menos debería decirme todo esto a la cara, que Mónica es la culpable de todo lo que ha pasado y que no debería darse por vencido tan pronto.

Pero sería una egoísta y me engañaría a mí misma. Si alguien se ha dado por vencida y se ha negado a escuchar he sido yo. Por más que Nico me dijera que no había hecho nada, en mi cabeza solo escuchaba que sí. Mi inseguridad y desconfianza me jugaron una mala pasada y no es justo que ahora lo culpe a él.

Por eso, aunque me cueste, le contesto:

Vale

Treinta minutos más tarde, cuelgo el teléfono y saco la maleta que guardo debajo de la cama.

—Vega, ¿podemos pasar?

Nuri y Carola se adentran en mi habitación sin esperar a que les dé permiso.

—¡Qué manía con entrar directamente! Un día me vais a pillar en una situación comprometida y me va a dar igual traumatizaros de por vida —contesto tratando de sonar divertida y disimular mi voz llorosa mientras me acerco al armario y saco varias prendas de ropa.

—¿Adónde se supone que vas? —pregunta Nuri, pasando de mi respuesta.

—He llamado a mi madre. Me he comprado un billete de tren para esta noche. Me apetece estar en casa unos días.

Sigo a lo mío, pasando de las caras de circunstancias que mis dos amigas se están dirigiendo sin disimulo.

—Pero si los exámenes finales empiezan en una semana, tía —apunta Carola.

—Ya... Volveré antes.

En realidad, no estoy muy segura de eso, pero no me apetece pensarlo ahora mismo.

—Deja de moverte de un lado al otro, ¡me estás poniendo nerviosa! —exclama Nuri, que me impide meter el cepillo del pelo en la maleta—. ¿Se puede saber qué ha pasado para que tengas que irte corriendo?

Ya está. No han hecho falta ni dos minutos para que toda la entereza que he estado intentando recomponer se caiga al suelo y me ponga a llorar. Mis amigas se lanzan a mis brazos y consiguen que me sienta un poquito mejor. Nos sentamos en la cama y les cuento mi conversación con Mónica y lo que me ha dicho Nico.

—Yo... Necesito ordenarme las ideas —termino, sorbiéndome un poco la nariz—. Quiero estar unos días en casa y no tener que pensar en nada. Ni en Nico ni en Mónica ni en la dichosa carrera con la que sigo sin saber qué hacer.

Carola toma mi mano y me mira.

—Lo entendemos, tía. Han sido muchas emociones en muy poco tiempo y necesitas desconectar unos días. Creo que haces bien en irte a casa. Pero no mucho tiempo, ¿eh? —aclara.

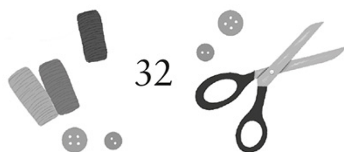
—¡Eso! No puedes dejarme aquí con este muermo. El otro día me dijo de hacer yoga... ¡Yoga! Necesito actividad, aunque sea irnos de compras, como a ti te gusta.

Nuri calma el ambiente y hace que me ría con ganas, algo que agradezco después de las semanas que llevo.

—¿Quieres que te ayudemos? —se ofrece Carola.

Les digo que sí y pasan la siguiente hora tratando de animarme y poniendo canciones de *Mamma mia* de fondo, solo con la intención de desafinarlas todas.

Puede que todo se me esté viniendo un poco encima y que eso de gestionar las emociones se me siga dando de culo, pero sé que, mientras las tenga a ellas a mí lado, estaré bien.



—Te estás quedando en los huesos. Luis, ponle otro plato a tu hija.

Dos días. Solo llevo dos días en casa y mi madre ya está intentando cebarme como a un pavo. La operación «Animar a Vega a toda costa» está en marcha.

Al final, ayer cedí y terminé contándole todo lo que había pasado con Nico. Me sirvió mucho hablar con ella, pude desahogarme y sentirme comprendida. Hay veces que hablar con una madre es lo único que necesitas para estar un poco mejor.

—La pobre va a explotar, déjala, Susana. —Mi padre, siempre tan calmado, me mira con cariño mientras bebo un poco de agua—. Esta tarde voy al despacho a trabajar un rato, ¿quieres venir conmigo? Me gustaría enseñarte algunas cosas.

Me muerdo un poco el labio inferior, indecisa. A mi madre sí le he contado por encima la idea de cambiarme a Diseño de Moda, pero le pedí que no se lo dijera aún a papá. Sé que me dijo que me apoyaba en todo, pero hasta que no lo decida al cien por cien no quiero volverlo loco con mis idas y venidas.

—Claro, cuenta con ello —contesto forzando una sonrisa.

Mi padre se da por satisfecho y lo ayudo a recoger la mesa.

Me dirijo a la habitación. Mi intención es echarme una buena siesta y leer alguno de mis libros, pero tan pronto como me acuesto me doy cuenta de que mi madre tiene otros planes.

—Vega —susurra en tono confidente mientras entra, como si cupiera la posibilidad de que alguien nos estuviera escuchando—. ¿Has tenido noticias suyas?

Suelto un resoplido mientras pongo los ojos en blanco.

—No —contesto, cansada.

—Pues háblale tú.

Lo dice con tanta simpleza, tan segura de que con esa acción todos los problemas se resolverían, que no puedo evitar esbozar una media sonrisa.

—Mamá, déjalo. No quiere saber nada de mí —murmuro resignada.

—Vaya… —Se sienta en el borde de mi cama—. No sabía que había criado a una conformista. Siempre has sido muy dura contigo misma y demasiado cuadrada con tus ideas, pero no creí que fueras de las que se rajan.

¿En serio mi madre está utilizando esta técnica? Yo flipo.

Pero funciona.

—¿Yo? ¿De las que se rajan? —gruño mientras me señalo a mí misma con un dedo—. ¿Estás hablando de la hija que, por no dejar la dichosa carrera de Derecho, ha estado un curso sufriendo por las esquinas?

Entorno los ojos y levanto las cejas, como si así fuera a dar más énfasis a mis palabras.

—Venga ya, eso no es ser valiente.

Me estoy quedando muerta con mi madre, en serio. ¿No se supone que debería estar animándome? Casi prefiero que vuelva al modo «mamá oso» en el que ha estado todos estos días.

—¿Por qué no? —pregunto curiosa.

—Ay, cariño…

Suelta un suspiro y me mira con «esa mirada». La que te dirigen las madres cuando van a decirte algo que saben que te va a doler, pero que tienen el deber de decirte de todas formas. Y así es:

—Este año has hecho de todo menos luchar por lo que quieres. Desde que empezaste, has sabido que estudiar Derecho te gusta tan poco como levantarte temprano un sábado.

Yo no haría esa comparación, creo que odio la carrera mucho más, pero la dejo seguir:

—En vez de asumir que te habías equivocado y cambiarte de carrera, te empeñaste en seguir y ver adónde te llevaba eso. ¿Por qué? Porque te da mucho miedo que lo que venga después no vaya como tú quieres. Te acomodas en un sitio y te quejas de eso todos los días, pero no haces nada por cambiarlo. Incluso después de que tanto tu padre como yo te dijéramos que no pasaba nada.

—No quería decepcionaros… —me lamento.

—Cielo, no nos has decepcionado nunca. Hemos visto que te has esforzado y lo has intentado, eso es suficiente. Ningún padre que se precie quiere ver a su hijo pasarlo tan mal por hacer algo que no le gusta.

La miro, sabiendo que todo lo que ha dicho es cierto. Aun así, no es fácil admitirlo en voz alta.

—Y lo mismo te pasa con Nico, que conste.

Qué buena forma de arruinar el momento.

—Déjalo ya, pesada —repito.

—Bueno. —Se levanta, parece que se ha dado por vencida—. ¿Quieres que te traiga un poco de chocolate de postre?

Suelto una carcajada. Lo de esta mujer no es normal.

—La verdad es que me encantaría.



Tenía la pequeña esperanza de que, al verme dormir la siesta, mi padre se diese por vencido y no me insistiera en lo de venir al despacho, pero no ha sido así.

—¿Qué te parece el nuevo cuadro?

Las paredes y los muebles son todos de colores neutros y bastante sosos, pero las pinturas que mi padre elige y cuelga en las paredes hacen que el conjunto cobre vida, le dan un poco de color.

—Es muy bonito —contesto, sincera, observando la obra de tonos azules.

—Ven, quiero enseñarte una cosa.

Lo sigo hasta su escritorio y saca algunos papeles del cajón. Varias estanterías llenas de códigos y reglamentos me observan desde el otro lado de la habitación, como si se estuvieran riendo de mí porque saben la manía que les tengo.

—Esta es una de las últimas demandas que he hecho esta semana. Dime qué te parece.

Me pongo un poco nerviosa. Nunca se ha interesado tanto en que viera su trabajo, y me pilla desprevenida.

—Yo... —dudo.

—Mírala —insiste.

Me acerco y la leo por encima. No entiendo ni la mitad de las cosas que pone, todo está en una jerga legal compleja. Está escrito con tanta formalidad que necesitas haberte leído por lo menos trescientas como esa para poder llegar a entenderla con una primera lectura.

—Me encanta mi trabajo —suelta mi padre apartando la hoja y mirándome a los ojos—. Muchos pensarán que es algo aburrido y tedioso, pero me encanta prepararme un juicio. Me gusta saber que tengo todas las herramientas en mi mano para hacer que vaya bien si sé usarlas como es debido. No siempre me apetece venir y pasarme el día leyendo contestaciones y demandas, pero lo aguanto porque, al final del día, me siento satisfecho con lo que hago.

—No sé adónde quieres llegar con esto, papá —contesto con poco entusiasmo.

—Para poder entender y hacer la demanda que te he enseñado, estuve estudiando mucho y en el camino hice muchas mal. Pero como era a lo que me quería dedicar, seguía y seguía hasta que un día me salió bien. Está terminando el curso y ya es hora de que tomes una decisión. Ya te dije en Navidad que, decidieras lo que decidieses, nosotros te apoyaríamos, pero no voy a dejar que te pases cuatro años de tu vida decidiéndote hasta que un día te des cuenta de que has tardado demasiado y has cometido un error.

No me esperaba para nada que mi padre me hubiera traído al despacho para darme... ¿Qué es eso? ¿Una reprimenda? ¿Una charla motivacional?

Supongo que, en algún momento, mis padres se han puesto de acuerdo y han decidido tomar cartas en el asunto y hablar conmigo para que solucione este tema de una vez.

—Sé que no he hecho las cosas de la mejor manera... —empiezo a decir.

Mi padre niega con la cabeza y me interrumpe.

—No has hecho las cosas mal, pero te estás empeñando en hacer algo que no te gusta. ¿Por qué? ¿Por qué te da vergüenza cambiarte? ¿Por qué te da miedo que no sea lo correcto? Si te he traído aquí es para enseñarte que, elijas lo que elijas, el día de mañana vas a tener que dedicarte a ello. ¿Tú te ves en este despacho dentro de unos años?

Solo de imaginármelo me da angustia. Bastante mal lo estoy pasando con los exámenes como para luego tener que estar leyendo cosas de este estilo un día tras otro durante el resto de mi vida.

En el fondo, sí sé qué camino quiero tomar, pero es tan ambiguo, con tantas salidas diferentes... Pueden ir muchas cosas mal si decido seguir por ahí.

—He estado yendo a un taller de costura durante estos últimos meses —le confieso—. Mi profesora trabaja en una de las universidades de Madrid donde imparten la carrera de Diseño y me dijo que les había gustado mucho mi trabajo. Me dio un panfleto y le he dado varias vueltas. Si... si me cambio de carrera sería a esa, papá. Me gustaría estudiar Diseño de Moda.

Cuando termino de decirlo en voz alta, algo dentro de mí se relaja. No sé si

es porque se lo he admitido a mi padre o a mí misma, pero es como si de repente la opción brillase frente a mí, alta y clara.

—Es difícil —sigo, cada vez estoy más convencida de lo que digo—. Nadie te promete que vayas a tener éxito. Puedes terminar de mil formas distintas y hay muchas opciones, pero... si me preguntas qué es lo que me hace feliz, cuál es el trabajo por el que yo lucharía con una sonrisa en la cara, sería ese.

Mi padre se da por satisfecho con mi respuesta, se levanta del escritorio y vuelve a guardar la demanda.

—Entonces, ya está. Deja de hacer tonterías y lucha por ello.



Suspiro y reviso el móvil, que no ha dejado de vibrar con mensajes de las chicas.

NURI
Bueno, ya está bien

Ha pasado una semana, queremos actualización

CAROLA
Deja de atosigarla

NURI
Como si no me hubieras preguntado esta mañana preocupada que si había hablado con ella 😒

Carola
Dijimos que le dejaríamos tiempo para pensar

Nuri
Siete días te parecen poco?

Le ha dado tiempo a replantearse su vida siete veces

Yo
Está todo bien. He tomado una decisión

Cuando suba a Madrid os contaré con más detalle

Nuri
Cuándo subes?

Carola
Has hablado con Nico?

Yo
En dos días, y no. No he hablado con él

Nuri
Pues menos mal, porque he mandado la artillería pesada para hablar contigo

Bueno, la segunda más pesada, porque la primera soy yo

Carola
Eh, que yo también estoy

Dirás la tercera más pesada

Nuri
Tú eres como un algodón de azúcar

No le vas a meter la caña que necesita

Yo
A qué os referís?

Carola
En nada lo sabrás

Nuri
Que conste en acta el gran

esfuerzo que he hecho por ti

Hablar con ratas inmundas
no es mi pasión

Pero una tiene que tomar
decisiones difíciles a veces

Yo
DECIDME QUÉ HABÉIS HECHO

Nuri
Caro, creo que el comedor
acaba de abrir, te bajas a
comer?

Carola
Venga, nos vemos abajo

Un beso, Vega! 😘

Nuri
Que vaya bien lo que te queda
de retiro no tan espiritual 🖤

Yo
Esta os la guardo

Dejo el móvil a un lado y vuelvo a centrarme en el ordenador.

Hace tres días empezaron los exámenes finales y sigo en Murcia. Cuando volví de pasar la tarde con mi padre, le contamos a mi madre que ya había tomado una decisión. El resto de la semana pasamos los días organizando todo y mirando la solicitud de acceso para entrar en la carrera de Diseño.

Además, al ser una universidad privada, me daba mucho apuro. No es precisamente barata, pero se lo han tomado mucho mejor de lo que esperaba. Se han ofrecido a pagármela siempre y cuando busque un trabajo en Madrid para cubrir mis necesidades y mi vida allí, por lo que cuando vuelva me pondré como loca a echar currículums en cada sitio que se me ocurra.

Así que aquí estoy, a punto de enviar la solicitud.

Todavía no me lo puedo creer, me parece un sueño.

Llevo tanto tiempo dudando sobre esto y sin verme capaz de llegar a hacerlo que ahora me parece irreal.

Mientras le doy al botón de enviar, unos ojos marrones se cuelan en mi cabeza. Me acuerdo de aquella vez en que tomó mi mano para dar por finalizado el trabajo de Derecho civil. Parece que fue hace mucho tiempo y no tan solo hace unos meses. He tenido que controlar las ganas de llamar a Nico para contárselo. Estoy intentando ser madura y respetar su decisión, pero cada vez se me hace más difícil.

—¡Vega, ven a la puerta! —me llama mi madre.

Cierro el ordenador y, con la imagen de Nico todavía en mente, me dirijo a la entrada.

—Madre mía, menudas pintas llevas.

La voz de Iván me saca de mis pensamientos y hace que me pare en seco.

—¿Qué haces aquí? —pregunto.

Sin embargo, para mi desgracia, creo que puedo intuirlo.

—Ver a mi mujer favorita en el mundo —contesta con una sonrisa—. Y sacar a su hija de casa, aunque parece que le ha pasado un coche por encima.

Pongo los ojos en blanco y me miro. He estado varios días sin salir, por lo que sigo en pijama y con pelos de loca, pero tampoco estoy tan mal.

—Exagerado —gruño.

—Iván, qué alegría que estés aquí. ¿Te quedas a comer? —le ofrece la pelota de mi madre.

—Sabes que me encantaría, Susana, pero voy a comer por ahí con Vega.

«Mmm, ¿desde cuándo?».

Lo miro extrañada, pero pasa de mi gesto y entra en casa.

—Tienes diez minutos para cambiarte —exige con soltura.

—Tú flipas —contesto.

—¿Prefieres que hablemos de tu vida amorosa con tu madre delante? —susurra.

La cara de pánico que le dirijo no tiene precio. Como tenga que volver a aguantar una de sus charlas, me va a dar un chungo.

—¿Y si no hablamos de eso y punto? —reniego entre dientes.

Suelta una risa por lo bajini para que mi madre no nos escuche.

—Esa no es una opción, lo siento. —Da una palmada en el aire que hace que me pegue un susto de muerte y vuelve a elevar la voz—. Te espero aquí y no me decepciones, ¡ponte lo más colorido que haya en tu armario!

Lo voy a matar. Con un gruñido, me meto en mi habitación y me pongo lo más oscuro que encuentro, solo por el placer de llevarle la contraria.

Salimos de mi casa unos minutos después y lo sigo hasta un bar de tapas cercano.

Tendría que haber supuesto que se trataba de Iván cuando las chicas me han dicho que habían mandado la artillería pesada. Pero ni en cien años habría imaginado que Nuri le hablaría para venir a verme. La pobre tiene que haberse dado un golpe en la cabeza.

—No sé cómo has sido capaz de bajarte desde Madrid solo para que hablemos —medito cuando terminamos de pedir la comida.

Se encoge de hombros y contesta:

—Terminé ayer los exámenes y, al ver que la rubita se tragó su orgullo para hablarme, supuse que era urgente.

—Sigo flipando con que Nuri te hablase —admito.

—La verdad es que fue Carola, pero mi condición para venir era que me lo pidiera Nuri.

Agrando los ojos.

—¿Has puesto condiciones para venir a verme? ¡¿Se puede saber qué clase de amigo eres?!

Suelta una carcajada, divertido por mi reacción.

—Calma, fiera. Iba a venir de todas formas, pero ¿ver a Nuri arrastrarse ante mí? No podía dejar pasar la oportunidad.

Un día va a arder Troya entre estos dos.

—Bueno, suelta ya lo que has venido a decirme. Supongo que tiene que ver con Nico.

—Bingo —admite con voz calmada.

—Por una vez que quiero hacer las cosas bien… y no me dejáis. Estoy respetando su decisión —confirmo resignada.

El camarero nos trae un plato con patatas y me llevo unas cuantas a la boca.

—Vengo a darte mi opinión, ¿vale? Como hombre que soy…

—Eres un crío —lo corto.

—Eh, que encima soy un mes mayor que tú —contesta, molesto.

—Pues eso, un crío —me divierto.

—No voy a dejar que cambies de tema.

Bueno, lo he intentado.

—Yo creo que, si fuera Nico, me gustaría ver que intentas arreglar las cosas.

Me recuesto en la silla y pongo las manos en jarras.

¿Ese es el maravilloso consejo que ha venido a darme desde Madrid?

—Ya lo hice, le escribí un mensaje.

—Menuda mierda de intento —dice convencido.

—Me pidió que lo dejara estar, fue bastante claro. No quiero cagarla más con él, ¿no es mejor respetar su decisión? —explico.

Bebe un trago de agua tan tranquilo y me contempla.

—Vamos a ver… Siempre que os ha pasado algo, ha sido él quien ha ido detrás de ti. Te pidió que confiaras en él y no lo hiciste. Está claro que tenías tus motivos, pero fue a explicártelo y no lo creíste. Está dolido, pero no me creo ni por asomo que haya dejado de quererte. ¿Y por una mierda de mensaje de rechazo vas a darte por vencida? Tienes que demostrarle que nunca volverás a dudar de él y que lo quieres.

Me quedo con la boca abierta, ¿quién es este y qué ha hecho con Iván? ¿Ese amigo tan pasota del amor con el que yo solía discutir porque, según él, «no estamos en edad de ponernos ñoños»?

—¿Has sido absorbido por Cupido o algo? —intento averiguar.

Suelta una carcajada y se echa el pelo hacia atrás.

—¿Por qué no intentas hablar con él otra vez? Muéstrale a la Vega romanticona y enamoradiza que yo conozco.

Es muy fácil decirlo, pero hacerlo… Eso ya es otra historia.

—Me da miedo que vuelva a rechazarme —confieso.

Iván se acerca a mí, me pone un brazo alrededor del hombro y, con ojos serios, responde:

—¿Y vas a dejar que ese miedo guíe para siempre tus decisiones?

Suelto un poco de aire y apoyo la cabeza en su brazo mientras medito sus palabras.

Creo que el miedo es como una garra invisible que te atrapa por completo y te impide ver más allá de tu desconfianza e inseguridad. No siempre aparece porque nos hayan hecho daño. Hay veces que nace en nuestro interior y le vamos

dando el poder de crecer hasta que, un día, ya no sabes vivir sin él.

No es fácil aprender a dejarlo a un lado, pero puede que la mejor manera de superarlo sea abrazarlo con todas nuestras fuerzas y saber seguir adelante a pesar de ello.

—Claro que no —termino diciendo en un murmullo.

—Esa es mi chica —contesta, orgulloso.

Supongo que no pierdo nada por volver a intentarlo. Total, ya me ha dicho que no una vez, puedo soportar que vuelva a decírmelo. Pero al menos habré tratado de arreglarlo.

—¿Alguna idea sobre cómo reconquistar al chico de mis sueños?



33

La operación «Recuperar a Nico» se me está haciendo más cuesta arriba de lo que esperaba.

Hace dos semanas que volví a Madrid y aún no he sido capaz de ponerme delante de él y decirle lo que siento.

No creáis que no lo he intentado, he probado todas las cosas habidas y por haber que se me han podido pasar por la cabeza. El día que terminaron los exámenes finales de Derecho, me presenté en la facultad. Esperé en la puerta con toda la intención del mundo de pararlo y, si hacía falta, rogarle que me escuchara, pero ya os podéis imaginar cómo fue... Al final me quedé escondida tras un arbusto viéndolo ir hacia su coche. Intento número uno: fallido.

Después de eso, decidí que lo mejor era abordarlo en un sitio donde estuviese cómodo y pudiéramos hablar con un poco de calma. Por eso le pedí a Samuel, el camarero de nuestra cafetería, que me avisara cuando Nico estuviese allí. Me presenté con unas pintas dignas de vagabunda porque me pilló haciendo el vago en la residencia, no me escondo. Todas las palabras que quería soltarle luchaban por salir de mi boca, pero cuando llegué, me acobardé. Lo vi a través del ventanal, con el pelo desordenado, el ceño fruncido mientras tecleaba en el teléfono y una taza que estoy segura de que contenía una de sus extrañas bebidas, y fui incapaz de moverme. No me cabe duda de que en algunos países me habrían detenido por acoso después de todo el tiempo que estuve allí de pie, contemplándolo sin más y esperando a que mis músculos decidiesen acercarse a él, cosa que no sucedió. Intento número dos: fallido.

Y aquí estoy, con el intento número tres en proceso y los nervios a flor de

piel.

—Esta es la definitiva, estoy segura —me intenta tranquilizar Carola mientras nos vestimos en su habitación.

—No vuelvas a salir por patas —añade Nuri—. Como te vea huyendo, pienso arrastrarte hacia él.

—No serás capaz —contesto, pero sé perfectamente que sí.

—Ponme a prueba —responde, confirmando mis sospechas.

Hoy es mi última oportunidad.

Estamos ya a mediados de junio y, como todas las clases y los exámenes han terminado, la gente está empezando a planear su vuelta a casa y las vacaciones, así que no puedo esperar mucho más.

Por eso esta noche es tan importante. Es la fiesta de despedida del Quitapesares. Es una forma de decir a todos los universitarios que se beben allí sus penas, y a veces también celebran sus triunfos, que ha terminado el curso y es hora de disfrutar. Es jueves, y todo el mundo sabe que eso significa una cosa: concierto de Red Velvet.

¿Mi estrategia? Colarme en la parte trasera del escenario antes de que salgan y pillar a Nico por banda con la esperanza de que me escuche.

Aún no sé muy bien qué le voy a decir. Las veces anteriores se me pasaban mil frases distintas por la cabeza, pero nunca cogían forma ni terminaban de encajarme. Ahora no es muy distinto, pero espero que tener a mis amigas allí, cubriéndome las espaldas, pueda ayudarme de alguna manera.

«Madre mía, esto va a acabar fatal».

Salimos de la residencia y el sofocante calor del verano madrileño nos recibe. Atrás han quedado los días en los que tenía que salir con mil capas de ropa. Ahora, por más que me haya puesto un simple vestido blanco de lino con florecitas, siento que podría derretirme. Aunque no sé si es tanto por los veintisiete grados que hay, a pesar de que sea de noche, o porque mis nervios hacen que mi temperatura corporal esté en estado crítico.

Cuando entramos al local, el escenario está preparado. Apenas quedan veinte minutos para que el grupo salga a tocar. Veo varias caras conocidas, pero las que más llaman mi atención son Inés, Tara y Bruno, que están en la barra tomándose unas cervezas.

Me vuelvo hacia las chicas antes de acercarnos.

—No puedo hacerlo —confieso, angustiada.

—Sí que puedes, tranquila —responde Carola.

—No, no puedo. —Me muerdo una uña y las miro apurada.

—Estás en medio de un montón de personas y te has puesto más nerviosa, es

normal —explica Nuri—. Ve directa hacia allí. Nosotras nos quedamos con los demás y así no tienes que ver a nadie. Céntrate en tu objetivo.

—Creo que voy a vomitar.

—No vas a vomitar —contesta Carola.

¿Lo he dicho en voz alta? Creía que solo lo había pensado.

Me agarra el meñique con el suyo y hace lo mismo con Nuri mientras me dirige una mirada segura.

—Estamos aquí, ¿recuerdas? Pase lo que pase, no estás sola.

Nuri enlaza su otro meñique con el mío y formamos un pequeño circulo en medio del bar, como si no hubiera nadie más a nuestro alrededor.

Este gesto que tanto significa para nosotras hace que se me llenen los ojos de lágrimas, pero me niego a dejarlas escapar. Inspiro una bocanada bien grande de aire, hasta llenarme los pulmones por completo, y lo expulso.

—Estoy lista.

—Pues a por todas —me anima la pelirroja.

Las dejo con algo que espero que sea una sonrisa confiada y me adentro en la multitud.

Llego a la parte trasera del escenario. Está llena de cables y de gente que va de aquí para allá, terminando de ultimar detalles. Repaso con la mirada cada una de las personas que hay, pero no encuentro a Nico por ningún lado. Al que sí veo es a Mike, por lo que me acerco a él.

—¿Sabes dónde está Nico?

—Mmm, creo que está allí, afinando la guitarra. —Me señala el otro lado del escenario—. Si quieres puedo...

—Vale, ¡gracias! —contesto

Me alejo con pasos rápidos, sin dejarle terminar.

Ese cosquilleo tan familiar que siento cuando lo tengo cerca empieza a recorrer mi espina dorsal y, cuando ladeo la cabeza hacia la izquierda, lo veo.

Está sentado en un taburete, con la guitarra sobre su pierna derecha, tocando algunos acordes.

Gracias a Dios, en este lado no hay tanta gente como en el otro. Solo están un par de personas que se encuentran lo suficientemente alejadas para que no me muera de vergüenza con lo que estoy a punto de hacer.

«Venga, Vega, ahora o nunca».

Doy un paso tras otro, con piernas temblorosas.

—Hola —digo cuando quedo frente a él.

Nico deja de tocar y se queda parado, con los ojos fijos en mis pies.

Empieza a alzar la cabeza despacio, recorriendo todo mi cuerpo y haciendo

que mil mariposas revoloteen en mi interior.

—Vega, ¿qué haces aquí?

Eso mismo me pregunto yo. Se supone que estoy aquí para confesarle lo que siento, pero preveo que voy a hacer el ridículo más grande de la historia. Aun así, me prometí a mí misma que lo intentaría, que no dejaría que el miedo y la inseguridad se volvieran a apoderar de mí. Eso es justo lo que voy a hacer ahora mismo.

—Soy novata —le suelto.

Noto que la confusión inunda sus ojos.

—¿Qué?

Deja la guitarra a un lado y se levanta. Se queda a varios centímetros de mí y trago saliva. Joder, no ayuda que mi mirada vaya directa a su pecho, pero creo que si lo miro a los ojos puede ser peor.

—Soy una novata —repito, pero como intento ser valiente, dirijo la mirada hacia su cara—. En todos los sentidos: en la vida, en la carrera… Pero, sobre todo, soy una novata en el amor. Cuando empezó el curso y te vi en clase, sentí que algo dentro de mí cambiaba. Sin embargo, me convencí de que no sucedía nada porque no era normal que alguien a quien apenas conocía pudiera hacer que me diera un vuelo el corazón. Me lo pusiste fácil al principio, llegué a creer de verdad que te odiaba, pero empezamos a hacer ese trabajo juntos…

«Ay, por Dios, ¿qué estoy diciendo? Le estoy contando mi vida».

Compruebo que sus ojos están atentos a cada una de mis palabras, por lo que sigo:

—Ahí todo empezó a cambiar —continúo—. Me encantaba pasar tiempo contigo, era como si nos conociéramos de toda la vida. Me hacías reír y también me sacabas de mis casillas. Cuando pasó todo lo de Jorge y Mónica, pensaba que las cosas no podrían salir bien entre nosotros, pero tú me demostraste que no. Cuando empezamos a salir, estaba viviendo un sueño. Era como si todo encajase por fin. Me dejé llevar y me enamoré de ti, pero eso también hizo que mi miedo a que todo saliera mal aumentase. Sé que la cagué y desconfié de ti. Sé que es posible que no quieras volver a verme ni a saber nada de mí. Te he hecho daño y soy consciente de ello, pero… soy nueva en esto.

No sé de dónde saco las agallas, pero tomo su mano y entrelazo sus dedos con los míos. El gesto de Nico es indescifrable. No muestra ninguna emoción, solo me mira y escucha. No estoy preparada para que me rechace, así que vuelvo a hablar:

—Hay muchos tipos de amor, ¿no? Está el amor fraternal, el de la amistad, aquel que dura solo un par de citas pero que recuerdas durante mucho más

tiempo, y aquel que empieza como un simple amigo y termina siendo el amor de tu vida... Y el amor para los novatos, el de las primeras veces, los primeros besos y las conversaciones interminables hasta las tantas de la madrugada. Son las canciones que cantas en el coche a todo volumen y los abrazos que te arropan. También los momentos que te hacen pensar que, aunque todo vaya mal, nada puede pasarte entre esos brazos... También son dudas y errores, pero eso es lo bonito, ¿no? Aprender juntos. Y quiero eso contigo, Nico. Lo quiero todo.

Cojo aire cuando termino. He abierto mi corazón sin reservas y lo he dejado al descubierto para que me conozca entera, con mis miedos y mis inseguridades, sin medias tintas.

Pero he dejado a Nico de piedra y no sé si eso es bueno o malo.

—¡Nico! Dos minutos —grita Mike desde algún punto tras mi espalda.

El aludido solo asiente, sigue con los ojos fijos en mí y su mano enredada con la mía.

—Yo... —Tiene la voz ronca, la oigo a duras penas con todo el ruido que hay a nuestro alrededor—. Tengo que irme.

No sé si puede verlo en mi gesto, pero siento que algo dentro de mí se hace añicos.

—Claro... —respondo con una voz apenas audible.

Nos quedamos así unos segundos.

—¡Hay que salir ya! —grita otra vez el cantante.

Nico agarra su guitarra, se la cuelga al hombro y, separando sus dedos de los míos, se va.

Así, sin decirme nada.

Noto que varias lágrimas amenazan con salir, pero trato de recomponerme como puedo. Ya está, lo he hecho. No quiere saber nada más de mí y lo entiendo. Pero he conseguido hablar con él y decirle lo que siento, he superado mi miedo a dejarme llevar, y me quedo con eso.

Oigo que el grupo se presenta y comienzan a tocar una de sus canciones más conocidas. Eso me saca de mi estado vegetal y me muevo. Vuelvo a adentrarme en el cúmulo de gente. En medio de todo ese caos, me encuentro con mis amigas.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Nuri, emocionada.

Mi cara se lo dice todo.

—Es un idiota. No sabe el pedazo de mujer que se pierde —me consuela Carola mientras me da un abrazo.

Me siento arropada entre los brazos de mi amiga, pero no puedo evitar mirar hacia el escenario. Está lleno de luces y el grupo ya está tocando. El público se anima cuando llegan al estribillo de la canción y me fijo en Nico, que no muestra

esa sonrisa suya que siempre le acompaña.

Las chicas me preguntan si quiero que nos vayamos cuando termina el tema que estaba sonando. Es entonces cuando veo que Nico se acerca a Mike y le dice algo al oído. El grupo pide un momento y se ponen a hablar entre ellos.

—Creo que voy a por una cerveza—les digo a las chicas.

Cualquier cosa con tal de dejar de mirarlo, aunque sea durante unos minutos.

—Te acompaño —se ofrece Carola.

—No hace falta —le aseguro.

Después de insistir varias veces en que será más rápido si voy sola, me dicen las bebidas que quieren y me muevo entre la gente para tratar de llegar hasta la barra.

—Buenas noches a todos. —La voz de Nico resuena por los altavoces. Mis pies se quedan anclados al suelo y me giro en mitad de la pista, rodeada por multitud de personas—. Esta canción os podrá sonar un poco más, ya que no es de nuestro grupo, pero necesito tocarla. Hace un tiempo conocí a una chica... —Hace una pausa, se pasa la mano por el pelo y resopla—. Conocí a la chica más increíble del mundo. Pero, al igual que ella, yo también soy un novato en esto del amor, así que, como creo que sigue por aquí, le dedico esta canción. Imagino que solo nosotros sabemos lo que sentimos y... el lugar en el que nos encontramos, ese que solo nosotros conocemos... Esto es «Somewhere only we know».

Creo que se me ha olvidado cómo respirar.

Mis ojos solo están fijos en él mientras suenan los primeros acordes. La suave voz de Nico llena el bar y todo el mundo canta a coro la que ya considero nuestra canción.

Cada trocito de mi corazón ha vuelto a ponerse en su sitio y trata de volver a latir con normalidad, pero estoy tan acelerada que se lo pongo muy difícil.

Nico repasa la sala con la mirada, buscándome. Trato de adelantarme entre los cuerpos, pero hay tanta gente que se me hace imposible. En un intento por que me vea, doy un pequeño salto y alzo la mano. Sin embargo, los únicos que se fijan en mí son los que están a mi alrededor.

De pronto, todos empiezan a apartarse y hacen que, en un efecto dominó, la gente que tienen a su lado pille la indirecta y haga lo mismo. Empieza a formarse una especie de pasillo donde, ¡sorpresa!, yo me quedo en medio, con cientos de ojos puestos sobre mí.

Nico, que sigue cantando, por fin se da cuenta. En el momento en el que nuestras miradas se encuentran, la vergüenza pasa a un segundo plano. Solo existimos nosotros dos.

Cuando termina la canción, salta del escenario y se acerca a mí. Se abre paso

entre la gente que aplaude, totalmente entregada al momento.

En cambio, yo no soy capaz de mover ni un solo músculo de mi cuerpo. Cuando llega a mi altura, se coloca la guitarra a la espalda y me abraza.

Acerca sus labios al oído y me susurra:

—Yo también lo quiero todo. Quiero ver cómo te despiertas por la mañana y te pones dos calcetines distintos porque estás demasiado adormilada como para pensar en algo que no sea tu café. Quiero oírte desafinar en la ducha cuando crees que no te escucho y observarte mientras eliges qué ponerte. Quiero sacarte de tus casillas cada vez que te suelto alguno de mis comentarios, porque adoro la forma en la que intentas disimular tu sonrisa. Y sin duda quiero vivir ese amor del que me has hablado antes. Porque si de algo estoy seguro es de que te quiero.

Una sonrisa amenaza con partirme la cara mientras él me mira, emocionado.

—¿Qué me dices, canija? ¿Te apuntas?

Sus brazos me sostienen con firmeza y sé que estoy a salvo entre ellos.

Por eso, porque me siento más segura que nunca, le respondo sobre sus labios, con la clara intención de besarlo:

—Claro que me apunto.



Las manos de Nico recorren la piel de mi estómago y hace un ruidito de satisfacción con la nariz metida en mi cuello.

—Qué eres, ¿un gato? —pregunto, divertida.

Estamos en mi habitación, todavía en Madrid. Esta tarde sale el tren que me llevará a pasar el verano a casa y me separará de Nico, aunque tan solo durante unas semanas. Cuando le conté a mi madre que habíamos vuelto, no dudó en invitar al pobre a pasar unos días con nosotros en verano, por lo que no tardaremos en volver a estar juntos.

—Hueles demasiado bien, es adictivo —contesta mientras sigue mimándome.

A pesar de la inminente separación, eso de pasar unos días sin vernos es algo que ahora mismo no se nos da demasiado bien. Por eso a Nico se le ha ocurrido que tenemos que aprovechar cada minuto antes de que salga mi tren, lo cual incluye muchas sesiones de sexo, caricias y besos.

Noto que su erección me acaricia la pierna. Me pide otro asalto y mi cuerpo se calienta en respuesta.

—Como sigamos así, me vas a romper. —Me río.

Besa ese punto de mi cuello que sabe que me vuelve loca y cuela una de sus manos bajo las sábanas.

—No puedo parar, tienes que hacerlo tú —me dice mientras sube su boca hasta llegar a la mía y muerde mi labio inferior.

—No pienso hacer eso —contesto, seductora.

Me separa las piernas y se pone sobre mí, jugando con las sensaciones que despierta en mi piel. Un cosquilleo empieza a recorrerme todo el cuerpo y eso que ni siquiera está dentro de mí todavía. Esta sensación es mi droga favorita. Todo él.

Le paso la mano por el pelo, pues sé que es algo que le encanta. Se mueve un poco, preparado para volver a llenarme.

Estoy tan concentrada en nosotros que, cuando escucho algunos sonidos en el pasillo, no reconozco muy bien lo que dicen, pero sí vagamente el tono de la voz.

—Chist —digo.

—Mmm, ¿qué pasa? —se queja mientras juguetea con ese punto que sabe que me vuelve loca.

—Para, para, para, creo que… —Mis palabras se me quedan en la boca.

—¡Vega! ¿Te cabe esto en la malet…? —La pava de Nuri, porque no podía ser otra, abre la puerta de mi habitación como si nada y entra—. ¡ME CAGO EN TODO!

Nico y yo nos quedamos petrificados en la cama. Está encima de mí y los dos estamos completamente desnudos.

Gracias a Dios que estamos tapados con una fina sábana… Muy fina.

Por si fuera poco, Carola aparece detrás de Nuri, tendiéndole algo.

—Tía, esto no me cabe… —Se percata de lo que está pasando y, corriendo, se tapa los ojos con una mano—. ¡MIS OJOS!

Y así, con mis dos mejores amigas traumatizadas en la puerta de mi habitación, Nico y yo empezamos a descojonarnos vivos mientras ambas salen corriendo y cierran de un portazo.

—Creo que esta noche no van a dormir por nuestra culpa —digo mientras me limpio varias lágrimas que me han saltado a causa de la risa.

Nico se tumba a mi lado, divertido, y me aprieta junto a él.

Me recuesto sobre su hombro y acerca sus labios a mi oreja.

—Te quiero —dice de repente.

Y yo solo sonrío en su pecho y susurro:

—Yo también te quiero.



Julio

—¡Ten cuidado con esas planchas gigantes que tienes por pies, me has llenado de arena! —exclama Nuri, furiosa.

—Si no estuvieras tumbada en medio, no tendrías ese problema —contesta Iván, encogiéndose de hombros.

—En medio de dónde, ¿de la playa? Idiota.

No sé si juntarlos a todos ha sido buena idea, sobre todo a estos dos. Pero es que celebrar que he entrado en la carrera de Diseño de Moda me tentaba demasiado como para no hacerlo.

Cuando le conté a Nico que había decidido dar el paso, se puso tan contento que no pude evitar ponerme a llorar otra vez. Me emociona saber que por fin voy a hacer algo que me gusta, sin presiones ni exigencias.

Las cosas entre nosotros están mejor que nunca. Nico pasó varios días en mi casa, conoció a mis padres y aguantó con mucho estilo todas las charlas y los cotilleos de mi madre. Ahora lleva una semana en casa de Bruno, que veranea no muy lejos de aquí, por lo que podemos vernos casi todos los días.

Al principio, Nico tenía intención de quedarse con su madre para no dejarla sola, pero hace unas semanas su padre volvió a casa y las cosas parecen estar remontando poco a poco. Si se vino y los dejó solos fue porque creyó que sus padres necesitaban estar unos días juntos.

Contra todo lo que se podía haber esperado, cuando se sentó frente al padre

de Mónica y le contó todo lo que había pasado, este se limitó a darle una cariñosa palmada en la espalda y a clasificar lo sucedido como «cosas de críos». Todos sus miedos se esfumaron en ese momento. Javier sigue ocupándose de los negocios de su padre hasta que este se encuentre listo para volver y retomarlo donde lo dejó.

Mónica y él hicieron las paces, pero la situación con Jorge sigue siendo algo tensa. Supongo que es cuestión de tiempo. Al fin y al cabo, sus familias siguen siendo muy amigas.

Así que aquí estamos, disfrutando de un día de playa. Bueno, es un decir, porque creo que es posible que Nuri acabe haciendo que Iván se trague un kilo de arena. Pero yo sí me lo estoy pasando bien mientras Nico me embadurna de crema toda la espalda.

—¿No es increíble? Hace apenas un año estábamos a punto de empezar la carrera —reflexiono en voz alta.

—A saber qué nos depara este año en Madrid —añade Nuri mientras se recoloca las gafas de sol—. Luego consultaré mi carta astral.

Carola, a mi lado, se sienta en la toalla donde había estado tumbada tomando el sol. Me fijo en sus mejillas, que han empezado a ponerse rojas, y en su gesto dubitativo.

—Tía, ¿estás bien? Parece que te va a dar un golpe de calor —le pregunto a la vez que le tiendo la crema solar.

La toma y se muerde el labio inferior.

—No es eso…

—Que no te dé vergüenza. Si yo fuera tú, fingiría que me falta el aire, a ver si algún socorrista cañón te hace el boca a boca —suelta Nuri.

Intenta hacerle sombra con una toalla, pero Carola pone los ojos en blanco y se la quita de las manos.

—Os tengo que contar algo —anuncia.

Todos nos quedamos callados, expectantes.

—Me voy de Erasmus a Dublín.

Al principio nos quedamos callados, asimilando sus palabras.

—Ahora a la que le va a dar un chungo es a mí —exagera Nuri, rompiendo el silencio—. ¡¿Desde cuándo lo sabes?!

En ese momento, todos nos acercamos a Carola entre sonrisas y gritos de euforia. A su alrededor vuelan todo tipo de preguntas: «¿Cuándo te vas?», «¿Cómo se te ocurrió la idea?», «¿Podremos ir a verte?».

Tras darle un fuerte abrazo y asegurarle que la voy a matar por no haber dicho nada antes, me siento a escuchar los detalles de su destino y las ganas que

tiene de viajar.

No puedo evitar pararme a pensar en cómo hemos ido cambiando a lo largo del año. Hace unos meses me habría parecido imposible que mi amiga hubiera decidido irse de Erasmus, a pesar de que sé que siempre ha querido ver mundo. Además, su estancia en Madrid le ha traído varios quebraderos de cabeza que aún no se ha atrevido a comentarnos, así que me alegro mucho de que haya tomado la decisión.

Los brazos de Nico me acarician la cintura y me atraen hacia su cuerpo. Así que dejo la espalda apoyada en su pecho y mi cabeza descansa sobre su hombro. Esta es otra de las cosas que, siendo sincera, a veces aún me cuesta creerme. La forma en la que ahora cuento con él, sin dudas ni medias tintas. Me dejo llevar y confío plenamente en nosotros.

Noto la piel de Nico junto con la mía, caliente y suave, y me siento segura.

—¿En qué piensas? —me pregunta al oído.

—En lo fuerte que me parece que esté ahora así, contigo. El chico arrogante al que conocí una noche en la playa —lo pico, divertida.

Suelta una carcajada y noto que su pecho vibra bajo mi espalda.

—A mí también me parece increíble estar junto a la morena que me tiró una copa encima solo para poder tener una excusa para hablarme.

Le pellizco en el brazo mientras protesto.

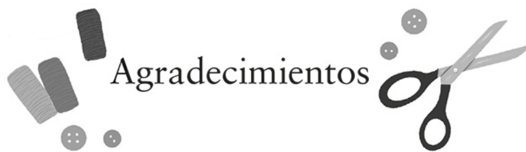
—¡Auch! No sé por qué no admites que no pudiste resistirte a mis encantos.

Me río y junta su nariz con la mía, haciéndome un poco de cosquillas.

—Nunca dejarás de ser un chulo, ¿verdad? Incluso aunque estemos cien años juntos.

Me dedica una sonrisa de lado. Luego me da un tierno beso en los labios y contesta sobre ellos:

—Jamás. Siempre estaré aquí para sacarte de tus casillas.



Agradecimientos

Sinceramente, no me puedo creer que ahora mismo esté aquí, frente al ordenador, con mi perro Leo sentado sobre mí, como siempre, dispuesta a escribir los agradecimientos de mi primer libro.

Supongo que mi amor por la lectura es algo que siempre ha estado dentro de mí, pero fue creciendo hasta convertirse en algo más: el deseo de crear esas historias. Parte de esto se lo debo a mi abuela Josefina, que siempre ha creído en mí, y a mi abuelo Miguel, que publicó dos libros de cuentos en su día y sus mejores regalos siempre fueron poemas dedicados a cada uno de sus nietos. Ojalá estuvieras aquí para ver esto. Bueno, no todo… Entiéndeme, hay escenas que preferiría que obviases.

Ahora, cinco años después de crearme un canal de YouTube en el que lo único que quería hacer era compartir mis lecturas, ese sueño se ha cumplido. Aún no sé si es real, pero por si acaso quiero dar las gracias a todas esas personas que han estado a mi lado durante el proceso de escritura:

En primer lugar, a mi familia, que me ha apoyado desde el minuto uno, no solo con esta gran aventura que ha sido escribir, sino por animar a la Irene insegura de dieciocho años que un día decidió compartir su pasión en redes (aunque tenéis que dejar de pasar mis vídeos a vuestros compis de trabajo… ¡qué vergüenza!). Nieves, gracias por tu gran aportación de una sola palabra a todo el libro, ahora estoy condenada a que me lo recuerdes eternamente. Papá, gracias por animarme sin dudarlo, por hacerme el camino un poco más fácil y por estar a mi lado siempre. Y mamá, gracias por ser mi confidente, mi fan número uno, la que ha estado día tras día al pie del cañón.

A mis mejores amigas, mi segunda familia… Podríamos decir que son mis «Supernenas», pero en este caso nos llamamos «Las marginadas» (no voy a entrar ahí, lo del instituto fueron tiempos difíciles): a Marina, mi prima postiza, no sé cómo lo haces, pero eres mi tirita, con pasar solo cinco minutos contigo se me quitan todos los males y veo las cosas desde otra perspectiva. A Rosa, sé que esta amistad es para toda la vida porque no cualquiera aguanta mis llantos con los problemas de Matemáticas y escucha mis dramas propios de un *reality show*…, gracias por la paciencia que siempre has tenido conmigo y por ser ese lugar seguro en el que poder desahogarme. A Amparo, la persona con la que me peleo tanto como si fuera mi hermana, pero a la que quiero como tal, gracias por tus consejos de «representante», por darme siempre tu apoyo sin dudarlo, y por sacarme una sonrisa, aunque algunas veces sea a mi costa (inserto carita enfadada). Y a Olga… qué puedo decir, has sido mi mitad, mi hermana y mi punto de apoyo desde que nos conocimos con tres añitos, has estado para mí en lo bueno y en lo malo, sacando lo mejor de mí siempre, sin juzgarme, simplemente tendiéndome la mano cada vez que lo he necesitado. En parte, la persona que soy hoy es gracias a ti. A todas vosotras.

Uf, mierda. Ya estoy llorando.

A Alejandro, mi mejor amigo y compañero. Creo que eres quien más ha sufrido mis altibajos emocionales durante todo el proceso de escritura, pero has seguido al pie del cañón, dándome ánimos y secándome las lágrimas cuando ha sido necesario. Me habría caído muchas más veces por el camino si no hubiera sido por ti. Gracias por ayudarme a levantarme siempre, te quiero.

A mis amigas del Erasmus: Ana, Lucía, Irene, Mariana y Elena, que celebrasteis conmigo la noticia como si fuéramos amigas de toda la vida, y al final acabasteis siendo una de las mejores cosas que me han pasado. En especial, gracias a Marta, que ha sido un apoyo moral fundamental y ha sabido sacarme muchas veces de ese bucle malo en el que yo misma me metía. Y a Sara, porque sus audios «fanguirleando» sobre la historia de Vega y Nico me daban la vida. Has sido una lectora beta excepcional.

A mis amigos de toda la vida: Pedro, Juanmi, Pepe, Jesús, Carlos y Javi. Siempre animáis el cotarro y sabéis cómo hacerme reír.

A Alba y Rebeca, que fueron de las primeras en empezar a leer esta historia y han estado semana tras semana ayudándome, ya sea dándome su opinión o tan solo sacándome de casa a tomar un poco el aire.

A mis chicas de Bookstagram, que me abrieron las puertas de par en par desde el primer día y no han dejado de estar a mi lado desde entonces. En especial a Lidia, que ha sido un apoyo fundamental durante todo el proceso de

escritura. Me has escuchado y animado tanto que jamás sabré agradecértelo lo suficiente.

A los mediterráneos: Sergio, Meri, Laura y Carla, por emocionaros tanto por mí. En especial a Adriana, que ha sido mi lectora beta estrella, me ha dado consejos increíbles y me ha ayudado a sacar lo mejor de mí.

A mis compis de la uni: Javi, Pepe, Triana, Alba y Victoria, que me conocisteis cuando estaba empezando y habéis seguido junto a mí. Nuestras tardes de juegos de mesa y cervecita son de las cosas que más me gustan en el mundo.

Y bueno, sin duda, todo esto no habría sido posible sin la persona que confió en mí y me dio esta oportunidad, Ariane (sigo avergonzada por llorar en aquella reunión, que conste), y sin mi maravillosa editora, María. Te he hecho sufrir tanto con esta historia que ya es en parte tuya. Gracias por estar ahí para mí, por nuestras reuniones interminables (porque cuando nos da por hablar no hay quien nos pare), y por emocionarte tanto con estos personajes y su historia como yo. No puedo estar más agradecida por la suerte que he tenido al trabajar contigo, me has enseñado y guiado desde el minuto uno.

También a Myriam, sin la que sin duda me habría venido abajo, pero que hizo que viese todo con otra perspectiva y aguantó mis audios folloneros sobre los personajes y las miles de escenas en las que le pedí opinión. Ha sido un regalo poder trabajar contigo.

Cuánta gente, ¿no? Han sido unos meses de mucho trabajo que no habría podido hacer sin todos vosotros, pero que han merecido la pena con creces.

Pero faltan los agradecimientos más importantes de toda esta historia:

A ti, querido lector, por lanzarte a leer este libro y haber llegado hasta aquí. Espero de todo corazón que lo hayas disfrutado y que, si estás pasando por un momento de desconfianza e inseguridad, haya sido un refugio, como lo son para mí los libros. Y a mis seguidores, sin los que no habría llegado a ningún lado. Esto es para vosotros.

Un error. Una segunda oportunidad. Un nuevo comienzo.



Una noche de agosto, Vega conoce a un chico en la discoteca. Entre ellos la química fluye desde el primer momento. Nico es guapo, sexy y divertido, pero el hechizo se rompe cuando ella descubre que el muy idiota tiene novia.

Por suerte, el curso está a punto de arrancar y Vega se muda a Madrid con sus dos mejores amigas para empezar la universidad. Lo tiene todo planeado y está dispuesta a vivir la experiencia al máximo. Sin embargo, por los pasillos de la facultad se topará con una sorpresa, alguien a quien pensaba haber dejado atrás: Nico.

Entre encuentros fortuitos en clase, charlas en voz baja en la biblioteca y horas muertas en la cafetería, ambos se darán cuenta de que no pueden dejar de pensar el uno en el otro, y que lo que surgió entre ellos aquella noche de verano no ha desaparecido. ¿Se atreverán a dar un paso más? ¿Será Vega capaz de confiar en él?

A veces una equivocación puede ser el inicio de una historia de amor.

Irene Franco (1999, Murcia) estudia Derecho, aunque su verdadera pasión son los libros. Es también una entusiasta de la moda, le encanta el verano y su plan ideal es sentarse a leer en una terraza junto a su perro Leo. No puede vivir sin las marineras murcianas y tiene la manía de echarle limón a todo.

En redes es conocida como BooksbyCiderer, donde comparte con sus más de 80.000 seguidores en YouTube e Instagram todas sus lecturas y reseñas.

La trilogía *Amor en el campus* es su primer trabajo como autora.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Primera edición: junio de 2023

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marina Martínez
Imagen de portada: © Anna Bellvehí

ISBN: 978-84-253-6498-3

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Twitter: @penguinlibros
Instagram: @penguinenamora
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial



Penguinlibros

Índice